

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA FRANCESA E
ITALIANA

REPRESENTACIONES DE LA MUJER ESPAÑOLA EN EL
IMAGINARIO FRANCÉS DEL SIGLO XVIII

INMACULADA TAMARIT VALLÉS

UNIVERSITAT DE VALENCIA
Servei de Publicacions
2003

Aquesta Tesi Doctoral va ser presentada a València el dia 07 de Novembre de 2003 davant un tribunal format per:

- D^a. Elena Real Ramos
- D^a. Ana Monleón Domínguez
- D. Michel Delon
- D^a. Lydia Vázquez Jiménez
- D. José M. Oliver Frade

Va ser dirigida per:

D^a. Dolores Jiménez Plaza

©Copyright: Servei de Publicacions
Inmaculada Tamarit Vallés

Depòsit legal:

I.S.B.N.:84-370-5878-3

Edita: Universitat de València
Servei de Publicacions
C/ Artes Gráficas, 13 bajo
46010 València
Spain
Telèfon: 963864115

VNIVERSITAT
D VALÈNCIA (ò'~)

Facultat de Filologia

Departament
de Filologia Francesa i Italiana

REPRESENTACIONES
DE LA MUJER ESPAÑOLA
EN EL IMAGINARIO FRANCÉS
DEL SIGLO XVIII



Tesis doctoral

Presentada por: **Inmaculada Tamarit Vallés**

Dirigida por: **Dra. Dña Dolores Jiménez Plaza**

[Valencia 2003]

Índice general

I. INTRODUCCIÓN	13
II. LA MIRADA DEL VIAJERO: EL VIAJE A ESPAÑA.....	33
1. La imagen de España en Francia a través de los libros de viajes.....	35
1.1. Libros de viajes: la expresión de lo común y lo diferente.....	35
1.2. La diversidad textual del relato de viajes	41
1.3. España, una doble fascinación: antecedentes.....	47
1.4. La pasión viajera a España en el siglo XVIII.....	53
1.5. La difusión de la imagen de España en Francia a través de los relatos de viajes en el siglo XVIII	64
2. Un corpus de siete relatos de viajeros a España	77
2.1. Justificación y presentación del corpus elegido.....	77
2.2. Un corpus de siete relatos:	79
2.2.1. <i>Relation du voyage d'Espagne</i> de Madame d'Aulnoy.....	80
2.2.2. <i>Voyages du père Labat en Espagne et en Italie</i> de Jean-Baptiste Labat.....	92
2.2.3. <i>Lettres sur le voyage d'Espagne</i> de Coste d'Arnobat.....	103

2.2.4. <i>État politique, historique et moral du royaume d'Espagne l'an MDCCLXV</i>	113
2.2.5. <i>Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778</i> de Jean-François Peyron.....	118
2.2.6. <i>Voyage de Figaro en Espagne</i> de Fleuriot de Langle.....	127
2.2.7. <i>Tableau de l'Espagne moderne</i> de Jean-François Bourgoing.....	136

III. IMAGEN DE LA MUJER ESPAÑOLA

EN EL SIGLO XVIII	147
-------------------------	-----

1. A modo de introducción: mujer y <i>status</i> social	149
---	-----

2. El espacio de la mujer: espacios privados y públicos	153
---	-----

2.1. La casa	155
--------------------	-----

2.2. El estrado.....	159
----------------------	-----

2.3. Reuniones privadas: el refresco y la visita.....	161
---	-----

2.4. El convento.....	167
-----------------------	-----

2.5. Mujeres en espacios públicos	172
---	-----

3. Tipología del retrato de la mujer española.....	175
--	-----

3.1. La percepción de lo físico: el cuerpo femenino y la belleza natural de la española	176
---	-----

3.1.1. Los ojos.....	181
----------------------	-----

3.1.2. El cabello.....	190
------------------------	-----

3.1.3. La piel y el cuerpo	195
----------------------------------	-----

3.1.4. Los pies	197
-----------------------	-----

3.2. Artificios de belleza: el maquillaje y el peinado, el vestido y los complementos.....	201
--	-----

3.2.1. El maquillaje	201
----------------------------	-----

3.2.2. El peinado	206
-------------------------	-----

3.2.3. El vestido.....	210
------------------------	-----

3.2.4. Los complementos y accesorios.....	234
---	-----

3.3 La personalidad de la española.....	243
3.3.1. Rasgos de carácter.....	244
3.3.2. Mujer y educación en la España del siglo XVIII: ignorancia, credulidad y superstición.....	251
4. La clase popular: mujeres rurales y mujeres urbanas.....	261
4.1. Posaderas.....	263
4.2. Campesinas y mujeres del pueblo.....	267
4.3. Gitanas y majas.....	270
4.4. Prostitutas y “damas de dudosa virtud”.....	274
IV. LA MUJER ESPAÑOLA: AMOR Y SEDUCCIÓN.....	281
1. De los espacios de reclusión a los de sociabilidad.....	283
1.1. La iglesia como espacio de encuentro: procesiones y ceremonias religiosas.....	285
1.2. Espectáculos públicos: fiestas y corridas de toros.....	295
1.3. Los paseos como espectáculo.....	299
2. La mujer frente al hombre: estrategias y armas de seducción.....	307
2.1. El “no sé qué”.....	307
2.2. La coquetería.....	311
2.3. La española y la galantería.....	315
2.4. El lenguaje amoroso.....	326
2.5 La erótica del baile: fandangos y seguidillas.....	333
3. Estrategias para el encuentro amoroso.....	345
4. Las pasiones: amor y celos.....	353
5. El “cortejo” y la crisis del matrimonio.....	365
6. Devoción y seducción.....	379

V. CONCLUSIONES	391
BIBLIOGRAFÍA	405
1. Bibliografía fundamental.....	405
1.1. Corpus por orden cronológico de ediciones consultadas	405
1.2. Otras ediciones y traducciones consultadas de los textos del corpus	406
1.3. Otros viajes a España	407
1.4. Bibliografías y antologías del viaje a España.....	409
1.5. Estudios críticos	409
1.5.1. Literatura del siglo XVIII.....	409
1.5.2. Literatura de viajes	411
1.5.3. Literatura de viajes alrededor del siglo XVIII	413
1.5.4. Estudios sobre los autores del corpus	415
1.6. Obras literarias y filosóficas alrededor de la temática abordada	416
1.6.1. Francia	416
1.6.1. España.....	419
2. Estudios sobre la mujer, el amor y la seducción	421
2.1. Estudios generales	421
2.2. Estudios sobre la mujer en el siglo XVIII.....	423
3. Otros estudios consultados sobre la temática abordada.....	425
3.1. Estudios históricos, filosóficos, sociales o culturales sobre España y los españoles del siglo XVIII	425
3.2. Ensayos de literatura y arte	427
3.3. Diccionarios y obras generales de consulta.....	428
ANEXOS	431
Resúmenes de los relatos.....	431

1. <i>Relation du voyage d'Espagne</i> de Madame d'Aulnoy	431
2. <i>Voyages du père Labat en Espagne et en Italie</i> de Jean-Baptiste Labat	449
3. <i>Lettres sur le voyage d'Espagne</i> de Coste d'Arnobat	462
4. <i>État politique, historique et moral du royaume d'Espagne</i> <i>l'an MDCCLXV</i>	473
5. <i>Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778</i> de Jean-François Peyron	477
6. <i>Voyage de Figaro en Espagne</i> de Fleuriot de Langle.....	486
7. <i>Tableau de l'Espagne moderne</i> de Jean-François Bourgoing.....	487
Índice de ilustraciones	505

*Esta tesis está dedicada a mis padres,
con todo mi cariño y mi reconocimiento.*

*Quisiera expresar asimismo mi más sincero
agradecimiento a Lola Jiménez,
por transmitirme su energía y su vitalidad,
y por contagiarme su amor por el XVIII.*

*A mis hermanas,
por su apoyo incondicional y sincero.*

*A Domingo Pujante, crítico perspicaz y ante todo
gran amigo, por su generosidad,
y a todos los amigos y compañeros
que me han ayudado y han compartido conmigo
el proceso de elaboración de este trabajo,
por su constancia y su afecto.*



I. INTRODUCCIÓN

Les Espagnoles aiment autant les François que les hommes les détestent : les femmes nous aident à supporter la mauvaise humeur des maris ; ils ont quelquefois sujet d'être jaloux ; sans cette juste compensation, que ferions-nous en ce Pays ?¹

El comentario de este viajero francés de mediados del XVIII apunta hacia diferentes aspectos clave para la comprensión de la imagen de las mujeres españolas que los relatos de viajes difundieron entre los lectores franceses del siglo. Aunque el título de este trabajo no implica a ningún género de la literatura en particular, nuestro estudio tomará como punto de partida la literatura del viaje a España. Por diferentes motivos que explicaremos en esta introducción, hemos decidido centrarnos en el análisis de la imagen de la mujer española que se encuentra reflejada en diversos libros de viajes de franceses a España, desde la mirada de

¹ Coste d'Arnobat, Charles-Pierre, *Lettres sur le voyage d'Espagne par M.*****, Pampelune, 1756; reed. de Charles Verdier, *Revue Hispanique*, LVI, 1922, p. 478.

estos viajeros que nos ayudarán a definir los rasgos que conforman la imagen de la mujer española en el imaginario francés del siglo.

Pero regresemos al comentario de nuestro viajero. Por un lado, sus palabras desvelan el interés que las mujeres españolas suscitaron en los viajeros franceses de la época, que se refleja en las páginas que ellos les dedican en sus relatos, con una mirada de extrañeza y a veces de sorpresa ante la marcada diferencia de estas mujeres con las que ellos mejor conocían, las francesas. Esta referencia halagadora a las mujeres españolas apunta hacia una visión positiva de este viajero hacia ellas, y su mirada marcará sin duda todas las representaciones que encontraremos en su relato.

Por otra, la tradicional relación de los franceses con los españoles, marcada históricamente por la rivalidad entre los dos países vecinos, impregna las palabras del viajero e influye claramente en su punto de vista concreto. De este modo la mirada del escritor determina las representaciones de las españolas que los lectores franceses reconocerán dentro de los lugares comunes transmitidos por relatos anteriores, y los integrarán en la construcción de su propia imagen de la mujer española.

La imagen de la española que atraviesa la literatura y las artes en general en el siglo XVIII francés se integra en el proceso de creación de unos retratos nacionales que se incluyen con éxito, como ha señalado Lydia Vázquez, en la novela que precede a la época de la Revolución². El prototipo de la española que encontraremos reflejado en las novelas del siglo XIX como el

² Véase Vázquez, Lydia, “Robert-Martin Lesuire: la moda del retrato literario nacional y su instrumentalización ideológica en la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Homenaje a Josefa María Castellví*, Anejo nº XLIX de *Cuadernos de Filología*, Dolores Jiménez y Evelio Miñano (ed.), p. 392.

personaje central femenino de *Carmen* de Prosper Mérimée³ es el de una mujer morena y sensual, de fuerte carácter y pasiones desmesuradas. Sus ascendentes habría que buscarlos en el prototipo dieciochesco que creemos se nutre en gran medida de las aportaciones de los libros de viajes.

El auge de la literatura de viajes en general durante todo el siglo XVIII testimonia la afición del público francés a estas lecturas, con las que se va conformando un tipos literarios nacionales cuya herencia y supervivencia entronca de nuevo en gran parte con otros relatos del género. Ya se tratara de viajes a países lejanos y exóticos, como China o las Antillas, ya de viajes a países europeos vecinos, en especial, Italia, España e Inglaterra, la descripción de otros habitantes, otras culturas, otras formas de vida no parece tener otro objetivo, aparte del de saciar una curiosidad lógica y característica del siglo, que el de definir mejor la propia cultura por comparación con la ajena.

La comprensión de una cultura extranjera, como ha señalado Tzvetan Todorov, “n’est qu’un cas particulier du problème herméneutique général : comment comprend-on l’autre ?”⁴. El recorrido para alcanzar progresivamente la comprensión del otro

³ Prosper Mérimée conocía España, donde viajó por primera vez en 1830; *Carmen* sería, en sus propias palabras, el recuerdo de una historia real que le contaron durante esta estancia. Esta *nouvelle* apareció por primera vez en octubre de 1845, en la *Revue des Deux Mondes*. Hasta 1847 no sería publicada editorialmente, junto con *Arsène Guillot* y *L’abbé Aubain*.

El personaje de la mujer española como *femme fatale* también está reflejado en sus obras teatrales, como en “Une femme est une diable ou La tentation de Saint-Antoine” (1822), en Mérimée, Prosper, *Théâtre de Clara Gazul*, Berthier, Patrick (ed.), Paris, Gallimard, 1985, pp. 121-142.

⁴ Todorov, Tzvetan, *Les morales de l’histoire*, Paris, éd. Grasset et Fasquelle, coll. Pluriel, 1991, p. 46.

atravesaría diversas fases, que comenzarían con la asimilación del otro en el interior de las estructuras del yo, con tendencia a alejarse a continuación de estas estructuras para comprender mejor las ajenas.

De este modo, el conocimiento del otro depende de la propia identidad y de la capacidad de alejarse de ella. En este proceso de abandono del yo para acercarse al otro se produce el efecto inverso, ya que el conocimiento del otro determina al mismo tiempo el conocimiento de la propia identidad. Gracias al conocimiento de otras culturas, las categorías con las que me represento el mundo se transforman, y aunque mi identidad se mantiene soy capaz de llegar a una situación de entendimiento con el otro⁵.

De manera similar en todo relato de viajes hay implícito un efecto especular, un reflejo del yo a través de la alteridad. El viajero se siente atraído por lo exótico, por lo diferente, por lo que se aleja de lo conocido, de lo cotidiano. Según las reglas del exotismo, cuanto más alejado, mucho mejor: se trata de valorar un país y una cultura que se definen exclusivamente por su relación con el observador. Y de manera abstracta, el exotismo, en tanto que gusto por lo exótico, provoca no tanto la valoración del otro como la crítica del yo, en la creación de un ideal. Por esta razón, los mejores candidatos a representar el papel del exotismo son los países y las culturas más lejanas. Como afirma Todorov,

C'est un compliment bien ambigu que de louer l'autre simplement parce qu'il est différent de moi. La connaissance est incompatible avec l'exotisme, mais la méconnaissance est à son tour inconciliable avec

⁵ Tzvetan Todorov desarrolla esta idea del proceso de conocimiento del otro en diferentes fases en "Post-scriptum : la connaissance des autres", *Ibid*, pp.45-49.

l'éloge des autres ; or, c'est précisément ce que l'exotisme voudrait être, un éloge dans la méconnaissance⁶.

Por tanto, apreciamos lo lejano en parte porque es lejano; los países vecinos difícilmente serán tratados desde la perspectiva del exotismo, aunque estos países puedan sin duda adquirir rasgos “exóticos”. Por ello el viaje francés a España está marcado por el punto de vista del viajero, por la comparación con la propia identidad. El resultado suele ser que los relatos de estos viajeros ofrecen una visión distorsionada de la realidad, unos tipos nacionales de rasgos exagerados frente a la ausencia absoluta de otros rasgos quizá también existentes en la realidad. Sin llegar necesariamente a la caricatura, sólo importa resaltar aquellas características totalmente ajenas que van a facilitar la creación de la imagen muchas veces plana y superficial del extranjero.

Sin embargo, nos parece que no por ello el relato de viajes deja de ser un documento que nos ofrece no sólo información acerca de la España del momento, sino sobre todo de la mirada que los viajeros proyectaron en ese país y cómo trasladaron esas impresiones a sus textos, conformando una imagen que se va creando, como veremos, por superposición. Al igual que el gran hispanista y estudioso de los relatos de viaje a España Raymond Foulché-Delbosc, pensamos que todos los testimonios de los viajeros aportan algún tipo de información sobre la realidad del país que describen; como él mismo afirma “il s'agit seulement de faire

⁶ Todorov, Tzvetan, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Seuil, 1989, p. 356.

un choix judicieux des uns et des autres et de n'accorder à chacun que la créance qu'il mérite"⁷.

No obstante, antes de abordar el análisis de los relatos de viajes elegidos para este trabajo, creemos importante recalcar que en nuestra opinión no sólo se trata de documentos que nos aportan informaciones valiosas sobre, en este caso, las mujeres españolas del XVIII, sino que sobre todo son un reflejo de la mirada de los viajeros y, por tanto, de su relación personal con la realidad española que traspasará sus escritos influyendo de este modo en la construcción de una imagen.

El viaje en el siglo XVIII adquiere connotaciones especiales. Aunque desprovisto de la fama de los grandes periplos de los conquistadores de los siglos XVI y XIX, el viaje ilustrado permite al hombre lanzarse al descubrimiento del saber. En esta época, además del viaje formativo o iniciático y el viaje utilitario, existe un viaje de curiosidad, de conocimiento no sólo de culturas lejanas, sino también de otros países europeos.

Viajar se convierte en un arte y para que el viaje sea útil, para llegar a un verdadero conocimiento de otra cultura, el buen viajero debe tener en cuenta una serie de factores que Denis Diderot en su *Voyage de Hollande*⁸ especificaba en forma de preceptos. Entre ellos, el viajero debe poseer una formación adecuada en diversas disciplinas, conocer la historia de su país, al menos entender la lengua del país de destino y leer todo lo posible sobre él antes del

⁷ Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, (1896), Madrid, Julio Ollero editor, 1991, p.1.

⁸ Diderot, Denis, *Voyage de Hollande*, supplément de l'éd. Belin, 1819. Se trata de las notas, bastante elaboradas, que Diderot tomó en La Haya en 1773 y 1774. Incluido en *Oeuvres complètes de Diderot*, Paris, Garnier frères, 1876, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

viaje. Diderot aconseja acercarse a diversos habitantes del país para aprender más y más rápidamente de todos los aspectos de la vida, y previene contra la imaginación y la memoria:

Écoutez beaucoup et parlez peu. En parlant vous direz ce que vous savez ; en écoutant vous apprendrez ce que les autres savent. [...] Et surtout méfiez-vous de votre imagination et de votre mémoire. L'imagination dénature, soit qu'elle embellisse, soit qu'elle enlaidisse. La mémoire ingrate ne retient rien, la mémoire infidèle mutile tout ; on oublie ce qu'on n'a point écrit, et l'on court inutilement après ce que l'on écrivit avec négligence⁹.

Con estas premisas el viaje francés en el siglo XVIII trae consigo un aumento en la publicación de literatura de viajes. Marie-Noëlle Bourguet afirma que 3.540 libros impresos de viajes franceses y extranjeros llenaron las librerías francesas en este siglo, más del doble que en el siglo precedente¹⁰. Porque el viajero a su retorno escribe para relatar a su manera su propia representación de un nuevo mundo. A través de la escritura el viaje alcanza su verdadera finalidad: dar a conocer. El género se hace multiforme, los viajeros adaptan la forma de sus relatos a sus necesidades de escritura; diversidad que apunta hacia una demanda de los lectores igualmente diversificada.

Los viajeros franceses que recorrieron España en el XVIII no parecen tener la intención de ofrecer una guía turística exhaustiva, y de hecho salvo excepciones el recorrido realizado no es excesivamente largo; incluso hay viajeros que se conforman con visitar una o dos ciudades. Se aprecia no obstante en todos ellos una

⁹ *Ibid.*, pp. 367-368.

¹⁰ Bourguet, Marie-Noëlle, "Voyages et voyageurs", en Delon, Michel (dir.), *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, p. 1095.

voluntad de describir un país que había sido una potencia temible, adversaria de Francia, y que había caído en la decadencia; la llegada al trono de los Borbones y la nueva alianza con el país vecino hacen que Francia mire hacia España con otros ojos, atenta a los cambios que espera que se realicen. Por ello muchos de los viajeros incluyen en sus relatos monótonas páginas destinadas a describir las instituciones, las leyes, el funcionamiento de la corte.

No están ausentes de los textos, sin embargo, los lugares comunes de la España negra: las sucias posadas, la mala gastronomía, el poder abusivo del clero, la Inquisición y las corridas de toros. Habrá que ver si se aprecian otras actitudes en los viajeros que quieran ser más “justos” y ofrecer una pintura de la vida española del momento más próxima a la realidad, si la evolución de la mentalidad ilustrada se refleja también en estos textos, si afecta de alguna manera a la formación de la imagen de las mujeres españolas.

La imagen de España que propagaba en Francia la *Encyclopédie* a través del artículo *Espagne* del chevalier de Jaucourt no podía ser más pesimista. Era la de un país empobrecido, gobernado durante siglos por monarcas débiles y avariciosos, en el que se conjugaban todas las fuerzas contrarias a la razón: esclavitud, superstición, el yugo de la Inquisición y el poder excesivo del clero. El orgullo y la pereza de sus habitantes habían terminado con las esperanzas de engrandecimiento en el Nuevo Mundo, y el comercio estaba en manos de extranjeros.

Al menos, se le concedía el detalle de ser considerado un bello país, pero no se le auguraba una salida fácil de esa decadencia en la que estaba sumido: “Ainsi ce beau Royaume, qui imprima

jadis tant de bonheur à l'Europe, est par gradation tombé dans une décadence dont il aura de la peine à se relever"¹¹.

Una España en la que acaba de instaurarse la dinastía de los Borbones, en la que el pensamiento de las Luces hace tímidas incursiones a través de algunos políticos y hombres de la cultura que promueven cambios en la vida y la sociedad española, pero que no deja de ser considerada desde el exterior, junto a Portugal, como una nación opuesta por tradición a todo lo que representan las Luces¹². Tampoco los grandes filósofos como Voltaire o Montesquieu parecen confiar en la recuperación y el progreso de España, que se convierte casi en una caricatura en sus escritos.

Una característica inherente al género de la literatura de viajes, la ausencia de veracidad contrastada con la realidad de lo que se está describiendo y en el momento en que se está describiendo, ha sido tomada tradicionalmente en la historia de la crítica del género como línea de investigación recurrente en el estudio de relatos de viajes. No es nuestro objetivo en este trabajo investigar sobre qué hay de cierto y qué de inventado en el interior de estos relatos, o dónde están los límites entre realidad y ficción. Sospechamos que la conexión espacio-temporal que se establece en el interior de los textos sería de interesante estudio, relevante en este sentido, pero no es ese nuestro objetivo en este trabajo.

Sin embargo, sí que nos proponemos contrastar aunque no de manera exhaustiva la información que de las españolas nos

¹¹ Diderot, Denis, y Alembert, Jean le Rond d', *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, París, Le Breton, 1751-1780, tomo V, p. 953, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

¹² Sobre la visión de España en la Francia de las Luces, véase el artículo de Vázquez, Lydia, "Espagne et Portugal", en Delon, Michel, *Dictionnaire européen des Lumières*, París, PUF, 1997, pp. 416-426.

ofrecen los relatos, recurriendo a fuentes del período que se describe o a estudios realizados sobre el mismo, por considerar que es necesaria una mínima contextualización que dé algo más de luz a las representaciones a veces poco acabadas o superficiales de la mujer española.

Como señala María Antonia Bel, la historia se ha escrito tradicionalmente desde el punto de vista masculino y con unos protagonistas que son asimismo masculinos¹³. Tal vez al analizar el papel de estas mujeres deberíamos plantearnos una perspectiva diferente, lo que en nuestro trabajo se traduce en un intento de comprender mejor la situación de las mujeres españolas del XVIII, planteándonos interrogantes desde la empatía.

Mucho menos nos planteamos indagar en la cuestión de la existencia o no del viaje en sí, es decir, de discernir si se trata de auténticos viajeros o de simples escritores que no habrían realizado jamás el viaje al país descrito. Algunos de los textos que hemos escogido ya han sido estudiados a este respecto, como la *Relation du voyage d'Espagne*¹⁴; otros en absoluto.

Y ello porque lo que intentamos es valorar la imagen de las españolas que estos relatos propagaron entre sus lectores, ese pequeño grano de arena que se unió a la imagen que ya se había ido conformando anteriormente, y que seguiría completándose con las aportaciones de otros viajeros posteriores en el tiempo. Fueran estas imágenes más o menos adaptadas a la realidad española del momento, creemos que eran recibidas con similar aceptación, siempre que siguieran el hilo de la tipología establecida hasta el

¹³ Véase la introducción en Bel, María Antonia, *La historia de las mujeres desde los textos*, Barcelona, Ariel, 2000, pp. 9-48.

¹⁴ Véase a este respecto nuestro estudio de la obra de Madame d'Aulnoy en la parte II de este trabajo.

momento. Esta superposición de imágenes es más recurrente debido a la intertextualidad inherente al género, otra de las líneas de investigación que más se han seguido en el estudio del género, y que tampoco nos ha interesado como punto central para la realización de este trabajo.

Ya fueran leídos por simple curiosidad, afán de información o puro placer de la lectura, el caso es que fueron impregnando la idea que de las españolas podía tener el público lector de la época, cuya información sólo podía provenir de la lectura o del boca a boca. Prosopopeya y etopeya de las españolas se van engarzando de unos relatos a otros, sufriendo ligeras variaciones a medida que evoluciona el siglo. Porque las mentalidades de los viajeros cambian, y en concreto el salto se produce hacia finales de siglo, cuando el desarrollo de las Luces se refleja en la mentalidad ilustrada de algunos viajeros, en una España que a partir del reinado de Carlos III comienza a sufrir algunas transformaciones en la sociedad y la vida española, como veremos.

A la hora de seleccionar los textos de los viajeros franceses sobre los que estudiar la imagen de la mujer española, nos encontramos ante un conjunto de relatos caracterizados por una amplia diversidad textual: en forma epistolar, diarios de viajes, memorias, itinerarios descriptivos. Los diferentes títulos no aportan mucha luz al estudioso, y parecen elegidos por criterios de actualidad en el momento de su publicación.

Así, la *Relation du voyage d'Espagne* de Madame d'Aulnoy es en realidad una sucesión de cartas; otros textos, cuyo título comienza simplemente como *Voyage*, adoptan la forma de la narración de un viaje concreto, como el viaje a España de Jean-Baptiste Labat; de una descripción diacrónica que engloba diversos viajes al mismo lugar, como el de Jean-François Bourgoing, o

incluso una sucesión de referencias a España sin que exista un itinerario físico, como el de Fleuriot de Langle. Por motivos de simplificación de la escritura, a lo largo de nuestro trabajo hemos decidido utilizar la denominación de “relato” para referirnos a todos los textos de nuestro corpus, que ofrecen formas diversas.

Sin embargo la diversidad de estos textos no sólo es formal; escritos en diferentes momentos y con diferentes objetivos, cada uno de ellos lleva impresa la huella de su autor y se convierte en único, como apunta uno de los grandes estudiosos de literatura de viajes, Arturo Farinelli:

Puede ser el relato de viajes una efusión lírica, como una exposición modesta y sencilla, de lo visto y conocido: una descripción, una crónica, un registro, un itinerario de camino, a veces interesa al poeta, al artista; mueve nuestra fantasía, nuestro corazón; despierta un mundo de imágenes; intensifica nuestras visiones. Otros relatos obedecen a una concepción mecánica y positiva de la vida; miran a lo práctico y a lo útil; apuntan nombres de localidades y de personas con perfecta indiferencia hacia la vida íntima de la nación que recorren; y no merecen otra atención que la del documento peregrino en una época determinada¹⁵.

En efecto, desde la simple descripción más pretendidamente objetiva del país y de sus habitantes hasta el relato que gira en torno a la expresión de las impresiones más íntimas del viajero, la literatura de viajes es un género híbrido que abre al estudioso un enorme abanico de posibilidades. Sin embargo optamos contrariamente a Arturo Farinelli por considerar que los relatos más

¹⁵ Farinelli, Arturo, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, tomo II, Roma, Reale Accademia d'Italia, 1942, p. 8.

descriptivos son huellas pertinentes que nos permiten configurar la base que sustenta, a veces incluso hoy día, ciertos tópicos o clichés que han circulado sobre España y los españoles.

Consideramos por tanto que esta variedad textual que emana de los diversos puntos de vista de los viajeros, no hace sino aportar nuevos elementos que enriquecieron la imagen de España y los españoles que los franceses fueron conformando en el siglo XVIII, y que se superpuso a la que ya se había ido construyendo desde mucho antes.

Por este motivo, lejos de centrarnos en un sólo tipo de relato, hemos preferido abordar una variedad de textos publicados desde fines del siglo XVII hasta finales del XVIII, que reflejen las diversas opciones formales así como las diferentes visiones de España a las que tuvieron acceso los lectores franceses de la época. Ya fueran sus autores religiosos, diplomáticos o escritores en viaje ocasional, algunos de los textos que hemos escogido gozaron de más éxito editorial en su época e incluso fueron estudiados y reeditados posteriormente; otros parecen haberse perdido en el tiempo, sólo rescatados por algún estudioso hispanista años más tarde.

Por ello, como veremos, hemos analizado las primeras ediciones de los textos de Madame d'Aulnoy, Jean-Baptiste Labat y Jean-François Bourgoing. Hemos manejado las ediciones en la *Revue Hispanique*, fuente que consideramos totalmente fiable, del texto original no reeditado de Coste d'Arnobat y del anónimo *État politique, historique et moral du royaume d'Espagne l'an MDXXLXV*, este último reedición de un manuscrito original recuperado por Raymond Foulché-Delbosc y no reeditado. Para el *Voyage de Figaro* de Fleuriot de Langle hemos preferido referirnos a una reedición más reciente de la primera edición, magníficamente documentada con el apoyo de otros documentos de la época. Del texto de Peyron,

incluido con posterioridad en este estudio, no hemos podido acudir al texto completo original; a pesar de ello decidimos añadirlo a nuestro corpus por su interés y pertinencia, por lo que excepcionalmente citaremos de una reedición traducida al castellano.

Hemos seguido el criterio de incluir aquellos relatos que en nuestra opinión podían aportar interesantes visiones sobre las mujeres españolas del momento, reflejando al mismo tiempo una nueva mirada hacia el país vecino y las lentas transformaciones que se están produciendo en la España del XVIII. Hemos pretendido asimismo que este corpus permita observar una evolución cronológica que cubra el periodo al que nos hemos limitado, a pesar de que somos conscientes de que es difícil restringir un estudio de estas características a un intervalo de tiempo tan concreto. La limitación temporal resulta más difícil de llevar a cabo al centrarnos en este trabajo en la literatura de viajes, ya que las relaciones intertextuales dentro de este género son numerosas y en ocasiones determinantes para la creación literaria. El siglo XVIII será nuestro punto de referencia temporal, sin que por ello dejemos de contemplar realizaciones anteriores y posteriores determinantes para nuestro trabajo.

Para ampliar información sobre las diferentes ediciones, reediciones y traducciones de los textos analizados, remitimos a las bibliografías, en especial las de Raymond Foulché-Delbosc y Arturo Farinelli, a las que nos referiremos con frecuencia a lo largo de este trabajo¹⁶.

¹⁶ Ambas anteriormente citadas. Recomendamos también una bibliografía más reciente que recoge ambos trabajos y aporta una actualización de datos, con la novedad respecto a las anteriores de combinar la biografía de los autores con el estudio

Partiendo del corpus ya mencionado, nuestro análisis pretende explorar las representaciones de las españolas que los viajeros reflejan en sus relatos. Desde sus diferentes percepciones de la mujer y en su contexto determinado, analizaremos, en primer lugar, los diversos rasgos con que son caracterizadas estas mujeres. Para facilitar el estudio, proponemos un análisis en el que clasificamos las representaciones de manera detallada, distinguiendo entre los diferentes aspectos de la mujer que los viajeros observan de manera recurrente.

En una primera fase analizaremos la figura de la mujer estática, el aspecto referencial; son imágenes de la española que remiten a lo pictórico, en tanto que los viajeros ofrecen visiones de la mujer que se presenta a los ojos del lector de manera similar a la representación en un retrato.

A continuación nos planteamos un estudio más dinámico que incluya las observaciones de las españolas en movimiento, especialmente en cuanto a su relación con el sexo opuesto, ya que el discurso de estos viajeros gira en torno al amor y los comportamientos galantes. Nuestro objetivo es la aproximación a la imagen de conjunto que los viajeros difundieron de las españolas, en gran parte a través de la constatación de la extraña relación de las mujeres con el amor.

Desde el punto de vista estético, en este siglo la expresividad atraviesa las representaciones del cuerpo humano en la literatura y en el arte en general. El rostro y especialmente la mirada son el reflejo de las pasiones humanas.¹⁷ Observaremos cómo reflejan los

bibliográfico de sus obras: García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2000.

¹⁷ Véase Rousset, Jean, *Leurs yeux se rencontrèrent. La scène de la première vue dans le roman*, Paris, J. Corti, 1981.

viajeros este dinamismo en la representación física de las españolas, si desde su perspectiva los rasgos que las caracterizan se corresponden con una imagen paralela en la descripción de su personalidad. La observación de su aspecto externo les dará probablemente la clave de su forma de relacionar el ser y el parecer. Pretendemos dilucidar cuáles son los elementos que influyen en mayor medida en esta construcción de la imagen externa de la española.

Por otra parte, mujer, amor y seducción son conceptos que aparecen con frecuencia relacionados; por ello nos proponemos estudiar con más detenimiento esta relación entre las españolas y su manera de comportarse en el terreno del amor. En este aspecto, las costumbres españolas parecen no sólo atrasadas a ojos de los viajeros franceses, sino que les son tan ajenas que les dedican gran parte de sus observaciones en torno a la mujer. La comparación, explícita o implícita pero siempre presente, con la manera de vivir el amor en su país les llevará a plantearse la vida amorosa de la española como una gran incógnita difícil de resolver.

Indudablemente las nuevas ideas sobre la feminidad que se desarrollan en el pensamiento francés de la época influyen en la reflexión de los viajeros sobre la realidad de las españolas, su manera de vivir y sus actitudes. De la pluralidad de discursos en torno a la mujer, surge la identidad de la naturaleza femenina como un género distinto y no dependiente del masculino. Paul Hoffmann afirma que “chez les “philosophes”, la femme devient femme, par décret. Elle est décrite découvrant, en une progression immobile au-devant d'elle-même, sa nature et en prenant possession”¹⁸.

¹⁸ Hoffmann, Paul, “L’héritage des Lumières : mythes et modèles de la féminité au XVIII^e siècle”, en *Corps et coeur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000, pp. 123-124.

En efecto, la feminidad no es una idea estática sino que la mujer, inscrita en un proceso de cambio, demuestra, como ha señalado Michel Delon, la existencia de una energía femenina, energía que empujará a las mujeres a abandonar el lugar que la tradición les adjudicaba en el hogar. De este modo, en palabras del mismo autor,

Poussés par des impulsions profondes, les jeunes gens et les femmes se révoltent contre les inerties sociales. Ils sont principe de changement, de bouleversement pour le meilleur ou pour le pire [...] Des centaines d'oeuvres montrent la force déployée par des héroïnes pour faire respecter leurs sentiments, faire triompher leur amour¹⁹.

Desde esta nueva perspectiva, los viajeros fijan su mirada en las mujeres españolas a medida que el siglo avanza y por ello nos planteamos la cuestión, que ya avanzábamos al reflexionar sobre la dificultad de comprender al otro desde las estructuras propias, de si estos escritores son capaces de acercarse al menos a una comprensión de los rasgos que definen la feminidad española del momento.

Ante todo nos preguntamos qué elementos de la representación son los que perduran en el imaginario de los lectores. Nos atrevemos a avanzar que aquellos que son más diferentes, más “exóticos”; porque eso es lo que buscamos al mirar al Otro, básicamente nos interesa la diferencia, porque nos reafirma en nuestra convicción de lo que somos, mirándola desde donde

¹⁹ Delon, Michel, *L'idée d'énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, Paris, PUF, 1988, p. 270.

estamos, comparando y aplaudiendo con alivio aquello en lo que nos vemos reflejados. *Comment peut-on être Persan ?*²⁰

Para concluir esta introducción resumimos a continuación la estructura de nuestro estudio.

Hemos dividido nuestro trabajo en tres grandes partes que siguen a esta introducción. En la primera parte, que hemos titulado *La mirada del viajero: el viaje a España*, centramos nuestro interés en analizar la importancia de la difusión de la imagen de España en Francia en el siglo XVIII, a través de los relatos de viajes. Para ello abordaremos en primer lugar la identidad del género de la literatura de viajes, reflexionando sobre las características que lo definen: la intertextualidad, las fluctuaciones entre la ficción y la representación, sus componentes esenciales. Nos detendremos en la diversidad textual de este tipo de textos, en la evolución de las diferentes formas que adopta el relato de viajes.

A continuación haremos una aproximación histórica a la tradición del viaje francés a España anterior al siglo XVIII, y a la imagen de España que se fue transmitiendo a través de los diversos relatos, para pasar a analizar la importancia del viaje francés a España en el XVIII, con la nueva mirada que propiciaban las nuevas premisas del viaje ilustrado. Terminaremos esta parte con un análisis más detallado de la importancia de estos relatos para la difusión de la imagen de España en Francia, y de sus diferentes repercusiones.

²⁰ “Mais toujours prévenus en notre faveur, nous n’accordons du mérite aux autres nations qu’autant que leurs mœurs imitent les nôtres, que leur langue se rapproche à notre idiome. Comment peut-on être Persan ?” La cita es del “Avertissement” de las *Lettres d’une péruvienne* de Madame de Graffigny (1747), en: *Romans de femmes du XVIII^{ème} siècle*, R. Trousson (ed.), Paris, Laffont, col. Bouquins, 1996, p. 79.

Pasaremos después a presentar nuestro corpus de trabajo, aportando datos sobre los siete relatos escogidos: sobre los autores, sus obras y la obra en concreto que vamos a analizar, con el objeto de situarlos y ofrecer una aproximación global a todas ellas.

Hemos titulado nuestra segunda parte *Imagen de la mujer española en el siglo XVIII*. En ella analizaremos las diferentes representaciones de las mujeres españolas que los viajeros nos ofrecen en sus relatos, en su mayor parte dentro de un estatus social de clase alta. Comenzaremos con un análisis de los espacios en los que aparece la mujer española, pasando a continuación a analizar su retrato propiamente dicho. Para facilitar el análisis distinguiremos entre la descripción de los rasgos físicos, los atributos externos y los rasgos que definen la personalidad de la española. Dedicaremos también un apartado a las representaciones de las mujeres de la clase popular. De este análisis deduciremos una primera aproximación a la representación de las españolas en los relatos de los viajeros.

En la tercera parte, titulada *La mujer española: amor y seducción*, abarcaremos el estudio de las relaciones de la mujer española con el sexo opuesto desde el punto de vista de los viajeros. Comenzaremos con una aproximación a los espacios de sociabilidad de las mujeres españolas, para continuar con un análisis de las estrategias y armas de seducción que emplean frente a los hombres.

Abordaremos después diferentes aspectos que los viajeros señalan en su observación de las relaciones amorosas de las españolas: el desarrollo de los encuentros amorosos en España, la forma de vivir el amor y la fuerza de las pasiones, la moda del “cortejo” y la crisis del matrimonio. Terminaremos con una reflexión en torno a la extraña conciliación a los ojos de los viajeros franceses de la devoción religiosa y los usos amorosos en las mujeres españolas.

Completamos nuestro estudio con algunos ejemplos pertinentes de la obra plástica de autores contemporáneos a los viajeros que reflejan a la mujer española del momento, que insertamos a lo largo de nuestros capítulos III y IV, a modo de apoyo visual que complemente los diversos aspectos que hemos tratado en nuestro trabajo. Terminaremos con las conclusiones y la bibliografía detallada de todas las obras consultadas.

VOYAGES

DUP. LABAT

II

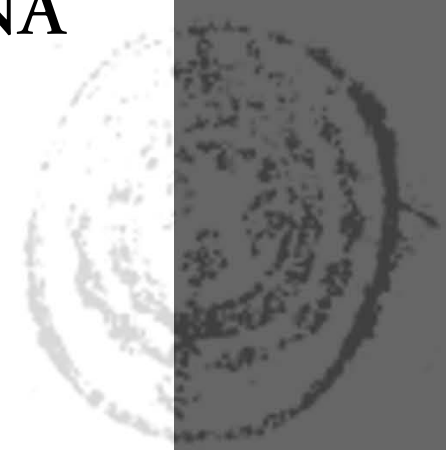
DE L'ORDRE DES FR. PRECHEURS,

EN ESPAGNE

ET

EN ITALIE.

LA MIRADA
DEL VIAJERO:
EL VIAJE A ESPAÑA



A PARIS, rue S. Jacques,

JEAN-BAPTISTE DELESPINE,
Imprimeur-Libraire ordi-
naire du Roy.

CHARLES J. B. DELESPINE

Paris, Libraire.

à Saint
Paul.

chez

[1.]
**La imagen de España en Francia a través de los
libros de viajes**

1.1. Libros de viajes: la expresión de lo común y lo diferente

La importancia del viaje en el imaginario humano y sus repercusiones en la escritura son indiscutibles a lo largo de todas las épocas; la definición del relato de viajes como género se presenta como una tarea compleja, ya que si bien se trata de una expresión comúnmente utilizada, en realidad supone un punto oscuro que se resiste al análisis, tal vez como resultado de “les confusions, présupposés ou inconséquences de la critique même”²¹.

²¹ Véase el interesante ensayo de Adrien Pasquali, *Le tour des horizons. Critique et récits de voyage*, Paris, Klincksieck, 1994, especialmente el capítulo VIII: “Des genres du récit de voyage”, pp. 91-109, en el que el autor analiza los diferentes aspectos que han llevado a la crítica a posponer una definición del relato de viajes como género, así como las dificultades que ello entraña, y las diversas transformaciones sufridas a lo largo de la historia en las modalidades discursivas del relato de viajes. La cita es de la p. 92.

Al aproximarnos al relato de viajes e intentar acotar el género, cabría comenzar distinguiendo entre la literatura de viaje (estamos pensando en el viaje dentro de la ficción, el viaje imaginario o el viaje iniciático como hilo conductor de tantas novelas) y los libros o la literatura de viajes, género caracterizado por una función representativa por encima de la ficcional.

Dejando de lado el discurso sobre la pertinencia o no de la inclusión de estos textos dentro de la literatura, o la consideración del género como paraliterario en el sentido que le otorga Villar Dégano a la paraliteratura²², nos encontramos frente a una literatura en la que, inversamente a la ficción, que inventa un objeto a su medida, se trata de representar un objeto que ya existe fuera de esa escritura referencial²³.

Mientras que el texto de ficción “ne conduit à aucune réalité extratextuelle”, ya que todo lo que toma de la realidad lo transforma en elemento de ficción²⁴, el texto referencial se caracteriza por la relación que se produce entre un escritor y un objeto preexistente. En el caso de la literatura de viajes, la relación se produce con el extranjero, con el Otro, y esta mirada sobre el otro es la que permite

Asimismo sobre el género de viajes véase Mesnard, Jean, *Les récits de voyage*, Paris, Nizet, 1986; y Rajotte, P. (dir.), *Le récit de voyage. Aux frontières du littéraire*, Montréal, Triptyque, 1997.

²² Un intento de delimitar el género mediante el establecimiento de sus rasgos distintivos, así como su inclusión dentro de la llamada “paraliteratura”, se encuentran en el artículo de Juan F. Villar Dégano “Paraliteratura y libros de viajes”, en la revista *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 15-32.

²³ Este es el punto de partida del estudio de Christine Montalbetti sobre el viaje como escritura del mundo y reescritura de la biblioteca, y sobre las relaciones contradictorias de intertextualidad y referencia que se establecen en el interior de esta escritura referencial, *Le voyage, le monde et la bibliothèque*, Paris, PUF, 1997.

²⁴ Genette, Gérard, *Fiction et diction*, Paris, Seuil, col. “Poétique”, 1991, p. 37.

encontrarse con el Yo. En este sentido, el relato de viajes se construye sobre la diferencia, pero ha de utilizar el vocabulario de lo común para darse a entender. Como afirman Isabel Herrero y Jean Marie Goulemot, “la comunicación del exotismo tiene ese precio”: se trata de decir lo otro utilizando el vocabulario de lo mismo²⁵. Tal vez la mayor dificultad al escribir un relato de viajes radique en la búsqueda de un lenguaje adecuado a la realidad del mundo que se desea describir. Porque el contrato adquirido con los lectores del texto *viatique* difiere del aceptado por los lectores del relato de ficción: debe someterse a la prueba de los hechos demostrados.

El relato de viajes lleva implícita la representación del espacio²⁶, puesto que conlleva una descripción espacial dinámica que responde a los cambios de lugar por los que el viajero se va desplazando, desde un punto inicial de partida hasta uno final de llegada. Al mismo tiempo se produce una situación de crisis, de ruptura entre lo conocido, el punto de partida, y lo desconocido, el destino al que se pretende llegar.

Viajar fuera de las fronteras del propio país es ya un acto de comparación; en este sentido afirma Pierre Brunel que “le voyageur est comparatiste, et le comparatiste est un voyageur”²⁷. Este encuentro con lo desconocido hace que aparezca una cierta tensión

²⁵ Herrero, Isabel y Goulemot, Jean Marie: “Relatos de viajes e imágenes francesas de España”, en Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Madrid, ed. Castalia, 2002, p. 314.

²⁶ Covadonga López Alonso estudia las diferentes representaciones del espacio, ya sea físico, geométrico o psicológico, en los relatos de viaje en su artículo “Viaje y representación espacial”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 33-45.

²⁷ Véase el prólogo de Pierre Brunel en Moureau, François (dir.), *Métamorphoses du récit de voyage. Actes du Colloque de la Sorbonne et du Sénat (2 mars 1985)*, Genève, Slatkine, 1986, pp. 7-13.

que provoca el nacimiento de una imagen del “allá” en la que también se ponen de manifiesto los prejuicios, las ideas, las opciones políticas o las determinaciones históricas que marcarán la creación literaria. Todo un conjunto de factores que surgen de la propia realidad del autor, conocidos o secretos, condicionan su modo de representación de esa imagen²⁸.

Al mismo tiempo, la literatura de viajes recoge el testigo de toda la literatura anterior, que la condiciona, y que ejerce sobre el nuevo texto su poder de modelización. A modo de filtro entre el mundo y la escritura, la biblioteca proporciona un marco creado *a priori*, provocando un efecto de perturbación en el nuevo texto que es el riesgo de duplicar un texto anterior, lo que Christine Montalbetti llama “le risque de la redite”²⁹. No obstante, este efecto “boule de neige”, según palabras de Pierre Brunel, que es consustancial al género, puede observarse desde una óptica positiva ya que aporta al nuevo texto la posibilidad de enriquecerse con los anteriores y tomarlos como guía para el viajero:

La littérature de voyage fait en quelque sorte boule de neige. Non seulement les ouvrages précédents peuvent servir de guide au voyageur (Goethe utilise Volkmann, et Stendhal Lalande), mais encore le récit de voyage nouveau s’enrichit de leur substance. Pour l’érudit, l’invitation au voyage se transforme alors en sollicitation d’une archéologie livresque.³⁰

²⁸ Véase la introducción de Moura, Jean-Marc, *L’Europe littéraire et l’ailleurs*, Paris, PUF, 1998.

²⁹ Véase el capítulo titulado “La médiation de la bibliothèque”, en Montalbetti, Christine, *op. cit.*, pp. 53-97.

³⁰ Brunel, Pierre, *op. cit.*, p. 8.

Así, la intertextualidad propia del relato de viajes se enmarca en ese diálogo entre lo otro y lo mismo. Sitúa al nuevo relato al final de una serie de relatos que lo han precedido, y con los que debe competir. Este nuevo relato de viajes parte de la base de que lo ha dicho todo y mejor que los anteriores; por ello es frecuente que en los prólogos o advertencias que el autor dirige a sus lectores se haga referencia, a veces de manera muy crítica, a los relatos precedentes.

De este modo, el prólogo adquiere una función crítica, y al mismo tiempo es el espacio textual destinado a crear el efecto de lo real³¹, permite certificar la autenticidad de lo que el lector va a encontrar allí, mediante un discurso testimonial en el que el autor expone su propósito de veracidad. Este prefacio o advertencia se revela especialmente importante en los textos en los que se produce un deslizamiento de la realidad hacia la ficción, en los que se trata en realidad de una compilación o en los que recurren directamente al plagio³².

No es el único recurso que utiliza el viajero-escritor para contribuir a proporcionar la impresión de veracidad; entre otros mecanismos, la anécdota en el interior del relato de viajes ha sido estudiada también como elemento que desempeña dicha función, a

³¹ Véase Barthes, Roland, “L’effet du réel”, en *Essais critiques IV. Le bruissement de la langue*, Paris, Seuil, 1984, pp. 167-174 [rééd. del artículo publicado en *Communications* nº 11, 1968].

³² Jean-Michel Racault hace un interesante estudio sobre las diferentes funciones que desempeñan los prefacios en los relatos de viajes imaginarios en “Les jeux de la vérité et du mensonge dans les préfaces des récits de voyages imaginaires à la fin de l’Age classique (1676-1726)”, en Moureau, François (dir.), *Métamorphoses du récit de voyage*, *op. cit.*, pp. 82-109.

pesar de encontrarse en la frontera entre la historia real y la ficción³³.

En última instancia, el relato de viajes está formado por cuatro componentes indispensables: el sujeto, el destinatario, el mundo y el texto, cuyas características específicas y cuya presencia más o menos relevante dentro del relato delimitan diferentes modos de ser y diversos efectos de lectura. En este sentido, como señala Claude Reichler, para conocer al otro y al mundo:

[...] il faut parvenir à les dire, à les représenter dans une parole dont la forme et la force rejaillissent sur ceux qui la tiennent ou l'entendent, et par contrecoup leur révèlent à eux-mêmes une incomplétude qu'il ne leur est plus possible de méconnaître, et qui les définit³⁴.

Nos detendremos a continuación en uno de los elementos que dificulta el establecimiento de un género definido y homogéneo, que lo hace casi inabordable. En efecto, como si quisiera reflejar la diversidad de discursos del mundo, la literatura de viajes adopta múltiples formas en las que también el papel del viajero-escritor se diversifica sobremanera.

³³ Véase el estudio sobre el papel de la anécdota en los relatos de viajes de Sophie Linon-Chipon: "Certificata loquor. Le rôle de l'anecdote dans les récits de voyage (1658-1722)", en Antoine, Philippe et Gomez-Géraud, Marie-Christine (dir.), *Roman et récit de voyage*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001, pp. 193-203.

³⁴ Reichler, Claude, en el prólogo a Pasquali, Adrien, *op. cit.*, p. XVII.

1.2. La diversidad textual del relato de viajes

La transformación de un género que tradicionalmente había sido incluido en la literatura geográfica, dentro de la disciplina de Historia, se produce fundamentalmente a lo largo del siglo XVII, como consecuencia de un cambio en el público lector que promovió una apertura del género hacia un nuevo mercado literario. “Les *voyages* sont les Romans des honnêtes gens”³⁵, afirmaba Antoine Furetière en 1690, dando testimonio del ascenso de la literatura de viajes al nivel de una literatura abierta al lector de a pie y dirigida a un público culto. Una literatura que hasta entonces estaba destinada a un público minoritario, a una élite de humanistas y científicos (geógrafos, cosmógrafos), amplía su difusión hacia el público interesado en conocer el mundo. De este modo empiezan a difuminarse las fronteras entre la erudición y la cultura general.

Por otra parte, también en el XVII, el académico Jean Chapelain constataba el auge de la lectura de libros de viajes, en detrimento de las novelas, como una fuente de diversión y utilidad:

Notre nation a changé de goust pour les lectures et au lieu des romans qui sont tombés avec la Calprenède, les voyages sont venus en crédit et tiennent le haut bout dans la cour et dans la ville, ce qui sans doute est d’un divertissement bien plus sage et plus utile que celui des agréables bagatelles qui ont enchanté tous les fainéants et toutes les

³⁵ Furetière, Antoine, *Dictionnaire universel*, éd. 1727, t. IV, art. “Voyage”, citado por Wolfzettel, Friedrich, en *Le discours du voyageur. Le récit de voyage en France, du Moyen Âge au XVIII^e*, Paris, PUF, 1996.

La edición de 1690 se encuentra disponible en <<http://www.ens-lsh.fr/labo/CID/classique/furetier.htm>>. La reedición de 1727 fue revisada por M. Butel de la Rivière, La Haye, Hubon, 4 vol.

fainéantes de deça dont nos voisins italiens, allemands, hollandais ont sucé le venin à leur dommage et à leur honte³⁶

Podemos considerar que el *status* del relato de viajes en el siglo XVIII, que Isabel Herrero y Jean Marie Goulemot califican de “ambiguo”³⁷, es una consecuencia directa de los modelos textuales gestados en la época inmediatamente anterior, es decir, el viaje en el siglo XVII. Esta ambigüedad proviene en primer lugar de la tradicional heterogeneidad formal de lo que podemos denominar relato de viajes, de la pluralidad textual que engloba el término literatura de viajes. Nos atrevemos a afirmar que la variedad de motivos que originaron el viaje a España trajeron consigo otras tantas formas de expresar el testimonio de esta visita.

Heredero de los viajes científicos, descripciones de misioneros o viajes de peregrinación, uno de los requisitos fundamentales en cualquier relato de viajes era la representación de la realidad, de la verdad histórica, frente a la ficción. La terminología utilizada para caracterizar estos relatos de viajes en el siglo XVII tenía la función de provocar en los lectores la impresión de veracidad: relación, viaje, historia, descripción, itinerario. De este modo se intenta establecer el valor epistemológico de la historia escrita; no existía, por tanto, una terminología definida de manera estricta o coherente.

Las denominaciones de “itinerario” o “viaje” parecen ser las más antiguas, ya que se trata de términos utilizados para designar el relato de viajes ya desde el siglo XV. Ambos parecen reflejar una forma de estructurar la información contenida en el relato, con un

³⁶ Lettre du 15 décembre 1663 à Carrel de Sainte Garde, en *Lettres* (1883), citado por Pasquali, Adrien, *op. cit.*, pp. 13-14.

³⁷ Herrero, Isabel y Goulemot, Jean Marie, *op. cit.*, p. 313.

fuerte componente organizador de tipo espacial junto al cronológico, a partir del cual se desarrolla la narración, quizá influido por el viaje de peregrinación.

Por otra parte, el término *relation* se venía usando desde la época clásica para designar las aventuras escritas por un viajero, incluyendo las observaciones llevadas a cabo durante su viaje y escritas en primera persona. El propósito del “narrateur-personnage-témoin”³⁸ de la relación de viajes era presentar a los lectores de la manera más objetiva posible una realidad más o menos novedosa o desconocida. Los primeros textos de viaje a España que ostentan el título de “relación” o *relation* datan de mediados del siglo XVI³⁹.

Sin embargo, la relación de viajes, en cuya base se encuentra la narración, va adquiriendo a lo largo del XVII un carácter más cercano a la literatura de ficción, hecho este que le permite competir con la novela; es el caso de Madame d’Aulnoy, que inserta “historias” en su relato de viaje y por otra parte también escribe literatura de ficción. De este modo ocupa un lugar intermedio entre la novela barroca y la futura novela realista y psicológica, como apunta sabiamente Friedrich Wolfzettel:

À mesure que le roman baroque à la Scudéry tombe en décrédit et avant la naissance du roman réaliste et psychologique, le récit de voyage vient donc occuper naturellement une place vacante. En se

³⁸ Véase Pasquali, Adrien, *op. cit.*, p. 91.

³⁹ Según la bibliografía de Foulché-Delbosc, el primer texto de viajes a España en francés en cuyo título aparece este término es la *Relation d’un voyage en Provence, Espagne, Portugal, Angleterre et Hollande*, texto anónimo de 1612. En los relatos de viajes en castellano el término “relación” comienza a aparecer con anterioridad, en títulos que guardan siempre cierta correspondencia con la descripción de sucesos que se refieren a la realeza desde 1560. Véase *op. cit.*, p. 42.

“littérisant”, le genre des voyages change, en effet, de statut et réalise les visées plutôt théoriques des humanistes du XVI^e siècle.⁴⁰

En esta relación autobiográfica, el *yo* viajero describe, juzga y atestigua la veracidad de lo que está contando, pero todavía no es un *yo* que se guíe por sus sentimientos. No obstante, la escritura en primera persona hace surgir en el lector el acercamiento a una experiencia personal, no se trata de leer una descripción fría y anónima, sino el relato de una persona que se relaciona con ese mundo que describe. El progreso de la narración se ve propiciado por esta utilización de la primera persona y de este modo la relación de viajes participa en la constitución de la narración novelesca en dicha primera persona.

Otras formas autobiográficas que adopta el relato de viajes son el diario y las memorias, en los que se insertan descripciones, vivencias, reflexiones y anécdotas que enriquecen el relato mediante la aportación de una reflexión subjetiva. Como indica Wolfzettel⁴¹, el valor originario del diario íntimo como esbozo para la realización posterior del verdadero texto o relación se invierte, de manera que el diario se revaloriza y adquiere una dimensión de toma de conciencia y testimonio de excepción. Por medio de la reflexión, el viaje se convierte en aventura intelectual, en interpretación personal; el propósito de sinceridad del autor legitima cualquier transgresión de las buenas formas.

Al mismo tiempo que se va produciendo esta evolución, el relato de viajes en forma epistolar, que se pone de moda hacia 1650, va a propiciar esa expresión de la sensibilidad y de una fuerte

⁴⁰ Wolfzettel, Friedrich, *Le discours du voyageur, op. cit.*, p.132.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 244-249.

subjetividad en el relato, a veces disfrazada por medio de la ironía. La función narrativa o descriptiva del libro de viajes se completa ahora con una función expresiva que permite un tono más familiar e íntimo, dialogante, ya sea en verso o en prosa.

Este resurgir de la subjetividad en el género *viatique*, ligado a la forma epistolar, está basado en la supuesta complicidad de los lectores que entran en el juego establecido entre dos o más corresponsales. Se trata de un modelo que pervive por lo menos hasta Alexandre Dumas en su viaje a España *De Paris à Cadix (1848-1851)*. Dado que se trata de una expresión de la experiencia individual, este tipo de texto puede servir como instrumento al proyecto colectivo de las Luces. En general el mecanismo adoptado para la redacción de estas cartas de viaje es el siguiente: se trata de unas cartas ficticias, destinadas a un destinatario funcional pero no necesariamente real, y escritas con posterioridad a la realización del viaje.

Así, estamos frente a una puesta en escena epistolar, un artificio que sin embargo conforma un género de gran credibilidad. En la narración de las cartas, que supuestamente se produce de manera paralela al viaje, se introducen variados mecanismos para ofrecer al lector la sensación de simultaneidad. El procedimiento epistolar se adopta con el propósito inicial de que las cartas lleguen a un público lector.

Los relatos de viajes escritos en forma epistolar hacen avanzar la función del narrador testigo hacia una función más subjetiva e individual; el autor puede permitirse un discurso más personal, que le ofrece la posibilidad, a su vez, de insistir en aquellos aspectos que más le fascinan o que supuestamente interesan al destinatario. El narrador se ve capacitado para incluir sus impresiones a medida que se le presenta la ocasión, resultando un

viaje dinámico y variado en el que cabe cualquier sorpresa o imprevisto.

Sin embargo no dejan de publicarse en el siglo XVIII otros relatos de viajes que, puesto que son el resultado de un encargo oficial concreto, adoptan un tono más cercano al informe. Así, las historias o descripciones de la situación contemporánea de un país (a menudo tituladas como *Estado presente...* o *Estado actual...*), resultado de embajadas extranjeras o de expediciones científicas o artísticas, son plasmados en textos con un fuerte componente discursivo argumentativo o descriptivo.

Un intento de clasificación temática de los relatos de viajes fue el llevado a cabo por Gaspar Gómez de la Serna, que distinguía los siguientes tipos de viajes: económicos, científico-naturalistas, artísticos, histórico-arqueológicos, y literario-sociológicos⁴². Pero el relato de viajes, como consecuencia de su heterogeneidad intrínseca, que también se refiere a su contenido, se resiste como hemos apuntado con anterioridad a cualquier clasificación rígida, y resulta difícil incluir determinados relatos en un apartado concreto; sobre todo en el siglo XVIII, cuando el viaje “tiende a convertirse en viaje *total*”⁴³. Un nuevo orden racional y un espíritu independiente del viajero, junto con el deseo de adquirir nuevos conocimientos que no se limiten a las normas del *grand tour* y que marquen la diferencia frente a las supersticiones y prejuicios anteriores, propician que el relato de viajes se empape de una subjetividad distanciada y crítica.

Como resumen de lo anteriormente expuesto podríamos afirmar que si algo caracteriza al relato de viajes es su diversidad, su

⁴² Véase Gómez de la Serna, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 78-81.

⁴³ Álvarez de Miranda, Pedro, “Sobre viajes y relatos de viajes en el siglo XVIII español”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, p. 115.

multiplicidad de formas, que lejos de plantear un problema por la dificultad de clasificación que entraña, resulta estimulante en el sentido en que implica una gran libertad en la composición de los relatos. Esta libertad formal podría ser la clave del género mismo:

D'une manière générale, le genre comme totalité n'est à notre sens pensable que comme montage de genres. Un des traits distinctifs et majeurs du récit de voyage pourrait d'ailleurs bien être sa capacité à accueillir cette diversité de genres et de types discursifs, *sans le souci de les homogénéiser*.⁴⁴

1.3. España, una doble fascinación: antecedentes

El viaje a España en el siglo XVIII, como ya había ocurrido en épocas anteriores, forma parte del imaginario francés como itinerario aventurero. Aventura meridional, viaje a un país cálido, atrasado, casi africano: en definitiva, a un país diferente. España levanta pasiones; una vez que el viajero se acerca a ella, puede provocar la admiración o el desprecio, pero rara vez lo deja indiferente.

Si el viaje a Italia representó para los jóvenes ingleses de clase alta el elemento esencial dentro de su “grand tour”, como rito imprescindible para su formación y el paso a la edad adulta, para los franceses significaba la iniciación a las bellas artes y a la cultura más refinada en las diferentes épocas. Frente al viaje italiano, el viaje a España adquirió según las épocas un cariz diferente y siempre cambiante, “fut tout autre chose et toujours différent”, como

⁴⁴ Pasquali, Adrien, *op. cit.*, p. 113.

indican Bartolomé y Lucile Bennassar en su antología sobre el viaje a España⁴⁵.

Esta transformación permanente del relato del viaje a España como género, que nunca se estableció como tal con una tipología claramente definida, es uno de los motivos que explican la gran cantidad de textos escritos por viajeros que engloban las bibliografías sobre el viaje a España. Para aproximarnos un poco a lo que significó este recorrido francés por el país vecino, basta con consultar la bibliografía clásica de Raymond Foulché-Delbosc, que abarca textos diversos que datan desde el siglo II hasta finales del XIX. Este elenco de títulos permite constatar y sorprenderse con la gran cantidad de viajeros que visitaron nuestro país en las diferentes épocas, muchos de ellos olvidados, algunos redescubiertos después de años de olvido.

Según los datos que el mismo estudioso nos ofrece, entre las 858 ediciones originales que componen su bibliografía del viaje a España en diferentes idiomas (dieciséis, incluido el español), la mayor proporción (313 en total) corresponde a escritos redactados en francés⁴⁶. En la antología más reciente de Bartolomé y Lucile Bennassar se incluyen hasta noventa y tres viajeros franceses a España que dejaron su testimonio entre los siglos XVI y XIX, tratándose tan sólo de una selección de autores.

En cualquier caso España, mucho antes de que llegara la gran expansión de los viajes de turismo, pasó por diferentes etapas en las que fue observada desde puntos de vista distintos, en función de las relaciones siempre complejas entre España y Francia y las

⁴⁵ Bennassar, Bartolomé et Lucile, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*, Paris, ed. Robert Laffont, col. Bouquins, 1998, p.I.

⁴⁶ Foulché-Delbosc, Raymond, *op. cit.*, p. 2.

circunstancias del momento, pero nunca perdió su interés como punto de destino del viaje francés. Como resultado de esta diversidad otras tantas visiones dispares de España y de los españoles quedarían impregnadas en el imaginario cultural francés.

Como recuerda Dolores Jiménez, el siglo XVII trajo consigo un interés nuevo por nuestro país, por su cultura y por su lengua. La representación literaria de España en Francia pasa entonces a través del género picaresco, que seguirá desarrollándose con bastante fortuna en la siguiente centuria, con la colaboración de autores como Alain René Lesage y Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais. Llevados por una curiosidad política o cultural, muchos fueron los franceses que viajaron a España en el XVII, por diferentes motivos⁴⁷. Testimonio de este auge son los numerosos textos que nos dejaron, relatos de viaje que los lectores de la época incorporaban a su imaginación construyendo su propia leyenda de España.

Una leyenda que tiene dos caras, ya que desde la antigüedad España se ha representado basculando entre un lado amable y otro oscuro, de la riqueza natural y la belleza despreocupada a la pereza y la negligencia de sus habitantes. La imagen clásica de España era casi la de un paraíso, un país fértil, con un clima agradable y cálido, poblado por habitantes dignos y leales, deseado por los grandes conquistadores del pasado que dejaron en él su huella: griegos, romanos, árabes.

Pero los testimonios del siglo XVII así como los de principios del XVIII, que en su mayor parte aportan poco de original a sus predecesores, van haciendo una transposición hacia una imagen menos idealizada, derivando hacia la representación de

⁴⁷ Véase el artículo de Dolores Jiménez Plaza, “Viajes a España *a la francesa*”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, pp. 203-213.

un país atrasado, marcado entre otros defectos por la ignorancia, las pasiones exageradas y la pereza.

Por consiguiente a los ojos de Francia, España ha sido representada dentro de lo que podemos llamar, como ha indicado Elena Fernández Herr, una leyenda negra y otra blanca (o dorada) que provienen en gran medida de las diferentes reacciones que nuestro país provocó en Europa a lo largo de la historia, ya fuera en el papel de nación dominada, ya en el de dominadora:

L'Espagne a joui et souffert de deux légendes, celle que les Espagnols appellent "noire", et qui a fait couler beaucoup d'encre, et une autre que nous appellerons "blanche", ou même "dorée", qui les a beaucoup flatés. Les deux sont, en partie tout au moins, le produit des émotions que soulevèrent les rôles opposés de dominée et de dominatrice. La satisfaction que le monde gréco-latin (et plus tard les Arabes) éprouva a exploiter et à posséder l'Espagne engendra la seconde, tandis que le dépit, la jalousie, l'humiliation, engendrèrent la première, à partir, dans les deux cas, de faits réels plus ou moins défigurés.⁴⁸

La lectura de los relatos de los viajeros, ya tuvieran forma de diario, relación, cartas o descripciones, se nos ofrece como uno de los orígenes principales de la imagen que los franceses se hicieron de España a lo largo del siglo XVIII, mucho antes de llegar a la construcción de la España romántica. Así, una de las últimas grandes relaciones de viajes del siglo XVII, la de Madame d'Aulnoy, refleja con perspicacia y minuciosidad el carácter de los españoles. Ciega devoción o religiosidad mal entendida, celos, gravedad,

⁴⁸ Fernández Herr, Elena, *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823*, Paris, Didier, 1973, p. 21.

tristeza, ignorancia, pereza, orgullo y superstición parecen ser la raíz de todos los males que aquejan al país, empobrecido y atrasado.

Es la imagen de una nación poco desarrollada, marcada por el carácter de sus habitantes que la han precipitado a su ruina. Vista desde la superioridad de una Francia poderosa y civilizada, el tópico de la España negra emerge y va conformándose.

Los relatos que dejaron los viajeros del siglo XVII fueron elaborando una imagen de lo español que, como veremos, se construye por superposición. Textos como la *Relation du voyage en Espagne* de Madame d'Aulnoy configuraron una imagen de España y de los españoles que se verá fielmente reflejada en los relatos de viajeros de principios del XVIII. El problema radica en que se trata de una imagen estática que no evoluciona mientras que el original, la España de los borbones, va progresando lentamente.

Los tópicos que aparecían en los relatos de principios del XVIII, heredados del XVII, ya no tienen sentido cincuenta años más tarde, como señalará Jean-François Peyron en el prólogo a su *Nouveau voyage en Espagne*, sobre un viaje que realizó en 1777 y 1778 y cuya primera publicación tuvo lugar en 1780. Los usos y costumbres han cambiado, y no se puede seguir afirmando, como hiciera el padre Labat, que todos los españoles, hombres, mujeres y niños, van con la cabeza descubierta y que además los hombres se afeitan la cabeza para favorecer la transpiración:

El padre Labat nos engaña o las costumbres han cambiado mucho. Un español no sale jamás sin su ancho sombrero. Sus cabellos, que no hace afeitar, son retenidos bajo una red de seda que llaman *redecilla*. Las mujeres llevan un velo sobre una redecilla semejante. No se ignora cuán aficionados son los españoles a sus sombreros, mucho más pesados, más calientes y mayores que los nuestros, puesto que este

objeto fue la causa de motín en Madrid y que el rey no ha podido conseguir prohibírselos más que en la capital.⁴⁹

Sin caer en “la pobre idea de que nuestros vicios, nuestra leyenda negra, nuestras miserias nos las han inventado siempre desde un extranjero hostil por naturaleza a lo hispano”⁵⁰, otorgar a cada relato el crédito que se merece es tarea del lector, una tarea difícil de acometer y que proviene de la diversidad característica de la literatura de viajes que hemos esbozado ampliamente.

Por esta razón, como acertadamente señalara Raymond Foulché-Delbosc, no deberíamos despreciar ningún documento que pueda ayudarnos a formarnos la idea de un país, sus costumbres y habitantes en una época determinada, sólo es necesario distinguir el crédito que cada uno merece. En efecto, los relatos de viaje son una fuente preciosa de informaciones de diversa índole

[...] auxquels on a eu trop peu recours jusqu'ici et que l'on aurait grand tort de laisser plus longtemps inutilisés. De même que les mémoires, ce sont des écrits d'une valeur inégale : composés, pour la plupart, d'après des notes prises au jour le jour, publiés le plus souvent, surtout dans la période contemporaine, au lendemain même du retour du voyageur, ils sont rédigés avec un moindre souci de la forme que telle ou telle autobiographie dont on a soigneusement pesé

⁴⁹ Peyron, Jean-François, *Nuevo viaje en España*, (1777-1778), en García Mercadal, José (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, p. 720. Nos permitimos citar la versión española, ya que por problemas de tiempo, no hemos podido acceder a la versión original.

⁵⁰ Díez Borque, José María, “Viajeros extranjeros por la España del siglo XVII”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, p 94.

tous les termes pendant de longues années ; mais, envisagés comme documents, ils ne peuvent que gagner à cette absence de retouches.⁵¹

Y es que, como concluye este gran estudioso, el tiempo no ha mermado la perspicacia y el acierto de estas impresiones. Los férreos posicionamientos o el enconamiento de ciertas apologías personales no han logrado subordinar la verdad al interés.

1.4. La pasión viajera a España en el siglo XVIII

El viaje alcanza en este siglo una importancia especial. Muchos viajeros llegaron a España sólo con la intención de viajar y escribir después un libro de viajes; otros vinieron por diversos motivos, pero aprovecharon igualmente la ocasión para escribir. Miguel Batllori afirma que la visión y la interpretación de la España del XVIII en Europa entre lo que él llama “capas de cultura media” procede fundamentalmente de la lectura de estos variados y numerosos relatos de viaje⁵².

Entre todos ellos, el viaje a España cobra relevancia como destino por sí mismo. De este modo, aumenta progresivamente el número de viajes a España como único destino de manera exclusiva, y no como parte de un periplo más completo. Isabel Herrero y Jean Marie Goulemot afirman que se produce entonces un descenso en el interés de los lectores por la historia contemporánea de España en

⁵¹ Foulché-Delbosc, Raymond, *op. cit.*, p. 1.

⁵² Véase Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la Francia del siglo XVIII”, en José M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.

favor de un aumento del mismo hacia los relatos de viajes, que ofrecen una visión de la España cotidiana y que pasan a ocupar un lugar preferente como fuente informativa. El motivo de este fenómeno podría encontrarse en el desplazamiento de los centros de interés “a las costumbres y a los individuos, en detrimento del análisis dedicado a las instituciones y las élites sociales y políticas”⁵³. Como si el testimonio individual del viajero tuviera más fiabilidad que el discurso histórico, precisamente porque proviene de un solo individuo, en una época marcada por el auge de lo individual.

Por consiguiente, los viajeros de la época dejaron una abundante producción que, además de ofrecer amenas lecturas, eran y siguen siendo a los ojos de Pedro Álvarez “un arsenal de noticias inagotable para los historiadores”⁵⁴.

Entre todos estos libros de viajes podemos distinguir en primer lugar entre dos grandes grupos de textos. Por un lado, aquellos que pretenden relatar un viaje más o menos verídico, o al menos verosímil, y que tienen un carácter eminentemente literario; por otro, los que se proponen transmitir a los lectores informaciones de interés cultural con una función seria y divulgativa. Los textos que pertenecen a la época correspondiente al reinado de Felipe V (1700-1746) se enmarcarían fundamentalmente en el primer grupo, mientras que el segundo grupo sería el representativo de otro tipo de viaje, el viaje ilustrado, cuyas características encontramos fundamentalmente en algunos textos de autores de finales de siglo XVIII, como Jean-François Bourgoing.

Para avanzar en nuestro discurso cabría hacerse la siguiente pregunta: ¿quiénes son los protagonistas del viaje francés a España

⁵³ Herrero, Isabel, y Goulemot, Jean Marie, *op. cit.*, p. 313.

⁵⁴ Álvarez de Miranda, Pedro, *op. cit.*, p. 102.

en el XVIII? Entre los numerosos franceses que viajaron a nuestro país en dicho siglo, encontramos una gran variedad de personajes. Las bibliografías de viajeros, en especial la clásica de Raymond Foulché-Delbosc⁵⁵ y la de Arturo Farinelli⁵⁶, que completa la anterior, dedican numerosas páginas a recopilar un número ingente de viajeros que dejaron testimonio de su recorrido por España en forma escrita.

Entre ellos, encontramos personajes de variada y curiosa procedencia, algunos viajeros ocasionales, como Étienne de Silhouette⁵⁷, que realizó un viaje formativo por España, Portugal e Italia cuando contaba tan sólo veinte años. Algunos viajeros contaron su peregrinación a Santiago de Compostela, en textos que

⁵⁵ Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, (1896), *op. cit.*

⁵⁶ Farinelli, Arturo, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, *op. cit.*

⁵⁷ Silhouette, Étienne, *Voyage de France, d'Espagne, de Portugal, et d'Italie. Par M. S***. Du 22 Avril 1729, au 6 Février 1730*, Paris, Merlin, 1770, 4 vol.

Traducción castellana: *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia*, en García Mercadal, José, *op. cit.*, tomo III, pp. 183-271.

Étienne de Silhouette, que provenía de familia modesta y dominaba varias lenguas, fue favorecido por Madame de Pompadour y llegó a ser ministro e inspector general de finanzas. Su viaje se desarrolló entre 1729 y 1730, antes de ocupar estos cargos públicos, aunque no fue publicado hasta 1770, como obra póstuma. Recientemente se han incluido algunos extractos de este viaje en la antología de Bennassar, Bartolomé y Lucile, *op. cit.*

Observemos de paso la lexicalización de su nombre que enriqueció la lengua francesa debido a su impopularidad. La palabra, al parecer, entra en la lengua en 1759. Su primer sentido remite a objetos hechos de modo “económico” es decir “de façon sommaire”: “on peut être des ombres passagères, à l’image d’une politique changeante et inefficace”, Rey, Alain (dir.), *Le Robert, Dictionnaire historique de la langue française*, Paris, Dictionnaires Le Robert, 1998, t. III, p. 3508.

se prodigan en descripciones de templos, reliquias e imágenes de santos, pero también de ciudades y posadas, como el joven peregrino procedente de Picardía Guillaume Manier⁵⁸, que realizó su itinerario a Santiago desviándose ligeramente de su ruta para visitar la capital. Con sencillez y sentido del humor, Manier transforma los nombres de la geografía española a su antojo, quizá para recordarlos mejor (Castrojeriz se convierte en *Quatre souris...*)⁵⁹.

Un célebre viajero y escritor, Jacques Casanova de Seingalt, dedicó parte de sus *Memorias*⁶⁰ a recordar su estancia en España

⁵⁸ Manier, Guillaume, *Pèlerinage d'un paysan picard à Saint-Jacques de Compostelle au commencement du XVIII^e siècle*, Montdidier, Imprimerie Abel Radenez, 1890.

El viaje de Guillaume Manier se desarrolló entre 1726 y 1727, pero el manuscrito que contenía sus impresiones de viaje no fue publicado hasta 1890. Recientemente ha sido reeditado en una edición presentada por Jean-Claude Bourlès: Manier, Guillaume, *Un paysan picard à Saint-Jacques de Compostelle (1726-1727)*, Paris, éditions Payot & Rivages, 2002. Asimismo sobre el viaje de peregrinación a Santiago de Compostela existe una edición reciente que recoge los textos de tres peregrinos franceses entre los que se encuentra Manier. Véase Bonnecaze, Jean, Caumont, Nompar de y Manier, Guillaume, *Sur le chemin de Compostelle. Trois récits de pèlerins partis vers Saint-Jacques. 1417-1726-1748*, Paris, Cosmopole, 2002.

⁵⁹ Manier, Guillaume, *Un paysan picard à Saint-Jacques de Compostelle (1726-1727)*, *op. cit.*, p. 81.

⁶⁰ Las peripecias españolas de este ilustre viajero están recogidas en el volumen III en Casanova de Seingalt, Jacques, *Histoire de ma vie*, texte intégral du manuscrit original suivi de textes inédits, Paris, éd. Robert Laffont, coll. Bouquins, 2002. Sus manuscritos originales que contenían sus memorias y sus impresiones de viaje fueron publicados parcialmente por primera vez en una edición alemana en 1822; el texto integral no aparecería publicado hasta 1960 por los editores Blochhaus y Plon. Sobre las diferentes ediciones, recomendamos el artículo de Watzlawick, Helmut, "Biographie d'un manuscrit" (1987), reproducido en la introducción a la edición anteriormente citada, pp. XV-XXVIII.

entre 1767 y 1769, donde tuvo ocasión entre muchas otras actividades de asistir a espectáculos y bailes, y de aprender a bailar el fandango. Otros escritores ilustres visitaron nuestro país por motivos familiares, aprovechando la ocasión para conocer España y reflejar posteriormente sus experiencias.

Entre ellos destacamos asimismo la estancia madrileña en 1764 del célebre dramaturgo Beaumarchais, reflejada en su carta al duque de La Vallière⁶¹. En ella hace un brillante retrato de la vida del Madrid de Carlos III, en el que la lentitud parece marcar todas las situaciones cotidianas, los nobles tienen gastos excesivos y pasan el tiempo encerrados en sus casas, en las que nunca invitan a comer, y participando en aburridas tertulias. Sin embargo, la terrible Inquisición que condena no sólo todas las obras escritas por Voltaire, sino también las que todavía no ha escrito, se muestra atenuada gracias a las precauciones tomadas por este monarca. El aire es puro, los celos están muy atenuados y los madrileños se divierten con desenfreno, especialmente cuando bailan el fandango.

No olvidemos el testimonio de algunos religiosos que visitaron nuestro país, como el aludido padre Labat, que estuvo de paso por el sur de España al regresar de las misiones en las Antillas y nos dejó unas impresiones andaluzas en las que se mezclan el extrañamiento ante unas costumbres arcaicas y el aprecio por el buen vino.

Sin embargo, la mayor parte de ellos vinieron por motivos políticos: militares y sobre todo diplomáticos como Jean-François

⁶¹ *Lettre écrite par Beaumarchais au duc de La Vallière, à Madrid, le 24 décembre 1764.* La opinión sobre la España del momento de Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais queda reflejada en esta carta cuyo texto íntegro puede consultarse en la antología de Bennassar, Bartolomé y Lucile, *op. cit.*, pp. 47-52.

Peyron, embajadores como el duque de Saint-Simon⁶² y Jean-François Bourgoing.

En cuanto al itinerario de viaje escogido por estos viajeros dieciochescos, deriva del que siguen la mayoría de los viajes del siglo XVII. Puesto que una gran parte de los escritores pertenecían a la nobleza, la política o la diplomacia casi todos ellos visitaban la corte y los sitios reales: el Escorial, Aranjuez, la Granja de San Ildefonso, etc. El noreste y el este peninsular no solía olvidarse, ya que en él se encontraban ciudades importantes como Barcelona, Valencia y Zaragoza. Sin embargo, no formaba parte de la ruta tradicional la parte norte y la zona más occidental de la península (exceptuando el País Vasco y dejando aparte el viaje de peregrinación a Santiago). Los viajes más completos incluían algunas zonas de Andalucía pero raramente ciudades del centro y sureste como Murcia y Cuenca.

Es difícil establecer un recorrido tipo, ya que existen numerosas variantes. Como novedad, en el siglo XVIII Cádiz gozó de una situación privilegiada gracias a su comercio portuario, razón por la cual se incluyó en el itinerario de todo viaje que quisiera ser completo. Por ello encontramos descripciones muy detalladas de la ciudad en relatos como los de Labat o Peyron. Hacia finales de siglo los viajeros parecen querer decantarse por lugares más originales de indudable valor artístico y cultural, así por ejemplo Peyron visitará Cuenca. Otras motivaciones más ilustradas que perseguían sobre todo la observación de los progresos en la España de fines de siglo llevarán por ejemplo a Bourgoing a visitar Guadalajara, donde se había implantado una nueva fábrica textil.

⁶² Rouvray, Louis de, duc de Saint-Simon, *Mémoires du duc de Saint-Simon sur le règne de Louis XIV, et sur les premières époques des règnes suivants*, Marseille, Jean Mossy, 1788, 3 vol. [reed. en La Pléiade, *Mémoires*, 1983-1988, 8 vol.]

De modo general podríamos afirmar que les interesa describir todos los aspectos de la vida y la cultura española. Así, los relatos más completos transmiten las impresiones de los viajeros sobre el paisaje, las ciudades, las posadas, el clima, los hombres y las mujeres, las costumbres y usos sociales, los espectáculos, las fiestas. A menudo describen asimismo la situación política, las leyes, las artes o el comercio.

Un viajero de principios de siglo, el mencionado Étienne de Silhouette, describe así lo que para él debería incluir un relato de viaje:

Un viajero no debe establecerse en ninguna parte; debe examinarlo todo, debe aplicarse a conocer en cada sitio la religión, las costumbres, la lengua, el clima; las producciones del país, el tráfico, las manufacturas, el gobierno, las fuerzas, las fortificaciones, los arsenales, los monumentos antiguos, las bibliotecas, los gabinetes de curiosidades, las obras de pintura, de escultura y de arquitectura [...]; en fin, debe tratar de encontrarse en las solemnidades anuales, e informarse, si le es posible, del carácter de los diferentes príncipes y del de las diferentes Cortes.⁶³

La idea claramente expresada por el autor es la de un viaje global, que permita transmitir una idea completa de todos los aspectos de la vida española. En realidad, muchas veces los autores se quedan sólo en lo superficial, criticando el arcaísmo social de España pero haciéndose recibir por la aristocracia más o menos ilustrada.

⁶³ Silhouette, Étienne, *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia*, *op. cit.*, p. 186.

A medida que avanza el siglo, la idea de la utilidad del viaje ilustrado, a la manera de Jean-Jacques Rousseau⁶⁴, va cobrando fuerza. Se impone la idea de que hay que saber viajar, hay que aprender a viajar. No se trata sólo de observar atentamente y transcribir las propias impresiones, sino de mirar de manera objetiva, liberándose de prejuicios y ejercitando el pensamiento, como vía para el conocimiento y la formación del individuo, idea que recoge a su vez Gaspar Gómez de la Serna:

He aquí las más importantes fórmulas arbitradas para cubrir el objetivo utilitario del viaje ilustrado: 1º observar atentamente la realidad; 2º ejercitar frente a ella el arte de pensar; 3º desprenderse ante ella del prejuicio que el viajero lleva consigo, procedente de su mundo originario, es decir, observar y pensar con objetividad, y 4º dirigir la atención a lo verdaderamente útil y no a lo que llama el mero pasatiempo, la frivolidad o el placer. Una receta más, rousseauiana también y que tampoco tendrá plena efectividad hasta el siglo siguiente, es la de realizar los viajes - para obtener realmente todas esas experiencias - más allá de las grandes concentraciones urbanas, yendo al campo y a los pequeños pueblos escondidos, en donde se halla al hombre en mayor proximidad con el estado de naturaleza.⁶⁵

Podemos considerar que el verdadero viaje que se realiza con el fin de descubrir hasta qué punto España se asoma al movimiento de la Ilustración no tuvo lugar hasta finales del XVIII, en especial con viajeros como Jean-François Peyron y Jean-François Bourgoing.

⁶⁴ Las ideas sobre los viajes de Rousseau se encuentran recogidas en el livre V: "Des voyages" de su obra *Émile ou de l'éducation*, (1762), puede consultarse la edición presentada por Pierre Burgelin en París, Gallimard, 1969, pp. 662-669.

⁶⁵ Gómez de la Serna, Gaspar, *op. cit.*, p. 13.

La mayoría de los relatos anteriores arrastran los tópicos de los textos de finales del XVII, y sus autores parecen más preocupados en dar al público relatos amenos que puedan significar un éxito de ventas (uno de los casos más claros es el de Jean-Marie-Jerôme Fleuriot, llamado marqués de Langle), que en reflejar fielmente la realidad española del momento, en la que se estaban produciendo cambios políticos importantes acompañados por una evolución de las costumbres.

En muchos de los prólogos de estos relatos, sin embargo, los autores se obstinan en afirmar la veracidad de los contenidos, asegurando que todo lo que allí va a encontrar el lector corresponde al reflejo fiel y exacto de la realidad española observada de cerca. Quieren dar la sensación de una visión real, de autenticidad también. Quizá sea precisamente porque muchos de aquellos textos carecían en gran medida de esta veracidad, o eran sólo una representación parcial de la verdad de España o de la propia verdad de sus autores.

Así, por ejemplo, Charles-Pierre Coste d'Arnobat introduce sus *Lettres sur le voyage d'Espagne*, con un *Avertissement de l'auteur* en el que asegura que su intención ha sido hacer un dibujo exacto de la realidad española con un punto de vista absolutamente imparcial:

Voici des Lettres sur le Voyage d'Espagne, dans lesquelles je me suis particulièrement attaché à peindre la vérité ; j'y rapporte les choses telles qu'elles se sont présentées d'abord à mon esprit. Le ridicule frappe bien plutôt que les autres objets, & par malheur il fournit

souvent des peintures agréables ; j'en ai profité sans qu'on puisse me reprocher cependant de lui prêter des couleurs.⁶⁶

La visión en estos textos es algo peyorativa; algunos de los autores se sintieron atraídos por el clima, la belleza de las mujeres o la del paisaje, pero en general estos juicios positivos parecen provenir, como precisa Luis Miguel Enciso Recio, “de la sorpresa y la concesión paternalista: en definitiva, del sentimiento de superioridad que experimenta el hombre ilustrado”⁶⁷. Y es que ante todo nos parece necesario insistir en que España es observada como un país al que no han llegado las luces de la cultura, un país atrasado dominado por costumbres y supersticiones arcaicas.

Las razones que contribuyeron a la difusión de dicha idea son variadas. En España, como en Italia, la Ilustración no llegó a extenderse con la misma amplitud con que lo hizo en otros países europeos. La religión católica estaba demasiado arraigada en la población, era tan poderosa que no dejó avanzar el racionalismo entre la mayoría de la población, exceptuando una minoría de personas europeizadas, en las que la religión había perdido su fuerza original. Hasta tal punto que Miguel Artola llega a afirmar que en España el espíritu ilustrado, sinónimo de desarrollo, no llegó a conocerse.

⁶⁶ Coste d'Arnobat, Charles Pierre, “Lettres sur le voyage d'Espagne”, 1756, ed. de Charles Verdier, *Revue Hispanique* tome LVI, 1922, pp. 458-507, p. 461.

⁶⁷ Véase la primera parte titulada “Los viajeros” del artículo de Enciso Recio, Luis Miguel, “Los cauces de penetración y difusión en la península: los viajeros y las sociedades económicas de Amigos del país”, en José M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, *op. cit.*

En este siglo XVIII, en que el racionalismo adquiere carta de naturaleza en toda Europa, incluso en la lejana Rusia, en este siglo en que el continente entero se considera ignorante y se educa con vistas a un futuro mejor, España, en la seguridad de su fe, permanece inalterable, se niega a verificar las transformaciones políticas, filosóficas y religiosas que caracterizan a la época moderna y, en consecuencia, se sale de este modo de la universal corriente espiritual, continuando sola por propia voluntad un camino eterno.⁶⁸

Faltaba pues por llegar la crisis religiosa, necesaria para alcanzar el ansiado racionalismo. En cuanto a las ideas, la influencia de los autores franceses de las Luces sólo alcanzaría algunos sectores concretos de la sociedad. Una parte importante de la élite española, los afrancesados, sí tomaron como modelo el espíritu de las Luces a partir de la lectura de las obras de los filósofos franceses, y las Sociedades de Amigos del País volvieron la vista hacia Francia para buscar soluciones a los problemas industriales o agrícolas de nuestro país.

Pero estos afrancesados, salvo algunas excepciones, no son tomados en cuenta por los intelectuales franceses y el barón de Montesquieu no duda en hacer una caricatura de los españoles en sus *Lettres persanes*⁶⁹.

⁶⁸ Artola, Miguel, *Los afrancesados*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 19.

⁶⁹ La crítica de los españoles se encuentra en la carta CXXI, en la que critica la conquista de América, y sobre todo en la carta LXXVIII, en la que Montesquieu ofrecía una pintura del carácter español que recoge todos los tópicos propagados desde finales del siglo XVII. Puede consultarse en Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, *Lettres persanes* (1721), ed. de Paul Vernière, Paris, ed. Garnier Frères, 1960, pp. 163-168. Esta carta fue contestada por el escritor José de Cadalso en una *Defensa de la nación española contra la Carta Persa LXXVIII de Montesquieu*.

Podríamos concluir afirmando que sólo los viajeros que por motivos profesionales permanecieron más tiempo en el país ofrecieron después juicios más objetivos y un punto de vista más comprensivo hacia la vida española, una visión positiva de la que más tarde participarían los viajeros románticos. Estos sí que se propusieron conocer y comprender España, y por ello consiguieron “presentar una visión más sincera, menos apasionada sobre España, luego más fiable”⁷⁰.

1.5. La difusión de la imagen de España en Francia a través de los relatos de viajes en el siglo XVIII

Podemos decir que la percepción que se tenía de España en la Francia de las Luces tenía dos caras opuestas. Por un lado, persistía la imagen peyorativa de una España atrasada, marcada por el fanatismo religioso, la intolerancia y el poder de la Inquisición, según la leyenda negra que provenía del XVII y que se reflejaba en las obras de autores de gran difusión, como Voltaire y Montesquieu. Para estos filósofos ilustrados la Inquisición era la institución emblemática de un país decadente y déspota, que atacaba mediante largos procesos a ministros cercanos a la Ilustración, como Olavide y

⁷⁰ Sobre esta visión más “fiable” de la realidad española en el XVIII a través de testimonios pertenecientes al género autobiográfico, véase el artículo de Dolores Jiménez, “La visión de los memorialistas: Saint-Simon, Beaumarchais, Casanova”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, p. 342.

Macanaz⁷¹. Es una imagen que a veces raya en la caricatura y que a menudo tiene su origen en el desconocimiento de la realidad del país vecino.

Pero por otra parte, existía entre algunos sectores de la población una cierta curiosidad por las transformaciones políticas que España estaba viviendo, por sus intentos de acercarse al progreso europeo. La alianza entre ambos países durante la mayor parte del siglo, que no sólo era dinástica sino fundamentalmente estratégica frente a la amenaza inglesa⁷², propició los contactos con nuestro país por parte de algunos diplomáticos, científicos, militares o comerciantes franceses con intereses en España, que tuvieron la oportunidad de conocer más de cerca la realidad española del momento y fueron desarrollando y propagando una visión más amable de España.

A través del análisis de los variados relatos de viajeros franceses a España a lo largo del siglo XVIII observamos una evolución en el punto de vista de los escritores-viajeros. En esta percepción ambivalente de España en la Francia del siglo XVIII la segunda perspectiva que hemos descrito, la visión “simpática”, parece ir ganando terreno frente a la visión de la España negra a medida que avanza el siglo. Aunque no se abandonan por completo los tópicos y el discurso de imágenes reiteradas, observamos que la crítica sistemática hacia el clero, las instituciones, el atraso

⁷¹ Sobre el proceso del ministro reformador del reinado de Carlos III Macanaz y su caída en desgracia, véase el interesante estudio de Martín Gaité, Carmen, *El proceso de Macanaz: historia de un “empapelamiento”*, Barcelona, Anagrama, 1970.

⁷² Véase la reflexión histórica sobre el XVIII que recuerda el parentesco de la dinastía reinante en Francia y España en el artículo de Jean-Pierre Amalric “El Siglo de las Luces: entre convivencia y ruptura”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, *op. cit.*, pp. 303-307.

económico y cultural, se va atenuando hasta que vislumbramos señales de progreso en la España de finales de siglo, especialmente en el *Tableau de l'Espagne moderne* de Bourgoing, en el que se aprecia la voluntad del autor de reflejar las transformaciones y reformas que se van produciendo en España, creando así una imagen nueva.

En esta evolución Isabel Herrero y Jean Marie Goulemot⁷³ observan un trabajo contradictorio de las Luces. Por una parte, proporcionaron un sistema de interpretación de la sociedad española estático, basado en su propia ideología, con lo que facilitaron el nacimiento de nuevos prejuicios y propiciaron el desarrollo de un “discurso homogéneo acerca de España”. Por otra parte, en una segunda etapa es el sentido reformista de las Luces el que permite observar la transformación de la nueva España, al permanecer sensible a la percepción de los signos de evolución y las diversas iniciativas de progreso.

Es innegable que los libros de viajes tuvieron un gran interés en su momento, desempeñando la función de guía para otros visitantes, incluso para los ejércitos invasores franceses, ya que en ocasiones se acompañaban de mapas de las regiones de España. Algunos de ellos se utilizaron como catálogos de arte, y España fue conocida en Europa a partir de estas descripciones tomadas como reflejo *objetivo* de la realidad española. Las respuestas enojadas de algunos españoles frente a las mentiras o imprecisiones que se encontraban en algunos de estos relatos son una muestra de su importancia y difusión, como la respuesta del conde de Aranda al

⁷³ Herrero, Isabel, y Goulemot, Jean Marie, *op. cit.*, pp. 323-324.

marqués de Langle o la de José Nicolás de Azara al viaje de Henry Swinburne⁷⁴.

Aunque el conocimiento de España de estos viajeros sea parcial y limitado, sus relatos nos han transmitido su observación crítica de la sociedad española, proporcionando además datos indudablemente valiosos para posteriores estudios tanto de la sociedad como de la economía españolas tan importantes como los de Jean Sarrailh⁷⁵.

Por otra parte, no parece que estos viajeros tuvieran una influencia destacable en la vida española como difusores de la corriente ilustrada. En general eran recibidos por personas ilustradas o cercanas a la Ilustración, que simplemente se informaban de la situación y por ello eran elogiados por sus visitantes. Difícilmente estos viajeros podían influir en otras personas que encontraran en su camino, muchas veces realizado de manera rápida, más que como

⁷⁴ Se trata de una carta escrita por José Nicolás de Azara, publicada dentro de su edición a la *Introducción a la historia natural* de Bowles en 1782, en la que por sus imprecisiones y prejuicios desprestigia el viaje a España de Henry Swinburne, *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*, London, P. Elmsly, 1776; traducción al francés con el título *Voyage de Henri Swinburne en Espagne, en 1775 et 1776*, Paris, Didot l'aîné, 1787. De dicha carta de Azara pueden encontrarse más datos en Sarrailh, Jean, *L'Espagne éclairée de la deuxième moitié du XVIII^e siècle, L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Paris, Librairie Klincksieck, 1954; trad. castellana en México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 322.

En cuanto a la polémica que suscitó el *Voyage de Figaro* del marqués de Langle y la refutación por el conde de Aranda, nos dedicaremos a ella con más detenimiento al estudiar esta obra en nuestro trabajo.

⁷⁵ Nos referimos aquí especialmente a la primera parte, dedicada al estudio de la masa y la minoría, en Sarrailh, Jean, *L'Espagne éclairée de la deuxième moitié du XVIII^e siècle*, pp. 16-151.

testimonio de otra forma de vida y de pensamiento, objeto de curiosidad para posaderos, guías o campesinos.

Pero la imagen de lo español en Francia, construida sobre un tejido de observaciones ajenas, termina por parecerse poco al original, sobre todo en los casos en los que este original, la España del momento, no ha sido realmente explorada por los autores del relato.

En efecto, muchos de los relatos de viajes a España de principios del XVIII no hacen sino repetir los tópicos escritos por sus antecesores. Como señala Jean Sarrailh, estos autores no tienen escrúpulos en reproducir las impresiones de los viajeros anteriores, a los que en ocasiones incluso citan, y de este modo, van arrastrando en sus textos los mismos prejuicios sobre España retomados de unos a otros, que con el tiempo no sólo se van deformando cada vez más, sino que llegan a convertirse en tópicos aceptados por todos:

[...] ils ont pillé sans vergogne leurs devanciers, et (qu')ainsi les mêmes jugements, les mêmes observations, les mêmes critiques sur l'Espagne se sont répétés à satiété et ont pu devenir des lieux communs que les Français ont adoptés sans discussion. Ces plagiats sont comiques par leur ingénuité, mais irritants par leur action sur l'opinion littéraire et publique.⁷⁶

De este modo, la influencia de estos relatos de viajes sobre la opinión pública parece clara y, en última instancia, podría apuntarse como una de las razones tanto de la eterna incompreensión de

⁷⁶ Sarrailh, Jean, "Voyageurs français au XVIII^e siècle", en *Bulletin Hispanique*, XXXVI, 1934, p. 29.

Francia hacia su país vecino, como de la antipatía con que España le ha correspondido tradicionalmente.

En este sentido Miguel Enciso destaca la brevedad de los viajes de estos autores que, unida a una visión llena de prejuicios, producen una serie de opiniones marcadas por la subjetividad y la incompreensión:

Sus juicios suelen ser bastante subjetivos. Si se trata de ofrecer un dato concreto, no siempre tienen una fuente de información precisa. Si es cuestión de juicios cualitativos, aparecen matizados por deficiencias serias, imputables a casi todos ellos. Un primer condicionante dimana de que la experiencia de los viajeros suele ser muy breve y refleja el estado de ánimo en que, ante el país desconocido, destacan más los contrastes negativos que los valores de sus formas de vida, aún no entendidos. El prejuicio ideológico en lo político-social o en lo religioso es una fuerte barrera que dificulta la comprensión objetiva.⁷⁷

Por su parte, un auténtico explorador de otros países como el padre Labat, cuyo viaje a España se desarrolló entre 1705 y 1706, advertía sobre el peligro de ofrecer a un público ávido de conocer otras culturas unas impresiones de viaje que no profundizaban en la realidad del país que describían. El resultado de estas obras, en su opinión muy extendidas en aquella época, era una sucesión de equivocaciones, lo que no respondía al propósito inicial de fidelidad que deben perseguir los auténticos viajeros:

⁷⁷ Enciso Recio, Luis Miguel, “Los cauces de penetración y difusión en la península: los viajeros y las sociedades económicas de Amigos del país”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España, op. cit.*, p. 6.

Il m'auroit été facile à l'exemple de tant d'autres Ecrivains, de faire une Relation de l'Espagne toute entiere, si j'avois voulu copier ceux qui en ont écrit avant moi ; mais dans combien d'erreurs & de bévûës ne serois-je pas tombé ? On ne marqueroit pas de me le reprocher, comme je le reproche aux autres, & on auroit raison.

La maxime constante d'un Relateur fidelle qui donne ses Voyages au Public, doit être de ne dire que ce qu'il a vû par lui-même ; & quand il est obligé de rapporter quelque chose sur le témoignage d'autrui, il doit citer ceux de qui il l'a appris⁷⁸.

En efecto, algunos de los relatos de viajes a España más leídos en la época no eran sino copias de otros relatos anteriores. Como observábamos antes, el libro de viajes de principio de siglo debe mucho a los viajeros del XVII. El mencionado Sarrailh dedicó un interesante estudio a la demostración de los diferentes “préstamos” entre relatos de viajes en el siglo XVIII⁷⁹. En concreto analiza las apropiaciones de otros textos anteriores en *Le voyageur françois* de Joseph Delaporte, publicado en 1772⁸⁰, que en su opinión debe mucho a las *Délices de l'Espagne et du Portugal* de Colmenar⁸¹, a las *Lettres juives* de Boyer d'Argens⁸², así como a las

⁷⁸ Labat, Jean-Baptiste, *Voyages du P. Labat de l'ordre des FF. prêcheurs en Espagne et en Italie*, 1ª edición, Paris, ed. Jean-Baptiste et Charles Delespine, 1730, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>, préface, pp. IV-V.

⁷⁹ Sarrailh, Jean, “Voyageurs français au XVIII^e siècle”, *op. cit.*, pp. 29-70.

⁸⁰ Delaporte, Joseph, *Le voyageur françois, ou La connoissance de l'ancien et du nouveau monde, Mis au jour par l'abbé Delaporte*, Paris, 1765-1795, 42 vol. Traducción española: *El viajero universal*, Madrid, 1796-1801. Se trata de una recopilación de los principales viajes realizados hasta el momento, escrito en forma epistolar. El tomo XVI está dedicado a España, y en él las cartas están fechadas en 1755.

⁸¹ Jean Sarrailh apunta en el citado artículo que en realidad el texto de Delaporte hacía referencia a una obra titulada *Annales d'Espagne et de Portugal*, Amsterdam, François

Mémoires de la Cour d'Espagne y la *Relation du voyage en Espagne*, ambas de Madame d'Aulnoy.

Por otra parte, el *État présent de l'Espagne* del abbé de Vayrac⁸³, publicado en 1718 y que gozó de prestigio en la época, llegando a ser el modelo para otros relatos, también utiliza los textos de Colmenar y de Madame d'Aulnoy, pero curiosamente existió un intercambio de información entre las obras de Colmenar y Vayrac. También comenta Sarrailh la apropiación de Vayrac de parte de un texto español sobre las costumbres de la capital en 1669, *Solo Madrid es corte*⁸⁴, de Núñez de Castro.

Queda demostrado así que se podía viajar sin salir de casa, creando una cadena sin fin de imprecisiones y errores sobre la vida y la cultura españolas que se instalaban oficialmente en el imaginario de los lectores del viaje por España. Son falsas informaciones que se transmitían y adquirían “le prestige de la tradition”⁸⁵, provocando la irritación de los españoles y la incompreensión entre los dos países.

En este sentido, no debemos olvidar las repercusiones que tuvieron algunos viajes de franceses por España y que provocaron las respuestas e incluso los viajes con propósitos apologeticos de escritores españoles, con el objetivo de desmentirlos. Ya hemos apuntado las polémicas que provocaron viajes franceses por España

l'Honoré et fils, 1741, que a su vez reproducía las *Délices* de Juan Alvarez de Colmenar, publicadas en Leyde, 1707 y 1715.

⁸² Boyer d'Argens, Jean-Baptiste, *Lettres juives ou Correspondance philosophique, historique et critique entre un juif voyageur et ses correspondans en divers endroits*, La Haye, P. Paupie, 1738, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>.

⁸³ Vayrac, abbé Jean de, *État présent de l'Espagne*, Paris, Antonin Deshayes, 1718, 4 vol.

⁸⁴ Núñez de Castro, *Solo Madrid es corte*, Madrid, García Morrá, 1669.

⁸⁵ Sarrailh, Jean, “Voyageurs français au XVIII^e siècle”, *op. cit.*, p. 70.

como el de Fleuriot de Langle. Otra polémica de mayor envergadura sobre España se zanjó en gran medida mediante la redacción de unas memorias de viaje por España que desmintieran los tópicos que circulaban entre el público francés.

En el origen de dicha polémica⁸⁶ se encuentra Nicolas Masson de Monvilliers, geógrafo y poeta, que escribió el artículo “Espagne” de la *Encyclopédie méthodique* (1782-1832), conocida como *Nouvelle Encyclopédie*. Masson se preguntaba: “Mais, que doit-on à l’Espagne ? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu’a-t-elle fait pour l’Europe ?⁸⁷” En el artículo hacía una recopilación de los tópicos negativos sobre España y su cultura que habían propagado algunos viajeros, y autores de prestigio como Denis Diderot y D’Alembert en la Enciclopedia, y otros filósofos de la talla de Rousseau y Voltaire.

Así en las mencionadas *Lettres persanes* Rousseau acusaba a España de haber terminado con los indios durante la conquista de América, de dejar el comercio en manos de extranjeros, de estar completamente dominada por el clero y la Inquisición, de incultura, orgullo e intolerancia; en resumen, de carecer de una filosofía ilustrada. Masson recogía estas críticas, así como las ideas antiespañolas sobre la superstición y la Inquisición que reflejaban diferentes obras de Voltaire⁸⁸.

⁸⁶ Véase Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España, op. cit.*, pp. XXIX-XXXIII.

⁸⁷ Véase la entrada “Espagne (Relations littéraires avec l’)” en *Dictionnaire des lettres françaises. Le XVIII^e siècle*, (1960), François Moureau (dir.), Paris, Fayard et Librairie Générale Française, 1995, p. 462.

⁸⁸ En especial *Essai sur les mœurs et l’esprit des nations* (1756) y *Le siècle de Louis XIV* (1751).

El conde de Aranda, embajador en París en aquel momento, permitió la distribución del volumen en España. España y Francia pretendían en aquellos momentos estrechar su alianza frente a Inglaterra, interesada en romper el pacto de familia entre los Borbones. Por ello ambas intervinieron en diversas réplicas del artículo de Masson. España se adelantó con las *Observations sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie*⁸⁹, redactadas por el botánico valenciano Antonio José Cavanilles. En ellas, aunque llevado por la irritación y quizá poco documentado, respondía con alabanzas a personajes españoles de renombre y a otros más bien secundarios en el mundo de las letras y las artes.

Las *Observations* de Cavanilles tuvieron trascendencia sobre todo en Alemania y en España, donde escritores como el abate Carlo Denina⁹⁰ y Juan Pablo Forner intentaban establecer las bases de la concepción de la España tradicional y genuina. Pero sería sobre todo un francés, Jean-François Bourgoing, quien más influyó al escribir su *Nouveau voyage en Espagne*, que llevaba el subtítulo de *Tableau de l'état actuel de la monarchie*, a modo de contrapunto al *État présent de l'Espagne* de l'abbé de Vayrac (1717), la obra que más había influido desde principios de siglo en la mayoría de la producción posterior de los viajeros franceses a España. En su última edición de 1797 Bourgoing se decide por el título único y definitivo de *Tableau de l'Espagne moderne*.

Con una nueva mirada de España y de los cambios que en ella se producen con la llegada al trono de Carlos III, de este modo el viaje de Bourgoing se separa de los otros periplos, no sólo como

⁸⁹ Publicadas en París, 1784.

⁹⁰ *Réponse à la question: Que doit-on à l'Espagne... ?*, Berlin, 1786.

contrapunto del de l'abbé Vayrac, sino como colofón de la *querelle de l'Espagne* iniciada por Masson.

En una época ávida de conocer todo el contenido del mundo, la función esencial del relato de viajes es la de abrir el texto a la novedad, partiendo de la función primera del exotismo en el sentido etimológico del término: lo extranjero, lo desconocido, lo *otro*. De la conjunción de dos polos opuestos, la atracción y la desconfianza, el relato de viajes surge y expone lo exótico en toda su complejidad. El viajero, cómplice de la curiosidad del lector, implica a éste en sus emociones, y se produce así un intercambio voluntario que determina la experiencia estética.

Como ha indicado Michel Delon, la idea de energía se encuentra en el origen de la mayoría de las formas de expresión en la Francia de finales del XVIII. Esta *idée-force* contribuye a crear una nueva representación del mundo y del individuo, y se refleja en la recurrencia de temas como el dominio del espacio⁹¹. Viajar es un acto de libertad intelectual, una experiencia individual y única, y una forma de representarse el mundo.

Pero a pesar de la pretensión de rigor intelectual de los viajeros, el relato de viajes en el XVIII revela una vocación literaria, porque contar el propio viaje también es contarse a sí mismo, y expresar el encuentro del viajero con una realidad que le es ajena. La presencia del escritor-viajero, aun cuando esté mínimamente representada, permanece en el relato y aun hoy nos sigue seduciendo.

Por esta razón, como señala Nicole Hafid-Martin, en la época de las Luces, cuando los viajeros son a su vez escritores de

⁹¹ Véase Delon, Michel, *L'idée d'énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, Paris, PUF, 1988.

pleno derecho, a veces siguiendo el impulso de sus recuerdos, el mundo de las letras se enriquece,

[...] comme si la jouissance du lointain devenait plus accessible par l'élégance d'un style ou la charge poétique des images. Le récit de voyage, qui n'a jamais été aussi riche en informations, propose encore de nouveaux décors, rend ceux qui étaient connus plus familiers ; mieux, il fournit des thèmes et des sujets de réflexion diversifiés, autorisant une autre manière d'ancrer l'histoire dans la culture.⁹²

⁹² Hafid-Martin, Nicole, *Voyage et connaissance au tournant des Lumières (1780-1820)*, Oxford, Voltaire Foundation, 1995, p. 212.

[2.] **Un corpus de siete relatos de viajeros franceses a España**

2.1. Justificación y presentación del corpus elegido

El corpus que presentamos pretende reflejar una evolución en la visión de los escritores franceses de relatos de viajes a España a lo largo del siglo XVIII. Se trata de un corpus heterogéneo desde diferentes puntos de vista.

Cronológicamente, hemos intentado abarcar la totalidad de este siglo estudiando textos publicados en diferentes momentos a lo largo del mismo. Nos ha parecido interesante comenzar con un relato de finales del siglo XVII, la *Relation du voyage d'Espagne* de Madame d'Aulnoy, como punto de partida de nuestro estudio de la imagen de la situación española y de las mujeres del momento, para pasar a los diferentes textos publicados en Francia en 1730, 1756, 1765, 1780, 1784 y 1797. Este recorrido por un corpus que consideramos representativo de la literatura francesa del viaje a España en el siglo XVIII, nos permite observar la evolución en las costumbres españolas a través de la mirada de los diferentes viajeros.

Asimismo, hemos querido que esta mirada sea plural. Por esta razón entre los autores encontramos la mirada femenina (Madame d'Aulnoy), una mirada desde la religión, pero desde el punto de vista de un viajero experimentado (el padre Labat), la mirada de un escritor marcado por el anticlericalismo (Coste d'Arnobat), la mirada más seria y supuestamente objetiva (el autor del *État politique, historique et moral du Royaume d'Espagne*), dos miradas ilustradas (las de Peyron y Bourgoing). Hemos querido incluir, como contrapunto, la mirada más dramática y sensual de todas (Fleuriot de Langle). Todas ellas nos parecen componer un todo, un conjunto de elementos que se complementan entre sí y que de este modo nos permiten acercarnos más a la visión de España y de la mujer española que tuvo a su disposición el lector francés de la época, a través de esta serie de relatos (y otros a los que hemos debido renunciar para este trabajo), cuya constante reedición da fe del éxito alcanzado entre el público.

En lo que a tipo de narración se refiere, hemos considerado conveniente reflejar la diversidad de textos que pueden englobarse dentro de lo que se llama literatura de viajes, con el fin de ofrecer una variedad de formas de presentar la realidad española del momento. Así, encontramos dos ejemplos de relato en forma epistolar (los de Madame d'Aulnoy y Coste d'Arnobat), la narración detallada de todas las vivencias del autor durante su viaje escrita en primera persona (padre Labat), una descripción muy organizada y pretendidamente objetiva del país a partir de las observaciones de viaje (*État politique...*), dos descripciones del país recopilando las experiencias de diferentes viajes (Peyron y Bourgoing), y una evocación poética exaltada resultado del viaje a España (Fleuriot de Langle).

Las lecturas de todos ellos revelan coincidencias pero también algunos desacuerdos, así como una diversidad en los puntos de vista que responde en gran parte a la finalidad de la obra escrita y a la personalidad de sus autores. No obstante todos ellos llegaron por igual a las manos de los lectores del momento, y las diferentes representaciones de la mujer española que en ellos encontraron fueron conformando una imagen que, como es característico en la literatura de viajes, se construye superponiendo unas representaciones a otras.

Punto de referencia indiscutible en la construcción de la imagen de la mujer española en Francia, estos textos no hacen sino presagiar el auge inusitado del viaje a España y el gusto por lo español que tendrá lugar en el siglo siguiente.

2.2. Un corpus de siete relatos

A continuación presentaremos los textos analizados para la realización de este trabajo. Para ello hemos aportado datos acerca de los diversos autores, puesto que el descubrimiento de la personalidad de estos escritores-viajeros (o viajeros-escritores) nos ayuda a aproximarnos a su perspectiva concreta y a comprender así el punto de vista desde el que miran a España.

El esquema que hemos utilizado para efectuar dicho análisis es el siguiente: situamos cada relato en el conjunto de la obra de su autor, anotamos sus ediciones y comentamos sus posibles repercusiones, y desarrollamos brevemente un comentario de la estructura de las obras y el itinerario de los viajes. Puesto que se trata de un conjunto de relatos entre los que se encuentran algunos poco estudiados y de los que apenas disponemos de aparato crítico,

hemos creído pertinente añadir en un anexo final los resúmenes de todos ellos con el objeto de darlos a conocer de manera más explícita, contribuyendo así al carácter divulgativo que en nuestra opinión ha de considerarse en cualquier trabajo de investigación⁹³.

2.2.1. La Relation du voyage d'Espagne de Madame d'Aulnoy (1691)

La autora

Marie Catherine Le Jumel de Barneville baronne d'Aulnoy era el verdadero nombre de esta escritora que desarrolló su real o supuesto viaje a España entre 1679 y 1680. Nació en 1650 en Barneville (Calvados). Hija de la que se convertiría por segundas nupcias en marquesa de Gudannes, se casó muy joven, a los 16 o 17 años, con el futuro barón d'Aulnoy. Tuvo cinco hijos entre 1667 y 1676, aunque su marido no reconocería como propios los tres últimos.

Un episodio de la vida de Madame d'Aulnoy no confirmado pero comentado por todos los estudiosos de esta escritora nos revela las verdaderas relaciones en el interior del matrimonio⁹⁴. El barón de Aulnoy, que le llevaba unos treinta años, fue acusado de un crimen de lesa majestad y traición a la corona, por el que fue encerrado en la Bastilla en 1669, donde permanecería hasta 1670.

⁹³ Queremos señalar que en lo sucesivo, con el objeto de simplificar la lectura del texto, hemos adoptado un sistema de citas para los textos del corpus que consiste en indicar entre corchetes la página de referencia en la edición consultada y, en su caso, el número del volumen correspondiente.

⁹⁴ Véase como ejemplo la reseña biográfica de Madame d'Aulnoy en la antología de Bennassar, Bartolomé et Lucile, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs, op. cit.*, pp. 1200-1201.

Parece que las culpables de tal acusación fueron su mujer y su suegra, que habrían aprovechado la excesiva franqueza con que habitualmente se expresaba M. d'Aulnoy para prepararle una trampa. Las dos mujeres huyeron de Francia antes de ser arrestadas.

Foulché-Delbosc documenta una versión de las causas que habrían motivado la acusación del barón, en la que tanto Madame d'Aulnoy como su madre serían cómplices junto con sus amantes en un enredo cuya finalidad no era otra que la de deshacerse del barón⁹⁵. Los dos caballeros implicados en el asunto fueron descubiertos y confesaron la culpabilidad de las Jumel.

Sin embargo, fueron ellos los ejecutados en 1669; el rastro de Madame d'Aulnoy y su madre a partir de entonces se pierde en parte. Rehabilitado el marido, ambas se ven obligadas a poner tierra de por medio; al parecer tuvieron que abandonar Francia. En cuanto a Madame de Gudannes, se refugió en España, y son conocidas sus actividades como agente político en Madrid al servicio secreto del rey, con un viaje documentado entre 1690 y 1691. En calidad de “observadora” a sueldo del gobierno francés escribió sus famosas cartas de 1693 a 1698⁹⁶, y murió en Madrid en 1701 o 1702. Durante su estancia en la capital, donde vivía probablemente desde 1690, se relacionó con gentes de la nobleza y de la corte.

Es posible que Madame d'Aulnoy permaneciera en España e Inglaterra durante su huida de Francia hacia 1670, sin embargo de esta eventual estancia de Madame d'Aulnoy en España no existen

⁹⁵ Véase la introducción de Foulché-Delbosc, Raymond, “Madame d'Aulnoy et l'Espagne”, en su edición magníficamente documentada de la *Relation du voyage d'Espagne*, *Revue Hispanique*, tome LXVII, 1926, pp. 11-14.

⁹⁶ Cincuenta y nueve de estas *Lettres de Madame de Gudannes*, fechadas entre 1693 y 1695, fueron publicadas en la *Revue Hispanique*, tomo XLVII, 1919, pp.383-541.

datos confirmados. Sí sabemos que dos de sus hijas, Angélique Françoise y Judith-Henriette, vivieron en Madrid. Otros estudios apuntan a que la posible estancia de la escritora en España habría tenido lugar entre 1675 y 1682; ella fecha sus cartas en 1679. Podría tratarse de una visita a su madre, la misteriosa “pariente” a la que hace referencia en su relato.

La escritora regresó a París donde se instalaría definitivamente en 1690. A partir de entonces y hasta la fecha de su muerte, el 13 de enero de 1705, se dedicó a escribir y publicar el conjunto de su obra literaria. Gracias a esta actividad literaria fue elegida como una de las nueve mujeres que podían pertenecer a una academia de Padua, la academia Ricovrati. Abrió un salón femenino en el barrio de Saint-Sulpice y a finales de siglo se vió de nuevo implicada en el asunto del asesinato del marido de una amiga suya, Madame Ticquet, que sería arrestada, condenada y ejecutada.

Miguel Ángel Vega deduce de su biografía que “su perfil se mueve entre el sol y la sombra de la legítima ambición y el afán de medro sin escrúpulos”⁹⁷, pero le reconoce un lugar entre el panteón de mujeres francesas que poblaron el “gran siglo” y el que siguió a este y en los que figuran la Pompadour, la Scudéry, la Lafayette o la Sévigné.

Su obra

Aunque su actividad literaria es polifacética, su faceta literaria que más ha trascendido es la de escritora de cuentos, en especial sus *Contes de fées*, entre los que encuentran *La belle aux*

⁹⁷ Véase la introducción de Miguel Ángel Vega a la reciente edición en castellano de Madame d’Aulnoy, *Relación del viaje de España* (1691), ed. y traducción de Pilar Blanco y Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra, col. “Cómo nos vieron”, 2000, p.16.

cheveux d'or, *La Chatte blanche* y *L'Oiseau bleu*, quizá el más famoso.

Escribió además otras obras de ficción, como su primera obra publicada en 1690, *Histoire d'Hypolite Comte de Duglas*, novela de amor y aventuras que tuvo gran éxito editorial. Dicha obra sería constantemente reeditada durante dos siglos. Ese mismo año apareció su primera obra de tema español, sus *Mémoires de la Cour d'Espagne*, reeditadas en seis ocasiones entre 1690 y 1693, que según Foulché-Delbosc deben mucho a las *Mémoires de la Cour d'Espagne sous le regne de Charles II* del marqués de Villars (1678-1682).

Vendría después la *Relation du voyage d'Espagne* y una novela que se dice histórica titulada *Histoire de Jean de Bourbon, prince de Carency* (1692). Como contrapunto a su vida real, cultivó además el escrito piadoso, publicando entre otros títulos tan edificantes como *Sentimens d'une Ame pénitente* (1691) y *Le retour d'une Ame à Dieu* (1692). También de 1692 son las *Nouvelles espagnoles*, historias de amores desgraciados, duelos y venganzas, con personajes idealizados de nombre español, algunos sacados directamente de la *Relation*.

Dos obras de título histórico, en realidad dos novelas, fueron publicadas después: las *Nouvelles ou Mémoires historiques* (1693) y *Mémoires de la Cour d'Angleterre* (1695), redactado a partir de un supuesto viaje de la escritora a Londres. En 1697 aparecieron los primeros *Contes des Fées*; los otros el año siguiente, siguiendo el éxito reciente de los Cuentos de Perrault⁹⁸.

⁹⁸ Para tener más información sobre esta faceta literaria de la escritora véase Mainil, Jean, *Madame d'Aulnoy et le rire des fées*, Paris, Kimé, 2001. Véase igualmente: Defrance, Anne, *Les contes de fées et les nouvelles de Madame d'Aulnoy, 1690-1698 : l'imaginaire féminin au rebours de la tradition*, Gênevè, Droz, coll. Histoire des idées et critique littéraire, 1998.

Su última obra publicada fue una novela titulada *Le Comte de Warwick* (1703). Foulché-Delbosc destaca con certeza que Madame d'Aulnoy fue uno de los autores más leídos y más apreciados de su tiempo.

Relation du voyage d'Espagne

La *Relation du voyage d'Espagne*⁹⁹ fue una obra de éxito, a juzgar por sus continuas reediciones desde 1691 hasta 1774. La primera edición apareció en París, en la imprenta de Claude Barbin,

Para ediciones actuales de los cuentos de Madame d'Aulnoy véase:

Madame d'Aulnoy, *L'oiseau bleu et autres contes*, Paris, Grasset, 1991, ilustrés par Frédéric Clément; otra ed. en Paris, Seuil, 2002.

Madame d'Aulnoy, *La chatte blanche et autres contes*, Paris, Grasset, 1989.

⁹⁹ Aulnoy, Marie Catherine d', *Relation du voyage d'Espagne*, Paris, Claude Barbin, MDCXCI, 3 vol. in-12.

2ª ed.: id., La Haye, 1691, 3. vol. in-12.

3ª ed.: id., La Haye, 1692, 3. vol. in-12.

4ª ed.: id., *Troisième Edition*, La Haye, Henry van Bulderen, MDCXCIII, 3 vol. in-12.

5ª ed.: id., Paris, 1697, 3. vol. in-12.

6ª ed.: id., Paris, Veuve Claude Varvin, MDCXCIX, 3. vol. in-12.

7ª ed.: id., La Haye, Henry van Bulderen, 1705, 3 vol. in-12.

8ª ed.: id., La Haye, 1712, 3 vol. in-12.

9ª ed.: *Relation du voyage d'Espagne. Contenant une description exacte du Païs, des Meurs, des Coutumes, des Habitans, Privilegies Inquisition, faite des Taureaux, Fontaines Extraordinaires, Montagne de Sel, Habillemens des Espagnols & des Espagnolles, Philippe IV Roi d'Espagne ce qui lui arrive à l'égard d'une Dame qu'il aimoit, & plusieurs autres Particularités*, La Haye, Jacob van Ellinkhuysen, 1715, 3 vol. in-12.

10ª ed.: *Relation du voyage d'Espagne*, Amsterdam, 1716, 3. vol. in-12.

11ª ed.: id., Londres et Paris, 1774, 3. vol. in-12.

12ª ed.: *La cour et la ville de Madrid vers la fin du XVII^e siècle. Relation du voyage d'Espagne par la Comtesse d'Aulnoy. Édition nouvelle, revue et annotée par Mme. B. Carey*, Paris, E. Plon et Cie., 1874, in-8.

en 1691, dedicada al duque de Chartres¹⁰⁰; Foulché-Delbosc¹⁰¹ cuenta hasta 11 ediciones a lo largo del siglo XVIII, y en 1874 una edición de Madame B. Carey. En cuanto a las traducciones, existieron gran cantidad de ediciones de la obra traducida al inglés, cinco al alemán, una al holandés y una primera versión traducida al español en 1891, en Madrid, por Manuel G. Hernández.

En 1926 se publicó una nueva edición anotada de Foulché-Delbosc, en la *Revue Hispanique*, tomo LVXII, precedida de una introducción en la que el hispanista asegura de forma demoledora, tras hacer un completo estudio de la obra y la vida de la autora, que Mme. d'Aulnoy no viajó nunca a España.

Sostiene sin embargo Farinelli que Mme. d'Aulnoy viajó realmente a España, y encuentra “reminiscencias del viaje hispánico, realmente efectuado y no imaginario”¹⁰² en sus cuentos, tanto en sus *Contes de fées* como en los *Nouveaux contes*.

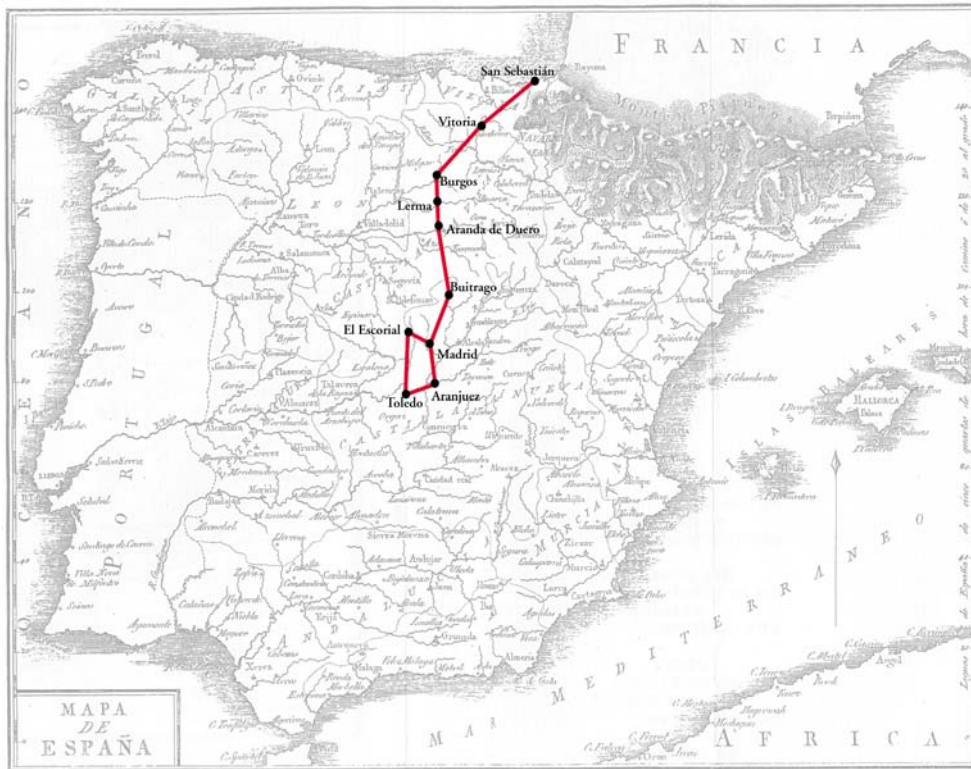
Itinerario del viaje

San Sebastián - Vitoria - Burgos - Lerma - Aranda de Duero
- Buitrago - Madrid - Aranjuez - Toledo - El Escorial - Madrid

¹⁰⁰ Los dos primeros volúmenes de esta primera edición, que comprenden las nueve primeras cartas, se encuentran disponibles en <<http://gallica.bnf.fr>>. En lo sucesivo citaremos de esta edición; para el tercer volumen, que contiene las siete últimas cartas, citaremos de la edición de Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*, tomo LVXVII, pp. 1-569, que reproduce igualmente la primera edición. Indicaremos el número de volumen y la página correspondiente entre corchetes.

¹⁰¹ “Madame d'Aulnoy et l'Espagne”, *op. cit.*, pp. 85-87.

¹⁰² Farinelli, Arturo, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, *op. cit.*, p. 176.



Itinerario del viaje de Madame d'Aulnoy por España.

El relato es del género epistolar, y se estructura en forma de una serie de quince cartas que la autora escribe a una prima suya de la que no sabemos el nombre y que se encuentra en Francia, en las que le cuenta el desarrollo de su viaje. Las siete primeras están fechadas entre el 20 de febrero y el 15 de marzo de 1679, y corresponden a su itinerario desde San Sebastián hasta su llegada a Madrid, por lo que están localizadas en diferentes poblaciones de ese recorrido. Las siete cartas siguientes están fechadas en Madrid, entre el 29 de marzo y el 30 de septiembre de 1679. La última, mucho más corta que las anteriores, está fechada un año más tarde, el 28 de septiembre de 1680.

Excepto la última, las cartas son de una longitud considerable, tal vez excesiva para tratarse de verdaderas cartas. La elección del género epistolar parece más bien determinada por un

convencionalismo, aunque el lector pierde la ilusión de la correspondencia redactada a medida que se desarrolla el viaje debido a esta excesiva longitud de las cartas. La autora parece excusarse al inicio de su tercera carta, que comienza diciendo: “Mes lettres sont si longues, qu’il est difficile de croire lorsque je les finis, que j’aye encore quelque chose à vous dire” [I, p. 140].

Madame d’Aulnoy viaja con una de sus hijas, de la que no conocemos el nombre, y tampoco participa en la narración. Les acompañan varios criados y doncellas. La escritora no introduce sus cartas con ningún prólogo, ni sabemos cuál es el motivo de su viaje a España en plena estación invernal. En su carta quinta comenta que va a visitar a una pariente cercana que se encuentra en Madrid, probablemente su madre.

En cuanto al recorrido descrito, el viaje comienza en el País Vasco y llega hasta Madrid, más un recorrido por Toledo y Aranjuez y una visita a El Escorial. No incluye el viaje de vuelta a Francia.

Durante su viaje hacia Madrid varios caballeros españoles, cuatro en total, que conoce por el camino la acompañan con sus respectivos séquitos. Todos ellos reúnen todas las cualidades para representar al perfecto caballero: instrucción, conocimiento del extranjero, galantería, nobleza. Todos se encuentran en el camino de Madrid por diferentes motivos que explican a la escritora, al mismo tiempo que la informan sobre diferentes aspectos de la vida en España.

Asimismo, va encontrándose con diversas personas, todas ellas del más alto rango y nobleza, que también cumplen la función de dar información sobre diversos aspectos de la sociedad del momento. Las mujeres son todas hermosas, inteligentes, acogedoras y ostentan nombres de familias españolas conocidas como la

marquesa de los Ríos, la condesa de Lemos o doña Leonor de Toledo. Estas damas reciben a la viajera y cumplen la función de poner a la viajera al corriente de las últimas novedades.

No se trata de personajes reales, sino que la autora se apropia de estos nombres de personas que sí existieron para crear sus propios personajes¹⁰³. Algunos personajes son reales, como el arzobispo de Burgos, otros son totalmente inventados. Todos ellos tienen la misma función: son el instrumento para que la escritora diga a través de ellos lo que quiere decir, y para ir describiendo el tipo del español y la española. En ningún caso se establecen relaciones posteriores entre los personajes, o entre estos y la viajera.

En Madrid, alojada convenientemente en una casa de alcurnia, quizá la de su madre, tiene la oportunidad de relacionarse con la aristocracia: la duquesa de Osuna, el conde de Altamira, la duquesa de Terranova, la marquesa de Alcañices y muchos otros, todos ellos personas que existieron realmente en la época de su posible estancia en Madrid. Frecuenta personalidades pertenecientes a la diplomacia y el clero, no sólo en Madrid, sino también durante sus excursiones a Toledo, donde visita a la Reina madre, Aranjuez y El Escorial.

No obstante, a nuestro entender, lo más interesante de esta *Relation* es la mirada femenina que se proyecta a lo largo de todo el relato, y la capacidad de observación de la autora que le lleva a describir minuciosamente personas, en especial mujeres en estancias privadas, atuendos de la época, puesto que tiene acceso al interior de sus aposentos. Es sobre todo esta visión del “interior” lo que la diferencia de otros relatos de viajes a España; además de toda la

¹⁰³ Véase Foulché-Delbosc, Raymond, “Madame d’Aulnoy et l’Espagne”, *op. cit.*, pp. 52-56.

información que ofrece al lector acerca de la sociedad del momento, sobre todo de la alta sociedad, y de los usos y costumbres de entonces. Cabría destacar la galantería de los madrileños, sus usos amorosos, la moda femenina, los parentescos y matrimonios, la gastronomía. Reproduce asimismo una corrida de toros y habla aunque de oídas de la Inquisición.

En todo ello encontramos una voluntad constante de ofrecer el contraste con la Francia del momento: su gastronomía, su moda, sus costumbres sociales mucho más avanzadas y sofisticadas:

Vous m'allez dire que les Espagnols sont fous avec leur chimerique grandeur. Peut-estre que vous direz vrai ; mais pour moi qui crois les connoître assez, je n'en juge pas de cette maniere. Je demeure d'accord neanmoins que la difference que l'on peut mettre entre les Espagnols et les François, est toute à nostre avantage. Il semble que je ne devrois pas me mesler de décider là-dessus, et que j'y suis trop interessée pour en parler sans passion ; mais je suis persuadée qu'il n'y a guère de personnes raisonnables qui n'en jugent ainsi. [III, p. 448].

Sus planteamientos para el descubrimiento de la alteridad se ven a menudo velados por una cierta altanería, si no es por ignorancia, como sucede cuando la autora se erige en crítica de la literatura y el teatro español. En cuanto a la pintura, demuestra su ignorancia total al no conocer siquiera un pintor de corte como Velázquez, ya que según afirma: “Il n'y a pas de bons Peintres dans cette Ville ; la plûpart de ceux qui y travaillent ne sont pas du païs” [III, p. 476].

Sin embargo, y a pesar de esta visión de España como país atrasado y de costumbres todavía bárbaras, próxima a la acérrima crítica cultural que ya se había utilizado antes como medio de lucha frente a una nación tradicionalmente rival, en esta *Relation* se

encuentran otros aspectos que la autora destaca de manera positiva: la belleza y la amabilidad de las mujeres, la galantería de los caballeros, las bondades del clima español, a pesar del calor, sus diversiones populares y campestres:

A l'égard de la promenade du premier de Mai, c'est un grand plaisir de voir les Bourgeois et le peuple assis : les unes dans les bleds naissans ; les autres sur le bord du Manzanarez ; quelques uns à l'ombre ; quelques autres au Soleil avec leurs femmes, leurs enfans, leurs amis ou leurs maîtresses... tous buvant de l'eau comme des cannes, et joüant de la Guitarre ou de la Harpe. [III, pp. 382-383]

Todo ello hace exclamar a una Madame d'Aulnoy admirada que "l'amour est nai en Espagne", ya que reconoce que "on n'a jamais sceu aimer en France comme on prétend que ces gens-ci aiment" [III, p. 482]. La belleza de las españolas le parece superior a la de las francesas, aunque le parecen demasiado delgadas. Los caballeros españoles son discretos, galantes y fieles; el aire de Madrid es el más puro que se pueda imaginar, sus jardines florecen bajo este clima sin igual. Y ello a pesar de que realizó su viaje a España en lo más crudo del invierno madrileño. Incluso en su descripción de las corridas de toros deja traslucir una cierta emoción, a pesar de dejar bien claro que le parecen una costumbre atrasada y bárbara.

No obstante, al margen del puro estilo descriptivo, Madame d'Aulnoy impregna su discurso de reflexiones personales, de observaciones perspicaces. La moda de las damas españolas de llevar plumas de colores en la cabeza le parece de lo más favorecedora. "Ces Plumes sont fort fines, & mouchetées de differentes couleurs, ce qui les rend beaucoup plus belles. Je ne sçay pourquoy l'on ne fait pas de même en France" [II, p. 251], comenta. Son este tipo de comentarios sobre la moda o sobre las costumbres de las mujeres en

general los que según Miguel Ángel Vega dan a este relato un aire de cotilleo social¹⁰⁴.

Sus personajes hablan y aportan informaciones diversas; por ejemplo, conocemos cómo era Portugal en aquel momento gracias a la descripción que le hace doña Teresa de Figueroa. Otras veces la autora no especifica la fuente de información: “on dit que...” o “on m’a conté que...” le sirve para introducir cualquier información o anécdota que se añaden al relato de sus experiencias en primera persona.

Pero no olvidemos que esta escritora de viajes es también escritora de cuentos; en el interior de sus cartas encontramos pequeñas historias que son en realidad novelas cortas en las que la autora da rienda suelta a su imaginación. Los temas centrales de estas historias son los amores desgraciados, los celos, la venganza, la traición. Los españoles y sobre todo las españolas vistas a través de estas historias se cargan de connotaciones que, como veremos más adelante, van conformando la caracterización de un estereotipo nacional cuya personalidad está marcada por las fuertes pasiones.

De este modo, entre el reconocimiento de virtudes y la crítica severa, la imagen de España que ofrece este relato es la de una nación en decadencia, con unos tipos nacionales que dentro del tópico de la España negra dejarán su huella en el futuro trazado de la imagen nacional. Pero para Madame d’Aulnoy los españoles son también una nación que ama y que se divierte, y que posee cualidades suficientes para despertar del letargo en el que está sumida.

¹⁰⁴ Véase la introducción de la *Relación del viaje de España, op. cit.*, pp. 24-30.

2.2.2. Voyages du père Labat en Espagne et en Italie de Jean-Baptiste Labat (1730)

El autor

Jean-Baptiste Labat fue un misionero de la Orden de los Dominicos que pasó parte de su vida en las Antillas, donde llegó a ser procurador general de todas las misiones de su Orden. Nacido en París en 1663¹⁰⁵, ingresó en la orden de los Dominicos y hasta los treinta años llevó una vida tranquila enseñando filosofía, matemáticas y teología en los conventos de París y Nancy. En 1693, como consecuencia de una epidemia que había diezmando considerablemente el número de misioneros establecidos en las colonias francesas de América, se le presentó la oportunidad de partir en misión para las Antillas. Allí destacó por su temperamento de hombre de acción, participando al mando de una compañía de nativos en la defensa de las islas del ataque de los ingleses en 1703¹⁰⁶. Fundó el pueblo de Basse-Terre en Guadalupe¹⁰⁷. Llegó a

¹⁰⁵ Siguiendo el estudio de Carminella Biondi “Dal Nuovo al Vecchio Mondo con Jean-Baptiste Labat”, en D’Agostini, Maria Enrica (dir.), *La letteratura di viaggio. Storia e prospettive di un genere letterario*, Milano, ed. Guerini e associati, 1987, documentado en la Tesis doctoral de Grotzky, R.P., *Le père J.-B. Labat (1663-1738) : un voyageur philosophe*, City University of New York, 1976. José García Mercadal afirmaba sin embargo que la fecha de nacimiento del padre Labat fue en el año 1664, único dato no coincidente con el estudio anteriormente citado, en García Mercadal, José (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, p. 105.

¹⁰⁶ Esta anécdota aparece en las notas biográficas de los viajeros a España cuyos textos componen la antología de Bennassar, Bartolomé et Lucile, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*, op. cit.

¹⁰⁷ Ver García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2000, pp. 132-134.

ser superior de la Misión de Martinica, y en 1705 recibió la orden de regresar a Roma para intentar reclutar más misioneros para las islas.

Su gran aventura americana duró doce años, y una vez de vuelta a Europa, donde desembarcó el 10 de octubre de 1705 en el puerto de Cádiz, no regresará jamás a las colonias, a su pesar. Tuvo que permanecer largo tiempo en Cádiz, al menos más tiempo del previsto, “con sus dominicos engraidos, sus procesiones primitivas, y un exceso de anteojos, instrumento de vanidad para todos los hombres de pluma”¹⁰⁸, antes de regresar a Francia camino de Italia. Siguiendo a García Mercadal, tras pasar varios años en Italia donde lo retuvieron los asuntos de su orden, volvió a París en 1716, donde pasó parte de su tiempo ordenando sus notas de viaje y escribiendo, hasta su muerte acaecida en 1738.

Según cuenta Lafcadio Hearn¹⁰⁹, el padre Labat era un hombre enérgico, que combatía con especial tenacidad las prácticas abominables de la brujería entre los negros esclavos, ya que pensaba que algo había de cierto, aunque por supuesto no todo, en lo que algunas personas contaban sobre los brujos y sus contratos con el diablo. Carminella Biondi¹¹⁰ deduce de sus escritos una personalidad dinámica, dotada de una gran curiosidad, sentido práctico y un cierto sarcasmo que en ocasiones llega al humor negro. Asimismo destaca la dureza con que intenta reprimir las

¹⁰⁸ Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. XII.

¹⁰⁹ Hearn, Lafcadio, *Bosquejos martiniqueses*, trad. francesa de Marc Loge, Mercure de France, 1926, citado por García Mercadal, José, *op. cit.*, p. 106.

¹¹⁰ Biondi, Carminella, *op. cit.*, pp. 21-22.

supersticiones junto a su comprensión hacia ciertas costumbres paganas, indulgencia que no demuestra hacia las mujeres, “altri paria della società del tempo”, en palabras de esta autora¹¹¹.

En su obra española, los *Voyages du P. Labat en Espagne et en Italie*, el autor no puede ocultar su misoginia, hasta el punto de referirse a las mujeres como “les animaux de leur espece”, y acompaña frecuentemente sus descripciones de mujeres con una cierta condena moralista. Las únicas mujeres a las que trata con cierta condescendencia son las esposas de hombres de alcurnia, de lo contrario suele referirse a ellas como un todo, como un grupo uniforme con costumbres idénticas.

Bartolomé y Lucile Bennassar¹¹² encuentran en las páginas andaluzas de Labat un personaje bastante diferente del que revela el resto de su obra: más susceptible, siempre irritado, como reticente a compartir la admiración de los españoles hacia sus ciudades. No debemos olvidar que Labat se encuentra retenido en Cádiz en contra de su voluntad y que, a pesar de que su mentalidad práctica le lleva a aprovechar el tiempo para recorrer y conocer mejor la zona, su estancia española no hace más que retrasar su llegada al punto de destino, Roma, y su anhelado regreso a las colonias que, como hemos señalado, nunca se produciría.

García Mercadal hace referencia a un retrato del autor que aparecía en el Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional de París, en un medallón presentado al público por un esclavo de raza negra con una leyenda en la que podía leerse: “Escritor curioso de los espíritus y de las costumbres, adorna sus escritos con las gracias

¹¹¹ *Ibid.*, p. 25.

¹¹² Bennassar, Bartolomé y Lucile, *op. cit.*, p. 1223.

de su estilo, corrige al hombre de sus errores, distrayéndole, y sabe mezclar por todo lo agradable y lo útil”¹¹³.

Su obra

De las notas tomadas durante sus experiencias como misionero en las colonias de las Antillas en 1722 se publicó en París la primera edición de su *Nouveau voyage aux îles de l'Amérique*, obra que tuvo un gran éxito editorial, por lo que le siguieron varias ediciones más, una segunda dos años después, y posteriormente otras ediciones holandesas en 1724, 1728 y una edición en París en 1742. Después de esta fecha siguió reeditándose hasta nuestros días en versiones más o menos reducidas¹¹⁴.

A su regreso a Europa en 1705 desembarcó en Cádiz, desde donde debido al bloqueo marítimo existente en Gibraltar se dirigió a Italia cruzando España y Francia. Sus viajes por España e Italia fueron la fuente de inspiración para escribir los ocho volúmenes que componen sus *Voyages du P. Labat de l'ordre des FF. prêcheurs en Espagne et en Italie*, obra de la que conocemos una edición parisina de los editores Jean-Baptiste et Charles Delespine de 1730 y otra holandesa de 1731¹¹⁵. Foulché-Delbosc cita además dos ediciones

¹¹³ García Mercadal, José, *op. cit.*, p. 106.

¹¹⁴ Para consultar una edición reciente de dicha estancia en el Caribe véase Labat, R. Père, *Voyage aux Caraïbes*, St-Malo, Ancre de Marine, 2001. Otra edición actual: Labat, Jean-Baptiste, *Voyage aux îles françaises de l'Amérique*, Pau, Cairn, 2003.

¹¹⁵ *Voyages du P. Labat de l'ordre des FF. Prêcheurs, en Espagne et en Italie*, Paris, Jean-Baptiste Delespine, Charles-J.-B. Delespine, 1730, 8 vol. in-12.

2ª ed.: id., Amsterdam: aux dépens de la Compagnie, 1731, 8 vol. in-12.

Hemos consultado el texto de la primera edición en <<http://gallica.bnf.fr>>, texto del que citaremos en lo sucesivo.

traducidas al alemán¹¹⁶, una de ellas recogida también por Farinelli¹¹⁷.

García Mercadal habla de la obra como traductor de Jean-Baptiste Labat, quien según él tradujo al francés tres breves obras italianas: una descripción de Florencia y sus alrededores, la relación de la legación del cardenal imperial al rey Carlos III, y otra exacta relación de las costumbres de la corte de Roma, sus ceremoniales y sus hábitos.

Bennassar afirma que Labat utilizó las notas de viajes que otros viajeros le confiaron para escribir dos relatos situados en países que nunca visitó, en África occidental y Etiopía, así como sus *Mémoires du chevalier d'Arvieu*. En cualquier caso, se convirtió en un especialista de la literatura de viajes.

Voyages du père Labat en Espagne et en Italie

El viaje de Labat a España está recogido en el primer volumen de los ocho que comprenden sus *Voyages du P. Labat, de l'ordre des frères Prêcheurs, en Espagne et en Italie* de los que hemos hablado antes, volumen que abarca todo lo referente a España; el segundo volumen corresponde a su primer viaje a Italia y los seis restantes al segundo viaje a Italia, en cuyo prólogo él mismo afirma haber vivido siete años más.

De esta parte española se publicó en París una edición en 1927, en la colección *Voyages de Jadis et d'Aujourd'hui* por el editor Pierre Roger, con el título de *Voyages du père Labat en Espagne, 1705-1706*, siempre siguiendo a García Mercadal, que introdujo dicho texto traducido al español en su recopilación

¹¹⁶ Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, op. cit., p. 96.

¹¹⁷ Farinelli, Arturo, *op. cit.*, p. 221.

titulada *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, publicada por Aguilar en 1962. García-Romeral cita una edición de Jean Sarrailh de 1963 con el título *Le voyage du Père Labat en Andalousie (octobre 1705-février 1706)*, en los *Annales de l'Université de Paris*¹¹⁸.

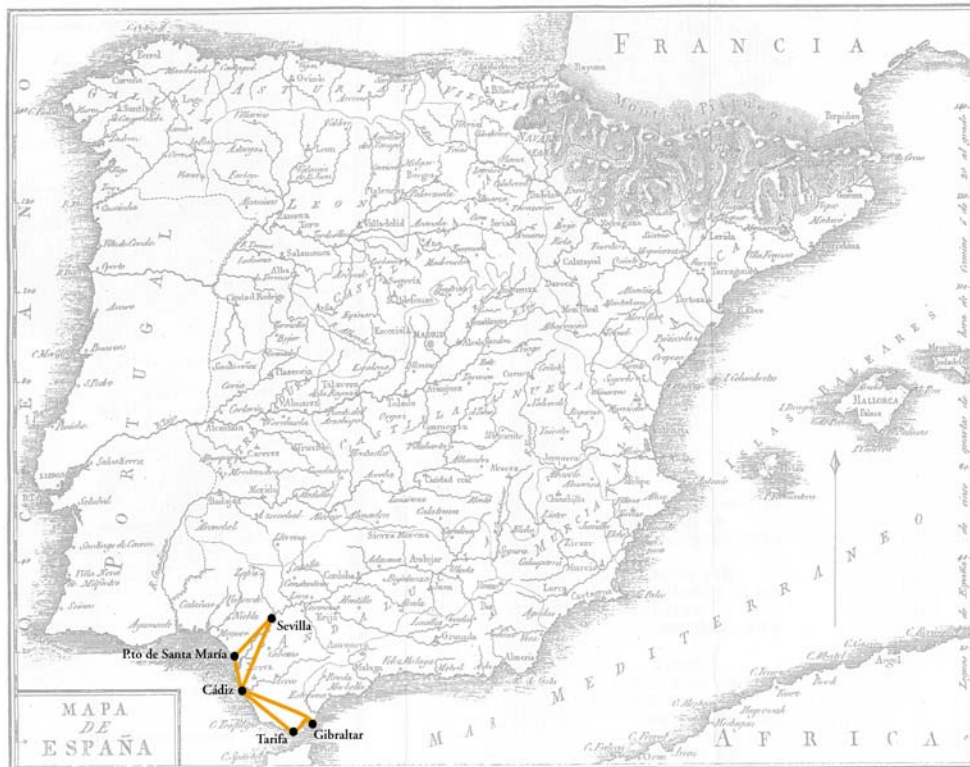
El viaje del padre Labat empieza con su desembarco en Cádiz, ciudad que describe con precisión. Tras una visita a Tarifa y Gibraltar, donde presencia el bloqueo marítimo impuesto por los ingleses, y una excursión al Puerto de Santa María y a Sevilla, termina por embarcarse en el puerto de Cádiz rumbo a La Rochelle.

En él describe con precisión el desarrollo de su viaje, sus impresiones, sus encuentros con otros sacerdotes de la orden o con personas a las que visita, las costumbres de los españoles en diversas situaciones, ciudades, conventos y monumentos, incluso los platos o bebidas que prueba y sobre los que da su opinión.

Su obra, de carácter claramente didáctico y descriptivo, se dirige a un público “ilustrado” al que quiere sobre todo informar sin caer en imprecisiones. Sin embargo, la visión que el padre Labat deja traslucir de los españoles es la de vagos, vanidosos, pobretones y supersticiosos, muy alejados del refinamiento francés. La mayoría de los halagos los dedica al vino.

A pesar de su propósito inicial de reflejar fielmente las costumbres de los españoles, como indica en su prólogo, en ocasiones parece más preocupado por describir los monasterios o conventos de su Orden y por hacer un estudio táctico de la ciudad de Cádiz.

¹¹⁸ García-Romeral Pérez, Carlos, *op. cit.*, p.118.



Itinerario del viaje de Jean-Baptiste Labat por España.

Itinerario del viaje

Cádiz - Tarifa - Gibraltar - Cádiz - Puerto de Santa María - Sevilla - Cádiz

Estructura de la obra

La obra consta de un prólogo al que siguen once capítulos, el último de los cuales termina con su llegada a Marsella.

El prólogo supone una declaración de intenciones, o más bien una justificación previa a lo que los lectores van a encontrar, todo ello basado en la fidelidad con que dice escribir. El autor insiste en dicho prólogo en su intención de transmitir la verdad, de reproducir con precisión sólo lo que ha visto y lo que conoce, en un ejercicio de sinceridad y exactitud que lo aleje de “les mauvais Relateurs, les Voyageurs de Cabinet, ces gens qui à l’ombre d’un

stile fleuri & d'une narration aisée, se croient en droit de tout dire, & d'en imposer à tout le monde" [p. XXI].

De este modo se defiende de las posibles críticas de los lectores por su excesiva exactitud en la descripción de las personas:

Si les Espagnols & Italiens, dont je vais décrire les mœurs, les Coûtumes et les Usages aussi bien que le Païs, dans le présent Ouvrage se plaignent de mon exactitude, & de ma trop scrupuleuse fidélité, ils trouveront bon que je leur dise para avance ce que je viens de dire aux Ameriquains. Si leurs portraits ne leur plaisent pas, qu'ils s'en prennent à eux mêmes ; pourvû qu'ils soient veritables & ressemblans, comme j'espere que les connaisseurs en conviendront, j'aurai rempli toutes mes obligations. [p. III]

Asimismo se disculpa por las posibles imprecisiones que pudieran encontrarse en su relato, a pesar de los esfuerzos realizados para evitarlas.

En cuanto al itinerario de su viaje, se trata como hemos comentado de un pequeño recorrido por el Sur de España, partiendo de Cádiz, ciudad que describe con precisión, especialmente en el capítulo VI. Después hace un viaje a Tarifa y Gibraltar, pero regresa a Cádiz donde pasa la Navidad. Más tarde hace una visita al Puerto de Santa María y Sevilla, regresa a Cádiz y allí se embarca para navegar hasta la Rochelle. Cuenta después su itinerario por tierras francesas desde la Rochelle hasta llegar a Marsella.

En total y según el mismo autor indica en el prólogo, se trata de una estancia de cuatro o cinco meses, el tiempo que transcurrió desde su desembarco al llegar de las Antillas hasta que pudo volver a embarcarse hacia Francia. No es su objetivo recorrer el país, sino detenerse a observar esta pequeña región del sur y

describirla con la mayor exactitud posible. Cree que así responderá mejor a lo que el público requiere:

Si depuis qu'on se mêle d'écrire, chaque Ecrivain s'étoit contenté de bien décrire une Ville, ou une Province, il y a long-tems que nous aurions une connoissance parfaite de tout l'Univers ; mais comme un même homme s'est voulu distinguer en écrivant beaucoup plus qu'il n'avoit vû, il a été obligé de le faire sur les rapports d'autres gens souvent aussi peu instruits que lui, & il est arrivé que nous avons bien des Relations, qui manquent de certitude & d'un détail qui leur étoit absolument nécessaire pour contenter les Lecteurs. Je serois un téméraire si je me flattois d'être exempt de tout défaut, j'ai fait, je le repete, tous mes efforts pour les éviter. [p. VI]

El escritor se adapta como él mismo mismo afirma a la demanda de sus lectores. Con este objetivo, el autor narra en primera persona sus experiencias y observaciones, junto con descripciones muy detalladas de las ciudades que visita, como observador experimentado de la realidad, reproduciendo asimismo algunas conversaciones interesantes con personas con las que se relacionó durante su estancia en España. Se trata sobre todo de franceses establecidos en Cádiz, que lo tratan convenientemente, religiosos de los diferentes conventos que visita, o españoles de clase alta, como los marqueses de la Rosa.

A modo de resumen, destacamos en este relato el estilo sencillo y la expresión de un punto de vista muy personal del autor, a pesar de sus pretensiones de objetividad. Su presencia impregna toda la obra de un fuerte espíritu crítico marcado por la pertenencia a una orden religiosa, por la firme creencia en la superioridad de todo lo francés frente al atraso español, y por fuertes arrebatos de misoginia. No olvidemos que el autor quedó atrapado en Cádiz y tuvo que permanecer allí a causa del bloqueo marítimo aunque no

era esa su voluntad, por lo que es comprensible su actitud negativa hacia la ciudad y sus habitantes.

Sin embargo, se observa cómo a medida que avanza el relato y con él el tiempo de estancia de Labat en Andalucía la actitud del religioso va suavizándose, parece ir disfrutando progresivamente de su estancia y opta por hacer pequeños viajes para visitar la zona a caballo, en barca o en calesa. Tanto, que cuando durante su visita a Sevilla recibe una carta instándole a volver a Cádiz ya que su barco va a zarpar, no es sino a regañadientes y recordando su verdadera misión en Europa que debe despreciar la oferta del padre prior, que le había invitado a quedarse y hacer el camino de vuelta por tierra recorriendo España.

Al mismo tiempo no podemos ignorar, porque disfrutamos de ello a lo largo de toda la obra, un marcado espíritu de aventura, de descubrimiento, que lleva al autor a ir más allá. Es lo que le empuja a buscar, por ejemplo, el tesoro del conde don Julián dentro de una cueva, o a probar cómo se siente uno dentro de unas alpargatas para hacer el camino de Tarifa a Algeciras. El escritor integrado en el relato como protagonista del mismo es un personaje dinámico, activo y con una gran capacidad de observación.

En ocasiones sorprende el contraste entre la figura del viajero internacional, instruido, acostumbrado a explorar nuevas culturas, y cierta inocencia o credulidad al enfrentarse a realidades que no conoce o no comprende bien. En este sentido, coincidimos con esta opinión recogida en el *Dictionnaire des lettres françaises*:

“Les voyages du P. Labat se lisent encore avec intérêt, tant le style en est piquant et savoureux. Leur valeur scientifique est excellente lorsque

l'auteur rapporte ce qu'il a vu lui-même, très douteuse lorsqu'il s'en rapporte à autrui, car il fait preuve alors d'une excessive crédulité."¹¹⁹

Con el fin de ilustrar esta idea de la excesiva credulidad de Labat, citaremos, por ejemplo, la descripción que el autor ofrece de una mujer criolla en el capítulo IV, a la que evidentemente nunca ha visto con sus propios ojos más que la parte de su cuerpo descubierta por la ropa, a pesar de su larga estancia en las Antillas.

M. de Grisolet s'étoit marié à Cayenne avec une Creolle de cette Isle, qui étoit une des plus extraordinaires creatures, dont on ait peut-être jamais entendu parler. Elle étoit grande & bien-faite, elle ne manquoit ni de beauté, ni d'esprit. Elle avoit le visage, le coû, & une partie de la gorge d'une très-belle couleur blanche, les mains & les bras jusqu'au dessus des coudes étoient de même, & tout le reste du corps étoit d'un noir de jai & le plus beau, & le plus lustré qu'on puisse s'imaginer. Je tiens ceci du Sieur Ganteaulme de Marseille Capitaine du Vaisseau S. Paul. [p. 266]

A pesar de la arrogancia y el tono moralista de los que hace gala en muchas ocasiones durante su relato, detalles como éste hacen que parezca más humano, más sencillo y cercano. Es cierto que el tono general es crítico y a veces despectivo hacia lo español: su gastronomía, las posadas, los caminos, las ciudades que le parecen pobres y sucias, la despoblación de la vega, el descarro de las mujeres, la hipocresía en las ceremonias religiosas, son aspectos que junto con muchos otros no se alejan de los tópicos de la leyenda negra de España enunciados por otros autores anteriores.

¹¹⁹ Moureau, François (dir), *Dictionnaire des lettres françaises. Le XVIII^e siècle*, Paris, Fayard et Librairie Générale Française, 1995, p. 646.

Por ello raramente se encuentran juicios positivos que no vayan acompañados de un contrapunto negativo. Casi siempre introduce un elemento compensatorio referente a alguno de los vicios de los españoles que restan valor a la afirmación inicial. Así, por ejemplo, no puede contemplar la belleza de los campos cultivados sin recordarnos la pereza y falta de habilidad de los españoles: “Le froment vient à merveille dans tout le Païs, il est gros, dur, pesant, d’une belle couleur, & feroit le plus beau pain du monde s’il étoit bien travaillé” [p. 316].

Pero por otro lado, el relato tiene momentos en los que el autor parece dejarse llevar disfrutando del momento y transmite al lector esta misma sensación placentera: por ejemplo, cuando pasa noche en la aduana y un aduanero le instruye sobre la forma de hacer el vino, que Labat adora, o en su descripción de la fértil vega de Tarifa. Son estas pinceladas las que aportan al relato interés y colorido.

2.2.3. *Lettres sur le voyage d’Espagne de Coste d’Arnobat (1756)*

El autor

En 1756 se publicaban estas *Lettres sur le voyage d’Espagne*, par M. *****, no obstante, parece fuera de toda duda que el autor que se ocultaba tras los asteriscos era Charles-Pierre Coste d’Arnobat, nacido en Bayonne en 1731 o 1732, fallecido en París entre 1808 y 1810¹²⁰.

¹²⁰ Estos datos de su biografía así como una más completa enumeración de sus obras pueden consultarse en el *Dictionnaire des lettres françaises, le XVIII^e siècle, op. cit.*, p. 362.

Destinado a la carrera de las armas, prefirió seguir la de las letras, y durante su vida produjo una bastante extensa obra literaria, en la que pueden encontrarse, además de relatos de viajes y de ficción, obras de crítica literaria como otras de carácter filosófico. Viajó a Holanda e Inglaterra en 1774; sin embargo no se tiene constancia de ningún viaje de Coste a España, que tenía veinticuatro años cuando estas *Lettres sur le voyage d'Espagne* fueron publicadas.

Su obra

No obstante, es cierto que parte de su obra literaria tiene una estrecha relación con España, destacando además de la ya citada obra sus *Nouvelles imitées de Michel Cervantes et autres auteurs espagnols, par le citoyen C****, publicadas en dos volúmenes en París, por Gérard, en 1802. No olvidemos la importancia que se le reconoció en Francia a Cervantes como gran figura de las letras hispánicas. En sus *Novelas ejemplares*, a partir del tema del amor y el matrimonio, Cervantes revelaba la humanidad de sus personajes mediante un discurso que se alejaba de los convencionalismos, privilegiando la mirada del personaje sobre las cosas y los acontecimientos. Es indudable su influencia sobre la literatura posterior, y el género de la novela tendrá en estas *Novelas* un modelo a imitar. Podemos decir que Cervantes inventó una nueva manera de concebir el relato, con su búsqueda de nuevas formas; con él nacen la figura del anti-héroe y la novela moderna.

Coste d'Arnobat escribió también varios artículos sobre literatura española con los que colaboró en el *Journal étranger*. Su obra literaria es bastante extensa y variada, con obras propias como *Observations sur la Poétique française* (1769), *Voyage au pays de Bambouc, suivi d'observations intéressantes sur les castes indiennes, sur*

la Hollande et sur l'Angleterre (1789)¹²¹ o *Mémoires de Marie-Françoise Dumesnil, en réponse aux Mémoires d'Hippolyte Clairon* (1799), entre otras. También tradujo diferentes obras al francés y es posible que participara en la traducción de las *Nouvelles* de Cervantes publicada en París de 1775 a 1788, por Le Febvre de Villebrune¹²². Participó asimismo en la redacción de algunos volúmenes del *Almanach des gourmands*. Se trataba de una publicación periódica de Alexandre Balthazar Grimod de la Reynière, escritor y gastrónomo francés (1758-1837), que empezó a publicarse en 1803. En ella se hacía un recorrido gastronómico por los principales cafés de París, inaugurando así el género de la crítica gastronómica¹²³.

*Lettres sur le voyage d'Espagne*¹²⁴

Esta serie de cartas aparecieron como publicadas en Pamplona, sin indicación del editor, pero García-Romeral¹²⁵ señala que la publicación se hizo en Bayona. Foulché-Delbosc atribuyó las

¹²¹ Edición disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

¹²² Según Foulché-Delbosc (bajo el seudónimo de Charles Vernier), en el prólogo a la edición de *Lettres sur le voyage d'Espagne* de la Revue Hispanique (1922), no existiría una prueba concluyente de este hecho, que por otra parte es comentado también en la recopilación de García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, op. cit., p. 89. En el *Dictionnaire des lettres françaises*, op. cit., se afirma que tradujo las dos primeras novelas de dicha recopilación.

¹²³ Existe una edición reciente de algunos extractos del *Almanach des Gourmands* elegidos y presentados por Allen S. Weiss en la colección "Le petit Mercure", Mercure de France, 2003.

¹²⁴ *Lettres sur le voyage d'Espagne, par M. ******, Pampelune (Paris), MDCCLVI, in-12.

¹²⁵ Ver García-Romeral Pérez, Carlos, op. cit., p. 89.

cartas en su *Bibliografía* a Coste d'Arnobat¹²⁶, y las publicó en la *Revue Hispanique* en 1922, utilizando el seudónimo de Charles Vernier. Como anónimas aparecen sin embargo en la recopilación de García Mercadal en 1962.

Como indica Foulché-Delbosc en el prólogo a su edición en la *Revue Hispanique*, texto del que citaremos de ahora en adelante, el viaje de Coste a España, si bien no es un hecho probado, tampoco tiene nada de inverosímil¹²⁷.

Itinerario del viaje

Pirineos - Pamplona

Estructura de la obra

En cuanto al texto que nos ocupa, su autor lo escribió a los 24 años y hace referencia a una estancia en Pamplona en 1752. Siguiendo la forma epistolar del relato de viaje que ya instituyera Madame d'Aulnoy, se trata como su título indica de veinte cartas, todas ellas redactadas en Pamplona, y dirigidas a un anónimo *Monsieur* como se aprecia en la primera de ellas:

Je me suis engagé, Monsieur, à vous rendre compte de ce que je verrois en Espagne ; la plûpart des Ecrivains qui ont parlé de ce Royaume, ne l'ont connu que sur des traditions, & n'ont pas détaillé les mœurs des Espagnols. Je me bornerai à vous en donner une idée par un grand nombre de faits avérés, & où le caractère de ces Peuples paroîtra dans tout son jour. [p. 462]

¹²⁶ Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, *op. cit.*, p. 109.

¹²⁷ Coste d'Arnobat, Charles Pierre, *Lettres sur le voyage d'Espagne*, *Revue Hispanique* tome LVI, 1922, p. 460, texto del que citaremos en lo sucesivo.

El propósito de Coste, al igual que Labat, implica un deseo de verosimilitud y objetividad, a la exposición de hechos contrastados. Este objetivo, sin embargo, parece ir desapareciendo a medida que avanza el relato, como veremos.

El desconocido *Monsieur*, destinatario de las supuestas cartas, no aparece nombrado en ninguna de ellas de otra manera; sólo hay constantes referencias de trato en muchas de ellas (*vous*), el autor no pierde de vista la forma de la obra que está escribiendo. Lo único que sabemos de él por tanto es su nacionalidad francesa y que la relación que le une con el autor es posiblemente de superioridad, ya que espera que Coste d'Arnobat le envíe noticias para dar cuenta de su viaje. Las cartas no están fechadas, sólo aparece *Pampelune, le...* al final de todas ellas.

El viaje de Coste d'Arnobat se reduce, por tanto, a Navarra, y viaja acompañado puesto que en repetidas ocasiones utiliza el plural *nous*; no sabemos, sin embargo, quién le acompaña. En su primera carta se dirige a sus compañeros como “mes compagnons” y “mes camarades”, y también dice que van acompañados por “domestiques”. Estos datos podrían corroborar su autoría, puesto que podría tratarse de compañeros de armas, de un cierto rango o condición social, que estuvieran en misión militar en Pamplona. Coste podría estar rindiendo cuentas a un superior.

A pesar de la juventud del autor, toda la obra está impregnada de un fuerte anti-españolismo; ya desde el *Avertissement de l'auteur* este se cura en salud anunciando que su obra refleja fielmente la verdad y que la escribe desde la imparcialidad. Pretende dar a conocer el carácter español a partir de hechos:

Au lieu de peindre les Espagnols par des raisonnemens toujours ennuyeux, & souvent comuns, j'ai crû convenable de les faire connoître par des faits ; outre que le Lecteur est attaché bien plus

agréablement, il me semble que les vertus, les talens, les vices & les ridicules, se montrent par ce moyen dans tout leur jour. [p. 461]

La lectura de las cartas deja bien claro no obstante la visión negativa que el autor tiene de los españoles en general, dentro de la trivialidad y el tópico que se mantenían en el reinado de Fernando VI: el odio a los franceses, su pobreza, los celos de los maridos, la seriedad de sus mujeres¹²⁸. Al mismo tiempo sorprende por su insistencia un marcado anticlericalismo que no abandona el texto en ningún momento.

Es indudable que uno de los principales motivos que provocaban la imagen negra de España en el extranjero era la existencia de la Inquisición, y de todo un estamento religioso caracterizado por sus abusos, al que sin embargo una gran mayoría de los españoles obedecían ciegamente. Esta crítica al poder excesivo de la Iglesia es un aspecto que aparece en la mayoría de los relatos de viajes a España en el siglo XVIII, como muestra del fanatismo y el oscurantismo del pueblo español. Criticada de manera recurrente por los escritores de las Luces, la Inquisición representaba el polo opuesto a los valores del pensamiento ilustrado. Esta es una definición que da Voltaire del “monstre”, como él mismo la llama:

¹²⁸ Ver Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. XIV.

L’Inquisition est, comme on sait, une invention admirable et tout à fait chrétienne pour rendre le pape et les moines plus puissants et pour rendre tout un royaume hypocrite.¹²⁹

También Montesquieu dedicará a la Inquisición y a la hipocresía de la falsa devoción duras críticas disfrazadas de ironía: “Les Espagnols qu’on ne brûle pas paraissent si attachés à l’Inquisition, qu’il y aurait de la mauvaise humeur de la leur ôter”¹³⁰. Son sólo dos ejemplos de los ríos de tinta que la permanencia de esta institución en pleno siglo XVIII provocó en Francia.

La razón que Coste da en el *Avertissement* para su insistencia anticlerical es el convencimiento del autor de que en el fondo es el clero el culpable de la gran mayoría de los ridículos de los españoles, ya que estos se caracterizan por su excesiva credulidad. Puesto que los clérigos tienen interés en mantener esta fe ciega, mantienen un puesto de gran importancia en la sociedad que les permite estar siempre presentes y dirigir las conciencias de las almas cándidas hacia el lugar de sus propios intereses. El propio autor justifica esta aparición constante de los clérigos a lo largo de su obra, consciente de que el lector podría interpretar que se trata de una mera sátira:

Quoique je parle souvent des Moines, on auroit tort de me soupçonner de les avoir chosés pour épuiser sur eux les traits de la satire ; presque tous les ridicules des Espagnols ne viennent que de la crédulité, elle est le mobile de ces aventures extraordinaires qui n’arrivent communément qu’en Espagne, & ce sont les Moines qui

¹²⁹ Voltaire, “Inquisition”, section II, en *Dictionnaire philosophique*, Œuvres complètes de Voltaire, <<http://www.voltaire-integral.com>>

¹³⁰ Montesquieu, *Lettres persanes*, Lettre LXXVIII, ed. de Paul Vernière, París, ed. Garnier Frères, 1960, p. 167.

prennent soin de l'entretenir ; par-là ils jouent nécessairement un grand rôle dans la société, & il est impossible qu'ils ne paroissent à chaque instant sur la scène. [pp. 461-462]

En cuanto a su visión de las mujeres, contrariamente a Labat hay que decir que sólo a ellas dedica palabras amables e incluso elogios, aunque siempre lamenta que su genio natural esté coartado por la falta de instrucción y por la influencia constante y nefasta de los representantes de la Iglesia. Diferentes puntos de vista los del clérigo y el militar.

Al margen de la descripción de Navarra y las costumbres de los españoles, creemos que esta obra es una excusa para introducir pequeñas historias noveladas localizadas en España que a modo de Novelas ejemplares pretenden ser un reflejo de la realidad del país, pero que difícilmente un lector actual consigue identificar con un hecho real que pudiera haber sucedido en la época del relato. El autor parece complacerse en relatar minuciosamente las historias en que se ven envueltas las mujeres, a causa de su ignorante religiosidad, por culpa de la picaresca de los frailes, en unos relatos cortos que irían dirigidos al disfrute de los lectores de literatura libertina, con escenas eróticas en las que participan clérigos.

No existe ninguna conclusión que cierre este repertorio de cartas; de este modo, se gana en cuanto a verosimilitud, ya que realmente podría parecer a ojos del lector una recopilación de varias cartas de una sola dirección, con un emisor y un destinatario que no varían en ningún momento. Hasta el final la identidad del destinatario permanece en el anonimato.

El autor se preocupa por reflejar en las cartas mediante diversos mecanismos las reacciones de este destinatario; así, por ejemplo, la carta VIII comienza con una frase introductoria que sirve como enlace con la supuesta carta que el autor habría recibido

de su destinatario después de la VII: “Vous êtes surpris, Monsieur, qu’un Religieux ose débiter en chaire des extravagances, comme celle dont je vous ai parlé dans ma dernière Lettre...” [p. 473].

Sin embargo, el recurso más frecuente para mantener viva la presencia del destinatario consiste, además de en la apelación constante (“monsieur”), en otras referencias sobre todo al principio de cada carta como “vous savez, sans doute”, “vous avez vu jusqu’à présent que...”, “vous avez dû remarquer que...”, que aportan la función de encadenamiento, de seguir una trama. Otro mecanismo es el planteamiento de interrogantes retóricos que anuncian nuevas informaciones a las que el lector debería prestar especial atención, creando suspense, como “Pourrez-vous entendre, sans frémir, le projet le plus abominable qu’ait conçu l’être humain ?”.

Este cuidado en mantener la presencia del destinatario dentro de la forma epistolar sólo se pierde entre dos cartas que reproducen una historia larga; se trata de las misivas XVII y XVIII que reproducen la historia de un franciscano. Simplemente el relato se interrumpe al terminar la carta XVII, y la carta XVIII comienza sin más preámbulos en el punto en que el autor dejó la historia en la carta anterior. Lo mismo ocurre entre la X y la XI, en las que cuenta la historia de don Juan y doña Elvira. En el interior de la carta XIX Coste reproduce dos cartas de enamorados españoles, indicando que se trata de una traducción.

Se diría que cuanto más avanza la obra, más se acerca el autor a la forma de la novela, alejándose progresivamente del relato de viaje. Así, había ido introduciendo pequeñas historias a lo largo de todas las cartas, que suponían una especie de anécdota explicativa dentro de un contexto crítico determinado. A modo de ejemplo, en la carta XIV la historia del maestro de baile francés sirve para ilustrar el modo en que los clérigos abusan de su poder para

acercarse a las damas que les interesan. En este nivel de la narración, el autor desaparece como personaje, ya no participa en el relato, y queda transformado en un narrador omnisciente. A partir de la carta XVII el peso recae claramente en estos relatos novelados, ya que desde ese momento hasta el final de la obra asistimos a una serie de pequeñas historias noveladas en cadena.

Junto con la utilización de la primera persona que hace que el narrador se convierta en personaje protagonista de los acontecimientos relatados, la expresión del tiempo en el texto es otro mecanismo para recordar al lector la inmediatez de lo que allí se está contando. Así, para relatar acontecimientos del presente que el autor ha vivido, utiliza con frecuencia el adverbio “hier” (“J’ai été témoin hier d’une cruelle exécution”, carta XII), o bien la perífrasis de pasado reciente (“On vient d’arrêter sur la frontiere 15.000 piastres”, carta XV). De este modo, el autor pretende garantizar la actualidad de lo que allí se está presentando, así como por medio de la combinación de lo temporal con referencias espaciales concretas (“La maison où je loge est remplie de Moines depuis huit jours “, en la carta IX).

Por el contrario, cuando inicia el relato de una historia novelada larga, el autor la introduce mediante marcadores temporales que provocan en el lector una separación clara entre la ficción y la realidad, como “il y a quelques années...”, “il y a quelque tems...”. En estas ocasiones, el lector no recibe ninguna información sobre cómo el autor ha conocido ese suceso, por lo que se siente ya en el nivel de la ficción; como decíamos antes, pasamos a otro nivel de la narración.

2.2.4. *État politique, historique et moral du royaume d'Espagne l'an MDCCLXV (1765)*

J. Thernard (pseudónimo) publicó este relato anónimo, cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca Mazarino, en el número 78 de la *Revue Hispanique* (abril de 1914)¹³¹. García Mercadal publicó y tradujo por primera vez la obra al español en su recopilación *Viajes de extranjeros por España y Portugal* de 1965, aunque el capítulo XI, en el que se hace un resumen de la historia de España, está incompleto, al considerarlo su traductor carente de interés, ya que “no se descubre nada nuevo”¹³². Según explica en la introducción, el manuscrito se perdió durante mucho tiempo en el fondo de las bibliotecas. Así, se trataría de una síntesis de la experiencia política, histórica y moral del ignorado viajero que visitó España en la segunda mitad del siglo XVIII, concretamente en 1765.

El autor desconocido de este análisis de la España de la época en todas sus facetas confiesa en su *Préface* haber pasado poco tiempo en España. No obstante, se considera capaz de identificar aquellas anécdotas infundadas que suelen contarse a los extranjeros, y que no son dignas de ser reflejadas en una obra filosófica:

Je déclare que je n'ay fait que ramasser ce qui a été à ma disposition ; si j'ai omis des choses essentielles, c'est parce que le peu de tems que j'ay passé en Espagne ne m'a pas donné le loisir de connoitre toutes les parties à fonds. J'ay rejetté toutes les Anecdotes malignes que dans

¹³¹ “État politique, historique et moral du royaume d'Espagne l'an MDCCLXV”, *Revue Hispanique*, XXX, 1914, pp. 376-514, texto del que citaremos de ahora en adelante. Con el objeto de simplificar la lectura de este trabajo, a partir de este momento, al referirnos a este texto lo llamaremos *État politique...*

¹³² García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, p. 517

tout Pays on se presse d'apprendre aux Etrangers : elles n'eussent fait que déshonorer un Ouvrage Philosophique, sans tendre à mon but. [p. 378]

Este objetivo no es otro que hacer un verdadero retrato de la realidad española de la época, con el fin de mostrar los errores y defectos de la nación para que ésta pueda corregirlos:

Je reviens au but de mon Ouvrage : c'est de dire aux Espagnols des verités dont ils puissent faire leur Profit. [p. 379]

Así, sorprende ya desde este prólogo la convicción del autor de que una invasión de España por el ejército portugués, que podría llegar a Sevilla por mar de modo muy sencillo, sería una empresa fácil de llevar a cabo. Teniendo presente el objetivo instructivo de la obra, deberíamos tomar la descripción detallada de este plan de ataque como una advertencia del autor a los españoles, a los que aprecia, aunque no tiene ninguna intención de regresar a España:

Il ne me reste qu'à assurer que l'intérêt n'a point de part dans la composition de ce Livre, et que ce n'est qu'après avoir dit un éternel Adieu à l'Espagne que je luy donne des avis. [p. 380]

Itinerario del viaje

Galicia - Asturias - Vizcaya - Navarra - Aragón - Cataluña - Valencia y Murcia - Granada - Andalucía - Extremadura Castellana - León - Castilla (vieja y nueva) - Islas Baleares

Estructura de la obra

La obra está dividida en doce capítulos que siguen al prefacio; el autor dedica cada uno de ellos a un aspecto distinto de su estudio.

El autor confiesa en el prefacio su temor a que su obra sea quemada o destruida, sólo espera “que quelques exemplaires échappent à la fureur des Moines”. Dice haber escrito en francés a pesar de poder hacerlo en castellano porque la lengua francesa es universal, y está muy extendida en España, y cree haber escrito una obra de un nuevo género.

A pesar de recorrer las regiones de España, el sentido del viaje no está presente sin embargo en el estudio; esta ruta no se presenta como tal, sino que se trata de una división presentada en un orden que es fruto de la voluntad del autor, como él mismo advierte, sin que explique las causas de tal decisión. En ningún momento hace referencia a su verdadero itinerario por España, o a las circunstancias reales de su presunto viaje.

Antes de comenzar con su división de España, advierte al lector en un discurso preliminar que no ha pretendido hacer una descripción geográfica exhaustiva del país, ya que él no es geógrafo ni historiador, y además existen otros textos anteriores a los que el lector puede recurrir. Su verdadero objetivo es otro:

Ce n'est ni un Livre de Géographie, ni un Livre d'Histoire que j'écris. Mon Plan est de faire connoître l'Etat present de l'Espagne dans tous ses diferents points de vue. J'écris pour ceux qui sçavent déjà : je renvoye l'Ecolier et le Voyageur aux Livres qui traitent plus en détail ces Matieres. Je parle aux gens instruits qui, sans sortir de leur cabinet, veulent repasser l'Europe et en particulier l'Espagne sous leurs yeux, et la connoître, non telle qu'elle etoit il y a deux cents ans, mais telle qu'elle est actuellement dans ses raports Politiques et dans ses mœurs ; je ne veux point étoufer les Réflexions sous les détails, mon Plan est de faire des Mémoires pour servir à l'Histoire de la Philosophie et de la Politique. [p. 381]

Reconoce así que se dirige a un público culto e instruido, que ya conozca la historia y la geografía de España; lejos de ser una mera obra de divulgación para dar una visión general del país y las costumbres de sus gentes, su autor se propone hablar de la actualidad de España.

Provincia por provincia va describiendo la geografía, las ciudades más importantes, pero lo más interesante es que hace una descripción del carácter de cada provincia. Los catalanes son orgullosos y republicanos, los granadinos, menos perezosos que el resto de los andaluces. La pereza es uno de los vicios españoles más repetidos en esta descripción. Los habitantes de Cádiz, sin embargo, son los más educados y amables, porque la mayoría son extranjeros, y casi todos franceses.

Habla de proyectos futuros, como la construcción de unos jardines en anfiteatro junto al Manzanares. Se observa en esta descripción un especial interés en los temas tácticos y de defensa de varias ciudades españolas, lo que nos llevaría a pensar que el autor estuvo en España en calidad de militar. Es consciente de que el lector puede encontrarlo demasiado parcial y obstinado en elaborar planes de ataque militar, pero se disculpa diciendo que sólo cuenta la verdad y que un buen gobierno podría remediar esta situación.

No obstante, a los ojos del autor España sigue siendo un país hermoso. Desde su punto de vista, el problema fundamental de España, y lo que la hace más vulnerable, no es su propia situación o sus gentes, sino el hecho de que no tiene un buen gobierno, por lo que es “un des Royaumes le plus malheureux et les plus mal gouvernés, mais en même tems un des plus beaux du monde connu” [p. 411].

El autor conoce la Corte española de cerca, y le dedica un capítulo entero en el que hace una descripción de los personajes más

importantes, desde el Rey al marqués de la Ensenada. Parece que el autor estuvo bien relacionado durante su supuesto viaje a España, o al menos posee los datos suficientes para hacer un repaso de la corte y los diferentes ministerios. Habla de las finanzas, en un pueblo empobrecido y en decadencia, del comercio, donde los ingleses tienen el dominio absoluto. El discurso anticlerical también está presente, y la crítica recurrente de la Inquisición.

En este punto el autor rompe su discurso descriptivo para introducir una pequeña anécdota que sucedió durante su estancia en España, que ilustra la ignorancia y la superstición del país, mayor cuanto más al Sur. De nuevo surge la figura del posible militar, convencido de que la única forma de acabar con la Inquisición es la fuerza o, lo que es lo mismo, el ejército.

La descripción del carácter y las costumbres españoles reúne todos los tópicos de otros relatos anteriores, pero se hace patente no obstante una voluntad del autor por equilibrar las virtudes y los vicios de los españoles, ya que si España tiene muchas particularidades, entre ellas están muchas buenas cualidades. Está convencido de que “un grand homme pourrait en vingt ans la remettre à son point de splendeur” [p. 488].

El tema de la preocupante despoblación también está reflejado, y sobre todo considera que lo que le falta a los españoles es la libertad. Es también la libertad lo que le falta a la literatura española para brillar como merece, en una crítica más documentada que muchas otras.

Con un tono de reprobación severa pero también de esperanza, de este modo el autor de este relato anuncia muchas de las observaciones que los escritores posteriores, como Peyron o Bourgoing, enfocarán desde su perspectiva ilustrada.

2.2.5. *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1778 de Jean-François Peyron (1784)*

El autor

Jean-François Peyron nació en Aix-en-Provence en 1748. Era hermano del pintor Jean Peyron y desarrolló paralelamente la carrera de hombre de letras y de diplomático. Destacó como escritor y por sus traducciones del inglés. Por otra parte, fue secretario de embajada en Bruselas en 1774, y conoció bien la España de su tiempo como viajero y secretario de embajada en Madrid desde 1777 hasta 1778, demostrando también un profundo conocimiento de la historia de España. Secretario del gobernador de Pondichéry, Monsieur de Bussy, cuando murió era comisario de las colonias en Goudelour (India), en 1784.

Recorrió en calidad de hombre “ilustrado” gran parte de España¹³³, y en sus relatos se muestra como un gran observador, muy bien informado, lo que da como resultado un texto largo y de minuciosas descripciones. Según Bennassar es patente su simpatía hacia el país que visitó. Miguel Batllori¹³⁴ afirma que en el momento en que escribió este relato era un viajero privado, sin obligaciones diplomáticas, cuyo objetivo era escribir una nueva relación de España por no gustarle las precedentes. Funcionario medio francés, anticlerical y enciclopedista aunque de modo superficial, parece encontrarse en su mundo al examinar los reglamentos de comercio con las Indias, aunque al mismo tiempo se muestra sensible a las bellezas españolas como el palacio del Generalife.

¹³³ Véase Bennassar, Bartolomé et Lucile, *op. cit.*, p. 52.

¹³⁴ Véase Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España, op. cit.*, p. XXI.

Su obra

Es el Barón de Bourgoing, en su obra *Tableau de l'Espagne moderne* que incluimos también en nuestro corpus, quien atribuye a Peyron la mejor descripción hasta el momento del reino de Granada, y con ello la autoría de esta obra que en su primera edición con el título *Essais sur l'Espagne* había aparecido como de autor desconocido¹³⁵. En la edición de la citada obra de Bourgoing de 1797 podemos leer:

Mais ce tableau que je ne fais qu'esquisser, a été tracé d'une manière exacte et attachante par un de mes amis qui n'est plus (Peyron) et dont la description du royaume de Grenade est la partie la plus intéressante de ses *Essais sur l'Espagne*.¹³⁶

Esta atribución está corroborada por una anotación de la *Correspondance littéraire* de Grimm (1782), aunque lo presenta como un médico español. Una nota de Beuchot corrige este error de Grimm¹³⁷. La misma obra fue publicada en 1782 en París, y en

¹³⁵ *Essais sur l'Espagne et Voyage fait en 1777 et 1778, où l'on traite des Mœurs, du caractère, des monuments, du commerce, du théâtre et des tribunaux particuliers à ce royaume*, Genève, 1780, 2. vol in-8.

2ª ed.: *Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778 ; dans lequel on traite des Mœurs, du Caractere, des Monumens anciens et modernes, du Commerce, du Théâtre, de la Législation des Tribunaux particuliers à ce Royaume, et de l'Inquisition ; avec de nouveaux détails sur son état actuel, et sur une Procédure récente et fameuse*, Londres, P. Elmsly ; Paris, P. Théophile Barrois, 1782, 2 vol. in-8.

3ª ed. : id., Londres, P. Elmsly ; Liège, Société typographique, 1783, 2 vol. in-8.

¹³⁶ Tomo III, p. 81. Véase asimismo Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal, op. cit.*, p. 125.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 126.

Londres con un título diferente: *Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778*.

Existió otra edición de 1783, y una traducción al alemán de 1781. Tras la primera traducción inglesa del viaje de Bourgoing antes citado, de 1789, aparecieron traducidos algunos pasajes de la obra de Peyron, ya atribuidos a su autor. García Mercadal tradujo la obra completa al español incluyéndola en sus *Viajes de extranjeros por España y Portugal* con el título de *Nuevo viaje en España hecho en 1772 y 1773*. El cambio en las fechas parece ser un error de esta edición, ya que en todas las anteriores, y en las diferentes bibliografías de viajeros consultadas la fecha del viaje sería 1777-1778.

Además de los *Essais sur l'Espagne*, Peyron tradujo algunas obras del inglés, como *L'Homme sensible* (1775), y publicó *Les Jeux de Calliope*, traducción de una colección de poemas ingleses, italianos, alemanes y españoles¹³⁸.

Le Nouveau voyage en Espagne

En el prólogo, el autor hace un repaso y una crítica de los relatos de viajeros en España anteriores a él, deteniéndose especialmente en algunos como el de Labat, del que dice “nos engaña o las costumbres han cambiado mucho”¹³⁹, y otros como Álvarez de Colmenar, Silhouette o Giuseppe Baretti¹⁴⁰. Para todos

¹³⁸ Véase el *Dictionnaire des lettres françaises*, *op. cit.*, p. 1031. El texto de *Les jeux de Calliope* se encuentra disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

¹³⁹ Peyron, Jean-François, *Nuevo viaje en España hecho en 1772 y 1773*, en García Mercadal, José, *op. cit.*, tomo III, p. 720. Este es el texto del que citaremos en lo sucesivo.

¹⁴⁰ En la parte II de nuestro estudio aludimos a los textos de Colmenar y Silhouette. En cuanto al texto de Giuseppe Baretti, se trata de *Lettere familiari di Giuseppe Baretti*

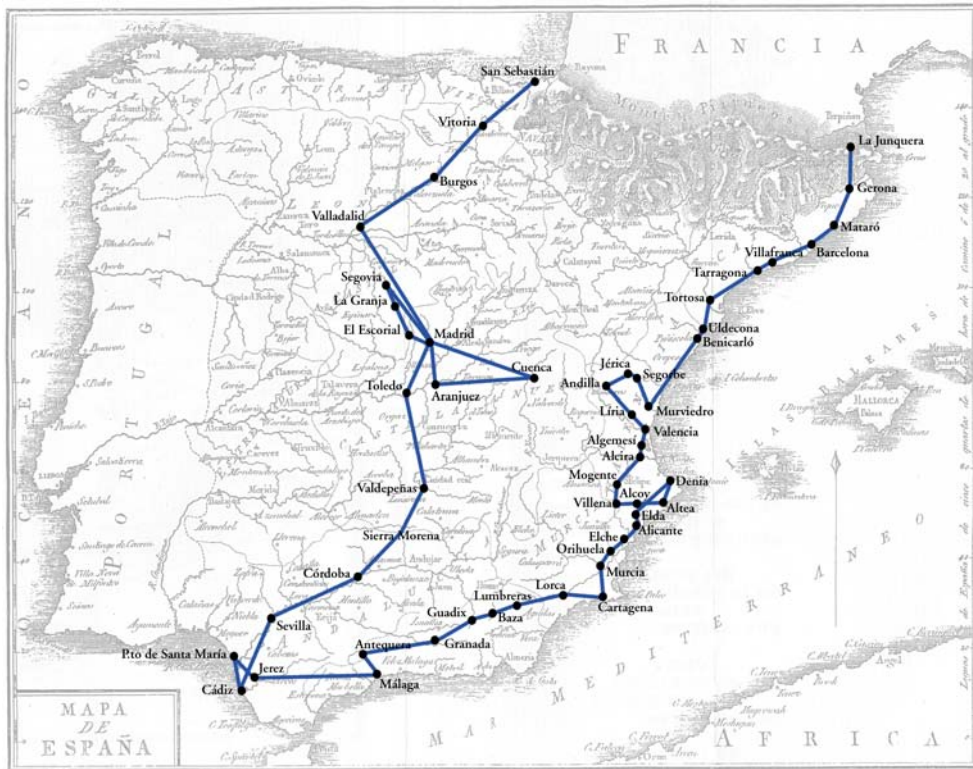
ellos encuentra algún motivo de crítica, lo que le lleva a afirmar que, a pesar de que estos relatos son instructivos, no se conoce aún la verdadera España. Por ello, al igual que los viajeros anteriores, pretende escribir un relato creíble, verosímil. Se propone hacer una pintura fidedigna y objetiva de la realidad española:

Por estimables e instructivos que sean todos esos viajes y dos o tres más que no nombro, porque son menos importantes, España no es bien conocida aún, y no me alabo de hacerla enteramente conocer. No propongo las observaciones que he podido hacer recorriéndola más que como simples ensayos. Trataré de presentar los objetos reales tal como los he visto, no tratando ni de despreciarlos ni de darles más brillo del que me han parecido tener. [p. 721]

El mismo autor da la clave de su dificultad al emprender dicha tarea, ya que siempre prevalece su visión personal, lo que a él le “parece”. Admite con este discurso que su individualidad va a estar de algún modo reflejada en su obra. No es la verdad, es su verdad.

Se disculpa a continuación con los españoles por las posibles críticas que puedan encontrar, excusándose en su franqueza y su amor a la verdad. No pretende juzgar, sólo enunciar y describir. Al mismo tiempo se propone ofrecer al lector variedad en un tipo de texto que, en su opinión, suele ser monótono. En cuanto al estilo empleado afirma haber elegido el más natural.

ai suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amadeo, Milano, 1761, 2 vol., obra que se fue ampliando con el tiempo. En su decimocuarta edición el segundo viaje a España se encuentra incluido en el tomo IV de su *Viaggio da Londra a Genova, passando per l'Inghilterra occidentale, il Portogallo, la Spagna e la Francia*, publicado en Milán en 1830-1831. Comprende una serie de itinerarios diversos por España. Fue traducido al inglés, alemán y francés.



Itinerario del viaje de Jean-François Peyron por España.

El propósito de Peyron es pues ambicioso; realizar un trabajo serio y bien documentado, instruir al lector sobre la realidad de España y los españoles, con absoluta franqueza, sin caer en falsos halagos, y huyendo de la monotonía para divertir al lector.

Itinerario del viaje

La Junquera - Gerona - Mataró - Barcelona - Villafranca - Tarragona - Tortosa - Uldecona - Benicarló - Murviedro - Segorbe - Jérica - Vivel - Andilla - Liria - Valencia - Algemés - Alcira - Mogente - Villena - Alcoy - Altea - Denia - Elda - Alicante - Elche - Orihuela - Murcia - Cartagena - Lorca - Lumbreras - Baza - Guadix - Granada - Antequera - Málaga - Jerez - Puerto de Santa María - Cádiz - Sevilla - Sierra Morena - Córdoba - Valdepeñas - Toledo - Madrid - El Escorial - La Granja - Segovia - Madrid - Aranjuez - Cuenca - Madrid - Valladolid - Burgos - Vitoria - San Sebastián.

Estructura de la obra

El libro primero comienza con una introducción histórica de la España antigua, después hace un recorrido por las diferentes provincias de la España de su época que va describiendo una a una : Cataluña, Reino de Valencia, Murcia, Andalucía (Granada, Málaga, Cádiz, Sevilla) y Sierra Morena, La Mancha y Toledo. En el libro segundo describe Madrid, Segovia, Castilla la Nueva, a continuación inserta un capítulo dedicado a los usos y costumbres de los españoles, y termina con el camino de Madrid a Bayona, por Valladolid, Burgos, Vitoria y San Sebastián.

Se trata pues de un itinerario muy completo, que sólo deja de lado la parte más occidental de la península. A lo largo de su recorrido va deteniéndose en las diversas ciudades y poblaciones que encuentra a su paso, ofreciendo interesantes comentarios y observaciones tanto sobre los lugares, ciudades y monumentos, como sobre lo que le ha llamado la atención referente a los habitantes y sus costumbres. Por ejemplo, al hablar de Cádiz, introduce un pequeño capítulo sobre las corridas de toros, o a su paso por Murviedro hace una detallada descripción del teatro de Sagunto.

En el libro segundo, que empieza con una descripción de Madrid, hace un resumen de los usos y costumbres de los españoles, la Inquisición, la literatura y el teatro, las órdenes militares y religiosas, el sistema judicial, la agricultura y la ganadería. Después inicia el camino de vuelta desde Madrid hasta Bayona, y termina ofreciendo sus impresiones sobre el viaje en sí, junto con algunas recomendaciones prácticas a los posibles lectores que se aventuren a viajar por España. Esta conclusión parece dar al texto un aire de guía para viajeros:

Con algunas precauciones, se viaja bastante cómodo en España. Los coches son allí buenos, las mulas enseñadas, los cocheros fieles, pacientes y laboriosos. Escogiendo los tiempos buenos del año, se puede atravesar el reino con agrado y sin correr ninguna especie de riesgo. Es preciso llevar una cama si se es delicado; pero no olvidar las sábanas, la ropa de mesa y, sobre todo, las provisiones. Esa previsión no fatiga mucho a un viajero y le pone en la certeza de no carecer de nada. [p. 932]

En este punto surge la impresión dinámica del viaje: se trata de la descripción minuciosa de lo que verá el viajero que llegue a la frontera de La Junquera. Sin embargo, Peyron no ha optado por la forma de la relación de viajes, en la que el lector acompaña al viajero durante la narración de sus experiencias, sino que ha preferido el estilo descriptivo, en el que puede permitirse englobar experiencias vividas en diferentes momentos, a partir de sus notas de viaje.

Por otra parte, introduce comentarios en primera persona referentes al momento en que pudo observar lo que está contando: “He visto pocos sitios más alegres que los que presenta toda esa playa” [p. 727], “Durante mi estancia en Barcelona en 1779 fui testigo de...” [p. 732], “mi guía me hizo observar que...” [p. 810]. De este modo el lector se convence de que el viajero-escritor estuvo realmente allí, pero la perspectiva del autor parece más objetiva, más seria y fiable, y sobre todo el discurso es más razonado.

Otras veces se dirige a un hipotético viajero que podría leer su obra antes de emprender su viaje a España. La función del texto en esos momentos es la de prevenir y aconsejar a ese viajero para facilitarle el viaje y evitarle incomodidades. Así por ejemplo, advierte de cuáles son los objetos prohibidos en la frontera y cuyo contrabando está castigado, así como del tipo de empleados de aduana que va a encontrar allí. Si bien no afirma haber sufrido él

mismo esta indelicadeza de los aduaneros, el lector supone que habla por la propia experiencia:

Todo viajero prudente debe contar poco con la indulgencia de los aduaneros y no ponerse a la merced de una tropa de gentes tan interesadas como poco delicadas sobre los medios de contentar su avidez. [p. 726]

Otro objetivo de Peyron es recomendar al futuro viajero determinados lugares o sitios de interés, de manera que a modo de guía turística existen sitios imprescindibles que no se debe dejar de visitar, junto a otros menos recomendados. Las descripciones de edificios, ciudades y monumentos son muy minuciosas. Transcribe incluso inscripciones, ofrece datos artísticos y referencias históricas de todos ellos, mostrándose como un estudioso y un viajero bien documentado.

Se caracteriza además por la actualidad de sus observaciones; así, indica cuál es el estado actual de los edificios, y cuáles son los más bellos o interesantes en el momento en el que él los ha visto, así como qué se puede visitar y cómo se organizan las visitas. De este modo pone el acento en la actualidad de las informaciones que ofrece; así, por ejemplo, hablando de Sevilla:

La antigua Bolsa o la *Contratación*, como la llaman en el país, es un edificio suntuoso que en otro tiempo era el depósito de todo el comercio de las Indias, pero hoy está vacío [...]

Uno de los más hermosos edificios que hay ahora en Sevilla es el destinado a la fábrica del tabaco. [p. 810]

Una característica importante de este relato es la intención del autor de escribir una descripción total del país, de incluir todos

los datos posibles, de manera que en su recorrido no sólo se limita a las descripciones de ciudades y monumentos famosos, sino que observa el campo y los jardines, muestra interés por la gente que encuentra en los caminos, recoge tradiciones y leyendas populares, y sobre todo se muestra especialmente interesado en la industria, las fábricas, los modos de trabajar en las diferentes provincias.

Al contrario que otros viajeros que le precedieron, Peyron tuvo la ocasión de recorrer el país casi en su totalidad; como novedad frente a itinerarios anteriores, visita la ciudad de Cuenca y recorre el sur levantino, deteniéndose en Elche y en Murcia. Como resultado de esta curiosidad por conocer lugares poco o nulamente explorados, y gracias a su voluntad de comprender lo diferente como clave para conocerlo, Peyron demuestra poseer un conocimiento profundo del país. Esto le permite alejarse un poco del discurso antiespañol de los filósofos de las Luces para dar una visión más moderada de España, unas opiniones razonadas de la realidad española con las que pretende reflejar los cambios que se estaban produciendo en aquel momento.

Estas marcas de progreso las encuentra en las instituciones, en las realizaciones económicas, en el debilitamiento del poder de la Inquisición. El resultado es un texto extenso y plagado de datos de toda índole, con los que el lector puede componer una imagen global del país y de sus habitantes en la cual, si bien siguen existiendo ideas preconcebidas, se hace evidente la aparición de nuevos rasgos que son el resultado de una visión sincera y sin exageraciones de la España del momento. Cita en varias ocasiones a Colmenar como punto referencia para ofrecer ciertos datos anteriores sobre el país y compararlos con los suyos, de manera que sea patente esta evolución.

A lo largo de su viaje, encontramos a un Peyron preocupado por ofrecer a los lectores una información completa del país que incluya el funcionamiento de las instituciones y la sociedad españolas, donde se están produciendo importantes cambios. A pesar del peso de la imagen tradicional de España y los españoles, el discurso apologético de Peyron quiere hacer justicia y busca las marcas del progreso y la razón en las instituciones, las realizaciones económicas, los intentos de mejora de la agricultura y la industria. Su visión de los españoles es mucho más positiva y sobre todo optimista, ya que les concede siempre no sólo el beneficio de la duda, sino la firme convicción de que poseen unas cualidades que, junto a la mejora de la situación del gobierno del país y la llegada de la libertad, les harán progresar con seguridad.

2.2.6. Voyage de Figaro en Espagne de Fleuriot de Langle (1784)

El autor

Jean-Marie-Jérôme Fleuriot, nacido en Dinan o St. Malo en 1749, perteneció a la pequeña nobleza bretona y se atribuyó el título de marqués de Langle¹⁴¹. Admitido en 1767 como paje en la casa Dauphine, formó parte del cuerpo de los mosqueteros negros, cuerpo dotado de privilegios que fue suprimido en 1775 por el

¹⁴¹ En la afirmación de esta auto-atribución de un título nobiliario, que no es un caso aislado en su época, coinciden Foulché-Delbosc en su *Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal, op. cit.*, p. 132, y Robert Favre en su prólogo a la reedición del *Voyage de Figaro en Espagne* de 1784 cuyo texto citaremos de aquí en adelante, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1991. Las referencias biográficas mencionadas en este apartado están también extraídas de esta última edición, y del *Dictionnaire des lettres françaises, op. cit.*, p. 685.

conde de Saint-Germain. Fleuriot se ofreció voluntario entonces para participar en la guerra de Independencia de los Estados Unidos de América. A su retorno empezó a ser conocido como escritor con la publicación de su *Voyage de Figaro* en 1784; García-Romeral es el único de los estudiosos en afirmar que el escritor viajó por España en ese año¹⁴².

Durante la Revolución pasó algún tiempo en prisión, concretamente en 1791, apoyando posteriormente la monarquía constitucional, mediante una breve actividad periodística al servicio de la política real en 1792. Tras casarse con su cocinera, murió en París en 1807.

Su obra

Posteriormente a la publicación del *Voyage de Figaro* (en 1784), y probablemente animado por su éxito, Fleuriot siguió publicando obras de diferente corte hasta el mismo año de su muerte, en 1807.

Dentro del género de viajes encontramos un *Voyage de Figaro à Ténériffe* (1786), *Tableau pittoresque de la Suisse* (1790), que comentaremos al analizar su primera obra, y *Mon voyage en Prusse, ou Mémoires secrets sur Frédéric le Grand et la cour de Berlin* (1807). Asimismo escribió una novela epistolar, *Amours ou Lettres d'Alexis et Justine* (1786), y otras obras de ficción como *Le nouveau Werther, imité de l'allemand* (1786) y las *Soirées villageoises* (1790). Hizo también diferentes aportaciones al género periodístico entre 1792 y 1807.

¹⁴² García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, op. cit., p. 112.

*Le Voyage de Figaro en Espagne*¹⁴³

Esta obra, que apareció por primera vez en 1784, en Saint-Malo, como anónima, fue una obra de gran éxito en su momento; Foulché-Delbosc¹⁴⁴ cuenta en total nueve ediciones francesas, tres traducciones alemanas, una inglesa, una danesa y una italiana. El motivo de este éxito no es otro que el de ser considerado un libro de escándalo. Según afirma Grimm en su *Correspondance littéraire*, “ce livre n’est qu’une rapsodie de critiques et de sarcasmes sur les mœurs et les usages de la nation espagnole”¹⁴⁵. Sin embargo, conocida la existencia de tal obra difamatoria de España y lo español por don Pedro Pablo Abarca de Bolea, décimo conde de Aranda, embajador en París, exigió la supresión inmediata del libelo, en lo que supuso “la más virulenta impugnación de la España de Carlos III”¹⁴⁶.

¹⁴³ *Voyage de Figaro, en Espagne*, Saint-Malo, 1784, in-12.

2ª ed.: *Voyage de Figaro en Espagne*, Seville, 1785, in-8.

3ª ed.: *Voyage en Espagne, par M. le marquis de Langle*, s.l., 1785, 2 vol. in-8.

4ª ed.: id., Neufchâtel, de l’imprimerie de Fauche fils aîné et compagnie, 1785, 2 vol.

5ª ed.: *Voyage en Espagne par M. le marquis de Langle. s. l.*, 1785, 2 vol. in-8.

6ª ed.: id., 1785, 2 vol. in-12.

7ª ed.: *Voyage en Espagne par Langle. Cinquième édition avec figures et carte géographique*, Paris, J.J. Lucet, 1796, in-8.

8ª ed.: *Voyage en Espagne, par L. M. de Langle. Sixième édition, seule avouée par l’Auteur*, Paris, Perlet, Lebour, 1803, in-8.

9ª ed.: *Langle. Mon voyage en Espagne*, Berne, in-12.

¹⁴⁴ Véase Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, op. cit., p. 132-133.

¹⁴⁵ Grimm, Diderot, Raynal, Meister, etc., *Correspondance littéraire*, t. XIV, 250 (novembre 1785), en *Voyage de Figaro en Espagne*, op. cit., p. 77.

¹⁴⁶ Ver Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. Mª Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, op. cit., pp. XXI-XXII.

Mientras esperaba una respuesta judicial firme que tardaba en llegar, decidió escribir, con la ayuda de un autor llamado Lalanne, una *Dénonciation au public du voyage d'un soi-disant Figaro en Espagne, par le véritable Figaro*, en la que respondía punto por punto a todas las imprecisiones y falacias que aparecían en la obra de Fleuriot de Langle. Esta *Dénonciation* se anunciaba en el *Journal de Paris* del 14 de noviembre de 1784¹⁴⁷.

Como consecuencia de la polémica que suscitaron estas intervenciones del embajador español, la primera edición se agotó rápidamente, así como la segunda. Viendo el éxito de ventas alcanzado, en la tercera edición el autor decidió descubrir su nombre, que hasta entonces no había aparecido, como marqués de Langle.

En febrero de 1786 el Parlamento de París condenó las tres ediciones; la obra fue públicamente quemada para dar satisfacción al conde de Aranda que, sin embargo, era uno de los pocos personajes que salía bien parado de la obra en cuestión, en la que el autor hacía un elogio del embajador. Como señala Henri Duranton, tal vez esta adulación no hizo más que encender más aún los ánimos del conde, conocido por su espíritu ilustrado, cercano a Voltaire y los enciclopedistas, que quiso dejar bien clara su posición hacia tal agravio antiespañol y defender su reputación frente a los elementos

¹⁴⁷ Para conocer con más detalle esta polémica con el conde de Aranda que suscitó la aparición del *Voyage de Figaro en Espagne*, véase el resumen que hace Henri Duranton, “La polémique avec l’ambassadeur d’Espagne”, en *Voyage de Figaro en Espagne, op. cit.*, pp. 87-90, así como la larga reseña de Foulché-Delbosc, Raymond, en su *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal., op. cit.*, pp.132-135. Asimismo el texto de Ferrer Benimeli, Jose A., *El conde de Aranda y su defensa de España: refutación del “Viaje de Figaro a España”*, ed. Universidad de Zaragoza, 1972.

más tradicionalistas de Madrid que lo consideraban demasiado liberal.

Pero de nuevo el autor sacaba beneficios del asunto, puesto que las medidas que se tomaron para hacer desaparecer la obra no hicieron sino aumentar su publicidad. Ya en el prólogo a su tercera edición el autor se adelantaba a su condena, y se alegraba de ella: “Mon ouvrage sûrement sera réduit en cendres ; tant mieux, tant mieux ! mille fois tant mieux ! Cela porte bonheur ; salut aux ouvrages qu’on brûle ; le public aime les ouvrages brûlés”. Incluso incluiría una mención a este hecho en una obra suya posterior titulada *Tableau pittoresque de la Suisse, par le marquis de L., auteur du Voyage en Espagne, ouvrage qui a eu l’honneur d’être brûlé*, publicada en 1790, y que en realidad es una especie de repetición del *Voyage en Espagne*, pero con los nombres de las ciudades cambiados.

La última edición conocida, antes de la reedición de Robert Favre que citaremos en nuestro trabajo, apareció en 1803 con el título de *Voyage en Espagne par K.M. de Langle, seule édition avouée par l’Auteur*.

Itinerario del viaje

Zaragoza - Guadalajara - Loeches - Mejorada - Daroca - Sigüenza - Alcalá de Henares - Madrid - San Ildefonso - Aranjuez - El Escorial

Estructura de la obra

El título de la obra es en realidad un reclamo para el lector. La fama literaria alcanzada por el personaje literario de Fígaro, creado por Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais veinte años antes, parece ser el motivo de su elección por parte de Fleuriot de



Itinerario recorrido en el relato de Jean-Marie-Jérôme Fleuriot por España.

Langle para englobar bajo el título *Voyage de Figaro* sus pensamientos y divagaciones sobre España. La relación de Beaumarchais y España era un tema bien conocido por el público.

Beaumarchais había pasado algún tiempo en España entre 1764 y 1765 arreglando asuntos familiares, relacionados con el matrimonio de una de sus dos hermanas que vivían en Madrid, a quien el escritor José Clavijo retiró su promesa de matrimonio. Desde allí escribió una carta al duque de La Vallière el 12 de diciembre de 1764¹⁴⁸, que fue divulgada posteriormente por las revistas literarias de Francia y Alemania.

¹⁴⁸ Bartolomé Bennassar incluye el texto completo de esta carta en su antología *Le voyage en Espagne, op. cit.*, pp.47-52. Una traducción al castellano fue incluida por García Mercadal en su antología *Viajes de extranjeros por España y Portugal, op. cit.*, pp. 513-516.

A pesar de los motivos poco agradables que lo llevaron a Madrid, en esta carta Beaumarchais hacía una rápida descripción de la actualidad española, caracterizada por su precisión y su simpatía hacia el país y sus habitantes, el cielo limpio de Madrid y la voluptuosidad del fandango. Fleuriot utiliza esta relación entre España, Beaumarchais y su personaje más conocido, Fígaro, para apelar al imaginario de los lectores y despertar su curiosidad. Sin embargo no sigue en la línea de Beaumarchais, sino que enlaza diferentes ideas o divagaciones sobre España, como si reprodujera vagos recuerdos del pasado mezclados con ciertas dosis de malevolencia.

Este *Voyage* no sigue ningún orden geográfico; el itinerario descrito es el que el autor sigue en su discurso, aunque su única referencia al viaje como tal es la descripción de las posadas en los diferentes lugares que supuestamente va visitando. No obstante el lector no tiene la impresión de acompañar al escritor en su viaje, ya que existen frecuentes saltos de un lugar a otro que el autor no se preocupa por justificar.

En cuanto a las referencias espaciales, a menudo son muy concretas, como nombres de pueblos o ciudades, o lugares concretos a los que a veces nombra con una grafía incorrecta (como “Sarzueta”), pero otras veces el autor se contenta con una referencia mucho más vaga (por ejemplo, “les environs de Madrid”).

Lo más interesante de la obra a nuestro entender es que carece de un plan estructurador. La única estructura es la enumeración, la acumulación como estilo que conduce al lector de una reflexión a otra, a menudo con un lenguaje ingenioso y divertido que hace amena su lectura. Cada reflexión viene precedida de un corto título a modo de anuncio del tema que va a tratar; puede tratarse de un lugar (“Le couvent des Escalessas”), de una

palabra clave que le sirve para introducir un aspecto de las costumbres españolas (“Mariages”, “Barbiers espagnols”), un momento de inspiración (“Ce matin”, “Ce soir”), un objeto o animal que provoca sus pensamientos (“Perroquet”, “Guitare”). Si bien al principio de la obra parece existir una preocupación por recordar el itinerario físico (“Route de Saragosse à Madrid”), llevado por este torrente de ideas el autor no concluye de ninguna manera especial, como si sus reflexiones terminaran de repente.

Junto a este estilo rápido y conciso, que atrapa al lector, lo divierte y lo sorprende continuamente, no dejamos de observar, no obstante, pinceladas emotivas de indignación al describir, por ejemplo, la situación de las cárceles españolas o la de las mujeres en el convento, con un discurso a veces exaltado y dramático. Son frecuentes las exclamaciones, las invocaciones, la exaltación de la emotividad. Parece como si el autor se moviera por impulsos, como dejándose llevar por la sensación del momento.

Porque son sobre todo sensaciones lo que percibimos a lo largo del texto, no sólo emotivas, sino también físicas: Fleuriot se revela como un escritor de los sentidos, y a través de esa sensualidad nos transmite no sólo sus emociones, sino todo tipo de experiencias corpóreas: olores y perfumes, sonidos, texturas, sabores. Sirva de ejemplo esta reflexión sobre la mañana en los alrededores de Madrid:

Il a beaucoup plu hier. Nous sommes au mois de juin. Avec quelle volupté, quelle lubricité, j'ai respiré la fraîcheur, j'ai regardé l'herbe, j'ai regardé les arbres, j'ai écouté les oiseaux, j'ai senti l'odeur délicieuse du foin coupé ! Voilà les vraies, voilà les seules jouissances ; elles sont à nous, dépendent de nous ; nous ne les voyons pas, nous n'en voulons pas, parce qu'elles ne coûtent pas. [p. 42]

Con todas estas características, parece anunciar el romanticismo que se avecina. Es frecuente encontrar en el texto observaciones personales que llevan al autor a divagar, a establecer relaciones con sus conocimientos o ideas, con sus lecturas del momento (cita a clásicos como Tácito o Plinio, a contemporáneos como Vauvenargues o el historiador Mézeray), adoptando así un tono más filosófico.

Su discurso está sin embargo repleto de contradicciones; tal vez habría que buscar el motivo en el mismo espíritu que impregna la obra, en esa falta de estructuración a lo largo de lo que parecen ser notas yuxtapuestas de manera descuidada, con un estilo que resulta bastante rupturista frente a los demás, anunciando una sensibilidad nueva. Como afirma Robert Favre, no deberíamos buscar en esta obra “une cohérence dont l’auteur n’a aucun souci”¹⁴⁹.

Entre los muchos viajes a España de la época, este viaje de Fígaro parece un soplo de aire fresco, una aproximación más literaria y poética. Una aproximación personal y subjetiva a España y a lo español que anuncia el giro de las Luces:

Dans le genre si abondant du Voyages en Espagne, il ne se fait remarquer ni par son exactitude, ni par son ignorance, tout au plus par un ton aisé, par une inspiration tantôt narquoise tantôt sentimentale et quelque fois libertine, qui porte bien la marque du temps¹⁵⁰.

¹⁴⁹ Véase el prólogo al *Voyage de Figaro en Espagne*, *op. cit.*, p.11.

¹⁵⁰ Mérimée, H., *Le vrai et le faux Figaro*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, pp. 285 y sigs. Citado por Farinelli, *op. cit.*, p. 358.

2.2.7. *Tableau de l'Espagne moderne de Jean-François Bourgoing (1797)*

El autor

Varios años después de otro *homme des Lumières*, Jean-François Peyron, este barón de Bourgoing, que preferiría firmar sus obras como Jean-François de Bourgoing, recopila su memoria del tiempo vivido en España (doce años en total) en este relato cuyo título García Mercadal traduce como *Paseo por España*.

Nacido en Nevers en 1748, hizo sus estudios en la Escuela Militar desde 1760 hasta 1765, posteriormente en la Universidad de Estrasburgo. Con apenas veinte años inició su carrera diplomática bajo el reinado de Luis XVI. Una de sus primeras misiones diplomáticas, por su conocimiento del alemán, fue la de representante de Francia en la Dieta de Ratisbonne. Entre 1777 y 1785 fue primer secretario de embajada y encargado de asuntos exteriores de Francia en Madrid, por lo que pasó largas estancias en nuestro país. En el momento de la muerte de Luis XVI se encontraba en Madrid como ministro plenipotenciario de Francia en España desde 1791, y rechazando el asilo de Godoy abandonó la ciudad el 23 de febrero de 1793 y volvió a Francia.

Debido a la ley que impedía a los nobles permanecer en la capital, se retiró a Nevers hasta 1795. Terminó su carrera diplomática como ministro plenipotenciario en Dinamarca en 1801, después en Suecia y posteriormente en Sajonia, donde murió en la ciudad de Carlsbad en 1811¹⁵¹.

¹⁵¹ Véase Bennassar, Bartolomé y Lucile, *Le voyage en Espagne, op. cit.*, p. 1207.

Su obra

El texto que nos ocupa¹⁵² apareció por primera vez en 1788¹⁵³. Se trataba de 3 volúmenes publicados en París, en la

¹⁵² *Nouveau voyage en Espagne, ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie ; Contenant les détails les plus récents sur la Constitution politique, les Tribunaux, l'Inquisition, les Forces de terre & de mer, le Commerce & les Manufactures, principalement celles de soieries & de draps ; sur les nouveaux établissemens, tels que la Banque de Saint-Charles, la Compagnie des Philippines, & les autres institutions qui tendent à régénérer l'Espagne ; enfin, sur les Mœurs, la Littérature, les Spectacles, sur le dernier siège de Gibraltar & le voyage de Monseigneur Comte d'Artois ; Ouvrage dans lequel on a présenté avec impartialité tout ce que l'on peut dire de neuf, de plus avéré & de plus intéressant sur l'Espagne, depuis 1782 jusqu'à présent ; avec une carte enluminée, des Plans & des Figures en taille-douce*, Paris, Regnault, MDCCLXXXVIII, 3 vol. in-8.

2^a ed. : id., Paris, Regnault, 1789, 3 vol. in-8.

3^a ed. : *Tableau de l'Espagne moderne, par J. Fr. Bourgoing, ci-devant Ministre plénipotentiaire de la République française, à la cour de Madrid, Correspondant associé de l'Institut national. Seconde édition, Corrigée et considérablement augmentée, à la suite de deux voyages faits récemment par l'Auteur en Espagne*, Paris, Chez l'Auteur, Du Pont, Devaux, Regnault, An V^c-1797, 3. vol. in-8.

4^a ed. : *Tableau de l'Espagne moderne, par J. Fr. Bourgoing, Envoyé extraordinaire de la République Française en Suède, ci-devant Ministre plénipotentiaire à la cour de Madrid, Associé Correspondant de l'Institut national. Troisième édition, Corrigée et Considérablement augmentée*, Paris et Strasbourg : Levrault frères, An XI-1803, 3. vol in-8.

5^a ed.: *Tableau de l'Espagne moderne, par J. Fr. Bourgoing [...] Quatrième édition, Avec quelques corrections, et des augmentations qui conduisent le tableau de l'Espagne jusqu'à l'année 1806. On y a joint, pour la commodité des voyageurs, le livre des postes d'Espagne ; et on a enrichi l'atlas de gravures qui retracent les monumens arabes de Grenade et de Cordoue, et d'une carte des routes d'Espagne*, Paris, Tourneisen fils, 1807, 3. vol in-8.

6^a ed.: id., Paris, printed 1807; London, reprinted for John Stockdale, 1808, 3 vol. in-8.

7^a ed.: id., *Sexième édition avec quelques corrections et des augmentations qui conduisent le Tableau de l'Espagne jusqu'à l'année 1806*, Paris, Gabriel Dufour et Ed. d'Ocagne, 1823, 3 vol. in-8 et atlas in-4.

¹⁵³ Véase datos sobre la atribución parcial de la obra a l'abbé Girod, en Foulché-Delbosc, R., *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal, op. cit.*, pp. 136-144.

imprenta Regnault, con un largo título que comienza como *Nouveau voyage en Espagne, ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie*. Dicha edición estaba acompañada de un mapa de la península en el primer volumen y once grabados en total, que representaban diferentes vistas de monumentos y ciudades españoles. Una segunda edición idéntica apareció en 1789.

En 1797 apareció otra edición del mismo texto retocado y ampliado, con un título diferente, en el que el barón de Bourgoing daba su nombre como autor: *Tableau de l'Espagne moderne, par J. Fr. Bourgoing*¹⁵⁴. De nuevo se trataba de tres volúmenes publicados en París. En esta edición se incluían junto a varios de los grabados de las ediciones anteriores dos planchas que representaban doce escenas de tauromaquia. El interés de esta edición radica en la perspectiva diacrónica que ofrece al lector, al recoger las experiencias de sus diferentes viajes a España que le permitieron conocer tanto el reinado de Carlos III como el de Carlos IV.

Hubo tres ediciones más en 1803, 1807 y 1808. Cada una de ellas se presentaba como corregida y aumentada con las últimas novedades acaecidas en España hasta el año 1806, e incluían diferentes novedades en cuanto a grabados y mapas. Una reedición que reproducía la de 1807 con un nuevo título apareció en París en 1823.

Esta constante reedición de la obra de Bourgoing nos confirma el éxito de la misma entre los lectores franceses; en cuanto a las traducciones, Foulché-Delbosc habla de cinco al inglés, tres al alemán, y una traducción danesa de la primera edición. Farinelli añade una traducción parcial al castellano de C. de Echegaray,

¹⁵⁴ Esta es es la edición que citaremos en lo sucesivo, por considerar que es la versión original. Indicaremos entre corchetes el tomo y la página correspondiente de esta edición.

incluida en una monografía histórica sobre Guipúzcoa publicada en 1908¹⁵⁵. García Mercadal incluyó una traducción completa al castellano del *Tableau de l'Espagne moderne* de Bourgoing con el título *Un paseo por España durante la Revolución Francesa* en el tomo III de su antología de 1962.

Bourgoing representa la misión del diplomático que no se reduce a propiciar las buenas relaciones entre los países, sino también su mutuo conocimiento. En el siglo XVIII pocos diplomáticos llegaban a publicar sus experiencias en el extranjero, en parte por el secreto que conlleva su puesto. Miguel Batllori sostiene que entre las relaciones de diplomáticos extranjeros en España, que la mayoría de las veces, si llegan a publicarse, ven la luz mucho más tarde, el *Tableau de l'Espagne moderne* de Bourgoing durante el reinado de Carlos III representa un caso excepcional, además de constituir el colofón de la *querelle de l'Espagne* iniciada por la *Nouvelle Encyclopédie*¹⁵⁶.

El largo viaje español de Bourgoing, aunque conserva reminiscencias de los estereotipos recogidos por tantos otros viajeros anteriores, se aleja de ellos por sus consideraciones originales y reflexiones nuevas que son el reflejo de una España renovada durante el reinado de Carlos III, respondiendo de este modo a la *querelle de l'Espagne*. Quiere ofrecer la descripción de la España moderna, como reza el título de su edición definitiva de 1793.

Así, como en otros relatos de viajes anteriores, en España el alojamiento y la comida son malos, los españoles son graves, perezosos y celosos, la industria está centrada en Vascongadas, etc. Pero frente a estos tópicos recogidos por tantos otros viajeros, se

¹⁵⁵ Farinelli, Arturo, *Viajes por España y Portugal*, *op. cit.*, p. 341.

¹⁵⁶ Abordamos esta polémica en el capítulo 2.1 de esta parte II de nuestro trabajo.

advierde la voluntad de reflejar cambios: los caminos de las dos Castillas son buenos, el número de fábricas de tejidos de algodón aumenta, el pueblo siente aversión a la corte, y a los Grandes les quedan pocas prerrogativas y tienen muchos gastos.

La obra de Bourgoing contribuyó así a la construcción de una nueva imagen de España en Europa: los españoles ya aprecian la industria y las riquezas naturales, florecen las Academias, entre las clases altas se ha extendido la cultura y la cocina francesa, y los toros empiezan a dejar de ser vistos como una costumbre bárbara para ser tratados con cierta condescendencia. Como afirma Batllori,

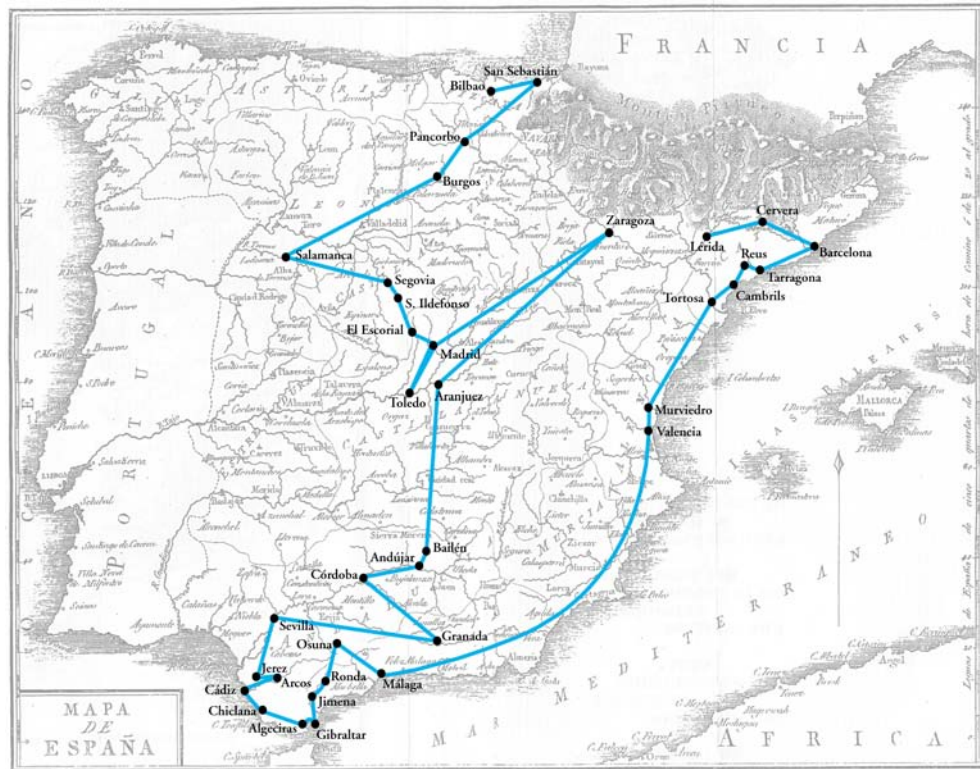
Ese *Tableau*, pues, del barón de Bourgoing, ayudó a cambiar la imagen que Europa solía tener de España, y le ofreció los principales logros que la Ilustración había alcanzado en ella en la segunda mitad del siglo XVIII.

Claro está que a ello contribuyeron también otras muchas concausas, que de día en día nos son más conocidas, sobre todo a partir del especial interés que ha suscitado el siglo de las luces en estos últimos decenios.¹⁵⁷

Elena Fernández Herr destaca la buena acogida de la obra tanto en España como en Francia, donde durante mucho tiempo fue considerado uno de los mejores relatos de viajes a España¹⁵⁸, y la rapidez con que la obra se tradujo a diferentes idiomas prueba la avidez europea por conocer la España moderna.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. XXXIII.

¹⁵⁸ Véase extractos de las diferentes críticas que la obra recibió en su país en el capítulo II de Fernández Herr, Elena, *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823, op. cit.*, pp. 129-133.



Itinerario del viaje de Jean-François de Bourgoing por España.

Itinerario del viaje

Bilbao - San Sebastián - Vitoria - Burgos - Pancorbo - Salamanca - Segovia - San Ildefonso - El Escorial - Madrid - Toledo - Madrid - Zaragoza - Aranjuez - Bailén - Andújar - Córdoba - Granada - Sevilla - Jerez - Arcos - Cádiz - Chiclana - Algeciras - San Roque - Gibraltar - Málaga - Jimena - Gaucín - Ronda - Osuna - Valencia - Benimaclet - Burjasot - Murviedro - Tortosa - Cambrils - Reus - Tarragona - Barcelona - Cervera - Lérida

Estructura de la obra

A diferencia de otros relatos que, a modo de diario, describen un itinerario concreto, se trata de un relato que como hemos apuntado engloba las diferentes estancias de Jean-François Bourgoing en España. Su punto de vista tiene en cuenta por tanto

la evolución de las costumbres en España desde su primera estancia, que comenzó en 1777 como secretario de la Embajada francesa, hasta su salida de Madrid hacia Francia en 1793. Por entonces, se encontraba en España en calidad de ministro plenipotenciario de Luis XVI, y debido a la muerte del rey francés en la guillotina sus negociaciones en la Corte quedaron interrumpidas, por lo que regresó a su país, como él mismo explica:

La nouvelle du dix août vint me surprendre à St Ildefonse [...] La mort de Louis était décidée. Sa tête tomba. Ma négociation fut interrompue [...] je partis de Madrid le 23 février 1793. [III, pp. 191-192]

El relato comienza en el momento de su llegada a España por primera vez, en 1777, atravesando la frontera por el paso de Saint-Jean de Luz. En primera persona, el autor va narrando sus experiencias de viaje, y al mismo tiempo que va pasando por las diferentes ciudades describe todo lo que allí ha visto, teniendo en cuenta sus diferentes estancias. No se trata por tanto de un viaje lineal, sino que siguiendo un recorrido que el autor realizó realmente, y que demuestra conocer bien, engloba todas sus experiencias pasadas, lo que le permite apreciar los cambios que se han ido produciendo. Sirva de ilustración su descripción del camino de Madrid a Cádiz en la que compara la situación de la ruta desde su primera estancia hasta la última, poniendo de relieve las mejoras que se han llevado a cabo:

En 1778 c'était encore une route [celle de Madrid à Cadix] presque impraticable dans la mauvaise saison. En 1785, on l'avoit réparée en grande partie, et on y commençoit à courir la poste en voiture. Aujourd'hui elle est presque entièrement finie [I, p. 7]

Así, Bourgoing presenta una España que avanza lentamente tanto en lo material como en lo intelectual. Admira al pueblo vasco, sus carreteras, su manera de cultivar la tierra, su desarrollo industrial. Aunque confiesa no ser un aficionado a los toros, no se pierde una corrida de Pepe Hillo en Valladolid, y disfruta del ambiente y la amabilidad de la gente en la plaza. Existen posadas cómodas y limpias, como la de Peñaranda. Apunta además que las sociedades patrióticas de Amigos del País están haciendo una importante labor para el progreso del país.

Con el fin de evitar la posible confusión en los lectores que podrían provocar estos saltos en el tiempo que le permiten ofrecer una visión dinámica de los cambios experimentados en España, Bourgoing utiliza continuas referencias temporales, ya sea como hemos visto indicar el año concreto, ya la localización temporal mediante la referencia a un acontecimiento conocido o el reinado de Carlos III en contraposición a un “aujourd’hui”, en una pretensión de resaltar la actualidad de los acontecimientos. Incluso podemos encontrar en el texto la referencia exacta del momento de la escritura del relato: “à l’instant où j’écris (novembre 1796)...” [III, p. 240].

Hace una completa descripción de la corte española, sus costumbres, los grandes de España. Le interesa analizar el gobierno español y las Cortes, y observa que, a pesar de encontrarse el país en un régimen de monarquía absolutista existen algunos resquicios de libertad, como la que representan los diplomáticos. La sobriedad de la corte española debía representar un fuerte contraste con la de Luis XVI. Sin embargo ya entonces se queja de la pesada burocracia española. Insiste en el carácter sencillo de los españoles, incluso de los más importantes, y admira la naturalidad que demuestran al relacionarse personas de diferente rango social.

La crítica al clero y a la Inquisición apenas están presentes. La superstición y la credulidad siguen existiendo a los ojos del autor, y también los malos usos de la autoridad eclesiástica, pero frente a otros relatos que forman parte de nuestro corpus, analizados con anterioridad, Bourgoing advierte rasgos de tolerancia cuando analiza la actuación de este tribunal, tal vez de manera demasiado benevolente.

No obstante, observa que la Inquisición sigue estando “en honneur auprès d’une grande partie de la nation” [II, p. 294]. Y sobre todo cree que es justo acusar a los españoles de superstición, “cette sœur bâtarde de la religion défigurée” [II, p. 280]. En su opinión, en el origen del problema se encuentra la falta de educación, pero el carácter español también influye en el aumento del fanatismo religioso. El viajero señala que especialmente entre las clases carentes de educación, que son numerosas,

[...] la superstition et le fanatisme sont encore portés à un degré d’exaltation qu’on trouve à peine en Flandre et en Bavière ; parce que la religion prenant partout la teinte du caractère, doit avoir des sectateurs ardents et exagérés chez une nation remarquable para la vivacité de son imagination et la violence de ses passions. [II, pp. 321-322]

Al analizar el carácter y las costumbres de los hombres y las mujeres españoles advierte que los vicios nacionales siguen existiendo: orgullo, gravedad, pereza, fuertes pasiones, pero afirma que se van atenuando. El autor intenta conciliar la imagen tradicional de los españoles y su retrato moderno, así como la uniformidad nacional y la pluralidad regional. Atribuye al clima su parte de importancia en la construcción de este retrato, pero el peso de las instituciones es en su opinión el factor más determinante.

Observa asimismo una disolución en las costumbres que considera más marcada en las mujeres, en cuyo origen se encuentra fundamentalmente la falta de educación.

Como apuntara asimismo Peyron, la influencia de los árabes le parece destacable como factor clave en la unificación de este carácter nacional, ya que a su entender marcaron al país con un sello particular. No sólo contribuyeron a impregnar su lenguaje con un espíritu oriental, de donde surge el orgullo a veces ridículo con que el español alaba su país, sino que también le transmitieron “une partie de leurs mœurs, la tournure de leurs idées nobles, grandes, quelquefois gigantesques, orientales en un mot, leur goût pour les arts et les sciences” [II, p. 265].

En cuanto al folclore español reconoce el encanto del fandango y de las tonadillas, y se asombra ante las diferencias entre la galantería española y francesa. Observa cómo las costumbres francesas han penetrado en la moda, la gastronomía, la lectura. La valoración global es sin duda positiva, y por ello anima a los lectores a visitar la capital.

En resumen, además de la visión global de España que le permite apreciar su evolución en diferentes aspectos, intentando abarcar todos los sectores de la vida española, lo más interesante es su completa información sobre España y sus habitantes, su profundo conocimiento de la realidad española que hace de este relato, a nuestro entender, uno de los más completos del siglo.

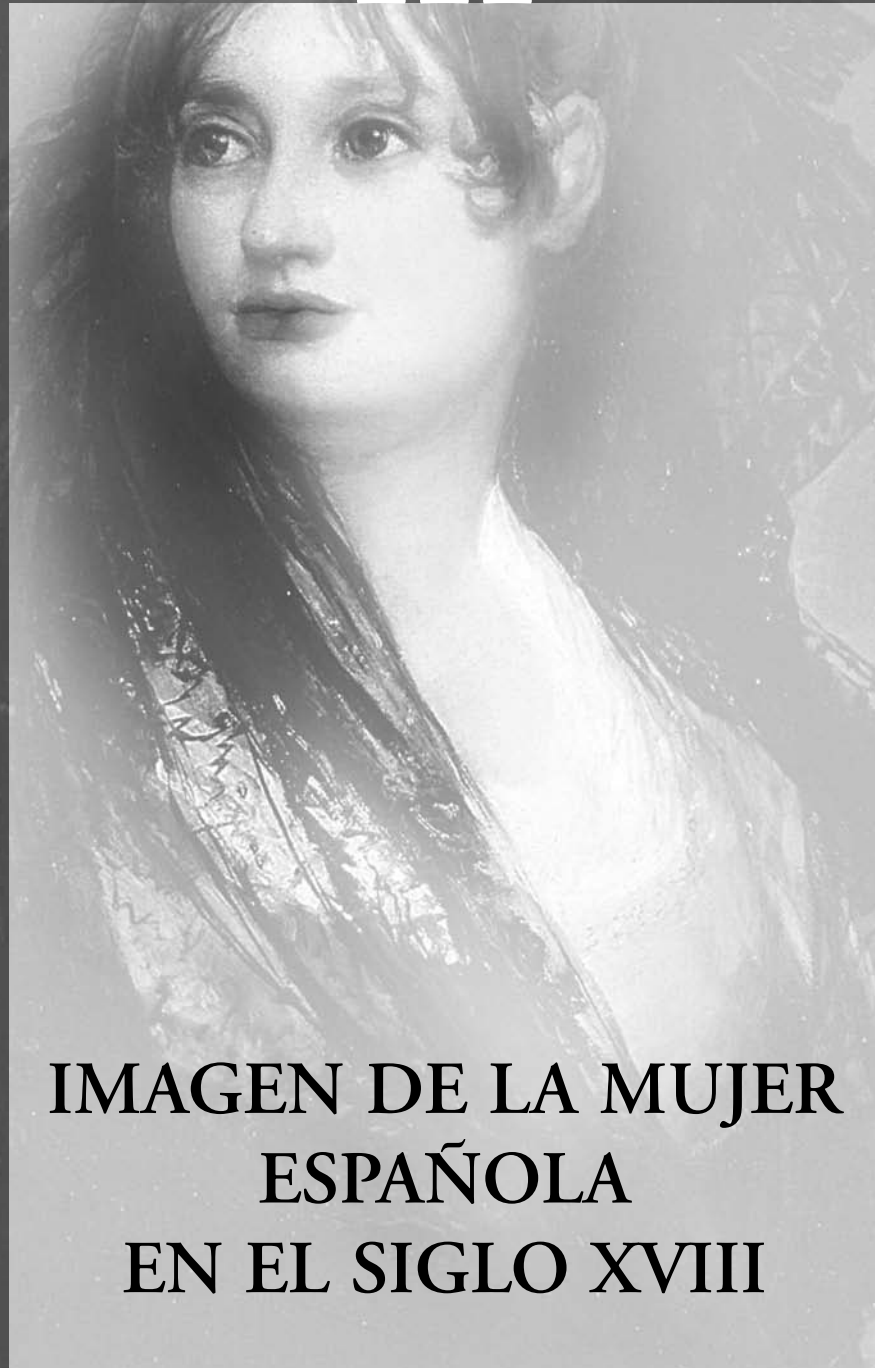
Hace un resumen final en el que defiende que los españoles no merecen el desdén de los demás países. Los principales problemas de los españoles son la envidia, los prejuicios y la obediencia ciega a unos gobernantes que se caracterizan por sus mezquinas pasiones. Destaca cuatro características con las que los españoles en tiempo de paz conseguirían la prosperidad: su celo, su

riqueza, su inteligencia y su brío. Bourgoing se muestra optimista al afirmar que sin duda es un momento propicio para España, que lograría convertirse en una nación próspera con las cualidades de sus habitantes y el apoyo de un gobierno decidido y valeroso.

L'Espagne et les Espagnols, je crois l'avoir prouvé, sont bien loin de mériter le dédain avec lequel l'ignorance les juge. Que leur manque-t-il au contraire, pour exciter l'envie ! l'Espagne n'a-t-elle pas tous les éléments de prospérité ! Quel beau climat ! Quelle variété de productions, que l'industrie plus éclairée, mieux dirigée, pourrait facilement porter à la perfection ; vins, fruits, laines, soies, huiles, chevaux ! Que de richesses en tout genre recèlent les entrailles de cette terre ! De quoi ne seroient pas capables les hommes qui l'habitent, si le gouvernement secondait les avances de la nature ! [III, p. 307]

Realizadas las primeras consideraciones sobre la imagen de España que emana de estos textos, y tras presentar a los autores-viajeros, consideramos que es necesario ya abordar estos relatos desde la perspectiva que nos ocupa, es decir, la imagen o imágenes de la mujer española filtradas por la mirada extranjera: la francesa.

III



**IMAGEN DE LA MUJER
ESPAÑOLA
EN EL SIGLO XVIII**

[1.]

A modo de introducción: mujer y *status* social

Podríamos empezar este capítulo haciéndonos la siguiente pregunta: ¿Qué mujeres aparecen representadas en los relatos de los viajeros? O dicho de otro modo, ¿en qué mujeres se fijan estos viajeros? Este cuestionamiento no es en absoluto retórico, ya que la imagen de *la española* que los diferentes autores van a ofrecer a sus lectores proviene fundamentalmente de su observación de las mujeres con las que tuvieron la ocasión de relacionarse durante sus viajes a España.

Teniendo en cuenta que estos viajeros del siglo XVIII pertenecían en su inmensa mayoría a clases acomodadas (nobleza o clase alta, clero, diplomacia), es previsible que fueran a reunirse con los españoles de su condición, donde estaban seguros de encontrar comodidades parecidas a las que estaban acostumbrados. Las casas que visitaron pertenecían a gente de clase alta, que en muchas ocasiones mantenían algún tipo de relación con Francia, ya fuera por motivos comerciales, políticos o familiares. Es de suponer que el recibimiento en estas casas les fuera favorable, si no propiciado por un verdadero interés sí al menos por la curiosidad hacia el país vecino, ya que a medida que avanzaba el siglo, España tomaba más a

Francia como modelo en el desarrollo de las nuevas costumbres sociales y culturales de la clase alta y como ideal de un pensamiento ilustrado entre los partidarios de un giro hacia las Luces en la política y la sociedad españolas.

Muchos de los viajeros están lo suficientemente relacionados para conocer la corte española e incluso a la realeza de cerca; visitan los sitios reales, los paseos de la gente de la corte, van a las fiestas acompañados por ellos. Madame d'Aulnoy es invitada por marquesas y condesas con las que participa en diversas reuniones y fiestas, asiste a una cena ofrecida por el cardenal de Toledo y es recibida en audiencia por la Reina madre. El padre Labat, no contento con su alojamiento en el convento entre sus compañeros de la orden por no considerarlo adecuado a su condición, se aloja en una hospedería francesa, no sin antes asegurarse de que allí se hospedan gentes de condición como el padre comisario de los Trinitarios.

En Pamplona, Coste d'Arnobat se coloca bajo la protección del virrey de Navarra, Monsieur de Gages. Peyron y Bourgoing, viajando como diplomáticos, son recibidos por españoles de clase alta, muchas veces relacionados con la política y la corte. Sin embargo, son estos dos viajeros ilustrados los que muestran una mayor curiosidad por las gentes de fuera de sus círculos y concretamente Peyron se detiene con frecuencia durante sus viajes a observar a las campesinas, a las bailarinas manchegas, a las mujeres en los caminos. En cuanto a Bourgoing fija igualmente su mirada tanto en los Grandes de España como en la gente de los pueblos, en las bailarinas de fandango, en las majas y las gitanas.

No obstante, para ellos se trata de mujeres lejanas a las que miran desde el otro lado, como meros espectadores que reflejan en sus relatos sobre todo las diferencias de estas mujeres con las de clase

alta, a las que conocen bien. La estancia en posadas o ventas sólo se daba en casos imprescindibles, para pasar la noche en los trayectos demasiado largos. De este modo posaderas, prostitutas, bailarinas del pueblo o gitanas eran mujeres con las que sólo establecían probablemente un contacto mínimo.

En cuanto a las campesinas, teniendo en cuenta que los viajeros se interesaban en general sólo por la vida urbana y que se instalaban siempre en ciudades importantes, no podían tener sino una percepción superficial de las que pudieran encontrar durante sus desplazamientos de una ciudad a otra, a las que seguramente veían a lo lejos, como de pasada. Hemos de exceptuar en este punto a Peyron, más interesado en la vida laboral en general, ya fuera en el campo o en la industria, lo que le lleva a observar de cerca a las mujeres del campo en diferentes puntos de la geografía española.

Por ello, al analizar las representaciones de la mujer española en estos relatos, nos centraremos sobre todo en la imagen de la mujer de clase alta, ya que ella es la que llena las páginas de los viajeros, y por tanto la que se trasladará con más fuerza al imaginario francés del momento. Analizaremos después las referencias a las “otras” mujeres rurales o urbanas porque, aunque son mucho menos abundantes, creemos que suscitan en el lector un sentimiento más profundo de lo ajeno, de lo extraño, de lo pintoresco y que, por tanto, impregnan fuertemente la imagen de la española de unos rasgos más o menos estereotipados que se añaden a ella para conformarla y convertirla en una figura final heredera de ambos tipos.

[2.] **El espacio de la mujer: espacios privados y públicos**

Nos centraremos en este capítulo en los espacios donde permanece o donde se mueve la mujer que encontramos en los textos objeto de nuestro estudio; una mujer que, si bien comienza a despojarse de algunos de los prejuicios y antiguas costumbres a los que su existencia venía estando sometida, anclada en la tradición católica y marcada por el estigma de aquella primera mujer responsable de incitar al hombre a hacer el mal, todavía en este siglo XVIII representa un modelo femenino que se sigue caracterizando principalmente por la diferencia, por la marca de no-masculinidad, por una naturaleza propia que médicos, moralistas y filósofos intentaban definir.

Se trata, como señala certeramente Paul Hoffmann, de una mujer confrontada en el discurso científico y filosófico a una definición normativa de ella misma,

[...] qui s'inscrit en faux contre l'histoire, contre son histoire ; qui la lie, par décret, à une nature singulière qui est pensée par rapport à celle de l'homme dans une situation de différence. La pesée de la tradition judéo-chrétienne, combinée avec celle de l'aristotelisme, a

fait que cette notion de différence a tendu à se diluer en celles d'inégalité et d'infériorité.¹⁵⁹

Y es que como recuerda Maite Larrauti “la diferencia de la mujer consiste en haber estado ausente de la historia durante miles de años”¹⁶⁰.

En efecto, si partimos de la consideración aceptada generalmente dentro de los patrones de la época según la cual una mujer se define exclusivamente por su relación con un hombre, por lo que una mujer es ante todo una hija, una esposa, una madre o una hermana¹⁶¹, la figura masculina dominante representada por el padre o el esposo se erige en protectora de la mujer, por otra parte totalmente dependiente económicamente, frente a la realidad del mundo exterior. Y nada mejor para preservar a esa hija y a esa esposa del mundo real que el confinamiento dentro del recinto privado, la casa, o en el caso de no poder asegurar esa privacidad, el convento¹⁶².

¹⁵⁹ Hoffmann, Paul, *Corps et cœur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000, p. 107.

¹⁶⁰ Larrauti, Maite, “La diferencia como estilo”, en Bochetti, Alessandra, *Lo que quiere una mujer*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1996, p. 10.

¹⁶¹ Esta idea representa el punto de partida del ensayo de Olwen Hufton *Mujeres, trabajo y familia*, dentro del volumen 3 “Del Renacimiento a la Edad Moderna”, en *Historia de las mujeres*, Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), Madrid, Taurus, 2000.

¹⁶² Sobre el espacio del hogar y su relación con las mujeres véase Mc. Dowell, Linda, *Género, identidad y lugar*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1999, especialmente el apartado dedicado a “La casa como refugio y/o prisión”, pp. 134-139.

2.1. La casa

Al mismo tiempo que le sirve de protección, esta reclusión de la mujer dentro de la casa la mantiene atada a su papel de monja doméstica¹⁶³, ligada para siempre al hogar por una relación ancestral que no conviene transgredir, ya que conlleva la posibilidad de ejercer un control total sobre la mujer por parte del marido o del padre. De este modo la institución del matrimonio y la fidelidad conyugal quedarían a salvo. Las jóvenes solteras debían mantener su honor intacto que mantuviera una buena reputación, indispensable para conseguir un buen pretendiente que mediante el matrimonio las sacaría del hogar paterno¹⁶⁴; las casadas se veían de nuevo abocadas al encierro, ya que se suponía que todo su interés se centraba, a partir de entonces, en sus casas y sus maridos, y no tenían nada más que desear.

¹⁶³ Recogemos aquí el apelativo de monja del hogar o monja doméstica utilizado por Bram Dijkstra en el primer capítulo de *Ídolos de perversidad*. En él resume así la situación de las mujeres a principios del s. XIX como resultado de la reclusión que duraba ya más de un siglo: “En esas fechas, el creciente enclaustramiento de las mujeres entre las cuatro paredes ornamentadas del hogar y el alejamiento cada vez mayor de casi todas las formas de elección intelectual y social –pauta que se había estado desarrollando durante más de un siglo– habían sido virtualmente completados.” Dijkstra, Bram, *Ídolos de perversidad*, Madrid, Editorial Debate, 1994, p. 4.

¹⁶⁴ Incluso en los casos en que el matrimonio era por promesa, lo que ocurría cuando alguien se encontraba en peligro de muerte y prometía a Dios casarse con la primera joven que encontrase, si Dios lo sacaba de ese trance, era condición indispensable que la muchacha fuera de buena reputación. Así lo cuenta Jean-Baptiste Labat: “il est ordinaire aux Espagnols, qui se trouvent en quelque grand danger sur mer, de promettre à Dieu d’épouser au premier endroit où ils aborderont une pauvre fille, pourvû qu’il n’y ait rien à dire à sa naissance, & à sa conduite.” [p. 7]

Sin embargo, ya en la España de principios del siglo XVIII el viejo código del honor de los maridos españoles, el también llamado “honor calderoniano” de duelos, desafíos y venganzas, gracias al cual un marido celoso tenía el derecho de tomarse la justicia por su mano para defender su honor ante la más mínima sospecha de infidelidad conyugal o filial, comenzaba a tambalearse como resultado de una curiosidad que propiciaba una tímida apertura hacia el extranjero y como consecuencia cierto cambio en la mentalidad. En palabras de Martín Gaité, en la segunda mitad del siglo este código de honor “iba de capa caída”¹⁶⁵.

Esta evolución en las costumbres de la mujer española, que como veremos va saliendo progresivamente de su enclaustramiento e incorporando a su rutina las escapadas y paseos de diversa índole, se refleja en los comentarios de los diferentes viajeros que observan las costumbres de las mujeres españolas, aunque siguen reflejando también a la mujer en su contexto doméstico, al que tienen acceso gracias a alguna visita.

En su viaje de finales del XVII, durante una visita a una casa donde había sido invitada, Madame d’Aulnoy queda sorprendida por la costumbre de las mujeres españolas de sentarse en el suelo:

Le couvert etoit mis sur une Table pour les Hommes, & il y avoit à terre sur le tapis une nape etenduë avec trois Couverts, pour Doña Theresa, moy, & ma Fille [...] je n’ay jamais été plus incommodée [...]

¹⁶⁵ “En la segunda parte de siglo, de hecho, el código del honor iba de capa caída [...] Aun cuando el código del honor siguiera bastante arraigado en el pueblo que, como ya dijimos al hablar del majismo, se consideraba a sí mismo salvaguardador de los viejos estilos, lo cierto es que, entre la aristocracia y la burguesía, los celos se tenían por una antigualla mandada retirar, algo ridículo, de mal tono, totalmente impropio, en suma, de gentes que aspirasen a ser “civilizadas” Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid, Lumen, 1981, p. 158.

mon Hôtesse [...] nous avoïa avec une ingénuité tres agreable, qu'elle ne s'étoit jamais mise dans une chaise & que la pensée ne luy en estoit pas même venue. [II, pp. 205-206]

Esta imagen del hombre sentado a la mesa y las mujeres en el suelo sobre una alfombra, que se repetirá durante su viaje, no sólo conlleva la marcada diferencia entre ambos sexos y la superioridad del masculino, sino que de alguna manera animaliza a la mujer colocándola cerca del suelo y a expensas de su amo: “ce n'est pas par respect, à ce que l'on m'a dit, mais c'est que la maîtresse ne sçauroit estre assise sur une chaise, elle n'y est point accoûtumée, et il y a de vieilles Espagnoles qui ne s'y sont peut-estre jamais mises” [III, p. 480]. Al mismo tiempo, como más adelante indica d'Aulnoy, esta costumbre parece ser una reminiscencia de tiempos de los árabes:

La coûtume qu'ils ont d'estre toujours seuls à table, contribuë à les entretenir dans leur frugalité. En effet, leurs femmes ni leurs filles ne mangent point avec eux. Le maître a sa table, et la maîtresse est par terre sur un tapis avec ses enfans, à la mode des Turcs et des Mores. [III, p. 468]

El mismo origen oriental atribuye Casanova a esta costumbre que observa en las mujeres de todos los estratos sociales, que se sientan en el suelo y con las piernas cruzadas tanto en las casas como en las iglesias. Se sorprende de la facilidad con que consiguen levantarse: “c'est d'un leste surprenant qu'elles passent d'être assises à être à genoux, et à se lever debout dans un instant.”¹⁶⁶

¹⁶⁶ Casanova de Seingalt, Jacques, *Histoire de ma vie*, texte intégral du manuscrit original suivi de textes inédits, Paris, éd. Robert Laffont, coll. Bouquins, 2002, p. 591.

No podemos sino extrañarnos de lo rápido que habrían de cambiar las costumbres, hasta llegar a oírse las quejas de un serio escritor español, Juan Sempere, que en 1788 deploraba la fragilidad de sofás y taburetes.¹⁶⁷ Por el momento, en las casas más ricas prevalecía el gusto por crear un espacio de alfombras y cojines en el que las mujeres se reunían, al más puro estilo del harén de reminiscencias orientales, puesto que los hombres no tenían acceso a este espacio reservado al ocio de las damas, entre suntuosas telas y brocados. Así describe d'Aulnoy este espacio femenino en casa de la princesa de Monteleón, joven recién casada con trece años:

Les Dames étoient dans une grande Gallerie, couverte de Tapis de pied tres-riches ; il y a tout autour des Carreaux de Velours cramoisy en broderie d'Or. Ils sont plus longs que larges [...] Nous étions plus de soixante Dames dans cette Galerie, & pas un pauvre Chapeau. Elles étoient toutes assises par terre, les jambes en croix sous elles : C'est une ancienne habitude qu'elles ont gardée des Mores. Il n'y avoit qu'un Fauteüil de Maroquin, piqué de Soye, & fort mal fait. Je demanday pour qui il étoit destiné. On me dit que c'étoit pour le Prince de Monteleon, qui n'y entroit qu'après que toutes les Dames estoient retirées. Je ne pouvois demeurer assise à leur mode, & me mis sur les Carreaux. [II, pp. 256-258]

La visión de este espacio como un harén o un espacio exclusivo de reunión de mujeres remite a épocas pasadas pero también supone una nota de exotismo.

¹⁶⁷ Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del luxo*, tomo II, Madrid, Imprenta Real, 1788; ed. facsímil en Madrid, Ediciones Atlas, 1973, p. 178.

2.2. El estrado

Los viajeros posteriores no reflejan la costumbre de sentarse en el suelo para comer o pasar el tiempo, pero sí coinciden en describir un espacio que parece puramente femenino, el estrado, que recogería esta tradición de la sala común exclusiva para mujeres y ricamente decorada. Se trata de una muestra más del poderío de la casa, un lugar donde exhibir los objetos más preciados. El estrado era un recinto apartado, silencioso y confortable que permitía a las mujeres casadas pasar todo su tiempo sin salir de casa, ocupadas en tareas como el bordado y rodeadas de sus sirvientas, a la manera de una jaula de oro que las separaba aún más del exterior y donde el tiempo pasaba irremisiblemente condenándolas al aburrimiento.¹⁶⁸ En este sentido, era un espacio de reclusión próximo al concepto del harén, símbolo de la ausencia de libertad de las mujeres que también representaba, como veremos, el convento.

El estrado no era una estancia completa sino una tarima elevada en una parte de una sala y separada del resto por unas barandillas, lo cual con el tiempo permitió el acceso de los hombres a esa estancia siempre manteniéndose fuera del estrado, que seguía

¹⁶⁸ “Mientras las mujeres casadas en Francia habían empezado a presidir los salones literarios, los maridos españoles se ocupaban, cada cual dentro de sus posibilidades, de amueblar un recinto acolchado y silencioso digno de la condición de sus esposas y, dentro de esta pieza cuidadosamente adornada, un lugar para que tomasen asiento: el estrado [...] Sobre aquellas mujeres sentadas allí entre terciopelos, rodeadas de sus criadas, entregadas a sus labores de aguja, empezaba a correr, desde la fecha de su boda, un tiempo muerto que las envejecía, que las iba desligando de un modo cada vez más irremisible de todo propósito de participación en la vida.” Martín Gaité, *Carmen*, *op. cit.*, p. 27.

siendo territorio femenino. Así lo describe Jean-Baptiste Labat en su visita a la casa del marqués de la Rosa:

L'usage des canapées n'étoit pas encore introduit à Cadix, mais il y a dans l'appartement des femmes une estrade élevée de six à sept pouces au dessus du plancher couverte de tapis de Turquie, avec des coussins de Velours, de Damas ou de beau maroquin rouge selon la saison, où les Dames sont toute la journée. Elles y mangent, elles y travaillent, elles y reçoivent leurs visites, si ce sont des visites de femmes elles se mettent sur l'estrade. Les hommes se mettent sur des fauteuils hors de l'estrade. [pp. 241-242]

Se trataba pues de un espacio semiprivado y estrictamente femenino donde la mujer pasaba su jornada en la intimidad, pero donde también podía recibir visitas. Esta es una costumbre que en general sorprende a los viajeros, por lo que la reflejan en sus relatos como algo distinto, extraño para ellos. Las mujeres allí expuestas, elevadas, se convierten en figuras estáticas que apenas mueven la cabeza y el cuerpo excepto para saludar, como afirma Labat:

J'ai déjà remarqué que les femmes étoient toute la journée sur leur estrade assises à peu près comme nos tailleurs, ou tout au plus sur un coussin appuyées sur un autre. Leurs saluts consistent en des inclinations de corps, & de tête comme nos Religieuses quand elles sont bien régulières. Elles les font plus ou moins grandes, selon qu'elles veulent honorer les personnes qu'elles reçoivent. [pp. 243-244]

Desde lo alto de su estrado, a modo de exhibición, y en el interior de su misma casa, la mujer puede de este modo relacionarse y tomar contacto con el mundo exterior. Las visitas de amigas y de caballeros invitados a la casa, con motivo de meriendas o refrescos,

se prolongan durante horas y permiten el contacto, aunque poco más que visual, con el sexo masculino.

2.3. Reuniones privadas: el refresco y la visita

Años después del viaje del padre Labat, Coste d'Arnobat, que albergaba ciertas esperanzas de galanteo con ocasión de una reunión con mujeres, se sorprende de la frialdad con que discurren estas reuniones, poco propicias al encuentro amoroso. Colocadas en hilera, estas mujeres sólo conceden una inclinación de cabeza a modo de saludo, que a Coste le parece un signo protector, grave. La situación le hace sentir más extranjero que nunca, tan alejada le parece de las costumbres francesas. No obstante, el autor sospecha pícaramente que el resto del cuerpo saben moverlo estas mujeres en otras ocasiones más íntimas. Seguramente, la idea del harén excita la imaginación masculina y estimula la libido del viajero:

J'ai été hier, par curiosité, voir une assemblée de femmes : que je m'y suis trouvé étranger ! En entrant dans la salle, je les ai saluées à la françoise très-profondement ; & elles m'honorèrent toutes d'un coup de tête de protection. Il n'est pas de la dignité du sexe féminin de ployer le corps ni les genoux publiquement : les Dames réservent ici tous leurs mouvemens pour le tête à tête : en revanche, on s'apperçoit bien alors qu'elles connoissent l'usage des choses. Je fus fort étonné de les voir rangées en ligne dans une espèce d'alcove, qu'on appelle Estrado ; les hommes faisoient bande à part, & se tenoient vis-à-vis sans proférer une parole. [p. 470]

La situación así descrita resulta a ojos del ardiente francés cuanto menos marcada por la hipocresía, si no roza en lo ridículo. Las reuniones en casa jamás terminaban en una comida o cena, no

se acostumbraba a invitar a comer o a cenar. Se podía jugar, bailar, tomar refrescos o chocolate, pero nunca sentarse a la mesa. Estas costumbres, como señala Chueca, podrían tener un origen árabe, al igual que la de sentarse en el suelo¹⁶⁹.

Esta moda de ofrecer un refresco o el chocolate servía de excusa para estas reuniones en las que la presencia del estrado como estandarte de la separación de los sexos impedía ir más allá de un simple saludo, unas pocas palabras o el juego de miradas. En general en el refresco se ofrecía el chocolate, seguido de vasos de hielo o agua helada y gran cantidad de confituras secas. Este acto social daba lugar a reuniones que se prolongaban durante horas:

[...] voilà ce qu'on appelle un *Refresco*. Après cette légère réfection, quelques-uns jouèrent, & furent obligés de perdre, par politesse pour les Dames, qui, pendant cinq ou six heures que durent ces assemblées, ne se levent pas de leurs sièges, pour les choses même les plus indispensables. [p. 471]

Ya Jean-Baptiste Labat advirtió durante su estancia en Cádiz la gran afición de ofrecer el chocolate en España, bebida a la que se atribuían muchas propiedades, por lo que los españoles solían tomarlo varias veces al día¹⁷⁰. Ofrecer a los invitados chocolate formaba parte de las normas de cortesía de toda casa que se preciara de mantener un alto estatus social y de respetar las normas que todo buen anfitrión debía cumplir. Poco aficionado a la gastronomía del

¹⁶⁹ Chueca Goitia, Fernando, "Corte, ciudad y población como marcos de vida", en Jover Zamora, J. M^a (dir.), *Historia de España, op. cit.*, p. 520.

¹⁷⁰ Véase entre otros tratados: Lavedán, Antonio, *Tratado de los usos, abusos, propiedades y virtudes del tabaco, café, té y chocolate*, Madrid, Imprenta Real, 1796; reed. Almarabú, 1991.

país, el padre Labat asumirá la costumbre con cierto disgusto, aunque aprecia la manera de prepararlo:

On apporte le chocolat après quelques momens de conversation, ils le font très-bien, & il seroit encore meilleur s'il étoit plus naturel. Ils en prennent beaucoup. C'est une civilité de le presenter, & ce seroit une incivilité de le refuser. Sur ce pied-là, il faut se résoudre à faire peu de visites, ou à prendre bien du chocolat. [p. 9]

La costumbre del refresco se prolongó durante todo el siglo, siempre conservando la decorosa costumbre de separar el espacio de los hombres y el de las mujeres, ya fuera mediante el estrado o dividiendo la sala de reuniones en dos zonas bien diferenciadas, como explica Peyron. Las invitaciones a conocidos y amigos de ambos sexos se hacían unos días antes, y los invitados se presentaban en la casa a la hora señalada:

[...] para ese efecto hay en todas las casas españolas una sala bastante grande para contener sesenta u ochenta personas más o menos; está rodeada de sillas muy bajas; los hombres se colocan a la izquierda y las mujeres a la derecha. Cuando una mujer llega está obligada a dar un saludo y un beso a todas las mujeres ya colocadas, hasta que llega a la silla que debe ocupar, que es siempre la última [...] Nadie abandona su puesto y cada uno es servido a su vez; la conversación es tranquila y mezclada con mucho silencio. En esos *refrescos* no está mal visto, cuando hay abundancia, el llenar sus bolsillos de frutas y de bombones. [pp. 883-884]

El estrado podía encontrarse todavía en algunas casas a finales de siglo, presidido en ocasiones por una imagen de la Virgen, modelo para cualquier mujer cristiana recatada y baluarte de la más absoluta decencia de la que toda buena esposa católica debía hacer

gala. La dueña de la casa podía también reservarse un lugar privilegiado en el estrado, mostrando su jerarquía como señora principal y anfitriona en caso de reunión. No obstante, a través de las descripciones que nos van ofreciendo los diferentes viajeros podemos apreciar una evolución en las costumbres que se refieren a las reuniones con la presencia del estrado. En esta descripción de un refresco que el barón de Bourgoing nos ofrece hacia finales de siglo ya parece que esta situación permite la comunicación entre ambos sexos:

On y invite toutes ses connaissances. A mesure qu'elles arrivent, les hommes se séparent des femmes. Celles-ci vont s'asseoir dans une chambre particulière, et l'étiquette veut qu'elles restent entre elles jusqu'à ce que tout le monde soit assemblé. La maîtresse de la maison les attend sur un canapé, à une place marquée de son salon, que dans les mœurs anciennes qui subsistent encore en partie, on appelait l'*Estrado* et au dessus de laquelle est ordinairement suspendue une image de la Vierge. A l'apparition du *Refresco*, la conversation s'anime et les deux sexes se rapprochent. [...] L'étranger admis pour la première fois à ces especes de repas où les liqueurs enivrantes sont seules épargnées, cherche la nation sobre et ne la trouve pas. [II, pp. 328-329]

Las visitas representaban del mismo modo una oportunidad para que la mujer saliera de la casa; el organizar un refresco en una casa o el invitar a alguna amiga proporcionaban a la invitada, al mismo tiempo, la ocasión de salir del hogar. Sin embargo, este recorrido de una casa a otra difícilmente propiciaba el contacto con el mundo exterior. Según relata Madame d'Aulnoy, la salida de una dama de alcurnia para una visita era todo un espectáculo, una exhibición de lujo en la que la dama va delante sola en una silla acompañada de una carroza en la que la siguen pajes y escuderos; la

función de este séquito, aparte de mostrar la riqueza de la casa, no podía ser otra que la de proteger a la dama y asegurarse de que llegaba al lugar indicado. Del mismo modo, a la hora indicada la comitiva debía volver a recogerla para acompañarla a casa, como si de una niña se tratara:

L'on ne va point chez son amie quand on a envie, il faut attendre qu'elle vous envoie prier d'y venir, et la Dame qui veut recevoir compagnie chez elle écrit un billet le matin, par lequel elle vous invite. Vous sortez dans vostre chaise [...] La Dame est enchassée dans sa chaise comme un diamant dans son chaton. Elle n'a point de mante, ou si elle en porte, c'est avec une dentelle noire d'Angleterre, de la hauteur d'une demie aune, faite à dents comme les raiseaux du temps passé, fort fine et fort chere. Cela sied bien. Il y a un carrosse à quatre mules, avec ses long traits, dont je vous ai parlé, qui suit la chaise au petit pas. Il est d'ordinaire rempli de deux vieux Escuyers et de cinq ou six pages ; car elles en ont toutes, et la femme de mon Banquier en a deux. Les Dames ne menent jamais aucune de leurs femmes, et bien qu'elles se trouvent plusieurs ensemble qui vont au même endroit, elles montent chacune dans leur chaise... Aussi-tôt qu'elles sont entrées, elles renvoient tous leurs gens et leurs carrosses ; elles marquent l'heure qu'on viendra à les querir : c'est d'ordinaire entre dix et onze du soir, car leurs visites sont d'une longueur à faire perdre patience. [III, p. 484]

Coincide d'Aulnoy con otros autores en la larga duración de estas visitas entre mujeres. Esta misma autora considera más interesante y atractivo el rito de la salida de visita cuando es de noche, ya que a modo de procesión las damas eran acompañadas de pajes que portaban hachas de cera encendidas. La puesta en escena, con los pajes hincando la rodilla en el suelo mientras rodean a la dama, sigue en la línea del vasallaje de tipo medieval:

[...] quatre Pages viennent la recevoir avec de grands flambeaux de cire blanche, et la reconduisent de même, et pendant qu'elle entre dans sa chaise, ils mettent d'ordinaire un genoüil en terre. Cela a quelque chose de plus magnifique que les bougies que l'on porte en France dans des flambeaux. [XIII, p. 527]

No nos parece demasiado arriesgado concluir que a principios del siglo XVIII la rutina diaria de las mujeres casadas españolas al margen de estas visitas o invitaciones a refrescos, que al menos propiciaban la conversación entre mujeres y cierto contacto, aunque fuera visual, con los hombres, se limita a ver pasar el tiempo día tras día metida en casa, con los hijos, y siguiendo rituales diarios como el de la siesta, que según Labat no perdonan ni españoles ni italianos¹⁷¹, o esta curiosa forma de cenar en la cama junto al marido, que en nuestra opinión no tiene nada de sugerente, que relata d'Aulnoy:

Quand l'heure de dîner est venuë, le maistre se met à table, sa femme et ses enfans, comme je vous l'ai marqué, mangent par terre auprès de la table [...] Quand ce petit dîner est fait, chacun se deshaille dans la maison et se jette sur son lit où l'on étend des peaux de maroquin bien passées, pour avoir plus frais. À cette heure-là vous ne trouvez pas une ame dans les ruës, les boutiques sont fermées, le commerce est cessé, et il semble que tout est mort [...] l'on se retire à onze heures ou minuit. Je vous parle au moins des gens réglez. Alors le mari et la femme se couchent, l'on apporte une grande nappe qui couvre tout le lit, et chacun se l'attache au col. Les nains et les naines servent le souper, qui est aussi frugal que le dîner. [III, pp. 480-481]

Rodeada de sirvientas y con pocas oportunidades de relacionarse, la vida de la mujer española de clase alta en la época,

¹⁷¹ Véase Labat, Jean-Baptiste, *op. cit.*, p. 18.

como ya hemos sugerido, parece estar condenada al aburrimiento. La educación mínima que se ofrecía a las mujeres de la época en España no propiciaba en general una afición a la lectura o a otras tareas de tipo intelectual. Este tedio parece llegar a su máximo exponente en ausencia del marido, ya que Madame d'Aulnoy cuenta que la mujer casada al quedarse sola tenía la obligación de guardar su ausencia dentro de la casa manteniendo su sexualidad intacta, tejiendo a modo de Penélope su propia tela de araña:

Et ce qu'il y a de rare, c'est que la pauvre épouse ne met pas les pieds dehors tant que son mari est en arrest, quoique ce soit presque toujours pour quelqu'infidélité qu'il lui a faite. Il en est de même, lors qu'ils sont exilés ou releguez dans quelques-unes de leurs Terres, ce qui arrive fort souvent ; et dans le tems de leur absence, leurs femmes demeurent chez elles sans sortir une seule fois [...] c'est la coûtume, et cette coûtume est cause qu'elles s'ennuyent fort. [III, p. 488]

Este aburrimiento mortal, este tedio cotidiano en la vida de las mujeres españolas encerradas en casa, conseguirá poco a poco dejar espacio a un ansia de libertad que como veremos más adelante desencadenará ciertos cambios en sus costumbres y conductas.

2.4. El convento

Exceptuando el matrimonio, donde realmente la mujer alcanzaba toda su dimensión: la reproducción biológica y el mantenimiento de la casa, la otra opción para una mujer de buena familia era el ingreso forzoso de las jóvenes, viudas e hijas naturales

en un convento, por motivos morales o puramente económicos.¹⁷² Por otra parte, la élite que podía pagar la dote de una hija para entrar en un convento tenía así garantizada una parte de la salvación de su alma; en efecto, la familia de esta religiosa tenía el respaldo de sus oraciones cotidianas ofrecidas para la salvación de los suyos. El encierro conventual significaba no obstante una oportunidad de integración y promoción social, “una nueva sublimación del encierro femenino”¹⁷³, esta vez no bajo la autoridad paterna o marital sino por el designio divino, aunque siempre bajo el control de las autoridades masculinas.

Mantener a una hija en un convento de cierto renombre suponía una exigencia económica importante para las familias mientras viviera la recluida, que debía llevar una existencia acorde con su rango; esta obligación era hereditaria y pasaba de padre a hijo. Con la visión eminentemente práctica y económica que lo caracteriza, así lo explica un escandalizado Labat:

Ce que je puis dire des Religieuses, c'est que Madame de la Rosa se plaignoit beaucoup de la sœur de son mari, qui étoit Religieuse dans un de ces Couvents, qui demandoit sans cesse, & qui n'étoit jamais contente quoiqu'on lui payât exactement, & surabondamment ce qu'on étoit convenu de lui donner pour son entretien, & pour sa nourriture. Car la coûtume de ces Pais-là est de donner aux Religieuses, tant par jour pour leur nourriture & pour leur entretien, sans compter ce qu'on a donné au Monastere en faveur de leur reception, & le droit

¹⁷² Sobre el convento como horizonte femenino y la importancia de la experiencia religiosa para las mujeres españolas en la Edad Moderna consultar el estudio de Palma Martínez Burgos “Experiencia religiosa y sensibilidad femenina en la España moderna”, en Dulay, Georges y Perrot, Michelle (dir.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 602-606.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 602.

qu'elles se sont conservées d'importuner sans cesse leurs parens, & leurs amis. Ce droit est imprescriptible aux deux sexes. Malheur à ceux qui ont des parens, amis, ou alliés Religieux en ce Païs-là. [p. 278]

Sigue explicando con detalle las argucias de los recaudadores de las casas religiosas, que a su entender en Francia pasarían por muy ricas. Una visión más centrada en el punto de vista de la joven, o niña, que ingresa en convento, es la que nos ofrece Madame d'Aulnoy en esta descripción que la autora pone en boca de la marquesa de los Ríos, joven viuda que está pensando en trasladarse por un tiempo a un monasterio donde la mayoría de las religiosas son hijas de príncipes, duques y grandes títulos:

[...] en effet excepté la clôture, ces Religieuses ont beaucoup de liberté. Ce sont d'ordinaire les plus belles Filles d'une Maison que on y met : ces pauvres enfans y entrent si jeunes, qu'elles ne connoissent ni ce qu'on leur fait quitter, ni ce qu'on leur fait prendre dès l'âge de six ou sept ans, & même plutôt. On leur fait faire des Vœux [...] Il y a même des Convents, où les Religieuses voyent plus de Cavaliers que les femmes qui sont dans le monde ; elles ne sont aussi guère moins galantes [...] la beauté y regne plus qu'ailleurs. [pp. 251-253]

La clausura es un arma de doble filo. Por una parte, se obliga a una jovencita a tomar los hábitos a una edad demasiado temprana para poder elegir; por otra, se le asegura de por vida todo lo necesario para poder vivir de acuerdo a su condición social. El segundo dato a tener en cuenta, es la pretendida relación de las religiosas con el mundo exterior, en concreto con los hombres. Entregadas a la soledad y la monotonía del convento, muchos coinciden en afirmar que las religiosas desarrollan más sus instintos

de seducción y que la represión temprana de sus pasiones no hace más que acrecentarlas.

Así, Fleuriot de Langle, en su estilo más dramático y conciso, insiste en la idea del convento como prisión, dentro del cual las religiosas, como presas de una cárcel, pasan sus días gimiendo y llorando, pasando una condena a cadena perpetua sin posibilidad de escapatoria. Recluidas a una edad tan temprana, el autor imagina el momento dramático en el que llegan a la pubertad, constantando entonces que su destino será siempre el encierro. Dentro del convento, no hay más que muertas en vida:

Religieuses

On compte à Madrid trente monastères de filles.

Parloirs, cellules, voûtes, murs épais des couvents de Madrid, répétez-nous, redites-nous les cris, les gémissements, les soupirs étouffés, les imprécations des malheureuses que vous recélez.

[...] À l'âge de douze à treize ans, une Espagnole éprouve déjà une sorte de malaise, de mélancolie d'amour ; elle délire, elle souffre, elle est tourmentée sans savoir où, sans savoir quoi, sans savoir pourquoi ; c'est toujours le sein de son confesseur qu'elle choisit pour déposer sa douce, mais inquiétante sollicitude.

Abus de l'Écriture Sainte, passages tronqués, mutilés, détournés, révélations, apparitions, miracles, histoires apocryphes, tout est mis en usage par ce moine, pour tromper sa jeune pénitente ; à le croire, c'est le mal de Dieu qui la tourmente ; pour guérir, il faut prendre le voile, et la malheureuse le prend.

Fleuriot resume de manera poética los deseos abortados e insatisfechos de las mujeres en el convento:

Bientôt les désirs naissent, ont un but, la tête se peuple d'images, de formes ; le sang bout, des torrents de feu coulent dans les veines, un nouveau sens s'annonce, mais il n'est plus temps : il faut pousser des

cris, des soupirs impuissants ; il faut passer sa vie dans un cloître, dans les larmes ; il faut être privée à jamais de la vue, des transports, des embrassements d'un amant, d'un époux ; il faut mourir entre quatre murailles, brûlée, consumée de désirs, qui ni Dieu, ni le voile, ni la religion, ni toutes les gouttes d'eau du torrent de Cédron, n'ont jamais pu, ne pourraient, ne pourront jamais, ni modérer, ni éteindre. Telle est la vocation, la vie, et la mort des religieuses de Madrid, des religieuses du monde entier. [p. 71]

Esta visión conventual de Fleuriot recuerda a las reflexiones de Diderot sobre la claustración no voluntaria reflejadas en obras como *La religieuse*¹⁷⁴. Sin embargo, muchos testimonios apuntan a un modo de vida dentro de estos conventos mucho menos cercano a la esclavitud y más próximo a la vida mundana. En Madrid, es el convento de las Descalzas Reales el que más fama tiene como lugar donde se reúnen las religiosas de las casas de más alcurnia, y como destino forzoso no sólo de las viudas, sino también de las antiguas amantes del rey de España. Madame d'Aulnoy apunta también a la reclusión de mujeres nacidas fuera del matrimonio:

Don Juan a une Fille naturelle Religieuse Carmelite de Madrid. Elle est d'une beauté admirable, & l'on dit qu'elle n'avoit aucune envie de prendre le Voile ; mais ç'a été sa destinée, & c'est celle de bien d'autres de sa qualité, qui n'en font guère plus contentes qu'elles. On les nomme les Descalças Reales, qui veut dire des Déchaussées Royales. Cela s'étend même jusqu'aux Maîtresses du Roy, soit qu'elles soient Filles ou Veuves ; quand il cesse de les aimer, il faut qu'elles se fassent Religieuses. [II, p. 321]

Fleuriot de Langle también se refiere a este convento, cuyo nombre transforma en “Escalezas”. Con un estilo claro y

¹⁷⁴ Diderot, Denis, *La religieuse* (1798), obra póstuma

contundente, resume el carácter libertino del convento madrileño, bastante alejado de la auténtica religiosidad, como señala con ironía:

Le couvent de l'Escalessas

Ce monastère de filles, qui autrefois servait de sérail aux rois, aux infants, aux grands d'Espagne, est encore fameux, par les intrigues amoureuses de ces épouses de Dieu, qui, très souvent, dit-on, font des enfants, qui ne sont pas de lui. [p. 43]

La galantería de estas monjas no está reñida con unas medidas de seguridad que pretenden separar lo divino de lo terrenal. A Madame d'Aulnoy le parecen elevar un muro inexpugnable tras el que ella no podría vivir. Horribles rejas y celosías, picos de hierro punzantes y pequeños huecos abiertos al exterior para proteger a las reclusas del exterior; sin éxito, a lo que parece:

Nous montâmes au parloir, dont trois affreuses grilles, les unes sur les autres, toutes herissées de pointes de fer, me surprirent. Comment ! dis-je, on m'avoit assuré que les Religieuses estoient en ce país fort galantes, mais je suis persuadé que l'amour n'est pas assez hardi pour hazarder d'entrer au travers de ces longues pointes et de ces petits trous, où il periroit indubitablement. Vous estes la duppe des apparences, Madame, s'écria du Juncas, et si la Dame qui va venir pouvoit m'en laisser le tems, vous sçauriez dés aujourd'hui ce que j'ai appris d'un Espagnol de mes amis au premier voïage que je fis ici. [III, p. 411]

2.5. Mujeres en espacios públicos

Como hemos destacado hasta aquí, la mujer se mueve sobre todo en un espacio eminentemente cerrado, como venía ocurriendo

durante siglos. No obstante la mujer urbana, recluida en casa, va buscando el modo de salir, de relacionarse. Al margen del hogar, sólo le queda cumplir con sus obligaciones de católica y asistir a los oficios religiosos. Este deber es la excusa perfecta para encontrar una libertad momentánea, una vía de escape.

Además de la asistencia regular a la iglesia para los oficios, las diversas fiestas religiosas, procesiones y ceremonias representan otras tantas ocasiones de moverse en espacios públicos, así como otras fiestas populares como las corridas de toros, las fiestas de la Maestranza, los bailes o el teatro. La visión que los viajeros ofrecen en sus relatos de estas mujeres en el exterior está marcada por la sorpresa, a veces por la fascinación que produce en ellos la observación de unas actitudes de coquetería, unos códigos para el galanteo, una voluntad permanente de relacionarse y de gustar a los hombres que no les pasa desapercibida.

Bajo el disfraz de la devoción y del recato, las españolas encuentran el modo de desarrollar estrategias varias para el encuentro amoroso. Huyendo del tedio, o la melancolía a la que tradicionalmente se consideraba abocada la mujer por su propia naturaleza, el deseo de libertad las empujaba a ver y dejarse ver como primer paso necesario para conseguir sus metas.

Por su relación directa con el tema del amor y la seducción, abordaremos este aspecto con más detenimiento en el capítulo IV de nuestro estudio.

[3.] **Tipología del retrato de la mujer española**

Antes de abordar el estudio de las diferentes imágenes de la mujer española que se encuentran dentro de los textos estudiados, conviene indicar que existen diferentes niveles en la representación. Esta diversidad proviene de la propia multiplicidad formal del relato de viajes; a diferentes estadios de la relación entre lo narrativo y lo descriptivo, o entre lo ficticio y lo referencial, corresponden otros tantos modos de representar a la mujer española.

Así, podríamos establecer varios niveles en la representación de la mujer, que van desde la mera reproducción de las ideas preestablecidas recogidas en relatos de viajes anteriores y repetidas sistemáticamente de unos autores a otros, construyendo así una imagen plana y totalmente descontextualizada, hasta la descripción de una mujer concreta, con nombre y apellidos, que además participa activamente en el relato (o en la anécdota) y tiene entidad de personaje. Entre ambos tipos existen toda una serie de posibilidades intermedias.

Es interesante señalar que esta diversidad en la representación de la española se produce no sólo de unos relatos a otros, sino también, en ocasiones, en el interior de un mismo relato.

Resulta por tanto difícil aplicar un método de análisis de los personajes a estas descripciones de mujeres, puesto que pocas entre ellas alcanzan el rango de personajes¹⁷⁵.

3.1. La percepción de lo físico: el cuerpo femenino y la belleza de la española

Si en algo coinciden los diferentes viajeros al referirse a las españolas, es en su belleza impactante. El efecto que estas mujeres causan en los hombres es generalmente algo parecido a una fuerte impresión, tras la cual el observador cae en un hechizo del que difícilmente puede librarse. Casanova afirma que doña Ignacia era “una beauté parfaite, et tout à fait séduisante quand elle envoyait au diable son maintien dévot”¹⁷⁶.

El establecimiento del canon de la belleza perfecta ha pasado por diferentes etapas a través de la historia, empezando por la teoría que identificaba la belleza perfecta con el cuerpo viril. Hasta el siglo XVIII no se encuentran en España manifestaciones de la discusión sobre quién posee una mayor belleza: el hombre o la mujer. Los diversos autores entre los que se encontraban el pintor Antonio Mengs¹⁷⁷ y el escritor Esteban de Arteaga¹⁷⁸ llegaron a diferentes conclusiones, desde los que pensaban que el cuerpo femenino por

¹⁷⁵ Sobre la noción de personaje, véase Jouve, Vincent, *L'effet-personnage dans le roman*, Paris, PUF, 1992.

¹⁷⁶ Casanova de Seingalt, Jacques, *Histoire de ma vie, op. cit.*, p. 596.

¹⁷⁷ Mengs, Antonio Rafael, “Lecciones prácticas de pintura” (1780), en *Obras*, Madrid, Imprenta Real, 1797.

¹⁷⁸ Arteaga, Esteban de, *La belleza ideal* (1789), ed. por Miguel Batllori, Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1943.

sus formas redondeadas resultaba más bello, hasta los que recogían una antigua tradición *misógina* según la cual el cuerpo del hombre era por principio más hermoso. Esta tradición había sido recogida por grandes pintores como Rubens a principios del siglo XVII en su teoría de la figura humana, que aseguraba que la verdadera perfección de la figura humana era la forma viril, cuya belleza, idea perfecta, era la obra directa de la divinidad.¹⁷⁹

Otra teoría interesante de la época¹⁸⁰ es la que consideraba la existencia de una belleza absoluta, por sí misma, y otra relativa, que partía de los ojos del que la contemplaba. Teniendo en cuenta la atracción entre los sexos, la mujer poseía mayor belleza relativa, por su capacidad de atraer al hombre, pero la belleza absoluta pertenecía exclusivamente al hombre.

Al margen de estas teorías estéticas, encontramos el testimonio de unos escritores-viajeros, de unos observadores que nos transmiten una presencia física, material, que nos llega desprovista de la impresión directa, de la experiencia sensible. Se trata de una galería de cuerpos femeninos reproducidos, descritos, interpretados

¹⁷⁹ En 1773 se publicó en París una recopilación de las notas de los cuadernos del pintor, tal vez para apoyar la corriente neo-clasicista que dominaría la estética de finales del siglo XVIII, en cuyo capítulo II explica las diferencias fundamentales entre el cuerpo femenino y masculino para afirmar que la forma más perfecta es la masculina. Véase Rubens, Pierre-Paul, *Théorie de la figure humaine* (1773); reed. Paris, ed. Aux Amateurs de Livres, col. "Les recueils d'emblèmes et les traités de physiognomie de la Bibliothèque Interuniversitaire de Lille", n° 11, 1990, pp. 9-10.

¹⁸⁰ La existencia de esta teoría la fundamenta Helmut C. Jacobs en un artículo aparecido en la revista *El Censor*, t. 4, Discurso LXXII, firmado por Andrés Morphalazon.

Sobre las diferentes categorías de la belleza para el hombre y la mujer véase la obra de Jacobs, Helmut C., traducida al castellano: *Belleza y buen gusto. Las teorías de las artes en la literatura española del siglo XVIII* (1996), Madrid, Iberoamericana, 2001.

o inventados según unos esquemas concretos de percepción y de apreciación, que son como los moldes a los que los cuerpos, lo que *fue*, deben parecerse:

Ce sont eux pourtant qui nous présentent l'essentiel : non pas la vérité de ce "qui a été" – les normes de la ressemblance varient selon les époques –, mais ce qui a été perçu et apprécié, un schème de perception et d'appréciation, une façon d'agir et de réagir sur le beau, le bien et le désirable, une manière de les voir et de les concevoir, un *point de vue* [...] Les corps et les visages s'exténuent d'ailleurs à ressembler aux mots et aux images qui, tout en prétendant de les reproduire, les façonnent.¹⁸¹

Cualquier representación artística posee, por tanto, una fecha, lleva la marca de la época a la que pertenece. En el terreno de la literatura confluyen a través de la escritura los deseos, las esperanzas, las preocupaciones sobre la existencia humana "en réalité et en imagination, tels qu'ils naissent à la conscience en un certain point de l'espace-temps historique"¹⁸². De este modo, la representación de la figura femenina en los textos del siglo XVIII francés se inscribe en un contexto cultural que está determinado por unos componentes concretos.

El siglo de las Luces representa en Francia una revolución epistemológica, un auge de las ciencias humanas. Superada la mística de la *femme idéale*, el XVIII trae consigo una nueva mirada sobre la mujer y sobre la feminidad, y se investiga la naturaleza de una *femme naturelle*, a través de la antropología, la historia, la

¹⁸¹ Véase la introducción del estudio de Perrot, Philippe, *Le travail des apparences. Le corps féminin, XVIII^e-XIX^e siècle*, París, Seuil, 1984, p. 8.

¹⁸² Véase el prólogo de Georges Gusdorf al estudio de Hoffmann, Paul, *La femme dans la pensée des Lumières*, Genève, Slatkine Reprints, 1995, p. 11.

filosofía, la fisiología. La mujer es considerada un ser humano por sí mismo, distinto del hombre, con sus propias características naturales y culturales¹⁸³. La nueva visión de la mujer y del ser humano en general hace nacer actitudes y situaciones nuevas que se reflejan en la literatura y en todas las artes. El descubrimiento de la mujer representa un aspecto privilegiado dentro de estas transformaciones que se expresan a través del auge de nuevos valores como la sensibilidad¹⁸⁴.

Dentro de esta nueva perspectiva de la mujer y de la feminidad, los diferentes escritores impregnan su obra con su enfoque personal. Como punto de partida de nuestro estudio tomaremos una focalización supuestamente femenina, por tanto más cercano y “neutral” en el sentido de que en principio carecería de la influencia de una posible atracción sexual, lo que no quiere decir ausencia de sensualidad. En esta descripción Madame d’Aulnoy resume los rasgos más característicos de la imagen tipo de la mujer española, aglutinando los tópicos que circulaban en la época:

Leurs traits sont fort réguliers & délicats ; mais leur grande maigreur choque ceux qui n’y sont pas accoutumés. Elles sont brunes, leur teint

¹⁸³ Véase Laqueur, Thomas, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, (1990), Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1994.

¹⁸⁴ Para comprender esta evolución de la idea de la mujer en el pensamiento del siglo XVIII en Francia, teniendo en cuenta las diferentes disciplinas científicas y médicas y el pensamiento filosófico del momento, resulta imprescindible la obra ya citada de Paul Hoffmann, *La femme dans la pensée des Lumières*, así como algunos artículos del mismo autor recogidos en *Corps et cœur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000, entre los que destacamos “L’héritage des Lumières : mythes et modèles de la féminité au XVIII^e siècle” (pp. 107-126).

est fort uny, il faut que la petite Verole ne les gâtent pas tant icy qu'elle gâte ailleurs ; car je n'en ay guère vû qui en soient marquées. Leurs cheveux sont plus noirs que de l'Ebeine, & fort lustrez [...] j'ay trouve des Espagnoles plus regulierement belles que nos Françaises, malgré leur coëffure de travers, & le peu d'accompagnement qu'elles donnent à leur visage. L'on peut dire qu'il est comme hors d'œuvre, sans aucuns cheveux dessus, ni Cornette, ni Rubans ; mais aussi en quel Pays y a-t-il des yeux semblables aux leurs ? Ils sont si vifs, si spirituels, ils parlent un langage si tendre & si intelligible, que quand elles n'auroient que cette seule beauté, elles pourroient passer pour belles, & dérober les cœurs. [II, pp. 263-265]

En esta cita descubrimos los rasgos que contribuyen a crear esa belleza que es natural, en el sentido de que no necesita de postizos o maquillajes: es una belleza única, pictórica, de obra maestra. Se impone la comparación con la belleza nacional, y en esta comparación la española sale ganando frente a la francesa. Rara afirmación dentro de un discurso que se elabora desde el sentimiento de superioridad incontestable. Pero hay que rendirse a la evidencia: en esta ocasión, lo extraño, lo extranjero, y tal vez precisamente por ser “otro”, se impone sin lugar a dudas.

El mito de la española como figura arquetípica en la literatura francesa ha fluctuado, como ha indicado Elena Real, entre la luz y las sombras¹⁸⁵, pero siempre ha poseído una belleza superior, irreal, que la coloca más cerca del mundo de los dioses o el de los demonios que del mundo de los hombres. De la dulce princesa medieval a la andaluza arrebatadora del XIX, imágenes que representan no obstante “l'avvers et le revers d'une même

¹⁸⁵ Véase Real, Elena, “L'Espagnole” en Brunel, Pierre (dir.), *Dictionnaire des mythes féminins*, París, Éditions du Rocher, 2002, pp. 666-673.

médaille”¹⁸⁶, la bella española se ha adaptado a los tiempos y a las diversas situaciones políticas o sociales, pero nunca ha dejado de ser hermosa. Sin embargo el cuerpo femenino es siempre el mismo; es la mirada la que cambia.

En las descripciones de los viajeros del siglo XVIII, se produce un raro equilibrio entre la imagen del hada y la de la bruja, entre la mujer benéfica y la maléfica. Analizaremos ahora los diferentes rasgos determinantes de esta belleza española tal y como se integrará en el imaginario francés del siglo.

3.1.1. *Los ojos*

En la teoría de la representación artística del siglo XVIII el rostro es dinámico, está constantemente en movimiento¹⁸⁷. Esta concepción dinámica del rostro que proviene del siglo XVII alcanza ahora toda su intensidad, atravesando la fisiognomía, el teatro, la pintura, la literatura. Se pone el acento en la vivacidad del rostro, en su energía. En el retrato la estética de la acción gana terreno sobre la actitud, se privilegia el movimiento sobre la pausa.¹⁸⁸

En este sentido pronunciaba Charles Lebrun, célebre pintor de Luis XIV y director de la Academia real de pintura y escultura, su discurso sobre la expresión de las pasiones del alma, según el cual la pasión es un movimiento del alma que reside en la parte sensitiva. Aquello que provoca una pasión en el alma produce asimismo ciertos movimientos en el cuerpo, y estas alteraciones, que Lebrun

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 672.

¹⁸⁷ Véase el capítulo dedicado al rostro orgánico y rostro expresivo en el siglo XVIII “L’Anatomie du sentiment” en Courtine, Jean-Jacques, y Haroche, Claudine, *Histoire du visage*, Paris, éd. Payot et Rivages, 1994, pp. 113-155.

¹⁸⁸ En sus *Essais sur la peinture (1795)*, Diderot califica a la acción como “belle et vraie”, frente a la actitud que es “fausse et petite”. París, Hermann, 1984.

sistematiza según las principales pasiones humanas, se reflejan de manera especial en el rostro, por lo que para él este sigue siendo no sólo el espejo de los sentimientos sino el del alma.¹⁸⁹

Aunque Lebrun concede mayor importancia expresiva en la representación del rostro a las cejas que a los ojos, el siglo XVIII concede gran importancia a la mirada como transmisora de un lenguaje de los sentimientos. En la representación y la percepción del lenguaje que transmite la expresión facial, que es un lenguaje interior y sensible, los ojos son el instrumento privilegiado, por su versatilidad y su dinamismo, que hacen que puedan desarrollar por sí solos innumerables acciones:

“L’homme entre en colère, il est attentif, il est curieux, il aime, il haït, il méprise, il dédaigne, il admire ; et chacun des mouvements de son âme vient se peindre sur son visage en caractères clairs, évidents, auxquels nous ne nous méprenons jamais. Sur son visage ? Que dis-

¹⁸⁹ Esta conferencia de Lebrun dió lugar a su *Expression des passions de l’âme* (1727), reeditada en París, ed. Aux Amateurs de Livres, col. “Les recueils d’emblèmes et les traités de physiognomie de la Bibliothèque Interuniversitaire de Lille”, nº 10, 1990. En ella Lebrun distinguía en total veinte pasiones humanas que se expresaban a través de diferentes movimientos del rostro. Para él los rasgos faciales más expresivos eran, por este orden: las cejas, los ojos, la boca, la nariz y las mejillas. En su obra acompañaba la descripción de los rasgos que caracterizan cada una de las pasiones humanas de un dibujo de la cabeza humana con la expresión correspondiente. Así, por ejemplo, describe *le désir* : “Cette passion rend les sourcils pressez & avancez sur les yeux, qui sont plus ouverts qu’à l’ordinaire ; la prunelle enflammée se place au milieu de l’œil ; les narines s’élèvent & se serrent du côté des yeux ; la bouche s’entre-ouvre, & les esprits qui sont en mouvement donnent une couleur vive & ardente”, *op. cit.*, p. 2.

je ? Sur sa bouche, sur ses joues, dans ses yeux, en chaque partie de son visage. L'œil s'allume, s'éteint, s'alanguit, s'égare, se fixe.¹⁹⁰

Los ojos, en total sintonía con los movimientos del alma, expresan las emociones y las pasiones, así como los sentimientos más sutiles. El movimiento de los ojos refleja la sensibilidad, siendo la mirada el sentido más próximo al espíritu del hombre.

De este modo, en la elocuencia de la mirada se concentra la expresividad del rostro, ya que los ojos son la parte más elocuente de la cara. Son una ventana al interior del que mira, y reflejan lo que realmente siente con tal fuerza que aunque se intente esconder los propios sentimientos, la mirada siempre delata. Cualquier gesto espontáneo deja translucir los sentimientos de forma inmediata, de tal manera que emergen al exterior de modo incontrolable:

L'art le plus exercé à masquer les pensées secrètes n'en peut pas arrêter l'explosion, quoiqu'il maîtrise tout le reste du corps. L'homme qui veut cacher les affections de son âme doit surtout prendre garde de ne pas se laisser fixer dans les yeux.¹⁹¹

De acuerdo con esta teoría estética de la mirada, en las descripciones que los viajeros ofrecen de la española observamos que destacan por encima de todo lo demás los ojos; el poder de los ojos de una española parece no tener límites. Como hemos visto, Madame d'Aulnoy insiste en ellos como instrumentos de comunicación. La potente mirada de la española es su mejor arma que la convierte en la más hermosa, y como consecuencia produce

¹⁹⁰ Diderot, Denis, *Essais sur la peinture*, *op. cit.*, p. 371.

¹⁹¹ Engel, Johann Jakob, *Idées sur le geste et l'observation théâtrale* (1795), citado por Courtine, Jean-Jacques, y Haroche, Claudine, *Histoire du visage*, *op. cit.*, p. 138.

efectos demoledores en los hombres: tiene la posibilidad de romper corazones. El discurso es éste: los ojos, espejo del alma, hablan por sí mismos, embrujan de manera que hacen que la mujer parezca la más hermosa a los ojos del que los mira, del hechizado, que irremisiblemente caerá a sus pies.

En esta relación causa-efecto, el poder de la mirada como arma de seducción coloca a la española del lado de la bruja, de la hechicera. No es casualidad que el color negro acompañe esta mirada perversa, “ojos negros y bien hendidos”, como señala Peyron en esta descripción en la que la virginidad y la candidez de una adolescente española no está reñida con ese rasgo oscuro y profundo que promete pasiones futuras en un blanco y dulce rostro. Para él, la belleza de la española es digna de compararse a los cánones de la belleza griega:

Nada es más conmovedor que una joven española de quince años, como las he visto y varias veces incluso en el campo. Un rostro de un óvalo perfecto; cabellos de un hermoso castaño claro, partidos por igual sobre la frente, y simplemente retenidos por una redcilla de seda; la piel blanca y fina; los ojos negros y bien hendidos; una boca llena de gracia; una actitud siempre modesta; la blusa sencilla de paño negro, limpia, hasta el talle, y ligeramente apretando la muñeca; una mano pequeña y perfectamente dibujada; todo encanto en esas jóvenes vírgenes. Recuerdan la dulzura, la belleza, el peinado y la sencillez de las jóvenes griegas, de las que la antigüedad nos ha dejado tan hermosos modelos. Los ángeles en la comedia española, los he visto con gusto, están siempre representados por muchachas jóvenes. [p. 879]

El negro de los ojos la aproxima de este modo al arquetipo de la mujer que proviene de la noche, que tiene las connotaciones del mal. Sin embargo, al combinar este rasgo con otros claramente

“diurnos” (un óvalo perfecto, la tez blanca, el cabello recogido) y cualidades como la sencillez y la modestia, parece que el poder de la mirada se difumina, se diluye, y se produce un equilibrio en el conjunto. No olvidemos que se trata de una joven virgen, y aún no ha sido arrastrada al terreno de lo maléfico.

Enmarcados en tan bello rostro, en los ojos de la española parece esconderse una fuerza oculta que es imposible que pase desapercibida, puesto que focalizan toda la atención cuando se mira su rostro. Y no solamente por su poder de seducción; los ojos de doña Leonor de Toledo transmiten tanta energía que Madame d’Aulnoy confiesa no poder mantener sus ojos puestos en los suyos: “Je la trouvay parfaitement belle ; ses yeux étoient si vifs & si brillans, que l’on n’en soûtenoit l’éclat qu’avec peine” [II, p. 47].

Si para Madame d’Aulnoy los ojos de la española eran vivos, espirituales, expresivos y únicos, tanto que en ellos podía residir toda la belleza de una mujer, para Peyron, que retoma con exactitud esta misma imagen de la belleza que puede proceder tan sólo de la mirada, son además inteligentes:

[...] en general, tienen ojos muy hermosos, son tan vivos, tan expresivos, tan inteligentes que aunque las españolas no tuviesen otros encantos podrían hacerse pasar por bonitas. [p. 879]

Porque no sólo transmiten sentimientos, sino también la luz del pensamiento, con lo que el lenguaje de la mirada es también el de la inteligencia. Esta expresividad sincera de la mirada, su capacidad de transmitir emociones diversas, se manifiesta en diferentes situaciones. Pero va más allá; no sólo es un reflejo inevitable del interior, sino que además actúa sobre el exterior, tiene una fuerte influencia sobre el otro, sobre el que devuelve la mirada. Es una mirada activa que sirve de catalizador de la voluntad de la

mujer, convirtiéndose de este modo en un arma con la que la seductora atrapa a sus presas.

En uno de los más famosos retratos de Lorenzo Tiépolo, *La Acerolera* (figura 1), la mirada de la joven en el centro del grupo masculino ilumina toda la escena y parece concentrar una fuerza interior que contrasta con la mirada opaca de los oficiales, mientras observa fijamente al espectador. La muchacha tiene la piel blanca y fina, a la manera de la joven campesina que describía Peyron, el cabello recogido y cubierto casi por completo. Viste de blanco con gran sencillez, con un velo que le cae sobre los hombros y sólo adornada con una cinta sobre la cabeza y ligeras joyas. Ajena a lo que ocurre a su alrededor, bajo esa mirada inteligente, penetrante, esboza una leve sonrisa cómplice que parece querer coquetear no sólo con los hombres que la rodean, sino más precisamente con el espectador.

Esta utilización consciente del poder de la mirada hace que la imagen de la española se incline de nuevo hacia el lado de la bruja. Por su relación directa con el alma, los ojos han sido tradicionalmente instrumentos de seducción no sólo por su belleza, sino que en la intensidad de su mirada se esconde el hechizo, el poder de hipnotizar a sus víctimas para después manejarlas a su antojo anulando su voluntad. Ya Madame d'Aulnoy se maravillaba al observar esta capacidad de romper corazones sólo con la mirada; a finales de siglo, Bourgoing sigue destacando este poder de seducción que proviene de la mirada de una mujer española, que sabe ser risueña para lograr sus objetivos de seducción: “Grave et même un peu triste au premier aspect, si elle ouvre sur vous ses grands yeux noirs pleins d’expression, si elle accompagne ce regard d’un sourire, l’insensibilité même tombe à ses genoux”. [II, p. 309]



Figura 1. *La Acerolera*, Lorenzo Tiepolo, Patrimonio Nacional, Madrid.

Los ojos hablan, y con este lenguaje secreto y bidireccional, ya que sólo puede establecerse entre dos, las damas pueden comunicarse con sus amantes en público; así lo observa Madame d'Aulnoy en las corridas de toros. El poder de la mirada de la seductora se manifiesta especialmente cuando *anda tapada*, ya que cuando las mujeres se cubren con la mantilla “dont elles se couvrent le visage, de maniere qu’il n’en reste de découvert qu’un seul œil qui sert à les conduire” [p. 395], como aprecia Labat al observar a las mujeres gaditanas que van a la iglesia. Su influencia es tan poderosa que incluso con un solo ojo la española causa el enamoramiento de los hombres; más que el amor, se diría que provoca el nacimiento de una pasión arrebatadora.

Al margen de esta mirada individual, mirada de seducción, y de la mirada sostenida entre dos amantes como instrumento de comunicación, en ocasiones parece producirse una mirada de complicidad cuando la mujer española se muestra en grupo. Los viajeros descubren al lector este comportamiento grupal de las mujeres españolas cuando asisten a ciertos espectáculos en los que la mirada femenina se dirige de manera colectiva hacia un mismo punto.

Con un discurso claramente *misógino*, Labat observaba cómo las mujeres gaditanas iban a la iglesia y se colocaban juntas, ocupando cada una su lugar junto a “les animaux de leur espece” [p. 397]. Unidas por una misma pasión, las españolas parecen actuar en manada, con un objetivo común. Esta es la sensación que tenemos cuando a partir de los textos de los viajeros imaginamos a las mujeres españolas que observan a los disciplinantes en la procesión de Semana Santa, o en las corridas de toros, donde disfrutaban de un espectáculo de sangre y sufrimiento.

Sangre y sufrimiento como ofrenda a unas damas por la que disciplinantes o toreros estaban dispuestos a dar su vida. En ambos casos, el motivo central para la celebración era el mismo. En ambos casos se propicia un espectáculo en el que las mujeres fijan su mirada en la sangre y el dolor sin ningún tipo de pudor o aprensión.

También Fleuriot de Langle se ve sorprendido por el contraste que se produce entre la delicadeza y la fragilidad, típicamente consideradas la esencia de la feminidad, y la violencia que se revela en los ojos de la espectadora española, cuando no sólo es capaz de asistir a ese espectáculo sangriento sino que además disfruta fijando su mirada en la bestia que sufre. Se diría que toda la pasión violenta, el fuego que la española indudablemente lleva dentro, sale al exterior a través de los ojos, como ventanas del alma:

Et des femmes, qui tremblent à la chute d'une feuille ; des femmes, à qui la piqûre d'une épine, d'une abeille, d'un moucheron, arrache des larmes ; des femmes qui s'évanouissent à l'odeur d'un bouquet, qui jettent des cris à la vue d'un éclair, d'une chenille, d'une souris, d'une sauterelle, assistent à ces combats, fixent les yeux sur une bête qui souffre, sur une bête qui saigne, sur une bête expirante, paraissent compter ses plaies, ses cris, ses crins, ses gouttes de sang et regretter quand elle expire, qu'elle ne se débâte et ne souffre plus ! [p. 26]

Este fuerte contraste que proviene de la combinación explosiva de lo débil y lo fuerte, lo ingenuo y lo malvado, lo sensible y lo despiadado, conforma una naturaleza femenina bipolar que es distinta, extraña, y por ello atrayente.

Las imágenes ígneas de la mirada de la española atraviesan incluso los límites de un cuadro; así, Madame d'Aulnoy observa asombrada la fuerza y la pasión que transmite la mirada de la princesa de Eboli, retratada en un cuadro que contempla en Buitrago: “ses yeux sont si vifs & remplis d'esprit, qu'il semble qu'elle va vous parler” [II, p. 80]. El retrato de la mirada de la española es fiel reflejo de la realidad que afirman haber visto los viajeros, testigos y víctimas del hechizo sensual que proviene de sus ojos.

Otro tipo de pasión, la que se expresa en los transportes místicos, es la que Fleuriot de Langle describe a través de la mirada encendida de Santa Teresa, que también traspasa la representación que el autor contempla en el monasterio de los Franciscanos. Es una mirada que busca a su amado, implorando un amor que es sufrimiento, con los ojos llenos de lágrimas que no bastan para apagar el fuego que los inunda:

À droite, en entrant aux Cordeliers, sainte Thérèse évanouie dans les transports de la jouissance céleste ; ses boucles, ses tresses, sa ceinture, son voile, son bandeau flottent en désordre, et ses yeux à fleur de tête,

étincelants de feu, brûlants d'amour, humides de larmes, semblent chercher dans le ciel son Dieu, son époux, son amant. [p. 18]

3.1.2. El cabello

Como prolongación de este bello rostro de mujer en el que unos ojos negros y profundos focalizan toda la atención y concentran en sí mismos la belleza femenina, el cabello de la española es oscuro. Del castaño al negro azabache, el cabello representa un marco propicio para el desarrollo de la imagen de la mujer nocturna.

En la simbología de la cabellera femenina el pelo negro puede llegar a ser siniestro, por su conexión con la oscuridad, la noche, la muerte; pero no lo es necesariamente. Es cierto que tradicionalmente se había preferido a la belleza rubia de piel blanca, como las princesas españolas de la literatura medieval, más que a la mujer de piel más oscura y pelo negro. Pero la española del XVIII es morena y será sobre todo en el XIX cuando se pondrá de moda el pelo negro en la representación artística de la mujer en general. Entre las españolas, si existe alguna rubia es un caso digno de comentario, como constata Madame d'Aulnoy en la persona de una de las dos hijas del marqués de Carpio: "l'une est blonde, ce qui est assez rare en ce País-icy : & l'autre a les cheveux noirs comme du geais" [II, p. 9]. La rareza del pelo rubio unida a un tipo de mujer luminosa o diurna, de tez blanca y de talla gruesa, como era esta doña Mariquita, era algo que en España causaba admiración, ya que se trataba de tres cualidades raras entre las españolas.

La oscuridad de la cabellera de la mujer española es una imagen que se repite de un relato a otro; si exceptuamos el cabello de color castaño claro de la joven campesina virgen de Peyron, en la representación de la española el pelo siempre es negro como el

ébano, ya se trate de una dama de alcurnia, ya de una mujer de la calle.

El primer caso es el de doña Leonor de Toledo, que recibe a Madame d'Aulnoy en sus aposentos, en un tranquilo desarreglo, mostrando su cabeza descubierta y unos cabellos recogidos en tres trenzas: "elle n'avoit rien sur la tête ; ses cheveux, qui sont noirs & lustrez, étoient separez des deux côtez, & faisoient deux grosses Nates qui se ratachoient par derriere a une troisieme" [II, p. 46]. Pero también las prostitutas de Madrid tienen los cabellos negros, según escribe Fleuriot.

La cabellera negra y suelta de la duquesa de Alba en el célebre retrato de Goya (figura 2) está muy lejos de representar lo siniestro. La duquesa luce una cabellera abundante y rizada que se desliza casi hasta la cintura y cae por sus hombros, con un coqueto lazo rojo rotundo, a juego con el de su vestido y el del pequeño perro que está a sus pies según la moda importada de Francia, que rompe con el negro azabache y lanza un guiño seductor al espectador.

Contribuyendo a crear el aspecto grave y serio de la española de principios de siglo, el cabello rara vez se representa suelto, sino que aparece casi siempre recogido, peinado con una raya al medio y trenzado, si no oculto por medio de un pañuelo, mantilla o redecilla, como la joven campesina de Peyron. Así lo observa Labat en su descripción de las españolas: "Elles ont toujours la tête nuë, leurs cheveux partagés sur le côté sont liés, & pendent par derriere, & sont couverts de dentelles" [p. 244].

Teniendo en cuenta la relación simbólica existente entre la abundancia de pelo y la potencia sexual, la exhibición de una cabellera suelta adquiere connotaciones eróticas, "por eso en los



Figura 2. *María del Pilar Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo, decimotercera duquesa de Alba*. Óleo sobre tela de Francisco de Goya (1795). Casa de Alba.

ritos del amor se exige su libertad”¹⁹². El cabello como arma de seducción femenina se convierte así en un signo de la disponibilidad de la mujer. Por ello, debido a la provocación sensual que lleva implícita la cabellera femenina, la tradición cristiana impide que las mujeres entren en un templo con la cabeza descubierta.

El pelo de la española, trenzado de forma estricta y esmerada, está retenido, privado de libertad. De este modo queda desprovisto de las sugerencias eróticas de la cabellera suelta, por lo que en una sociedad como la española del siglo XVIII, marcada por la tradición católica que pretendía relegar a la mujer al hogar en su papel de esposa fiel y madre, una mujer decente llevaba los cabellos recogidos:

[...] es indiscutible que una exuberante mata de pelo posee una dimensión sexual puesta suficientemente de relieve por los estudiosos que han investigado sobre el tema en las áreas de la sexología y del psicoanálisis. Ello ilustra el porqué en las religiones haya sido una constante la prohibición de que la mujer mostrara sus cabellos”¹⁹³.

No obstante, en ocasiones el pelo suelto de manera descuidada, sin peinar, tiene en la tradición católica otras connotaciones: pensemos en los ermitaños o en María Magdalena. Aunque en este último caso la melena suelta recuerda su condición de antigua prostituta, en los dos casos implica un abandono total de toda vanidad humana que permite un acercamiento a Dios, un olvido del propio cuerpo en favor de la comunión con la divinidad.

¹⁹² Véase el interesante estudio sobre la representación de la cabellera femenina en la literatura y en el arte en general de Bornay, Erika, *La cabellera femenina*, Madrid, Cátedra, 1994. Sobre la cabellera suelta o trenzada, pp. 153-154.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 56.

Siguiendo con este carácter simbólico de la cabellera suelta en la tradición cristiana, las españolas de Fleuriot dejan su pelo suelto en la Semana Santa: “tout le monde pleure, tout le monde est triste ; les femmes sortent à pied, sans rouge, sans mouches, sans parure, sans panaches, sans tresses” [p. 23].

Pero en general, como rasgo de penitencia cristiana los cabellos femeninos se ocultan o se cortan; por ello el traje que adoptaban las viudas españolas de la época ocultaba el pelo de las mujeres, que se acercaban así a la representación de la mujer sin aspiraciones sexuales, de la monja. Así describe Madame d’Aulnoy la impresión que le produce una mujer con traje de viuda:

Elle portoit sur la tête un morceau de Mousseline qui luy entouroit le visage ; & l’on auroit crû que c’étoit une guimpe de Religieuse [...] Il ne luy paroissoit aucuns cheveux ; ils étoient tous cachez sous cette Mousseline. [I, pp. 247-248]

La tradición del luto más estricto entre las mujeres que enviudaban, que se convertían en una especie de monjas o beatas, se aplicaba hasta a la Reina de España. Con ocasión de la visita de Madame d’Aulnoy a la Reina madre, la autora comenta esta triste tradición que además incluye el corte del cabello como signo de dolor por el marido desaparecido. Al igual que las monjas, la reina no deja ver ni uno solo de sus cabellos.

No obstante, con el paso del tiempo el hecho de ocultar los cabellos parece ir perdiendo esta connotación de penitencia para incorporarse a la moda de andar tapada con mantilla, moda que permite desarrollar otras intenciones mucho menos tristes con la ayuda del disfraz que fomenta el equívoco. De este modo interpreta el autor del *État politique, historique et moral...* la costumbre de cubrirse la cara y el cabello:

L'habillement dans lequel toutes les femmes sortent est [...] les cheveux enfermés dans un réseau et le visage caché d'un voile blanc qu'on nomme *Mantilla*. Sous cet habit les Femmes ont la plus grande liberté, et s'en servent beaucoup. [p. 480]

La evolución de las costumbres lleva consigo una transformación de la moda femenina, también en cuanto al cabello. Si bien la moda de la mantilla se mantuvo durante todo el siglo, como vestimenta utilizada generalmente por todas las mujeres en la calle, la influencia de los nuevos peinados que hacen furor en Francia se hace notar con más fuerza cuanto más nos acercamos a final de siglo.

3.1.3. *La piel y el cuerpo*

La tez de la española es morena; no podría ser de otra manera, en un país de sol abrasador. En su exhibición de una belleza que es natural, Bourgoing afirma que la española no necesita de artificios para simular la blancura, ya que posee muchas otras cualidades que compensan el color oscuro de su piel:

Le teint d'une Espagnole ne se pare jamais d'un éclat emprunté. L'art ne supplée point au coloris que lui a refusé la nature en la soumettant à l'influence d'une zone brûlante. Mais par combien d'agrémens elle est dédommée d'un peu de pâleur ! L'amour a été pour elle trop avare de ces trésors d'albâtre qui sont ses plus charmants hochets ; mais combien d'autres lui a prodigués ! [II, p. 309]

En su retrato idealizado, Peyron destacaba el hermoso rostro de la joven campesina. Ya sabemos la importancia de la piel blanca como marca de la mujer aristocrática. No obstante los viajeros coinciden en gran medida en la descripción de la española como una mujer de cutis moreno, que por otra parte suele carecer de

imperfecciones. El rostro de las españolas es según Madame d'Aulnoy de rasgos delicados y regulares, ya que raramente está marcado por la viruela¹⁹⁴, como también observa Peyron: “La viruela hace, sin duda, aquí, muchos menos desastres que en Francia; es raro ver a una mujer con sus huellas” [p. 879].

Pocos datos ofrecen los viajeros sobre el cuerpo de la española, y cuando esto ocurre acostumbran a ser contradictorios. Si Madame d'Aulnoy destacaba su delgadez extrema y su pequeño tamaño, su obsesión por no dejar crecer los pechos por ser signo de poca hermosura, que les hace fajarlos con láminas de plomo: “Lorsque le Sein commence à paroître, elles mettent dessus de petites plaques de plomb, & se bandent comme les Enfants qu'on emmaillote” [II, p. 244], para el autor del *État politique, historique et moral...* “les Femmes Espagnoles sont assez belles et presque toutes grandes et bien faites” [p. 480]. Peyron afirmará que las mujeres de la Mancha son “altas” y “esbeltas” [p. 823] mientras las mira bailar seguidillas.

En definitiva, no parece que el tamaño de las españolas sea un rasgo destacable para los franceses; podemos concluir que esto es debido a que con toda certeza no hay grandes diferencias con las mujeres francesas. Las referencias al cuerpo de la española las encontramos únicamente cuando están en movimiento, cuando bailan, como veremos. En esos precisos momentos la flexibilidad y la gracia de la española salen al exterior y levantan pasiones entre los viajeros, de acuerdo con el punto de vista de Bourgoing: “Où trouve-t-on des tailles plus sveltes que la sienne, plus de souplesse

¹⁹⁴ Ya sabemos la importancia que irá adquiriendo este tema a lo largo del siglo XVIII, que comentaremos más adelante en este estudio. Véase Darmon, Pierre, *La variole des nobles et les princes. La petite vérole mortelle sous Louis XV*, Bruxelles, ed. Complexe, 1989.

dans les mouvemens, plus de finesse dans les traits, plus de légèreté dans la démarche ?” [II, p. 309]

3.1.4. *Los pies*

Uno de los rasgos físicos de la mujer española que más sorprenden al viajero francés es el tamaño de sus pies, casi infantil según relatan, además de las grandes precauciones que toma para evitar que se vean. El motivo de este cuidado es que existía una asimilación del pie al ofrecimiento sexual; si una mujer dejaba ver sus pies a un caballero, este interpretaba que la dama en cuestión se mostraba disponible.

De este modo, el pie de la mujer española se carga de un fuerte contenido erótico, focalizando la atracción sexual. En la simbología del erotismo, el pie es una de las partes del cuerpo que posee más connotaciones eróticas¹⁹⁵. Para algunos esta carga erótica centrada en el pie provoca conductas fetichistas hacia los pies y también hacia los zapatos, que se convierten en potentes excitantes de la sexualidad.

Le pied apparaît, sinon comme le foyer essentiel, du moins comme l'un des pôles de l'attraction sexuelle. Le pied est un symbole érotique, de puissance très inégale, mais particulièrement forte aux deux extrêmes de la société, chez les primitifs et chez les raffinés.¹⁹⁶

¹⁹⁵ La sensualidad del pie no es propia del siglo XIX, como se ha dicho, sino que proviene de mucho antes. En Francia se va marcando poco a poco en las novelas del siglo XVIII hasta llegar a Restif de la Bretonne quien llega a escribir *Le pied de Fanchette ou le Soullier couleur de rose* (1768), su primer éxito.

¹⁹⁶ Chevalier, Jean et Gheerbrant, Alain, *Dictionnaire des symboles*, (1969); édition revue et corrigée, París, Éditions Robert Laffont, 1982, p. 750.

El pie de la española, con toda la fuerza de atracción sexual que posee, es sin embargo diminuto, tan pequeño que parece el pie de un niño. Un pie pequeño se considera tradicionalmente más bello que uno grande, sobre todo en una mujer, constituyendo además un signo de refinamiento. Madame d'Aulnoy los encuentra bonitos por su pequeñez: “Il faut convenir aussi, que rien n'est plus joly en son espece ; & je vous l'ai déjà dit ; elles ont les pieds si petits, que leurs Souliers sont comme ceux de nos Poupées” [II, p. 240]. De los pies de doña Teresa de Figueroa, mujer casada de diecisiete años, le sorprende especialmente el tamaño, ya que le parecen similares a los de un niño de seis años:

[...] elle aimeroit mieux avoir perdu la vie qu'ils eussent vû ses pieds
 [...] c'est quelque chose de rare poue la petitesse, & j'ay bien vû des
 Enfans de six ans quis les avoient aussi grands. [II, p. 190]

Coincide Labat en esta observación, y cuenta cómo un día en casa de la señora de la Rosa tiene la ocasión de ver un zapato de esta señora, que coge para satisfacer su curiosidad, ya que los encuentra muy pequeños y hechos de una manera peculiar. Para evitar escandalizar a una doncella que lo sorprende con el zapato en la mano, la señora de la Rosa le pide que finja creer que es el de su hija, evitando de este modo la posible sospecha de la criada de entendimiento entre ambos:

A propos de pied. Je trouvai un jour une paire de souliers neufs qu'on venoit d'apporter pour Madame de la Rosa [...] Ils me parurent faits d'une maniere si particuliere que la curiosité l'emportant sur la bienséance, j'en pris un pour le considerer de plus près, ne pouvant m'imaginer qu'ils fussent pour cette Dame, tant ils me paroisoient petits, ni aussi qu'ils fussent pour quelques-uns de ses enfans, qui étoient encore trop jeunes [...] il me paroisoit impossible que les

souliers que j'avois vûs, fussent ceux d'une femme qui avoit deja eu trois ou quatre enfans. Il est vrai qu'ils estoient de maroquin, & découpés de tous côtés en mainere de lozanges, & que par conséquent ils pouvoient prêter, & s'étendre davantage que ne font ou peuvent faire des souliers de cuir plein. [pp. 247-248]

Al parecer la moda de los zapatos se adapta a esta pretensión de tener el pie más pequeño posible. Labat añade que “les Espagnols ont certaines regles de proportion par rapport aux pieds qui sont aussi ridicules qu'il serait messeant à moi de les rapporter” ¿A qué se refiere? Años más tarde, Peyron hará referencia a esas mismas reglas de proporción:

Las reglas de proporción que los hombres han imaginado con respecto al pie en las mujeres son más variables en España que en otras partes, atendida la naturaleza, el calor del clima y la procacidad de las españolas; pero todas esas relaciones son sutilezas que no existen más que en muy pocos cerebros en España, como en todas partes. [p. 879]

La clave parece estar en el criterio de la procacidad de la mujer que influye en el tamaño del pie; a mayor procacidad, mayor tamaño del pie. Peyron razona partiendo de la base de la variedad natural en el tamaño de los pies, y encuentra esas reglas de proporción sin fundamento. Se trataría tan sólo de una superstición, de una creencia que no se basa en la razón ni en la experimentación, por tanto sin ningún valor dentro de una lógica cartesiana.

Pero lo importante es el significado de ese pie; una mujer decente intentará impedir por todos los medios la exhibición de sus pies, por lo que la moda también aquí se ha adaptado en el corte de las faldas. Es preferible andar pisándolas que dejar entrever un pie, según Madame d'Aulnoy:

Ces Juppes sont si longues par devant, & par les côtez, qu'elles traînent beaucoup, & elles ne traînent jamais par derriere. Elles les portent à fleur de terre ; mais elles veulent marcher dessus, afin qu'n ne puisse voir leurs pieds, qui est la partie de leur corps qu'elles cachent le plus soigneusement. J'ay entendu dire, qu'après qu'une Dame a eu toutes les complaisances possibles pour un Cavalier, c'est en luy montrant son pied, qu'elle luy confirme sa tendresse ; & c'est ce qu'on appelle ici la derniere faveur. [II, pp. 239-240]

Por ello cuando doña Teresa de Figueroa se levanta por la mañana, con Madame d'Aulnoy como testigo, manda echar los cerrojos de su habitación antes de calzarse, ya que dice que prefiere morirse antes de que algún caballero de los que andan de visita por la casa le vea los pies. Esta costumbre hace reír a nuestra viajera, que no conocía la costumbre, tan extraña para una francesa. Ya antes se había fijado en unos bonitos cubrepies bordados de oro y seda que la dama tenía en su cama; un bello envoltorio para un preciado tesoro.

Enseñar el pie equivale a ofrecerse al que lo mira, y por ello cualquier esfuerzo es poco para ocultarlo; dejarlo ver por un descuido sería interpretado como una indecencia, una provocación. Labat deplora esta costumbre, y se lamenta de que debido al mal estado de las calles, llenas de barro y suciedad, lo único que consiguen estas mujeres es ensuciarse la ropa; ¿o es que tal vez hubiera preferido poder ver algo bajo las faldas?

Les femmes qui vont à pied dans les ruës, ne levent jamais leurs juppes, ni leur garde pied, quelque bouë qu'il y ait. Il est plus décent qu'elles ramassent un pied de bouë, & d'ordures, que de laisser paroître le bout du pied. Car une femme qui fait voir son pied à un homme, lui déclare par là qu'elle est prête de lui accorder les dernieres faveurs. [pp. 245-246]

Parece que la costumbre se extendía también al clero, puesto que sus compañeros de orden gaditanos le recriminan que se levante la sotana para evitar pisar los charcos, con lo que enseña indecentemente sus pies. Pero todo esto no deja de ser una moda, que va a ir desapareciendo a medida que el siglo avanza.

Peyron comenta esta costumbre como ya pasada de moda, y atribuye la largura de la falda de la española a su decencia, más que a su coquetería, en consonancia con el discurso a favor de la mujer que caracteriza todo su relato:

Todo lo que los viajeros cuentan del cuidado extremo que las mujeres españolas ponen en ocultar sus pies ha pasado de moda, y una mujer que os enseña sus pies no siempre está dispuesta, como ellas dicen, a concederos sus favores. La largura de su falda es menos un efecto de coquetería que de decencia; y esos repliegues de que habla el padre Labat que llevan hacia la mitad de la falda para alargarla en caso necesario ya no existen. Una española os da raras veces su mano a tocar y a besar. [p. 879]

Los pies habrían perdido así toda su carga erótica, y mostrar el pie ya no equivale a ofrecerse sexualmente; en las representaciones de la mujer, los pies se mostrarán o no dependiendo tan sólo de la moda del momento.

3.2. Artificios de belleza: el maquillaje y el peinado, el vestido y los complementos

3.2.1. El maquillaje

Ya hemos visto cómo el cutis oscuro de la española no utilizaba a ojos de Bourgoing ninguna estrategia para parecer más

blanco: “Elle doit peu aux secours de la toilette” [II, p. 309], afirmaba. No es el maquillaje de la española un aspecto que los viajeros destaquen en sus relatos, ya sea por su ausencia, ya por no representar un rasgo digno de su atención; afortunadamente la mirada femenina de Madame d’Aulnoy nos da el contrapunto con sus observación cercana de la mujer española. Espectadora privilegiada, accede al tocador de las damas y da debida cuenta de los artificios que emplean para parecer más bellas.

La española de la época del viaje de Madame d’Aulnoy utiliza el colorete sin medida: tanto, que el color de la piel de las mujeres de Vitoria, desde debajo de los ojos, pasando por el mentón y los hombros hasta las manos, se transforma en un rojo brillante. “Je n’ay jamais vu d’Ecrevisses cuites d’une plus belle couleur” [II, p. 88], comenta la escritora de manera burlona. Cuestión de gusto o más bien de moda, no sólo las mujeres de provincia lo usan, ya que en casa de doña Teresa de Figueroa es testigo del *lever* de esta dama que comienza su momento matutino dedicado al tocador embadurnándose de colorete:

Dés qu’elle fus levée, elle prit une Tasse pleine de Rouge avec un gros Pinceau, & elle s’en mit non seulement aux jouës, au menton, sous le nez, au dessus des sourcils, & au bout des oreilles ; mais elle s’en barbouilla aussi le dedans des mains, les doigts & les epaules. Elle me dit que l’on en mettoit tous les soirs en se couchant, & le matin en se levant. [II, pp. 190-191]

Es curioso que la moda del colorete se aplicaba incluso a las estatuas, en un alarde de sofisticación, tal y como se exhibían los bustos femeninos del Palacio Real en la época: “Ce que j’y ai trouvé d’assez singulier, c’est que les Statuës des femmes ont du rouge aux jouës et aux épaules” [III, p. 375]. Este abuso del maquillaje de

aspecto artificial, ya que no se trata de imitar a la naturaleza sino de incorporar signos que proceden evidentemente de la cosmética, remite a la ociosidad de las damas de alcurnia, que exhiben tranquilamente sus rasgos fingidos por medio de recursos cosméticos nunca negados. Al contrario, la utilización de estos artificios es una muestra de su clase, aunque paradójicamente evoca al mismo tiempo el engaño, la falsedad de mostrarse como lo que no se es, la prioridad dada al parecer frente al ser.

La representación de la mujer en el Siglo de Oro mostraba rostros muy maquillados, con los labios rojos, pómulos marcados, cejas depiladas, como marcando las diferencias con el otro sexo. En Francia, el siglo XVIII explota el poder del maquillaje como *trompe-l'œil*¹⁹⁷, como recurso de seducción divertido e imaginativo que expresa la pertenencia a una clase, y una condición y una conducta particulares que se exhiben en público. El cutis muy blanco, las mejillas encendidas, las *mouches*, las venas pintadas de azul para fingir palidez, cualquier artificio es poco para lograr la imagen deseada.

A pesar de que la moda francesa dejará pronto su huella en la española, no parece que la mujer española adopte esta moda del maquillaje tan sofisticado, al menos hasta el último cuarto de siglo, en el que algunos de estos rasgos cosméticos se importarán del país vecino. Pero en general, la representación de la mujer española tiende más a la naturalidad, a la exhibición de una tez sana y sin imperfecciones con un simple toque de colorete en los pómulos,

¹⁹⁷ Sobre las diferentes transformaciones del rostro y el cabello femeninos en Francia a lo largo del siglo XVIII, y la evolución de la imagen de la mujer según la moda, véase el capítulo II “La vérité des masques” en Perrot, Philippe, *Le travail des apparences. Le corps féminin, XVIII^e-XIX^e siècle, op. cit.*, pp. 33-60.



Figura 3. *Isabel de Porcel*. Óleo sobre tela de Francisco de Goya (1805). Londres, National Gallery.

más cerca de las descripciones de Peyron y Bourgoing que de la española de Madame d'Aulnoy.

En el retrato que Goya hace a Isabel de Porcel (figura 3), el rostro de la dama parece libre de imperfecciones, sin apenas maquillaje, tan sólo un ligero rubor que podría provenir de un toque de colorete. La imagen de esta española es la de una mujer sencilla, carente de sofisticación incluso en el vestir, sin joyas, con el pelo recogido dejando caer descuidadamente unos mechones sobre la frente. Una mantilla negra sujeta de modo gracioso en lo alto de la cabeza cae por sus hombros hasta los puños de su jubón de color anaranjado, atavío que la viste y le da un aspecto serio pero a la vez coqueto.

El abuso del colorete que observa Madame d'Aulnoy, así como otros detalles de su aseo personal que tiene la oportunidad de ver con sus propios ojos, hacen que la española no parezca muy limpia. La posible falta de higiene se expresa en el pobre tocador de las damas más ricas, como el de la marquesa de Alcañices, a pesar de ser “une des plus propres & des plus riches”:

cette Toilette [...] consistoit en un morceau de Toile des Indes, un Miroir de la grandeur de la main, deux Peignes avec une Pelote, & dans une Tasse de Porcelaine, du Blanc d'œuf battu avec du sucre Candy. Je demanday à une de ses Femmes ce qu'elle en faisoit : Elle me dit que c'étoit pour se décrasser, & se rendre le visage luisant. J'en ay vû qui avoient le front si lustré, que cela surprenait. L'on diroit qu'elles ont un Vernis passé sur le visage, & la peau en est tenduë & tirée d'une telle maniere, que je ne doute pas qu'elle ne leur fasse mal. [II, p. 263]

Así la española recurre a la cosmética para mostrar un cutis liso y brillante, como el uso de mascarillas cutáneas caseras

fabricadas con ingredientes naturales, que consiguen tensar tanto la piel que a la escritora le parece exagerado. Remedios caseros poco higiénicos que sin embargo se han utilizado desde la antigüedad y aun hoy se siguen utilizando. Aunque la manera de perfumarse las españolas de la época, a la que asiste una asombrada Madame d'Aulnoy, supera sin duda sus expectativas en cuanto a trucos cosméticos caracterizados por la falta de higiene:

Une de ses Femmes la parfuma depuis la tête jusqu'aux pieds, avec d'excellente Pastille, dont elle faisoit aller la fumée sur elle ; un autre la *roussia*, c'est le terme ; & cela veut dire, qu'elle prit de l'eau de Fleur d'Orange dans la bouche, & qu'en serrant les dents, elle la jettoit sur elle comme une pluye [...] je trouverois bien désagréable qu'une vieille telle qu'étoit celle que je vis là, vint me jeter au nez l'eau qu'elle auroit dans la bouche. [II, pp. 191-192]

Así esparcido, el perfume, arma invisible de seducción, parece perder su encanto y su poder de embrujo; aunque afortunadamente los caballeros no tenían acceso a estas exhibiciones toscas tan alejadas del refinamiento que se pretendía mostrar una vez en la calle. Los agradables aromas que Fleuriot percibía en las noches de Madrid escondían a veces efluvios procedentes de menos agradables envases.

3.2.2. *El peinado*

El pelo de la española es negro y muy brillante, “bien qu'il y ait quelque apparence qu'elles se peignent long-temps avec le même Peigne” [VIII, p. 262], siguiendo con la crítica de la observadora Madame d'Aulnoy. Ya hemos visto que en general solía llevarse recogido, trenzado o cubierto, y era necesario peinarlo de manera que quedara bien estirado y liso. La tarea del peinado de las damas

de alcurnia era encomendada a criadas, que ejercían su papel de peluqueras con métodos poco profesionales y de nuevo poco higiénicos:

[...] la Reine avoit été bien plue émuë de l'incivilité de la *Camarera mayor*, qui voyant quelques-uns de ses cheveux mal arrangez sur son front, avoit craché dans ses mains pour les unir ; sur quoy la Reine lui avoit arrêté le bras [...] Il n'est pas ordinaire ici de se mouïller la teste pour se polir et s'unir les cheveux. La premiere fois que je me suis coëffé à l'Espagnole, une des femmes de ma Parente entreprit ce beau cef-d'œuvre : elle fut trois heures à me tirer la teste, et voyant que mes cheveux estoient toûjours naturellement frisez, sans m'en rien dire elle trempa deux grosses éponges dans un bassin plein d'eau, et elle me baptisa si bien que j'en fus enrhûmée plus d'un mois. [III, p. 553]

A la española le gusta llevar todo tipo de joyas y complementos en general, hasta caer en la exageración. En el cabello, se adornaban con alfileres decorados con piedras brillantes. Según cuenta Madame d'Aulnoy, a veces utilizaban trenzas postizas, y las adornaban con lazos o perlas. Algunas llevaban plumas de colores ladeadas sobre la cabeza, moda que aprecia la escritora porque hace a las mujeres más bonitas, pero nunca llevaban sombrero.

En cuanto a la depilación de las cejas, se dejaban bastante finas, y a finales del XVII aún persistía una moda de peinarse poniendo en medio de la frente el pelo para que pareciese que las cejas estaban juntas. Los retratos de españolas del XVIII muestran unas cejas no tan finas y sobre todo bien arqueadas, enmarcando la expresión de la mirada.

Volviendo al cabello, de nuevo la moda va a influir desde Francia, donde el peinado alcanza en el siglo XVIII grados de



Figura 4. *María de las Nieves Michaela Fourdinier*. Óleo sobre cobre. 37 x 28 cm. Fdo.: (en griego): “Luis Paret a su esposa queridísima queriendo pintar en color lo hizo en el año 1.78...”. Hacia 1782-1785. Madrid. Museo del Prado.

sofisticación inauditos y algunos peluqueros se consideran tan importantes como auténticos artistas, disputados por la clientela para los que se han vuelto imprescindibles. Los complejos peinados empolvados de las mujeres de alcurnia rivalizan en imaginación y en altura, hasta crearles problemas para trasladarse en las carrozas cuyos techos se han quedado demasiado bajos¹⁹⁸.

En España, los peinados de las mujeres se van haciendo más sofisticados, y los retratos nos muestran mujeres que ya no se peinan “de criada”, sino que buscan la ayuda de un peluquero que las peine *a la francesa*, como signo de distinción. Así, a medida que avanza el siglo los recogidos se hacen más altos y complicados y se siguen utilizando complementos como flores, plumas, telas o pequeños sombreros que decoran la obra de arte del peinado.

De este modo en el retrato de María de las Nieves Micaela Fourdinier (figura 4), esposa del pintor Luis Paret, el peinado se ha elevado siguiendo claramente la moda francesa, con unos bucles que caen junto a la oreja izquierda, el llamado *confident* francés. La dama completa su complejo peinado con un adorno de flores y lo que parece un pequeño sombrero en la parte delantera de la cabeza, con un pequeño velo o tul que le cae ligeramente por detrás. La indumentaria sigue también el gusto francés.

De esta nueva costumbre se hace eco Sempere y Guarinos en 1788, escandalizado por el gasto que conllevan estas nuevas modas: “Hasta de unos treinta o quarenta años a esta parte [...] sobre todo, no havia peluqueros, ni modistas: y lo que llaman *cabos*

¹⁹⁸ Perrot, Philippe, *Le travail des apparences. Le corps féminin, XVIII^e-XIX^e siècle*, *op. cit.*, p. 54.

estaba reducido a ciertos adornos compuestos por artesanos del país”¹⁹⁹.

Acostumbrados como debían estar los viajeros franceses a la moda de las mujeres francesas, mucho más sofisticada, no parece llamarles la atención el peinado de la española. Más bien se detienen en los aspectos que son diferentes; precisamente en las mujeres que lucen simples recogidos, en la simplicidad y la naturalidad con que la española exhibe su pelo negro.

3.2.3. *El vestido*

Llama mucho la atención de los viajeros la vestimenta de las españolas, tan distinta de la moda francesa de la época. Los trajes de los españoles estaban regulados por las leyes suntuarias, que velaban por la decencia de la vestimenta, su adecuación a la clase social del que la llevaba y el control de los excesos en el lujo de su confección. Así, por la Pragmática de noviembre de 1725 se regulaba el traje nacional y se dejaba en manos del clero la vigilancia de los excesos en la vestimenta de las mujeres:

Se ruega, y encarga a los Obispos, y Prelados, que con zelo, y discreción, procuren corregir los excesos de las modas escandalosas en los trages de las mugeres, recurriendo, en caso necesario, al Consejo, al qual se manda, que les dé todo el auxilio conveniente.²⁰⁰

Una descripción exhaustiva del vestido de las damas españolas de finales del XVII nos la ofrece Madame d’Aulnoy. Pasados de moda los enormes guardainfantes que ya sólo se usan

¹⁹⁹ Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, *op. cit.*, p. 177.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 153.

para ir a ver a la Reina, las españolas siguen llevando sacristanes, que son como verdugados, armazones metálicos sobre los que se coloca la falda larga hasta cubrir los pies, de tafetán negro o de pelo de cabra gris, que tiene “un grand troussi un peu plus haut que le genoüil, autour de la Juppe” [II, p. 239]. Este pliegue que también observa Labat en el guardapiés, que es el nombre de esa falda, parece servir para alargarla cuando se va gastando, pero según Madame d’Aulnoy sólo se lleva para seguir la moda, no por ahorro.

Entr’autres jupes dont elles sont chargées, car elles en ont sept ou huit, & souvent davantage, il y en a une qui est essentielle, & sans laquelle une femme n’oseroit se laisser voir, elles l’appellent un garde pieds ; c’est celle de dessus ; elle est toûjours trop longue de quatre à cinq pouces avec un remplis de trois ou quatre doigts dans le milieu de sa hauteur afin de pouvoir l’allonger quand le bord est usé.

[...] Ce troussis pourrait faire croire que les femmes Espagnoles sont fort œconomies ; elles ne sont pourtant rien moins que cela, la coûtume seule a conservé cette mode, qui vient apparemment des premiers tems où les femmes des Patriarches Cadisiens étoient aussi bonnes ménageres que Sara, Rebecca & Rachel, mais ce tems est passé. [pp. 244-245]

En efecto, el guardapiés es la falda que va por encima de todas, porque la española podía llevar, según Madame d’Aulnoy, hasta doce faldas o *refajos* (sólo seis o siete en verano) por debajo, todas de ricas telas y adornadas con encajes. Pero sólo se ve el guardapiés, de color negro u otro color oscuro. En la época del viaje de Peyron esta prenda y sobre todo los pliegues a media altura parecen estar ya en desuso: “La largura de su falda es menos un efecto de coquetería que de decencia; y esos repliegues de que habla el padre Labat que llevan hacia la mitad de la falda para alargarla en caso necesario ya no existen” [p. 879].

Siguiendo con la descripción de Madame d'Aulnoy, las mangas eran largas y estrechas, con puños de encaje, de colores vivos al igual que el corpiño, que también se confeccionaba con telas de oro y plata. El conjunto debía ser muy pesado y caluroso, y bastante incómodo. Además se acompañaba de toda clase de cinturones con medallas y relicarios, y el cordón de alguna orden religiosa.

El cuadro de Manuel de la Cruz *La feria de Madrid en la plaza de la Cebada* (figura 5) representa una animada escena de mercado en la que podemos contemplar un auténtico catálogo de la indumentaria de los diferentes estratos sociales. Entre los puestos del mercado llama la atención uno con un banderín que anuncia: *escofietas finas de París*. La expresión designaba un complicado tocado en el que aparecían adornos como encajes, flores, lazos, cintas y plumas.



Figura 5. *La feria de Madrid en la plaza de la Cebada*. Óleo sobre lienzo de Manuel de la Cruz Cano Olmedilla. Museo Nacional del Prado. Madrid.

A la derecha, unas mujeres que parecen vendedoras están sentadas en el suelo, con el pelo retenido por un pañuelo. Las damas de alcurnia llevan guardainfantes para la ocasión, lucen peinados sofisticados y adornos con encajes y lazos. A la izquierda, delante de la carroza, una mujer con corpiño rojo muestra el traje de calle, con guardapiés negro y una mantilla blanca retirada del rostro y cayendo sobre los hombros. Todas ellas llevan las faldas largas sin dejar ver los pies, casi arrastrándolas, incluso una niña que se muestra de espaldas.

En cuanto a la ropa interior, las españolas preferían tener una prenda fina, de calidad, a muchas gruesas, por lo que según Madame d'Aulnoy eran capaces de “rester au lit pendant qu'on la blanchit, ou s'habiller quelquefois à crû, ce qui arrive souvent” [II, p. 245].

La escritora tiene la ocasión de comprobar cómo se siente una española dentro del traje de gala, el que debe ponerse para ir al Palacio real, llevando además un guardainfante del tamaño de los que se llevaban a principios del XVII, ya desterrados de la moda, que impedían a las mujeres sentarse. Curiosamente, los guardainfantes fueron una moda incómoda que sobreviviría largamente, a pesar de que se intentó erradicar desde las leyes suntuarias. Durante el siglo XVII, para evitar el uso de los guardainfantes y de este modo regular la cantidad de tela utilizada en la confección de los trajes de las mujeres, así como el uso de zapatos demasiado altos, se incluía en los bandos la especificación de que sólo las mujeres públicas pudieran usarlos. De esta manera se esperaba que la ley tuviera una mayor aceptación, ya que “el mejor medio era hacer obrar á la verguenza”:

Manda el Rey nuestro señor, que ninguna muger, de qualquier estado, y calidad que sea, no pueda traher, ni traiga guardainfante, ú otro

traje semejante, excepto las mugeres que, con licencia de las Justicias, públicamente son malas de sus personas, y ganan por ello, á las quales solamente se les permite el uso de los guardainfantes...”²⁰¹

Sin embargo, lejos de convencer así a las mujeres, los guardainfantes salieron triunfantes, conservándose todavía ciento cincuenta años más tarde “en las visitas de ceremonia de las Señoras mas condecoradas”²⁰². Así es como Madame d’Aulnoy puede comprobar años más tarde la incomodidad de este traje de gran tradición entre las mujeres españolas:

[...] pour la premiere fois je me mis à l’Espagnole. Je ne comprens guére d’habit plus gênant : il faut avoir les épaules si serrées, qu’elles en font mal ; on ne sçauroit lever le bras, et à peine peut-il entrer dans les manches du corps. On me mit un gardinfant d’une grandeur effroyable (car il faut en avoir chez la Reine). Je ne sçavois que devenir avec cette étrange machine. On ne peut s’asseoir, et je croy que je le porterois toute ma vie sans m’y pouvoir accoûtumer. On me coëffa à la *melene*, c’est-à-dire, les cheveux tous épars sur le cou, et nouez par le bout d’une non-pareille ; cela échauffe bien plus qu’une palatine, de sorte qu’au mois d’Aoust en Espagne, il est aisé de juger comment je passois mon tems. Mais c’est une coëffure de ceremonie, et il ne falloit manquer à rien ent telle occasion. Enfin je mis des chapins, plutôt pour me casser le cou, que pour marcher avec. [III, p. 513]

Estos chapines eran una especie de sandalias en las que se introducían los zapatos para elevar a la mujer varios centímetros; pero eran tan incómodos que apenas se podía caminar, y algunas mujeres debían apoyarse en dos personas. Ya casi no se utilizaban en

²⁰¹ Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, *op. cit.*, pp. 124-125.

²⁰² *Ibid.*, pp. 127.

el XVIII, excepto para ocasiones señaladas. Los zapatos eran en general de tafilete, muy ajustados al pie y bastante más cómodos, sin tacón según cuenta Madame d'Aulnoy durante su estancia en España, pero con el tiempo se fue adoptando la moda de llevar tacones cada vez más altos, a la moda francesa.

El grabado que muestra un *Traje de teatro a la antigua española* (figura 6) representa a la actriz valenciana María Francisca Ladvenant²⁰³ luciendo un traje de gala que recoge la tradición del traje de gala típicamente español. Consiste en un guardainfantes de gran tamaño, ricamente decorado y acompañado de un jubón de mangas estrechas y amplio escote. La actriz lleva un complicado peinado adornado con plumas de colores y gran cantidad de joyas.

No obstante, lo que más llama la atención de los viajeros franceses del XVIII es la indumentaria de las mujeres cuando van a pie por la calle, sobre todo el uso de la mantilla, que ya empezaba a ser popular a finales del XVII entre todas las clases sociales:

Elles mettent des mantilles blanches sur leur teste : ce sont des especes de capes d'une étoffe de laine, qui les couvrent. Elles les brodent de soye noire. Il n'y a que les femmes du commun et celles qui cherchent des aventures qui en portent ; mais quelquefois, comme je vous le dis, il y a des Dames de la Cour qui vont en cet équipage. [III, p. 381]

²⁰³ Esta tonadillera valenciana, conocida como “la Divina”, fue también una admirada actriz de teatro clásico, de escandalosa vida sentimental (fue amante de varios nobles y tuvo varios hijos con ellos). Murió en 1767 a los veintiséis años, víctima “del exceso de sus relajaciones” según relata Peyron (p. 749), que visitó su tumba en la iglesia de Burjassot (Valencia). Véase VV.AA., *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII. La Tonadilla Escénica*, Madrid, ed. Museo de San Isidro y Ayuntamiento de Madrid, 2003, pp.139-140.



Figura 6. *Traje de teatro a la antigua española (Retrato de María Ladvenant)*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprehenden todos los de sus Dominios... Dispuesta y Gravada por D. Juan de la Cruz Cano y Holmedilla. 1777. Museo Municipal de Madrid.

Este velo de encaje, cuya finalidad original era la de cubrir la cabeza y los cabellos femeninos en la iglesia, tenía ya entonces unas connotaciones de aventura, de coqueteo, como advertía Madame d'Aulnoy. La mantilla era un velo que se llevaba bastante largo, cayendo sobre los hombros, y que si se llevaba de la manera adecuada permitía cubrirse el rostro casi totalmente. Era normalmente de color blanco, negra en ocasiones especiales como la Semana Santa.

En el grabado *Petimetra con manto en la Semana Santa* (figura 7), la coqueta española se cubre con una mantilla negra de fino encaje que aunque le cae sobre el rostro le permite ver a través de ella. Completa su indumentaria con gran cantidad de joyas, encajes en los puños del jubón, que le llegan hasta los codos, un abanico, escapularios y un rosario, aunque su actitud en esta imagen parece menos devota que galante.

La mantilla era por tanto un disfraz que procuraba el anonimato, y con él se abrían nuevas posibilidades para las mujeres. Por ello ya Felipe II había condenado esta moda:

Todo disfraz es opuesto a la buena policía, porque solamente los malos son los que procuran no ser reconocidos. Por esto Felipe II condenó la moda de las Tapadas, no obstante que muchas Señoras querían sostenerla con pretexto de decencia, y de conveniencia.²⁰⁴

Los encuentros amorosos con el sexo opuesto eran facilitados por el disfraz que los hombres utilizaban, el *embozo*. Llevaban la capa larga y el sombrero de ala ancha que, al igual que la mantilla en el caso de las mujeres, les permitían camuflarse y les

²⁰⁴ Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, *op. cit.*, p. 165.



Figura 7. *Petimetra con manto en la Semana Santa*. Cobre, talla dulce, buril, de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprehenden todos los de sus Dominios*. 1777. Museo Municipal de Madrid.

servían de coartada en cualquier situación comprometida, ya fuera amorosa o violenta. Carlos III prohibiría esta moda en 1766, por medio de un bando en el que se prohibía expresamente el uso del embozo y el sombrero redondo que ocultaba el rostro; desde entonces, debía usarse capa corta y sombrero de tres picos²⁰⁵.

Labat describe así el traje de las mujeres gaditanas que observa por las calles:

Leur habit consiste en une grande & longue juppe noire, ou minime de soye, ou serge fine, sur laquelle elles portent une mante, qui leur couvre la tête & presque tout le corps jusqu'aux pieds, dont elles se couvrent le visage, de maniere qu'il n'en reste de découvert qu'un seul œil qui sert à les conduire. Elles appellent cette maniere d'aller par les ruës *Andar tapada*, marcher tapée, ou fermée. [p.395]

Más bien “couverte”. En efecto, la mantilla llegó a cubrir casi todo el cuerpo y se solía llevar cruzada sobre el pecho, facilitando así cubrir el rostro al máximo. No se le escapan al padre dominico las intenciones de estas mujeres; tampoco al autor del *État politique, historique et moral...*:

L'habillement des Dames est à la Française, mais maussade, sans goût et sans grace. L'habillement dans lequel toutes les femmes sortent est un Corset à l'Espagnole, une jupe de satin noir, les cheveux enfermés dans un reseau et le visage caché d'un voile blanc qu'on nomme *Mantilla*. Sous cet habit les Femmes ont la plus grande liberté, et s'en servent beaucoup. Elles ont aussi pour sortir un habillement plus décent, qui n'est que pour les Femmes de condition ; c'est une robe noire formant par en bas une Jupe avec une queue et par en haut l'effet d'un Jupou retroussé sur la tête, ou d'un habillement de

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 170.



RETRATO DE MARIA ANTONIA
Vallejo y Fernandez (alias la CARAMBA), murió
en Madrid el día 10 de Junio de 1787.

Figura 8. *Maria Antonia Vallejo y Fernández “La Caramba”*. Madera, entalladura. Anónimo. Biblioteca Nacional. Madrid.

Religieuse, avec un voile de gaze noire ou de dentelles qui leur couvre le visage, sans le cacher. [p. 480]

Esta segunda indumentaria de mujer “decente” de la que habla el autor parece ser el de viuda o beata: de color negro, con la cabeza cubierta a la manera de las religiosas, con un velo de gasa negro. Madame d’Aulnoy había dado una completa descripción del traje que llevaban las viudas de finales del XVII en su relato, al describir a la marquesa de los Ríos. Tal moda le parece infame, con sus perspectiva de francesa que no comprende una tradición tan triste para la mujer, que además le hace parecer sacada de un cuento de terror. La describe como una bruja que además, puesto que va de viaje, añade un gran sombrero de ala ancha atado a la barbilla a tan siniestro atuendo:

Elle avoit un corps d’une étoffe noire, & la juppe de même, & pardessus une maniere de Surplis de toile de Baptiste, qui lui descendoit plus bas que les genoux ; les manches étoient longues, & serrées au bras, qui tomboient jusques sur les mains. Ce surplis s’attachoit sur le Corps, & comme il n’étoit point plissé pardevant, il sembloit que c’étoit une bavette. Elle portoit sur la tête une morceau de Mousseline qui luy entouroit le visage ; & l’on auroit crû que c’étoit une guimpe de Religieuse [...] Il ne luy paroissoit aucuns cheveux ; ils étoient tous cachez sous cette Mousseline. elle portoit une grande Mante de Taffetas noir, qui la couvroit jusqu’aux pieds ; & pardessus cette Mante, elle avoit un Chapeau, dont les bords étoient fort larges ; attaché sous le menton avec des cordons de Soye [...]

Tel est l’Habit des Veuves & des Dueñas, Habit qui n’est pas supportable à mes yeux ; & si l’on rentroit la nuit une femme vêtue ainsi, je suis persuadée que l’on pourroit en avoir peur sans être trop poltron. [I, pp. 247-248]

En efecto, en la oscuridad de la noche una mujer así vestida debía procurar una visión terrorífica. Un traje parecido llevaban las beatas, a medio camino entre las viudas y las monjas, como puede observarse en la imagen que representa a la actriz *María Antonia Vallejo y Fernández “La Caramba”* (figura 8) al final de su vida, que pasó dedicada a la mortificación y la penitencia²⁰⁶. Se trata de una humilde basquiña, y un sobrio manto que le cae desde la cabeza por encima de los hombros y le llega casi hasta las rodillas. Como complemento lleva un largo rosario en la mano derecha.

La moda evoluciona, y con ella el gasto excesivo de los españoles que además prefieren comprar tejidos o artículos importados, con lo que no contribuyen al desarrollo de la industria textil o la artesanía nacionales. Los críticos se hacen eco de esta evolución suntuaria en los trajes femeninos, no sólo los religiosos, sino que la situación es considerada un grave problema político que se intentó resolver mediante la elaboración de un proyecto para la creación de un traje nacional femenino²⁰⁷.

²⁰⁶ Tonadillera que cosechó grandes éxitos, “la Caramba” (1751-1787) se caracterizó por su atrevimiento y picardía, sus atuendos y su gracia que la convirtieron en la reina de la tonadilla. En 1786 se arrepintió de su vida pasada caracterizada por sus amores tumultuosos. El desencadenante de tal decisión fue una fuerte tormenta que la llevó a refugiarse en una iglesia. Allí vió el camino que debía seguir para conseguir la salvación de su alma. Con su humilde atuendo terminó su vida de penitencia con rezos permanentes en las iglesias. Véase VV.AA., *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII. La Tonadilla Escénica*, Madrid, ed. Museo de San Isidro y Ayuntamiento de Madrid, 2003, p. 234.

²⁰⁷ Mónica Bolufer Peruga explica las consecuencias de la aparición en 1788 de un “Discurso sobre el lujo y proyecto de un traje nacional”, atribuido a Nifo o al marino Fernández Navarrete, sobre todo entre las socias de la Junta de Damas de la Sociedad Económica Matritense que lo acogieron desfavorablemente. Véase el capítulo 4 de su obra, que constituye una versión revisada y abreviada de su tesis doctoral, titulada

En 1788 la situación de la moda española, sobre todo la femenina, había cambiado tanto en los anteriores treinta o cuarenta años que para muchos se había vuelto provocativa e indecente. Las mujeres enseñaban libremente los pies, lo que conllevaba un gasto añadido en medias y zapatos; el autor de la *Historia del lujo* no sabe si dar más importancia a una cosa o a la otra:

Hasta de unos treinta o quarenta años a esta parte [...] el vestido de los hombres era negro por lo general, con lo qual no havia el furor de mudar de colores continuamente, causando ahora sola esta circunstancia un exceso de gasto incalculable. El de las mugeres, antes que se introduxeran las cotillas, y los guardainfantes, era mas decente, y menos dañoso a la salud. Siendo entonces las faldas mucho mas largas que ahora, cubrian enteramente el pie, con lo qual no havia lugar al extraordinario lujo de medias, y zapatos, ni a la provocacion, que ocasiona esta indecente moda.²⁰⁸

Las faldas se acortan, pero el guardapiés evoluciona para convertirse en otra prenda algo más corta, la llamada basquiña, que se coloca como el guardapiés sobre las otras faldas o vestidos, y que solía ser de color oscuro. La basquiña, heredera pues del guardapiés pero sin cubrir los zapatos y sin armazón metálico debajo, se confeccionaba con tejidos ricos bajo los que seguía escondiendo las mejores galas de las mujeres. Peyron observa esta moda y cómo las españolas se quitan la basquiña cuando van de visita, pero sólo

Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII, Valencia, ed. Institució Alfons el Magnànim, 1998, especialmente pp. 169-175.

Sobre las relaciones entre mujer española e Ilustración, véase asimismo Fernández Quintanilla, Paloma, *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981.

²⁰⁸ Sempere y Guariños, Juan, *Op. cit.*, pp. 177-178.

dentro de las casas. Todavía no estaba bien vista la exhibición del lujo en la calle, por eso las españolas, deseosas de exhibir nuevos lujos, de gustar, se quitan la basquiña en cuanto entran en una casa:

La más pobre, como la más rica, no sale jamás sin una *basquiña*; es su gran falda de muaré o de tafetán que se ponen sobre todos sus otros vestidos, que son a menudo muy ricos. Por eso se muestran muy presurosas para quitarse esa falda en cuanto entran en sus casas o en las de sus amigas. [p. 879]

Esta nueva moda la adoptaron todas las mujeres, como dice Peyron tanto las ricas como las pobres, y el resultado fue una uniformización externa de la indumentaria de las mujeres. Puesto que las vestimentas de lujo quedaban ocultas por la basquiña, en el exterior todas las mujeres parecían iguales. La indumentaria como signo de la clase social, de la pertenencia a una élite, la utilizaban sin duda las mujeres de clase alta bajo ese disfraz, cada vez más influidas por la moda francesa.

No obstante, el uso de la mantilla o velo contribuía a crear esta uniformidad en la vestimenta de las mujeres españolas que llamaba la atención de los viajeros franceses, ya que una moda semejante estaba muy lejos de la vestimenta que llevaban las mujeres francesas del momento. Así lo observa un sorprendido Bourgoing, a finales de siglo, en el paseo del Prado. En su opinión falta colorido, las vestimentas son demasiado uniformes y tristes:

On ne voit au Prado que des femmes uniformément vêtues, couvertes de grands voiles noirs ou blancs, qui dérobent une partie de leurs traits ; que des hommes enveloppés dans leurs vastes manteaux de couleur sombre pour la plupart ; en sorte que ce Prado, tout beau qu'il est, semble être par excellence le théâtre de la gravité Castillane [I, p. 236].

Es curioso observar cómo las transformaciones en la indumentaria femenina española, que tanto escandalizan a los críticos nacionales del momento como para hacer correr ríos de tinta, parecen pasar desapercibidas a los viajeros, más preocupados por observar lo que para ellos constituye la diferencia, lo exótico, y que es precisamente lo que las aleja de la moda francesa.

En España, a finales de siglo la mantilla ya no se usa continuamente, sino únicamente cuando las mujeres salen a pie. El mismo Bourgoing, diplomático bien relacionado, sabe lo que llevan las mujeres debajo de esas vestimentas, los atuendos que lucen en espacios interiores. Es consciente de que la moda francesa domina por completo, y afirma que la mantilla ya no la llevan a todas horas más que las mujeres del pueblo. Las demás la utilizan sólo cuando salen a pie:

Nos vêtements sont venus s'établir sous le manteau espagnol. Le voile n'est plus porté exclusivement que par les femmes du peuple. Pour les autres, il ne sert plus qu'à cacher les désordres de leur toilette quand elles sortent à pied. A cela près, leurs coiffures et tout leur ajustement sont soumis au sceptre de la mode française. [II, pp. 330-331]

Pero ¿cómo era esa moda francesa? También en Francia la moda ha ido evolucionando desde el *grand habit à la française* de principios de siglo, a la manera de los cuadros de Watteau, a la que se van añadiendo elementos que rivalizan en imaginación para añadir magnificencia y esplendor. Esta moda lucha durante todo el XVIII con otra tendencia, la del *deshabillé*, que pretende descubrir las formas femeninas ocultas tras los pesados vestidos tradicionales, mostrando un aspecto parecido al del *lever*. Hacia 1780 la moda gira definitivamente hacia la simplicidad, y se llevan vestidos muy sencillos, blancos, casi sin adornos. Los peinados son ligeros,



Figura 9. *Dama de nuevo cuño*. Cobre, talla dulce, buril. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

adornados con flores. Los zapatos de tacón desaparecen y se llevan casi planos. Es un retorno a lo natural, a lo ingenuo.²⁰⁹

Las españolas habían ido adoptando todo lo que de esta moda podía aportarles en lujo, en ostentación. La vestimenta femenina de las llamadas *petimetras* o *madamas*, que se exhibían ceñidas por sus cotillas o corsés, lucía amplios escotes, vestidos de muselina, pañuelos de gasa y tocados refinados (plumas, sombreros, escofietas). Estos personajes atraían las críticas de un sector de la población que los consideraban seres ociosos, sólo preocupados por su arreglo personal y el coqueteo, teniendo como blanco sobre todo a los jóvenes que al margen de la aristocracia pretendían emular la cultura y el refinamiento de esta, imitando sus modales y su vestimenta.

Así en el grabado *Dama de nuevo cuño* (figura 9) una joven aparece en actitud de exhibición, tocada por flores y unas plumas de gran tamaño pero con el pelo sin recoger, mientras que grandes lazos o *cabos* adornan su largo vestido. El pequeño perro desgarbado que está a sus pies, a la moda de los retratos franceses, parece mirarla entre sorprendido y asustado.

Paralelamente a esta moda femenina, los hombres adoptaron indumentarias cada vez más sofisticadas (las de los llamados *petimetres*, *lechuguinos* o *currutacos*); sin embargo, al igual que en Francia, parecen ser las mujeres las que más se dedicaron a cultivar esta cultura de las apariencias. Las *petimetras* eran satirizadas como mujeres mundanas y derrochadoras, que arruinaban a sus familias y al país. Las rápidas transformaciones de

²⁰⁹ Sobre la moda francesa y las diferentes tendencias en la indumentaria femenina del siglo XVIII, resulta indispensable consultar el capítulo VIII “La beauté et la mode” en Goncourt, Edmond et Jules, *La femme au XVIII^e siècle*, *op. cit.*, especialmente las pp. 260-275.

la moda femenina hacían pensar en la inconstancia y la debilidad de las mujeres; el lujo y la moda eran considerados como vicios femeninos.²¹⁰

Esta asociación de la mujer con el lujo y la vanidad seguía la línea del lugar común procedente de la crítica eclesiástica tradicional: el uso de trajes indecentes no tiene otro objetivo en la mujer más que el de provocar al hombre para seducirlo, poniendo al descubierto de manera desvergonzada su cuerpo y su sexualidad. Así que no sólo el gasto de las petimetras era excesivo y provocaba el destrozo de la economía familiar, sino que esta moda acarreaba actitudes poco propicias para el mantenimiento de la institución de la familia y del matrimonio.

Otra transgresión importante que representaban las petimetras, peligrosa para la sociedad, procedía del hecho de que muchas de ellas provenían de estratos sociales bajos, pero imitaban la moda de la élite femenina, con la intención de confundirse con ella y acceder así a establecer relaciones para conseguir alianzas matrimoniales ventajosas. La crítica del culto al cuerpo y al *parecer* se expresaba en imágenes y textos moralizantes y burlescos que describían los esfuerzos de estos personajes para parecer aristócratas y poder seducir. En ellos subyacía la crítica a los vicios y costumbres de unos jóvenes cuyo mayor defecto provenía de la ausencia de educación.

De este modo la sátira de las costumbres de las petimetras se reflejaba en grabados y sainetes que ridiculizaban estas actitudes, como puede observarse en *Máquina corsaria o modo de ajustarse el corsé* (figura 10). La petimetra aguanta la respiración agarrada a los

²¹⁰ Véanse ejemplos de estas sátiras y discursos en contra del lujo adoptado por las mujeres en “Las mujeres en los nuevos discursos sobre el lujo”, en Mónica Bolufer, *op. cit.*, pp. 186-191.

pies de la cama, pensando que sus esfuerzos merecen la pena para lograr sus objetivos de seducción, como reza la leyenda al pie: “Así a muchos bobalicones / ponemos electrizados, / mui rellenos de cuidados, / y vacios de doblones”. Un mono en el ángulo inferior izquierdo dirige la operación, mientras “paje, criada y vejete, / el negrillo y el perrillo / van tirando el cordelillo, / porque a todos les compete”.



Figura 10. *Máquina corsaria o modo de ajustarse el corsé.* Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

Sin embargo, curiosamente los viajeros no relacionan la seducción con estas mujeres vestidas a la última moda, en las que su mirada no parece detenerse, si no es para criticar sus costumbres que les parecen un tanto ridículas. La imitación de la moda francesa que conocen bien parece carecer de interés a sus ojos; debe parecerles

una imagen “descafeinada” de la sofisticación de la que hace gala la élite de su país; como afirmaba el autor del *État politique, historique et moral...*, las españolas se visten a la francesa, pero “sans goût et sans grâce”.

Para los viajeros, el “vicio” no está asociado al lujo de las apariencias, sino más bien al disfraz. La española que les seduce es la de la mantilla, la que apenas se muestra pero promete placeres insospechados. Es justamente la ausencia de lujo lo que atrae a los viajeros, esas figuras de aspecto triste y uniforme que Bourgoing contemplaba en el Prado como representación de la gravedad castellana. De nuevo la atracción que viene de la diferencia, de lo desconocido, conlleva representaciones de la mujer que se fijan en el imaginario de estos extranjeros y adquieren connotaciones de seducción.

Además de la mantilla, indumentaria propiamente “española”, que no dejó de utilizarse, aunque con menor frecuencia y por ello quizás con intenciones más evidentes, un fenómeno surgió como reacción a la influencia de la moda francesa: el llamado *majismo*, una moda que pretendía recuperar la idiosincrasia nacional y que demostraba actitudes hostiles hacia el influjo de las modas extranjeras, especialmente en la segunda mitad del XVIII. Los *majos* y las *majas*, que Bourgoing describe como “petits maîtres du bas étage, ou plutôt des Bravaches” [II, p. 346], eran tipos populares que surgieron en los teatros, como personajes típicamente nacionales que eran protagonistas de sainetes y tonadillas. El éxito que alcanzaron entre el público trajo consigo la imitación de sus trajes, sus actitudes y su lenguaje particular por parte de personas de alta condición que “sont flattés quand on dit d’elles : *il a bien l’air d’un Majo : on la prendroit pour une Maja*” [II, p. 347], y se puso de

moda la exhibición de una apariencia lo más parecida posible a la de estos majos.

Si los hombres llamados majos adoptaron una indumentaria radicalmente diferente a la de los petimetres, en la moda femenina no se abandonó del todo la influencia francesa, y el traje de las llamadas majas se adaptó al estilo de la moda que venía de Francia, pero introduciendo elementos propios. Las mujeres llevaban jubones cortos, acordes con el estilo Imperio que se imponía ya en Europa, de vivos colores adornados con lazos, sencillas cofias lisas en ocasiones adornadas con borlas, y unas sobrefaldas llamadas “sacerdotisas” que se llevaban sobre la basquiña.



Figura 11. *El quitasol*, de Francisco de Goya, 1777, Museo Nacional del Prado. Madrid.

La célebre escena que retrata *El quitasol* de Francisco de Goya (figura 11) representa a dos majos que descansan durante un paseo. Sobre un fondo campestre, la mujer está sentada en el suelo y



Figura 12. *Traje de Madrid*. Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Georges-Jacques Gatine. Colección *Costumes de divers pays*. Museo Municipal de Madrid.

lleva una falda con delantal y un corpiño de vivos colores con un adorno de encaje. Luce un collar y su pelo está recogido con una cofia. Sobre los hombros lleva una especie de chal largo, y sostiene un abanico en la mano derecha, mirando al frente con el rostro un poco ladeado. En segundo plano, el majo que la acompaña le sujeta la sombrilla para protegerla del sol en un rasgo galante. Lleva una cofia, calzones y chaqueta de vivos colores con un pañuelo que adorna su cuello.

La moda madrileña de finales de siglo, al margen de la imitación exacta del traje de maja, conjuga todas estas influencias externas y nacionales para crear un estilo que aunque debe mucho a la moda francesa, como decía Bourgoing, no abandona los rasgos típicamente nacionales. Las líneas de los vestidos se suavizan y se hacen más simples siguiendo la moda francesa de finales de siglo que desembocará en el estilo imperio, pero se conservan algunos elementos suntuarios, sobre todo en accesorios y complementos.

El grabado titulado *Traje de Madrid*, de Georges-Jacques Gatiné (figura 12), representa un traje típico madrileño de finales de siglo. En el atuendo de esta mujer destaca sobre la basquiña la *sacerdotisa* de dos volantes, que está formada por una red calada terminada en picos, con adornos de borlas y madroños. La dama luce un jubón corto y ceñido de color rojo con cintas amarillas y lleva zapatos planos. Adorna su cabeza con un velo negro largo y casi transparente con el borde de encaje, que la cubre completamente. Lleva el pelo recogido con rizos que caen sobre la frente y delante de las orejas y un gran lazo oscuro en lo alto de la cabeza; en la mano sujeta un abanico.

3.2.4. *Los complementos y accesorios*

Las joyas son uno de los complementos que más gustan a las españolas, aunque Madame d'Aulnoy observa que “elles y attachent tout ce qui leur semble de joly”: relojes, alfileres, llaves, agnusedí o relicarios, pequeñas imágenes en las mangas, cadenas de perlas, lazos, y sobre todo muchas piedras preciosas, engarzadas en “des Bracelets, des Bagues, & des Pendans d'Oreilles, qui sont bien plus longs que la main, & si pesans, que je ne comprends point comment elles peuvent les porter sans s'arracher le bout de l'Oreille” [II, p. 249]. A pesar de que de la crítica que se repite desde las instituciones en los discursos sobre el lujo, la afición a las joyas no parece abandonar a las españolas durante todo el siglo, y puede leerse en 1788: “El luxo de piedras, aunque tan exorbitante en otros tiempos, particularmente en el reynado de Felipe II puede dudarse si lo fue tanto como al presente”²¹¹. Ya Madame d'Aulnoy comentaba que incluso les gustan las piedras falsas, porque pueden llevarlas tan grandes como quieren. Lo importante es pues aparentar, mostrar joyas que sobre todo tengan un gran tamaño, más que joyas hermosas o refinadas. En realidad, comprando esas piedras falsas las españolas se colocan para Madame d'Aulnoy al nivel de los más ignorantes franceses, ya que las engañan y las pagan muy caras:

[...] tout les contente, des éguilles, des épingles, quelques rubans, et sur tout des pierreries du Temple les ravissent. Elles qui en ont tant de fines et qui sont si belles, ne laissent pas d'en porter d'effroyables ; ce sont proprement des morceaux de verre que l'on a mis en œuvre, tout semblables à ceux que les Ramoneurs vendent à nos Provinciales qui n'ont jamais vû que leur Curé et leurs brebis. Les plus grandes Dames

²¹¹ Sempere y Guaríños, Juan, *op. cit.*, p. 178.

sont chargées de ces verrines qu'elles achètent fort cher, et lors que je leur ai demandé pourquoi elles aiment tant les diamans faux, elles m'ont dit que c'est à cause que l'on en trouve d'aussi gros que l'on en veut. En effet, elles en portent à leurs pendans d'oreilles de la grosseur d'un œuf, et tout cela leur vient de France ou d'Italie ; car comme je vous ai dit, on ne fait guère de choses à Madrid, l'on y est trop paresseux. [III, p. 476]

Esta crítica de la escritora lleva consigo la apreciación negativa de la mujer española de gustos arcaicos, sin ningún refinamiento, tan alejada de la sofisticada y elegante francesa en la que ella misma se erige mediante esta percepción del mal gusto español.

Como ejemplo del recargamiento de joyas y adornos al que podían llegar las españolas, el *Retrato* de José Campeche (figura 13) muestra una mujer engalanada, tal vez una dama criolla, que parece querer demostrar su riqueza mediante la ostentación excesiva de joyas: luce un collar largo al que se superpone una hilera de perlas, un enorme broche dorado sujeto en el escote del corpiño con piedras engarzadas, y varios anillos en los dedos que parece preocuparse por mostrar al espectador. Luce unos pendientes también con piedras preciosas, y sobre la cabeza, con el pelo tirante y recogido hacia atrás, lleva un gran lazo rojo y un adorno compuesto por pequeñas flores. El jubón lleva encajes en los puños y el escote, y un adorno de flores en un lado. Sujeta un abanico en su mano izquierda.

También Peyron criticará esta afición de las españolas de llevar joyas en enormes cantidades y elegidas sin ningún criterio estético: “Tienen una afición singular por el adorno y sobre todo por las joyas; pero sin elección y sin medida; se cubrirían los dedos de sortijas y de anillos” [p. 879]. Como él mismo afirma, los

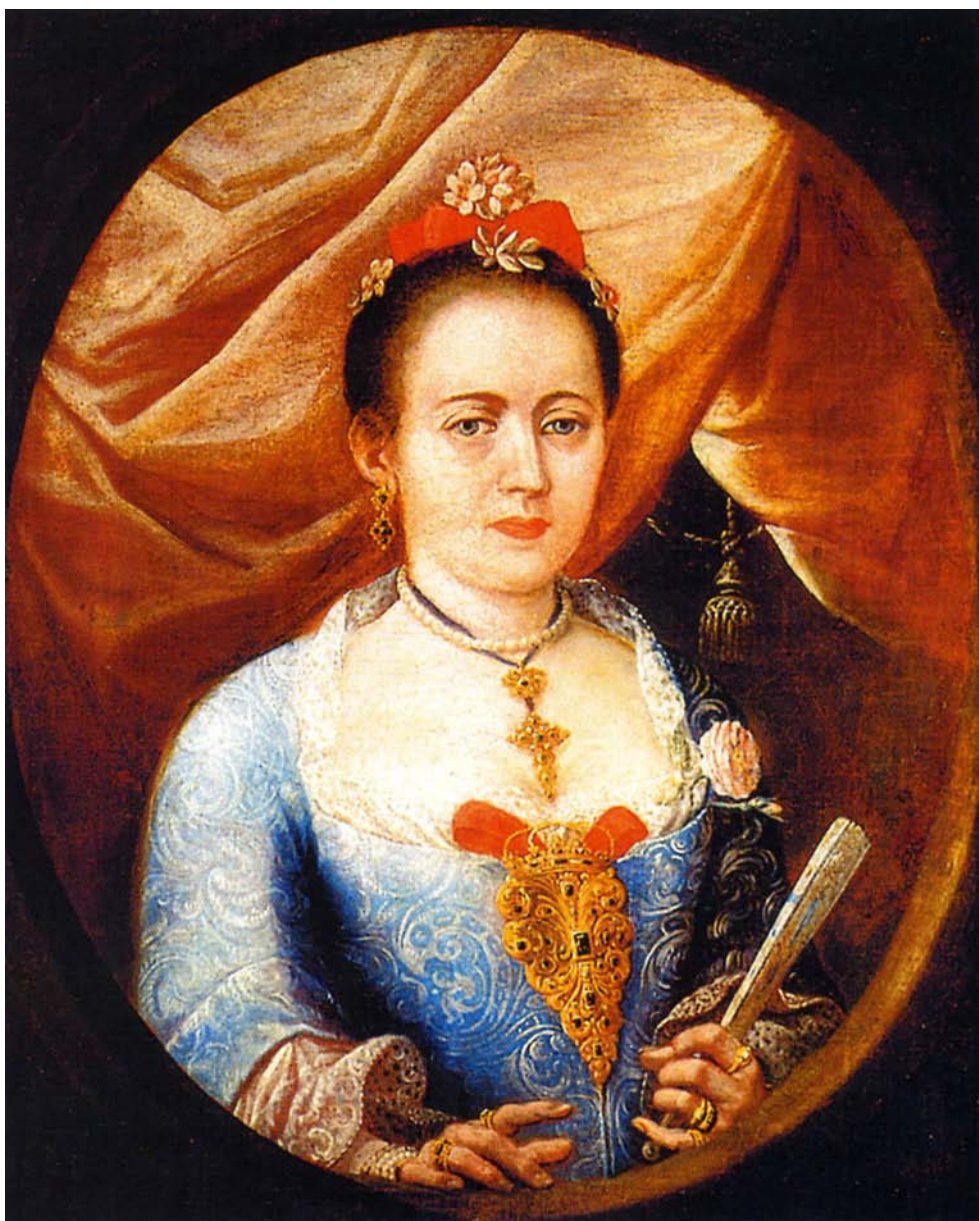


Figura 13. *Retrato* por José Campeche. Colección particular.

españoles son vanidosos y les gusta presumir; prefieren gastar todo lo que tienen en aparentar, “y luego viven como pueden”. El tópico de la vanidad y la fanfarronería española perdura en la descripción de aspectos como éste, y al igual que Madame d’Aulnoy, Peyron asocia la idea de la falta de gusto de las españolas tomando evidentemente a Francia como punto de referencia.

Además de en las joyas, la afición por el adorno de las españolas se manifiesta en el uso de otros muchos complementos. Un accesorio cuyo uso parece desaparecer a principios del XVIII son las gafas, que se llevaban como adorno, no para ver mejor, y parece que las mujeres eran consideradas más serias y respetables. A Madame d'Aulnoy le parece una moda muy extraña:

Je demeuray surprise en entrant chez la Princesse de Monteleon, de voir plusieurs Dames fort jeunes avec une grande paire de lunettes sur le nez, attachée aux oreilles ; & ce qui m'étonnoit encore davantage, c'est qu'elles ne faisoient rien où des lunettes leur fussent nécessaires ; elles causoient & ne les ôtoient point ; l'inquietude m'en prit, & j'en demanday la raison à la Marquise de la Rosa [...] elle me dit que c'étoit pour la gravité, & que l'on ne les mettoit pas par besoin, mais seulement pour s'attirer du respect. Voyez-vous cette Dame, me dit-elle [...] je ne croy pas que depuis dix ans elles les ait quittées que pour se coucher. Sans exageration, elles mangent avec, & vous rencontrerez dans les ruës et dans les Compagnies beaucoup de Femmes & d'Hommes qui ont toûjours leurs lunettes. [II, pp. 265-267]

Los ejemplos que la escritora ofrece a continuación contribuyen a ridiculizar esta moda: como el de un marqués que quiso ser inmortalizado en una estatua llevando las gafas puestas, o un joven dominico que obtuvo como premio magnífico de su prior el permiso para llevar gafas. Montesquieu también convertiría esta moda en blanco de su sátira española²¹².

No parece que esta moda sobreviviera mucho más allá de 1730; la última referencia que nos ofrecen los viajeros franceses la

²¹² Véase esta crítica de las gafas y el bigote españoles, como demostración de gravedad, en la carta LXXVIII de sus *Lettres persanes* (1721), ed. de Paul Vernière, París, ed. Garnier Frères, 1960, p. 164.

encontramos en el texto de Labat, que observa a los españoles engalanados para ir en procesión ataviados con gola y gafas.

Un complemento que sí sobrevivió fue el rosario; en la época de Madame d'Aulnoy, las españolas solían llevar siempre uno de grandes dimensiones que las acompañaba en cualquier ocasión. Este instrumento de devoción era utilizado continuamente y se llevaba como un accesorio más de la indumentaria.

C'est une chose à voir, que l'usage continuel qu'elles font de ce Chapelet ; toutes les Dames en ont un attaché à leur ceinture, si long qu'il ne s'en faut guère qu'il ne traîne à terre. Elles le disent sans fin dans les ruës, en jouiant à l'Ombre, en parlant, & même en faisant l'Amour, des mensonges, ou des médisances : car elles marmottent toujours sur ce Chapelet ; & quand elles sont en grande compagnie, cela n'empêche point qu'il n'aille son train. Je vous laisse à penser comment il est dévotement dit ; mais l'habitude a beaucoup de force en ce Pays. [II, pp. 236-237]

Como una muestra más de la religiosidad un tanto especial de las españolas, según la cual lo devoto no está reñido con lo galante, el rosario acompaña incluso los momentos dedicados a los amoríos. Más adelante, Peyron utiliza la misma fórmula de Madame d'Aulnoy, al afirmar que “Pocas mujeres salen, se pasean, juegan y hacen el amor sin tener un rosario en la mano” [p. 880].

Sin embargo, en los retratos de españolas del XVIII no parece tan evidente la presencia del rosario, si no es en la vestimenta de las beatas o en la indumentaria que las españolas llevaban en ocasiones devotas, como la asistencia a la iglesia o a las procesiones. La imagen de las españolas arrastrando largos rosarios parece ser una exageración de los viajeros, sorprendidos tal vez por su presencia en la indumentaria femenina sólo en algunas ocasiones, y sobre todo

por la extraña asociación de lo religioso y lo galante que podría producir esta presencia del rosario en determinadas ocasiones.

Dejando aparte el uso del rosario, otra muestra de la profusión de complementos que la española podía mostrar se refleja en el *Retrato de la actriz María Antonia Fernández “La Caramba”* (figura 14), retratada en esta ocasión antes de arrepentirse y abandonar su vida desordenada²¹³. Esta actriz se hizo popular por su desparpajo y atrevimiento no sólo en sus actuaciones, sino también en su forma de vestir, que combinaba los rasgos de majas y señoras y fue imitada por muchas mujeres. En la leyenda al pie puede leerse: “Para los Caballeritos / Que andan buscando la Moda / Ay va esa Dama, con toda / La furia de Requisitos”.

Esta “furia de requisitos” se trasluce en la cantidad de complementos que adornan a la actriz vestida con una basquiña sobre la que lleva un delantal que le llega casi hasta su borde, y que está rodeado de un adorno de pelo. Destaca un enorme chal bordado en oro y ribeteado de encaje que lleva levantado por encima de la cabeza, cruzado a la altura de la cintura y que también llega hasta el borde de la basquiña. Luce pendientes largos, un collar hasta el principio del escote y adornos de encajes y joyas en los puños del jubón. Adorna su pelo y el escote con lazos de color rojo. Los zapatos son bordados y con tacón alto. Sujeta un abanico en la mano derecha.

El abanico sí parece ser un accesorio de gran éxito entre las españolas, moda que perdurará en el siglo siguiente. En la época de Madame d’Aulnoy el abanico resultaba imprescindible para ir a la

²¹³ Véase la figura 8 (página 220) que representa a la Caramba con traje de beata al final de su vida.



Figura 14. Retrato de la actriz María Antonia Fernández, “La Caramba”. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprenden todos los de sus Dominios... Dispuesta y Gravada por D. Juan de la Cruz Cano y Holmedilla. 1777. Museo Municipal de Madrid.

iglesia: “Elles portent toujours un Eventail, & soit l’Hiver ou l’Esté, tant que la Messe dure, elles s’éventent sans cesse” [II, p. 290].

El abanico aparece representado constantemente en casi todos los retratos de las damas de la época, y también fue pasando por diversas transformaciones según el dictado de la moda. Solían llevarse a juego con la indumentaria, decorados con pinturas y bordeados de encajes; para las petimetras, llevar el abanico de la última moda era imprescindible. El abanico se llevaba cerrado en la mano y se abría para abanicarse, pero fue adquiriendo otras funciones en consonancia con los códigos del galanteo.

El abanico abierto podía también servir como una especie de parapeto; las diferentes formas de abrirlo y cerrarlo y la manera de colocarlo conformaban un lenguaje secreto que los enamorados entendían bien. Sin embargo los viajeros del XVIII no reflejan estas costumbres en sus textos; no es un accesorio que llame su atención, puesto que también en Francia está a la moda²¹⁴. Será en el siglo siguiente cuando la imagen de la española se haga inseparable de su abanico.

Muchos otros complementos se añadían a la indumentaria de la española: guantes cortos, medias que cobran importancia cuando desaparece el guardapiés, ligas adornadas con encaje de hilo, son presentes que Madame d’Aulnoy recibe de las damas españolas:

Pour les bas, ils sont de *pele*, c’est de la soye écrue ; on les fait si courts et si petits par le pied, que j’ai vû bien des poupées à qui ils ne pourroient estres propres. Les jarretieres sont d’un ruban large, fort léger, et travaillé très-clair, semblable à celui dont les païsans se servent

²¹⁴ Véase la historia del abanico y reproducciones de abanicos europeos de diversas épocas en <<http://perso.wanadoo.fr/eventail.intro.htm>>



Figura 15. *Princesa Maria Luisa de Parma*. Óleo sobre lienzo de Luis Paret. Hacia 1780. Museo de Bellas Artes. Bilbao.

à leurs nôces. Ces jarretieres sont garnies aux deux bouts de dentelle d'Angleterre de fil. [III, p.476]

A tan pequeños pies corresponden medias muy pequeñas; en cuanto a las ligas, la escritora las relaciona con las de las campesinas francesas el día de su boda; de nuevo el pretendido refinamiento de las españolas, como ocurría con las joyas, sólo alcanza al de una campesina francesa, tan rústico es. Pero son detalles del interior de la vestimenta femenino en los que los otros viajeros no se fijan o que por decencia no reflejan en sus textos.

Sin necesidad de caer en exageraciones, una dama de alcurnia vestida de gala no se pasaba de ninguno de los complementos necesarios; así en el retrato de la princesa *María Luisa de Parma*, de Luis Paret (figura 15), observamos cómo sin caer en la ostentación, la dama, futura esposa de Carlos IV, luce sus joyas: largos pendientes, pulseras en ambas muñecas y un simple collar con una piedra preciosa. Sobre su alto peinado a la francesa, dejando caer unos bucles sobre los hombros, se adorna con una escofieta de cinta, flores y plumas. Un gran lazo azul noche, a juego con el tocado, adorna toda la parte delantera de su corpiño, del que también lleva prendida una pequeña imagen en un broche. La dama lleva un vestido ricamente bordado. En la mano izquierda deja caer ligeramente un abanico cerrado, y en la derecha sujeta unas flores.

3.3. La personalidad de la española

Tras haber analizado las diferentes características externas que conforman la imagen de las españolas, pasamos ahora a abordar aquellos rasgos de la personalidad de las mujeres españolas que los

viajeros perciben y transmiten al lector. Nos preguntamos cómo son estas mujeres y sobre todo qué se esconde bajo esa apariencia tan bella.

3.3.1. Rasgos de carácter

Los viajeros no se desprenden del todo de la caracterización de los españoles que heredan de relatos anteriores: así, los españoles siguen siendo perezosos, orgullosos, nobles, graves, celosos... Pero en toda esta definición del carácter español, la mujer parece alejarse poco a poco para adquirir rasgos propios y exclusivos de las españolas.

No obstante, no se liberan de los lugares comunes que las retratan como perezosas y charlatanas: perezosas por naturaleza, “si on leur laissent suivre leur inclination naturelle, elles travaillent fort peu, & parlent beaucoup”, afirma Madame d’Aulnoy [II, p. 235]. Esta charlatanería las convierte a ojos de Labat, ya que según afirma “S. Troter & S. Caquer, sont de tous les Saints ceux auxquels les femmes ont plus de dévotion”, en un grupo de enredadoras:

[...] la coûtume generale de toutes les femmes est d’entrer dans la premiere Eglise qu’elles trouvent sur leur chemin. Elles se metent aussi-tôt dans le quartier des animaux de leur espece, d’où après avoir prié, ou jase un peu de tems, elles se levent cinq ou six ensemble comme de concert, parlent debout, changent de place, se rassoient, se relevent. [p. 397]

Pero la mirada femenina de Madame d’Aulnoy consideraba que “leur conversation est libre & agreable” [VIII, p. 262]; el mismo Labat reconoce que “comme elles sont spirituelles leur conversation est agreable, fine, délicate, enjouée” [p. 396]. Cuando la española habla, deja entrever un ingenio y una vivacidad

insospechadas, puesto que todos los viajeros coinciden en constatar la poca instrucción de las mujeres españolas, como Madame d'Aulnoy, que no obstante cree que son listas y aprovechan las pocas oportunidades que se les presentan de adquirir nuevos conocimientos:

[...] elles ont une vivacité dont nous ne pouvons approcher. Elles sont caressantes, elles aiment à loüer, elles loüent d'une maniere noble, pleine d'esprit, & de discernement. Je suis surprise qu'elles ayent tant de memoire avec un si grand feu d'esprit. Leur cœur est tendre, & même beaucoup plus qu'il ne le faudroit. Elles lisent peu, elles n'écrivent guére, cependant le peu qu'elles lisent leur profite, & le peu qu'elles écrivent est juste & concis. [II, p. 261-262]

Así pues, este ingenio y esta inteligencia son algo innato, unas cualidades que sin embargo por su condición de mujeres no están del todo explotadas. De buen corazón, son amables y cariñosas: “je dois vous dire que les spagnolles sont plus carressantes que nous, & qu'elles ont pour ce qui leur plaît des manieres bien plus touchantes, & bien plus delicates que les nôtres” [I, p. 274]; en este punto Madame d'Aulnoy sitúa a las españolas por delante de las francesas en delicadeza y demostración de cariño.

Fleuriot lleva a la exageración esta facilidad de las españolas para la palabra; puesto que son mejores conversadoras que los hombres, ¿por qué son los hombres los que predicán en las iglesias? Ellas tienen el don de la ternura y saben influir en los hombres. A ellas se deben todos los sacrificios, toda la sangre derramada por los mártires, todos los juramentos de fe: todo se ha hecho para alcanzar el favor de las mujeres. Esta es la especial apología de las mujeres de Fleuriot: las grandes hazañas religiosas de los hombres no hubieran

existido sin ellas, ya que para el hombre todo gira en torno al deseo de conseguir a una mujer:

Et quel fruit en effet attendre de ces homélies, de ces sermons, de ces prênes, ce sont les hommes qui prêchent ! Ce n'est pas aux hommes à prêcher ; c'est aux femmes à qui Dieu conféra le don d'attendrir et de toucher : sans les femmes, tout savants, tout illuminés qu'étaient les apôtres, jamais le paganisme n'eût été aboli ; jamais le sang des martyrs n'eût coulé. C'est pour plaire à des femmes ; c'est dans leurs bras que les premiers fidèles, que les premiers chrétiens, ivres d'amour, ivres de religion, ivres de foi, jurèrent de croire à Jésus-Christ, jurèrent de l'adorer, jurèrent de mourir pour lui... [pp.32-33]

Pero sin duda el mayor defecto de las españolas, causa de muchos de sus males, es su ignorancia que proviene de la falta de educación, lo que según el autor del *État politique, historique et moral...*, de acuerdo con sus antecesores, no les impide distinguirse por su agradable conversación: “Les Femmes Espagnoles ont de l'esprit, un jargon très agreable, mais aucune instruction” [p. 480]. Es difícil según comenta Peyron, a pesar de ser inteligentes y vivaces, y de saber expresarse bien, hacerles entender un discurso razonado:

Su fisonomía está llena de inteligencia y vivacidad; son muy sensibles al amor que se les demuestra; extremadamente celosas de sentirse halagadas y cortejadas; poco tímidas, ingenuas; se expresan con facilidad, y una abundancia de palabras escogidas que os seduce; son vivas, tercas, arrebatadas; pero su corazón es bueno y se rinden fácilmente a la razón cuando se encuentra el medio de hacérsela entender. [p. 879]

Peyron recoge aquí un rasgo que parece característico de las españolas: necesitan los halagos de los hombres, consideran que los merecen y no conciben que ellos no deseen cortejarlas. Madame d'Aulnoy reproduce una conversación con la marquesa de Alcañices, que se apresura a presentar como dama virtuosa, en la que esta reconoce abiertamente que si un caballero desaprovecha una oportunidad de cortejarla, se siente despreciada y siente ganas de asesinarlo:

J'étois il y a peu de jours chez la Marquise d'Alcañizes, c'est une des plus grandes et des plus vertueuses Dames de la Cour. Elle nous disoit à toutes en parlant de cela : Je vous l'avoüe, si un Cavalier avoit esté teste à teste avec moi une demi-heure sans me demander tout ce que l'on peut demander, j'en aurois un ressentiment si vif que je le poignarderois si je pouvois. Et lui accorderiez-vous toutes les faveurs qu'il pourroit vous demander ? interrompit la Marquise de Liche qui est belle et jeune. Ce n'est pas une consequence, dit Madame d'Alcañizes, j'ai même lieu de croire que je ne lui accorderois rien du tout, mais au moins je n'aurois aucuns reproches à lui faire ; au lieu que s'il me lassoit si fort en paix, je le prendrois pour un temoignage de son mépris. Il n'y en a guère qui n'ayent de pareils sentimens là-dessus. [III, p.485]

Esta exigencia del halago por parte de las españolas y sobre todo sus instintos asesinos al no recibir el trato que creen merecer, la adoración declarada de los hombres, hace que se destape su cara más ardiente y pasional. Porque si algo caracteriza el carácter español, es la fuerza desmedida de sus pasiones, que se desencadena sobre todo en las situaciones amorosas.

Según el discurso médico tradicional de la teoría de los cuatro humores, cuyo desequilibrio era la causa de alteraciones físicas y psíquicas, la mujer estaba abocada a un desequilibrio

humoral producido por sus ciclos menstruales. Como consecuencia era propensa a la melancolía²¹⁵, a la tristeza, pero también a la locura furiosa. La naturaleza humoral de las mujeres, fría y húmeda, explicaba la imperfección de sus cuerpos y su limitada capacidad intelectual, ya que los vapores que se desprendían impedían su recto juicio.

Así, la inferioridad del sexo femenino frente al masculino era afirmada con toda certeza desde la tradición culta occidental que se apoyaba en la autoridad católica; dentro de esta jerarquía, la mujer debía subordinarse al hombre en todos los aspectos: familiar, social y político. Laqueur indica que hasta 1759 ningún libro de anatomía mostraba un esqueleto femenino donde poder observar sus diferencias con el masculino; “Hasta ese momento sólo había habido una estructura para el cuerpo humano y esa estructura era masculina”²¹⁶.

Muchas voces se alzaron contra esta teoría, como defensores de la mujer, sosteniendo desde el siglo XV un debate con los partidarios de aquella en lo que se conoce como querrela de las mujeres en España y *querelle des femmes* en Francia.²¹⁷

De este modo, entre fines del siglo XVII y principios del XVIII comenzaba a nacer una nueva teoría de la feminidad. A la luz de la razón y la crítica se llevó a cabo una renovación de las teorías sobre la diferencia sexual. En Francia, el discurso racionalista de Poullain de la Barre probaba que la idea de la inferioridad de las mujeres no era más que un prejuicio, llegando a la conclusión de

²¹⁵ De Diego, Rosa y Vázquez, Lydia, hacen un recorrido por la tradición de la melancolía en la mujer en *Taedium feminae*, Bilbao, ed. Desclée de Brouwer, 1998.

²¹⁶ Laqueur, Thomas, *La construcción del sexo*, op. cit., p. 31.

²¹⁷ Sobre esta “querrela de las mujeres” en Europa y especialmente en España, véase el capítulo 1 del estudio de Bolufer Peruga, Mónica, *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, op. cit., pp. 29-34.

que ambos sexos eran iguales intelectualmente. Con ello abría una brecha importante en el debate de los sexos, que continuaría durante todo el XVIII siguiendo dos grandes corrientes: el racionalismo y el espiritualismo.²¹⁸

En España el padre Feijoo con su *Defensa de las mujeres*²¹⁹ es el mayor representante de esta oposición a la teoría de la inferioridad de la mujer, mediante una postura intelectual y racionalista que puede considerarse próxima a la de Poullain de la Barre²²⁰. Feijoo describía las virtudes particulares de la mujer y en torno a ellas contrastaba el comportamiento de los dos sexos, evidenciando la superioridad clara de las mujeres en todas ellas. Hacía especial hincapié en la defensa de la capacidad intelectual de la mujer; con él, muchas otras voces se alzaron como la de Cubié²²¹. El debate sobre la identidad de las mujeres estaba abierto y se prolongaría durante todo el siglo y mucho después.

²¹⁸ Paul Hoffmann analiza exhaustivamente las diferentes teorías de la feminidad en el pensamiento ilustrado francés, desde la visión cartesiana de Poullain de la Barre hasta la teoría que aúna feminismo y libertinaje de Laclos en la cuarta parte de su estudio *La femme dans la pensée des Lumières*, *op. cit.*

²¹⁹ Feijoo, Benito Jerónimo, *Defensa de la mujer. Discurso XVI del Teatro Crítico* (1726), ed. a cargo de Victoria Sau, Barcelona, Icaria, 1997.

²²⁰ Véase Bolufer Peruga, Mónica, *op. cit.*, pp. 34-42.

²²¹ Cubié, Juan Bautista, *Las mugeres vindicadas de las calumnias de los hombres*. Con un catálogo de las Españolas que más se han distinguido en Letras y Armas, Madrid, Imp. Antonio Pérez de Soto, 1768; ed. facsímil en Valencia, Librería París-Valencia, 1997.

También se tradujeron al castellano obras francesas en defensa de las mujeres, como la de Thomas, Antoine Léonard, *Essai sur le caractère, les mœurs et l'esprit des femmes dans les différents siècles*, Paris, 1772; trad.: *Historia, o pintura del carácter, costumbres, y talento de las mugeres en los diferentes siglos, traducida al castellano por don Alonso Ruiz de Piña*, Madrid, Miguel Escribano, 1773; ed. facsímil en Valencia, Librerías París-Valencia, 1998.

Así, la mujer en el XVIII había pasado a convertirse en un ser con identidad propia, en el sexo opuesto, y el interés por conocer su naturaleza intrínseca aumenta. Ello conlleva una mirada nueva hacia la feminidad, de curiosidad y descubrimiento; esta mirada se reflejará en la imagen de la española que algunos de los viajeros transmiten en la segunda mitad de siglo. Ellos buscan una explicación al carácter tan especial de las españolas, a esos rasgos que como veremos las definen y las convierten en diferentes para siempre en el imaginario francés de la época.

Madame d'Aulnoy destacaba la falta de moderación de las mujeres en todo lo referente al amor, incluidos los celos, y su afición a la venganza: "Elles mettent tout en usage pour se venger de leurs amans, s'ils les quittent sans sujet, de sorte que les grands attachemens finissent d'ordinaire par quelque catastrophe funeste" [III, p. 469]. En efecto, todos los viajeros coinciden en afirmar que las pasiones de los españoles son más fuertes que las de los franceses. Coste está seguro de que "Le climat, sans doute, y contribue beaucoup" [p. 500].

En efecto, Montesquieu había afirmado que sin duda el carácter y las pasiones del corazón de los hombres son diferentes en los diferentes climas, puesto que el aire frío encoge las extremidades de las fibras exteriores del cuerpo, mientras que el aire caliente las alarga. Esto afecta a todos los rasgos del carácter humano; así, en los países fríos se tiene menos sensibilidad para los placeres o para el dolor que en los cálidos. Y hablando del amor:

Avec cette délicatesse d'organes que l'on a dans les pays chauds, l'âme est souverainement émue par tout ce qui a du rapport à l'union des deux sexes ; tout conduit à cet objet.

Dans les climats du nord, à peine le physique de l'amour a-t-il la force de se rendre bien sensible : dans les climats tempérés, l'amour,

accompagné de mille accessoires, se rend agréable par des choses qui d'abord semblent être lui-même, et ne sont pas encore lui : dans les climats plus chauds, on aime l'amour pour lui-même ; il est la cause unique du bonheur, il est la vie.²²²

Las españolas son tan ardientes, tan pasionales, que realmente se diría que para ellas el amor es su única finalidad en la vida. Es curioso comprobar cómo los viajeros dedican la gran mayoría de sus observaciones sobre el carácter de las mujeres españolas a este aspecto; mujer española, amor y seducción van siempre unidas. Por ello analizaremos este tema en el capítulo siguiente.

3.3.2. *Mujer y educación en la España del siglo XVIII: ignorancia, credulidad y superstición*

Creemos necesario detenernos brevemente en una característica de la mujer española en la que todos los viajeros están de acuerdo, y que en cierto modo explica muchas otras: las españolas son ignorantes y crédulas, porque no tienen la más mínima instrucción.

El tradicional desprecio hacia la condición femenina limitaba a la mujer a las funciones que se consideraban propias de su sexo, vedándole cualquier incursión de tipo intelectual, “so castigo de ser motejada de *bachillera*”²²³ por la simple afición a la lectura²²⁴.

²²² *De l'Esprit des Lois*, vol. I, Livre XIV, chapitre II, París, Garnier-Flammarion, 1979, pp. 375-376.

²²³ La palabra *bachillera* era aplicada “con un matiz peyorativo a la mujer que, nadando contra la corriente de inercia y vanidad por la que se dejaban arrastrar las petimetras, sentía la comezón de instruirse”. Martín Gaite, Carmen, *op. cit.*, p. 242.

²²⁴ Sobre el contexto político y social de la mujer española en el XVIII, véase el capítulo 1 del estudio de Palacios Fernández, Emilio, *La mujer y las letras en la España*

En efecto, la situación educativa en España no garantizaba en absoluto la instrucción mínima de las mujeres, y era frecuente encontrar mujeres analfabetas incluso en círculos de la alta sociedad. Hasta la llegada al trono de Carlos III, hubo una despreocupación casi absoluta de los poderes públicos españoles en materia de educación. La enseñanza era considerada tradicionalmente como una actividad privada, vinculada a las instituciones eclesiásticas. En 1763 Carlos III regulaba las escuelas de Madrid, sus límites y la dedicación exclusiva de los maestros, constituidos en Hermandades gremiales.

Bajo el reinado de Carlos IV se amplió el sistema escolar, y desde 1797 las Sociedades económicas fomentaban y dirigían la enseñanza primaria. Con obligada separación de sexos, las escuelas de niños eran de primeras letras, y las de niñas estaban orientadas a la costura, el hilado o el tejido. Al margen de estas escuelas, la docencia primaria era impartida por religiosos en sus conventos o por ayos o leccionistas particulares. La tendencia laica o secularizadora no llegaría hasta principios del XIX, con el apoyo de Godoy.²²⁵

En toda la Europa del siglo XVIII la educación de las mujeres ocupó una parte importante de tratados y novelas pedagógicas, páginas de prensa y obras de teatro. Y ello porque los ilustrados reconocían que la educación era el mecanismo principal mediante el que se recreaban las formas de relación, los principios y los valores morales que constituían la sociedad y provocaban las

del siglo XVIII, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2002. La cita es de la p. 18. Asimismo sobre la educación de las españolas en el XVIII véase Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, capítulo VIII: “La educación de las mujeres”, pp. 241-274.

²²⁵ Véase el capítulo de Francisco Aguilar Piñal dedicado a la institucionalización de la docencia en la España del XVIII titulado “Política docente” en el tomo XXXI: *La época de la Ilustración de Historia de España*, *op. cit.*, pp. 439-484.

reformas de las costumbres. Esta afirmación de la importancia decisiva de la educación y las costumbres en la construcción de la identidad personal y social representaba al mismo tiempo, como afirma Mónica Bolufer, un distanciamiento de las explicaciones deterministas que consideraban a la mujer dependiente de las condiciones propias de su naturaleza²²⁶.

En España, la controversia que tuvo su origen en los escritos del padre Feijoo enlazaría con las críticas a las nuevas libertades que iban adquiriendo las mujeres españolas. Entre estos críticos Nifo deploraba los efectos de la mala educación de las jóvenes españolas y la perniciosa influencia de las malas lecturas femeninas:

La *Contemplación* enseña a las Niñas lo primero a hacer su gusto, después a *Coser* un enredo, *Zurcir* un engaño, *remendar* un quebradero de cabeza amoroso, *aplanchar* unos *buelos* de presunción y un *Escote* de deshonestidad; mezclando en los intervalos de esta bellísima tarea (para que haya efectos más perniciosos en el alma) versos indecentes, conversaciones libres, Novelas, y Comedias amorosas, que al fin vienen a ser tragedias.²²⁷

Al mismo tiempo criticaba las malas costumbres de las petimetras, más preocupadas por lucir una apariencia a la moda francesa y por hacerse ver acompañadas de sus cortejos que por ocuparse de su casa y de sus hijos. Por esta razón, los niños pasaban la mayor parte de su tiempo con los criados, adquiriendo sus malos

²²⁶ Bolufer Peruga, Mónica, *op. cit.*, p. 119.

²²⁷ Nifo y Cagigal, Francisco Mariano, *Representación (de burlas hecha de veras) al nobilísimo gremio de los hombres de juicio de esta gloriosa monarquía, en la que manifiesta la España antigua sus honrados sentimientos contra los perniciosos abusos de la España moderna*, Madrid, José de Orga, 1755, p. 27.

hábitos, y ésta era según Nifo la causa de su falta de instrucción posterior y de sus toscas costumbres.

En los discursos de Josefa Amar y Borbón²²⁸ la escritora aragonesa sugería que no sólo era un problema del estado y de la tradición familiar, sino que era necesario crear estímulos para vencer la indiferencia de las propias mujeres ante el saber, resultante de la situación tradicional de las mujeres al margen de la cultura.

Esta situación no pasó desapercibida a los ojos de los viajeros franceses, que como hemos visto reiteraban en sus relatos la constatación de la ignorancia extrema de las mujeres españolas. Así, Coste señala que esta ignorancia de las mujeres, unida a su natural bondad, las convertía en seres crédulos de cuya ingenuidad iban a aprovecharse clérigos sin escrúpulos:

Les femmes n'ont pas ici, à beaucoup près, les mêmes ridicules que les hommes : on ne peut gueres les accuser que d'être trop crédules. Elles ne se désabuseront jamais ; la lecture leur est défendue. Les Moines, fins politiques, (sur-tout lorsqu'il s'agit de leurs amusemens), perdroient trop à les laisser détromper : elles sont cependant aimables avec leurs petits défauts. [p. 478]

Sobre esta constatación basará Coste la construcción de la mayor parte de su relato, en especial las pequeñas novelas cortas camufladas en el interior de las cartas, que girarán siempre en torno a historias de mujeres virtuosas pero demasiado crédulas e ignorantes que se ven engañadas y arrastradas a la desgracia por clérigos desalmados. Estos se limitan a aprovechar las situaciones

²²⁸ Véase en especial su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790); hay una edición de María Victoria López-Cordón, Madrid, Cátedra e Instituto de la Mujer, 1994.

placenteras que se les presentan, sin que tengan por supuesto ningún interés en educar a estas mujeres; sobre todo porque perderían sus privilegios frente a ellas.

Es cierto que las españolas se veían a menudo influenciadas por la existencia de un director espiritual o confesor que llegaba a conocerlas bien, tenía permiso para entrar en sus aposentos y en sus estrados a cualquier hora y podía así ejercer un gran poder sobre ellas, dada su gran credulidad. En España el tema de la corrupción del clero fue tratado de manera recurrente desde el discurso de predicadores y críticos laicos, e incluso en satíricas coplas populares²²⁹.

La pervivencia de supersticiones extendidas en toda la población es otro aspecto que deriva de la falta de instrucción; el autor de *l'État politique, historique et moral...* afirma que “Plus on s'enfonce dans l'Espagne, plus on trouve d'ignorance et de superstition” [p. 473]. La aproximación al sur es promesa de incultura.

Son las mujeres las más propensas a creer en estas supersticiones, por su mayor ignorancia, y así Madame d'Aulnoy se ve importunada por una mujer embarazada a la que le ha de perdonar todo, bajo la creencia de que en caso contrario alumbraría un hijo muerto [II, p. 206]. Labat comenta que las mujeres que han dado a luz “ne viennent à l'Eglise, qu'après un certain nombre de jours, qui se regle selon le sexe de l'enfant qu'elles ont mis au monde” [p. 388], costumbre que en su opinión “sente le Judaisme de cent lieuës”.

Peyron comenta la costumbre de las mujeres españolas de poner al cuello de sus hijos “un collar de manecitas de boj, de ébano

²²⁹ Véase Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, pp. 203-211.

o de marfil, para preservarlos de los encantos, idea y creencia que les han venido de los moros” [p. 773], costumbre que ya había descrito Madame d’Aulnoy y que era utilizada contra el mal de ojo.

Para la escritora, los matrimonios entre adolescentes, como se solían llevar a cabo en la época, eran en gran parte la causa de esta incultura general. A los trece o catorce años una joven ya se consideraba casadera; tras el matrimonio convenido con otro adolescente, adquirirían ambos esposos responsabilidades que no sabían asumir. Esta situación traía como consecuencia según Madame d’Aulnoy un aumento de la vanidad de unas mujeres sin ningún ingenio ni conocimiento, que se veían obligados a sufrir gentes de más valía que trabajaban para ellas.

Pero donde más se evidencia la ignorancia de las mujeres es al conversar con ellas, como deplora Coste. Su ingenio natural se ve coartado por una mentalidad llena de prejuicios, resultado de su burda educación que sólo les permite desviar el tema de conversación hacia lo que ellas conocen: historias de devoción y mojigatería:

Il ne me fut pas difficile de me conformer aux usages : c’ étoit une jeune Veuve, brune, des plus piquantes. Elle me parut avoir naturellement de l’esprit ; mais le feu de son génie, étouffé par des préjugés ridicules, & par une éducation grossiere, jettoit à peine quelque foible étincelle. Après m’ avoir interrogé quelque tems sur les Dames françoises, auxquelles elle me reprocha d’ être trop attaché, elle détourna la conversation sur le chapitre des Moines, & sur-tout de los *Padres de San Francisco* ; & je compris que quelqu’ un de ces bons Religieux s’ étoit chargé de lui faire supporter, avec moins de rigueur, les désagrémens de son veuvage. [p. 470]

Tras una apariencia tan prometedora, esta viuda morena (por supuesto) que Coste define como de las más excitantes,

esconde una personalidad llena de prejuicios que hace que todas las esperanzas del autor se desvanezcan. A través de su conversación, la dama se revela curiosa, coqueta y con aires de falsa devota; es de lo único que sabe hablar. Probablemente, porque no posee los conocimientos para poder mantener una conversación sobre casi nada. Sospecha Coste que algún clérigo se ha encargado de enseñarle lo que sabe en materia de devoción y de clero, mientras le ayudaba a olvidar sus penas de viuda.

Es evidente que a finales de siglo, la situación educativa de las mujeres españolas, a pesar de los intentos de reforma que empezaban tímidamente a tomar consistencia, todavía distaba mucho de los avances que las mujeres habían logrado en Francia, donde los más importantes salones parisinos, verdaderos núcleos de conversación intelectual e ilustrada, eran regentados por mujeres; donde brillaban las plumas de escritoras como Madame Lambert, Madame d'Épinay o Madame Le Prince de Beaumont, todas ellas autoras de textos pedagógicos sobre la educación de las mujeres que fueron traducidos al español²³⁰.

Pero aunque el debate estaba servido, todavía quedaba mucho camino por recorrer. A pesar de que cada vez más mujeres españolas participaban activamente en el mundo de la cultura, y llegaron a ser muchas las que lo hicieron a lo largo del XVIII en las

²³⁰ Nos referimos a las *Obras de la marquesa de Lambert*, entre las que se encontraba los *Consejos de una madre a su hija*, traducidos al español en 1781 por la condesa de Lalaing; *Adela y Teodoro o Cartas sobre la Educación*, de Madame d'Épinay, traducida al castellano por Madame de Genlis en 1785; y los diversos *Almacenes* o diálogos pedagógicos de Madame Le Prince de Beaumont traducidos en España entre 1778 y 1795. Véase Bolufer Peruga, Mónica, *op. cit.*, pp. 120-121.

diferentes disciplinas literarias, además de en la traducción²³¹, la gran masa de las mujeres que vivieron en la España del XVIII no tuvieron la oportunidad de ejercitar sus capacidades intelectuales, y centraron sus esfuerzos con mayor o menor éxito, como veremos a través de la mirada de los viajeros, en desarrollar actitudes que les permitieran alcanzar una nueva libertad.

De este modo, la diferencia entre la situación de la educación de las mujeres españolas y francesas era abismal en la época de los viajes de Bourgoing. Por ello y a pesar de su voluntad de romper con los prejuicios antiespañoles, el escritor no puede hacer otra cosa más que constatar la situación deplorable de la educación de las españolas. Desde su discurso ilustrado, sugiere que mediante una educación más refinada, y siendo más cuidadoso en la educación de las niñas se podrían evitar “ces formes choquantes pour la décence des autres peuples”. El choque entre ambas culturas es demasiado fuerte para que los viajeros no perciban de inmediato, en cuanto conversan con ellas y valoran su lenguaje, que las mujeres españolas tienen grandes carencias en su cultura. Familiarizadas desde niñas con el lenguaje de los criados, abandonadas desde temprana edad a sí mismas y a un entorno que las corrompe, se ven abocadas al tedio y a la confusión.

Mais qu’attendre d’elles lorsqu’on les voit abandonnées presque exclusivement à la tutelle des domestiques, même dans les maisons les plus distinguées ? Peuvent-elles conserver longtems dans leur imagina-

²³¹ Así lo reivindica Emilio Palacios Fernández en *La mujer y las letras en la España del siglo XVIII, op. cit.*, que considera que los estudios sobre las mujeres y su faceta de escritoras en el XVIII español, sobre esas “esforzadas de la cultura española del Setecientos”, han quedado en el olvido durante siglos, y ello propiciado por “la tradicional falta de consideración social de la mujer”; véase pp. 271-277.

tion et dans leur langage cette pureté virginale, le principal charme de leur sexe, lorsque`dès l'âge le plus tendre elles se familiarisent avec les grossiers propos que leur présence ne peut réprimer ? [...] Le goût de l'occupation, quelques soins donnés au développement de ces dispositions que le ciel vous prodigua, feraient de vous les plus fortunées comme les plus séduisantes des créatures. On vous néglige, on vous livre à vous-même et à vos entours corrupteurs. L'ennui et les désordres vous attendent. [II, pp. 318-319]

De este modo, la española, promesa de seducción, puesto que posee de manera innata todos los atributos necesarios para convertirse en la mujer que todos los hombres (y los viajeros) sueñan y desean, se convierte en una desilusión, en un fraude. En realidad, la mayor parte de la culpa no es suya. Desprovista de lo necesario para seducir intelectualmente, tendrá que buscarse otras armas y otras estrategias de seducción que le garanticen el éxito que añora entre los hombres; a fin de cuentas, es lo único que le han enseñado a valorar. Aunque ello signifique cruzar levemente la frontera que separa a las chicas buenas de las malas. ¿La seducción del cuerpo? Probablemente es su única opción a corto plazo; la única que, a fin de cuentas, los viajeros podrán valorar y que por ello harán que los rasgos de la Seductora perduren en la imagen de la mujer española ¿para siempre?

[4.]
**La clase popular:
mujeres rurales y mujeres urbanas**

Como anunciábamos al principio de este capítulo, abordaremos ahora las referencias que aparecen en los textos de los viajeros sobre mujeres de otros estratos de la sociedad, mucho menos abundantes pero presentes en todos los relatos. Por ello no las dejamos de lado, sino que consideramos que aportan su granito de arena en la construcción de la representación de la española en el imaginario francés del siglo. Se trata de imágenes que en general se quedan sólo en lo superficial, en la constatación por parte de los viajeros de la existencia de esa masa de mujeres rurales y urbanas que observan en la calle, en los caminos, en las posadas, en el campo.

En contacto con una realidad española que se limitaba a las clases altas de la sociedad, los viajeros se detenían sobre todo en la observación de los habitantes de las ciudades, en especial de Madrid, prestando apenas atención a esas otras mujeres que sin embargo tenían ocasión con seguridad de encontrar en las calles. Mujeres urbanas como vendedoras de todo tipo, modistas, mujeres que iban a pie a la iglesia, de paseo o de visita, solas o acompañadas,



Figura 16. *Castañera madrileña*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

inundaban no obstante las calles de una animada capital en barrios frecuentados por ellos.

En grabados como *La castañera madrileña* (figura 16) podemos reconocer una escena localizada en una calle de la capital: un matrimonio elegante acompañados de su hijo pequeño se detienen a comprar castañas en un puesto callejero. Ella con basquiña negra y luciendo una mantilla blanca cruzada delante del pecho, con el abanico en la mano, adorna su peinado con un tocado de lazos y flores; él con capa y sombrero se inclina hacia el puesto de castañas, detrás del niño vestido de manera elegante que sujeta una bolsa. En segundo plano, la castañera está sentada en una esquina de la calle junto a la estufa, lleva una larga falda y un chal, y el pelo sujeto por un pañuelo atado bajo la barbilla. Inclina la cabeza hacia la pareja mientras con las dos manos maneja el fuelle.

Del mismo modo, se diría que para los viajeros estas mujeres quedan en un discreto segundo plano, sin despertar su interés. Veamos ahora qué mujeres de la clase popular llaman su atención.

4.1. Posaderas

El primer contacto de los viajeros con las españolas suelen establecerlo en las posadas o ventas en las que se detienen tras haber cruzado la frontera. Estas posadas españolas en general y siguiendo el lugar común de relatos anteriores al siglo XVIII son sucias, incómodas y ofrecen mala comida; Labat afirmaba que las posadas españolas eran similares a “une repaire de Bohémiens & de voleurs” [p. 304]. Sólo a finales de siglo Bourgoing reconocerá que las mejoras extendidas por todo el país también han llegado a las

posadas, y cita algunas posadas concretas como modelo de pulcritud y comodidad, como la de Peñaranda.

En consonancia con la descripción de estas malas posadas los personajes que allí se encuentran los viajeros son sucios y desaliñados; Madame d'Aulnoy destaca el desaliño de la dueña de una venta que sale a recibirla “en Robe détrossée & en Manches abbatuës : elle a le tems de prendre ses Habits du Dimanche, pendant que l'on descend de la Littiere, & elle n'y manque jamais ; car elles son toutes pauvres & glorieuses” [I, pp. 191-192]. La vanidad española alcanza a todas las clases sociales, también a las posaderas.

Muy por debajo de su condición, la escritora reproduce la escena que pudo observar en las cocinas de una posada en una descripción llena de desprecio hacia esas mujeres desgredadas, sucias y con la piel fea. Estas mujeres son el contrapunto de las damas españolas de alcurnia idealizadas por d'Aulnoy:

Je ne croy pas qu'on puisse mieux représenter l'Enfer, qu'en representant ces sortes de Cuisines, & les Gens que l'on trouve dedans ; car sans compter cette fumée horrible, qui aveugle & suffoque, ils sont une douzaine d'Hommes & autant de Femmes, plus noirs que des Diables, puants & sales comme des Cochons, & vêtus comme des Gueux. Il y en a toujours quelqu'un qui racle impudemment une méchante Guitarre, & qui chante comme un Chat enrroué. Les Femmes sont toutes échevelées, on les prendroit pour des Baccantes. Elles ont des Coliers de Verre dont les grains sont aussi gros que des Noix ; ils font cinq ou six tours à leur col, & servent à cacher la plus vilaine peau du monde [I, pp. 194-195]

En efecto, parece una imagen infernal en la que las mujeres se identifican con “bacantes”, poseídas por las malas intenciones; porque además “Ils sont tous plus Voleurs que des Chouettes, & ils

ne s'empresment à vous servir que pour vous prendre quelque chose" [I, p. 195]. Alrededor de la estufa, llenas de humo y con el acompañamiento musical de una malsonante guitarra, Madame d'Aulnoy parece estar describiendo a prostitutas o gitanas, más que a posaderas.

Fleuriot de Langle sí reconoce a los gitanos que tienen posadas en los caminos. En cambio retrata a una posadera que debió impactarle por su impresionante constitución. Así descrita, la convierte en una especie de fenómeno de la naturaleza o atracción de feria, como perteneciente a una raza distinta, de monstruosas dimensiones:

La Posadera, (l'hôtesse de Loeches) a des jambes prodigieuses ; jamais je n'ai vu de pareilles jambes ; je parie, quand on voudra et tout ce qu'on voudra, mettre ses bas par-dessus mes bottes. [p. 17]

El comentario de Fleuriot no va en principio más allá de la anécdota o la simple curiosidad, pero atribuye a esta posadera en concreto unos rasgos desproporcionados que, unidos a la imagen sucia y horrible que Madame d'Aulnoy recogió y exageró en su relato, contribuyen a establecer una representación de las posadas españolas y de los españoles y españolas que allí se encontraban en consonancia con la España atrasada, pobre y sucia.

El cuadro de Luis Paret titulado *Traje de Castilla o Ropa tendida* (figura 17) representa una escena interior en lo que parece ser una casa de pueblo o quizá una venta castellana. En una estancia algo oscura a pesar de la ventana abierta a la izquierda, destaca una cuerda con ropa tendida que la atraviesa de parte a parte. Debajo, dos hombres sentados en sillas de madera están comiendo y bebiendo, pero no tienen mesa y apoyan un plato sobre sus rodillas. Al lado del hombre de mayor edad, que viste como si viniera de la



Figura 17. *Traje de Castilla o Ropa tendida*. Óleo sobre tabla de Luis Paret. H. 1784. Palacio Real, Patrimonio Nacional, Madrid.

ciudad, hay una guitarra apoyada en la pared. El otro hombre viste con chaleco y lleva la cabeza cubierta, parece un campesino.

De pie a la derecha, una mujer observa a los dos hombres con los brazos cruzados sobre su regazo. Lleva una falda que le cubre los pies y un delantal, el pelo moreno recogido hacia atrás. Parece de compleción fuerte y destaca una expresión ceñuda en su rostro poco agraciado, con las oscuras cejas pobladas y juntas sobre los pequeños ojos oscuros que le dan un aire tosco y poco inteligente.

Peyron hace una completa descripción de las posadas españolas que no mejora mucho la imagen que dan sus antecesores, ya que siguen siendo incómodas aunque no insiste tanto en su suciedad. En su descripción destaca los hijos y las hijas de la posadera que suelen vestir de manera indecente, tan sólo con una camisa [p. 765]. Será Bourgoing el primer viajero que destacará que en España empiezan a encontrarse posadas decentes.

4.2. Campesinas y mujeres del pueblo

No se encuentran muchas referencias a mujeres del pueblo en los relatos de los viajeros, más preocupados por observar la vida en la ciudad. Los contactos que tienen con ellos son mínimos e imprescindibles, como en el episodio de las remeras vizcaínas que llevan en unas barquitas a Madame d'Aulnoy recién llegada a España. La escritora más bien parece describir a jóvenes vestidas con el traje regional que a remeras, pero le parecen sanas y con un físico admirable:

Ces filles sont grandes, leur taille est fine, le teint brun, les dents admirables, les cheveux noirs & lustrez comme du geais ; elles les nattent et les laissent tomber sur leurs épaules, avec quelques rubans

qui les attachent ; elles ont sur la tête un espece de petit Voile de Mousseline brodée de fleur d'or & de soye qui voltige & qui couvre la gorge ; elles portent des pendants d'Oreilles d'or et de Perles, & des Colliers de Corail ; elles ont des especes de Just'aucorps comme nos Bohémiennes, dont les manches sont fort serrées. Je vous assure qu'elles me charmerent. [I, pp. 30-31]

Altas, morenas y de talle fino, estas “belles Pyrates” de carácter fiero, son “plus farouches & plus à craindre que des petits Lions”, como puede comprobar la escritora por la reacción violenta que demuestran ante el atrevimiento de su cocinero gascón, que se acerca demasiado a una de ellas. Como consecuencia de su intento de conquista el pobre cocinero recibirá un fuerte golpe de remo de la pretendida remera y la furia de las demás, que casi lo ahogan.

Será Peyron el que más se fije en las mujeres campesinas, en su completo viaje que incluye la observación del campo y las gentes del pueblo. Así, en la costa de Cataluña las mujeres que se dedican a tejer “tienen la tez fresca y son, en general, muy bonitas, casi todas ocupadas en hacer encajes y blonda; por ese trabajo, suave y tranquilo, su belleza se conserva y se perpetúa” [p. 727]. Sin embargo, las mujeres que trabajan en el campo en el camino de Barcelona a Murviedro, a las que observa manejando la azada bajo el sol abrasador, no tienen esa belleza y esos colores lozanos [p. 733]. Peyron afirma que el duro trabajo en el campo, para el que sus manos no están hechas, no les permite conservar su belleza natural.

De este modo este viajero entronca con el discurso tradicional según el cual la mujer tiene una naturaleza frágil, por lo que le corresponde ocuparse de trabajos delicados como tejer o bordar, ya que si se dedica a trabajos más duros pierde su belleza. Otro aspecto que le parece curioso es la constatación de que en las

provincias más ricas en las que florecen el comercio, la agricultura y las artes, como es el caso de Cataluña, las mujeres del pueblo que pueden verse en los caminos van mal vestidas, “descalzas y sin medias” [p. 734], mientras que en otras regiones más pobres como Andalucía la gente del pueblo ofrece un mejor aspecto externo.

Bourgoing comenta una costumbre que le parece de gran delicadeza pero a la vez repulsiva. En sus viajes ha observado a grupos de gente del pueblo de Castilla que sentados al sol, entretienen su pereza matándose los piojos. Según él esta costumbre es una demostración de afecto que a menudo se da entre enamorados, mucho menos refinada que los besos que, por el contrario, no está bien visto dar en público, ni siquiera en el teatro.



Figura 18. *Vista de Fuenterrabia*. Ca. 1784/1789. Óleo sobre lienzo de Luis Paret. 44 x 56 cm. H. 1785-1788. Bilbao. Museo de Bellas Artes.

Al margen de estos comentarios fugaces, las campesinas no parecen atraer el interés de los viajeros; muy probablemente no llegaron nunca a conocerlas bien. Quizá por este desconocimiento de la gente del campo que también caracterizaba a los españoles de ciudad, poco habituados a ir al campo, era posible observar cuadros como *Vista de Fuenterrabia*, de Luis Paret (figura 18), en la que se ve una escena campestre idealizada en la que un grupo de campesinos parecen estar descansando en un pequeño promontorio. Los dos hombres están en el suelo, hablando, y las dos muchachas vestidas con sencillez pero con gracia, con largas faldas y los cabellos recogidos por una cofia, parecen más preocupadas por espiar al remero que acompaña a otro grupo de paseantes que están cerca, en unas barcas.

4.3. Gitanas y majas

Tanto las gitanas como las majas se popularizaron a través del teatro, como personajes de sainete genuinamente nacionales que gustaban mucho al público. Bourgoing pudo comprobarlo al asistir a una representación de comedia; pero los originales de estos personajes ¿existían realmente?

Los viajeros encuentran grupos de gitanos por los caminos; Fleuriot dice que muchos de ellos tenían posadas, en lo que coincide Peyron. Fleuriot se pregunta por qué los españoles los toleran. En realidad, la existencia de los gitanos en España no siempre fue bien aceptada, y hubo diversos intentos de expulsarlos del país. Su cultura nómada además de hacer difícil el control de esta población “resultaba inadmisibile para el orden ilustrado, por lo

que fueron duramente tratados por la legislación”²³², especialmente por la Pragmática de 1745, que provocó el encarcelamiento de diez o doce mil gitanos en julio de 1749, sobre todo en Andalucía. En 1783 otra Pragmática pretendía reintegrar a los gitanos a la sociedad, estableciendo brutales penas a los que contravinieren la disposición. Sin embargo siguieron viviendo en España en mayor o menor número según las épocas.

El autor del *État politique, historique et moral...* destacaba a los gitanos como un pueblo de costumbres y lenguaje especiales, de piel oscura y peculiar forma de vida; “ils sont presque tous grands, bien faits et très robustes. Les Hommes sont voleurs et les Femmes libertines” [p. 487]. Su forma de vida nómada, tan diferente, es probablemente lo que le hace pensar que las gitanas llevan una vida sexual desordenada.

Este supuesto “libertinaje” utilizado en el sentido de libertad sexual de las gitanas será discutido por Fleuriot, que toma como referencia el viaje de Baretti²³³: “quand il y dit que toutes les Bohémiennes sont catins, M. Baretti est injuste, ou piqué, ou mal instruit” [p. 68]. En efecto, da la impresión de hablar por la propia experiencia al afirmar que estas mujeres no son unas santas, lo que a su entender se puede comprender por los albergues de mala reputación en los que viven y por la influencia del clima que hace difícil contener los impulsos. Pero hay que tener paciencia para

²³² Véase el artículo de Morales Moya, Antonio, “Política social”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España, op. cit.*, pp. 248-296.

²³³ El viaje Baretti, Giuseppe, *Lettere familiari di Giuseppe Baretti ai suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amadeo*, Milano, 1761, 2 vol, fue traducido al francés por Henri Rieu como *Voyage de Londres à Gênes par l'Angleterre, le Portugal, l'Espagne et la France*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1776, 4. vol.

conseguir sus favores y si el caballero no les gusta, no hay nada que hacer.

Dans un auberge où la vertu est un état violent, dans un climat qui rend par sa chaleur les mœurs difficiles, les Bohémiennes assurément ne sont point des religieuses, mais il faut des soins, il faut du temps pour obtenir tout d'elles. Il faut leur plaire, surtout.

En disant que les Bohémiennes sont très jolies, que leur sein est d'une blancheur éblouissante, M. Barette dit vrai, dommage seulement qu'elles le cachent, qu'elles se coiffent et s'arrangent mal. Point de contraste plus frappant qu'une jolie femme, mal coiffée, mal vêtue ; j'aimerais mieux qu'elle n'eût rien sur la tête, que ses cheveux fussent épars, et qu'elle fût toute nue. [pp. 68-69]

A pesar de ser bonitas se peinan y se visten mal, por desgracia. Claramente, Fleuriot preferiría verlas desnudas y con el pelo suelto.

Bourgoing afirma que los gitanos llevan una vida escandalosa y viven de la picaresca; sin embargo, se los presenta en el teatro como personajes originales, asociando el vicio y la alegría: “Leurs escroqueries, leurs complots, leurs intrigues amoureuses, dignes de leurs mœurs, sont le sujet de plusieurs *Saynetes* et de plusieurs *Tonadillas*, et l'école à laquelle se forme plus d'un spectateur” [II, p. 366].

Las majas por el contrario fueron un personaje que nació en la comedia y se trasladó a la vida real, imitadas por mujeres de los estratos altos de la sociedad como afirmación de lo nacional frente a las influencias extranjeras. Así ve el viajero a estas majas:

Elles semblent se faire une étude de l'effronterie. La licence de leurs mœurs s'annonce dans leurs attitudes, dans leur démarche, dans leurs propos ; et c'est lorsque la luxure se revêt en elles des formes les plus

lubriques, que toutes les épithètes qu’inspire l’admiration leur sont prodiguées. Voilà le côté fâcheux du tableau. Mais si l’on apporte aux scenes où figurent les *Majas* des dispositions peu scrupuleuses ; quand on s’est familiarisé avec une manière d’être si peu conforme aux vertus de leur sexe, aux moyens bien plus sûrs d’inspirer des sentimens au nôtre, on voit en elles les plus séduisantes prêtresses qui aient jamais desservi les autels de Vénus. Leurs impudentes minauderies ne sont plus que des agaceries piquantes qui portent dans les sens un désordre dont le plus sage a bien de la peine à se défendre, et qui, si elles n’inspirent pas amour, promettent du moins le plaisir. [II, pp.346-347]

Desvergüenza y libertinaje, voluptuosidad, seducción, provocación, promesa de placer: todo eso atribuye Bourgoing a estas risueñas majas, pero no amor verdadero. A sus ojos estas mujeres pertenecen al terreno de lo sexual frente al verdadero amor. Sin llegar a caer en una crítica moralista explícita, es evidente que el autor las incluye, al igual que a las gitanas, en la lista de mujeres “diabólicas” frente a las “angelicales”.

Las escenas de majos de la época que pueden encontrarse en cuadros y grabados reflejaban no sólo su vestimenta sino sus actitudes despreocupadas y lúdicas. De este modo, en el grabado titulado *La gallina ciega* (figura 19) se ve a un grupo de majos que se divierte en una jornada campestre. Uno de los tres muchachos lleva los ojos vendados e intenta coger a las dos majas que huyendo divertidas han dejado caer su abanico. Ellos llevan el típico vestido de majo elegante, con todo tipo de borlas y adornos, calzones cortos y medias. En la cabeza llevan cofias largas por detrás, y se han quitado los anchos sombreros llamados monteras y las capas que están en el suelo.

Las dos majas llevan unos trajes muy recargados de cintas y encajes, faldas bastante cortas de colores y peinados recogidos por



Figura 19. *La gallina ciega*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Colección *Escenas de majos*. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

detrás por unas cofias. Uno de los majos aprovecha la confusión del momento para decirle algo a una de las chicas, con la rodilla en tierra y parapetándose en su sombrero.

4.4. Prostitutas y “damas de dudosa virtud”

No parece que en el siglo XVIII la prostitución fuera en España una actividad llevada en secreto, ya que los viajeros parecen tener fácil ocasión de encontrar mujeres públicas. En España ya desde el siglo XVI se había intentado regular estas actividades por la ley, reduciéndolas a lugares cerrados en los que poder controlar los ingresos por parte del Estado, a la vez que se atenuaban sus

consecuencias para la moral y el orden público. La prostitución era un mal, pero un mal necesario y útil²³⁴.

Ya comentamos que en la pragmática de 1637 que pretendía regular el uso de los guardainfantes se prohibía utilizarlo a las mujeres “excepto las mugeres que, con licencia de las Justicias, públicamente son malas de sus personas, y ganan por ello”²³⁵. Seguían existiendo intentos de control, pero seguían viéndose prostitutas en las calles. Los intentos de erradicar estas actividades dentro del proyecto de reformismo social del XVIII español se integraban en la voluntad de terminar con la pobreza y la mendicidad, graves lacras de la sociedad española, y se llevaron a cabo actividades y proyectos para acoger a estas mujeres, como la fundación de la Casa de la Galera en Cádiz que pretendía reformar a las prostitutas gaditanas²³⁶.

Así, en la época del relato de Madame d’Aulnoy existían casas que acogían a estas mujeres, pero los intentos de recluirlas con métodos casi carcelarios no daban buenos resultados:

Il y a des maisons destinées pour mettre les femmes qui ont une mauvaise conduite, comme sont à Paris les Madelonnettes. On les traite avec beaucoup de rigueur, et il n’y a point de jour qu’elles n’ayent le foüet plusieurs fois. Elles en sortent au bout d’un certain tems, pire qu’elles n’y sont entrées, et ce qu’on leur fait souffrir ne les corrige pas. Elles vivent presque toutes dans un certain quartier de la Ville où les Dames vertueuses ne vont jamais. [III, pp. 527-528]

²³⁴ Véase el artículo de Serrana Mercedes Rial “El control de la prostitución en el siglo XVIII compostelano” en Canterla, Cintia (ed.), *La mujer en los siglos XVIII y XIX. VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad, 1994, pp. 331-338.

²³⁵ Sempere y Guariños, *op. cit.*, p. 124.

²³⁶ Rial, Serrana Mercedes, “El control de la prostitución en el siglo XVIII compostelano”, *op. cit.*, pp. 333-337.

Todos los viajeros coinciden en asociar inevitablemente la imagen de las prostitutas españolas a la enfermedad: “des femmes si dangereuses pour la santé, qu’il faut avoir une grande curiosité pour se résoudre de la satisfaire avec de pareils risques” [III, p. 449], comenta Madame d’Aulnoy. Sin embargo esta misma autora refleja la costumbre de los jóvenes de tener una amante o *amancebada*, “une Maistresse concubine”, como algo habitual en aquel momento. En su opinión esta costumbre es causa de desgracias para las familias, a las que afecta económicamente por los gastos excesivos que estas mujeres exigían de parte de sus amantes.

No menos severa es Madame d’Aulnoy al criticar a las comediantes, “Dames d’une médiocre vertu” indiscretas y exhibicionistas de sus amoríos con grandes señores de la corte, con los que conversan libremente en el teatro, en una zona de anfiteatro llamada *cazuela*. No comprende la escritora esta exhibición pública que todos toleran y aceptan como algo normal. Menos aún los gastos que acarrear a sus amantes, preocupada siempre la escritora por la economía familiar, ya que “l’on laisseroit plutôt périr toute sa maison de faim et de soif, que de souffrir qu’une gueuse de Commedienne manquât des choses les plus superfluës” [III, p. 391].

Pero ¿cómo son estas mujeres? El autor del *État politique, historique et moral...* con su característico tono negativo y antiespañol las describe así: “Les femmes de mauvaise vie sont malpropres, maussades et empoisonnées” [p. 479]. Este veneno no es otro que la sífilis, enfermedad que se propaga sin cesar porque los españoles no saben curarla: “Cette cruelle maladie qui attaque l’espece humaine dans son principe est une cause afreuse de dépopulation en Espagne”, se lamenta el autor. Extendida por todas partes, en el campo y en la ciudad, es causa de gran cantidad de muertes y se

conserva dentro de las familias, y es una de las peores consecuencias de las relaciones con prostitutas y damas “de dudosa virtud”.

Ya Madame d’Aulnoy había dado una versión parecida: los niños se contagiaban de sus nodrizas, y era necesario sangrar a los niños y a las mujeres muchas veces para intentar salvarlos. Pero en general las personas infectadas no se preocupaban demasiado por intentar curarse, incluso en la corte era un mal común [III, pp. 449-450].

La visión que da Fleuriot de la situación no es mucho más alegre: las prostitutas (“catins” o “courtisanes”) seducen con sus grandes ojos y su boca también grande, blanca y rosa. Pero son morenas de piel y tienen el pelo negro, la frente pequeña, la nariz de trazo poco regular: son mujeres malas, del lado oscuro. Prometen placer, pero lo que transmiten es la enfermedad:

Courtisanes

Dès que la nuit commence, douze à quinze cents catins s’emparent des rues et des promenades de Madrid.

Teint brun, jolis pieds, petit front, cheveux noirs, grands yeux, nez de chiffon, grande bouche bien bordée, bien blanche, bien coupée, bien rose, joli son de voix, vous séduit ; vous succombez ; vous montez, et vous sortez, dit-on, malade. [p. 35]

Era este “le present de nôces qu’un Espagnol fait à sa femme” según Madame d’Aulnoy, regalo que además de afectar seriamente a la salud conllevaba otras consecuencias desastrosas: el enorme gasto que provocaba la enfermedad al tener que pagar con un traje nuevo cada sangría de la amante. La manera de afirmarlo, con tanta seguridad y precisión, resta sin embargo credibilidad al dato:

Il est aisé de juger par tout ce que je vous ai dit, que c'est le present de nôces qu'un Espagnol fait à sa femme, et bien que l'on se marie, l'on ne quite point sa Maistresse, quelque dangereuse qu'elle puisse estre. Toutes les fois que ces Maistresses se font saigner, leur Amant est obligé de leur donner un habit neuf complet, et il faut remarquer qu'elles portent jusques à meuf ou dix jupes à la fois, de maniere que ce n'est pas une mediocre dépense. [III, p. 450]

Lo que sí parece cierto es que las sangrías femeninas eran frecuentes, como remedio que servía para intentar atajar cualquier enfermedad. También Peyron comentaba la afición de las mujeres a la sangría, “Hay pocas mujeres que por precaución, no se hagan sangrar dos o tres veces al mes” [p. 884], aunque el autor evitaba discretamente ofrecer al lector la razón de esta costumbre.

A finales de siglo Bourgoing también comenta escandalizado las proporciones que alcanza en el país lo que él llama horrible regalo del Nuevo Mundo al antiguo, que hacía que los extranjeros prudentes rechazaran aun a su pesar a las encantadoras y atractivas españolas, ante la perspectiva de tan fatales consecuencias:

Oui, la dépravation en ce genre est poussée en Espagne jusqu'au scandale ; et souvent le sexe destiné par la nature à attendre le plaisir, le provoque avec effronterie. Il n'est pas rare de recevoir par écrit l'expression des désirs qu'on a inspirés à son insu, et la licence n'est pas corrigée par les affreux résultats qui l'expient. Cet horrible présent que le nouveau monde a fait à l'ancien est devenu en Espagne le patrimoine de familles entières. [II, pp. 313-314]

Sin embargo, en lo que se refiere a la prostitución, bastante extendida en España, le parece mejor disimulada que en otros países, controlada por la policía que les obliga a ocultarse. si bien las ocasiones de comprar placeres son frecuentes, “du moins la

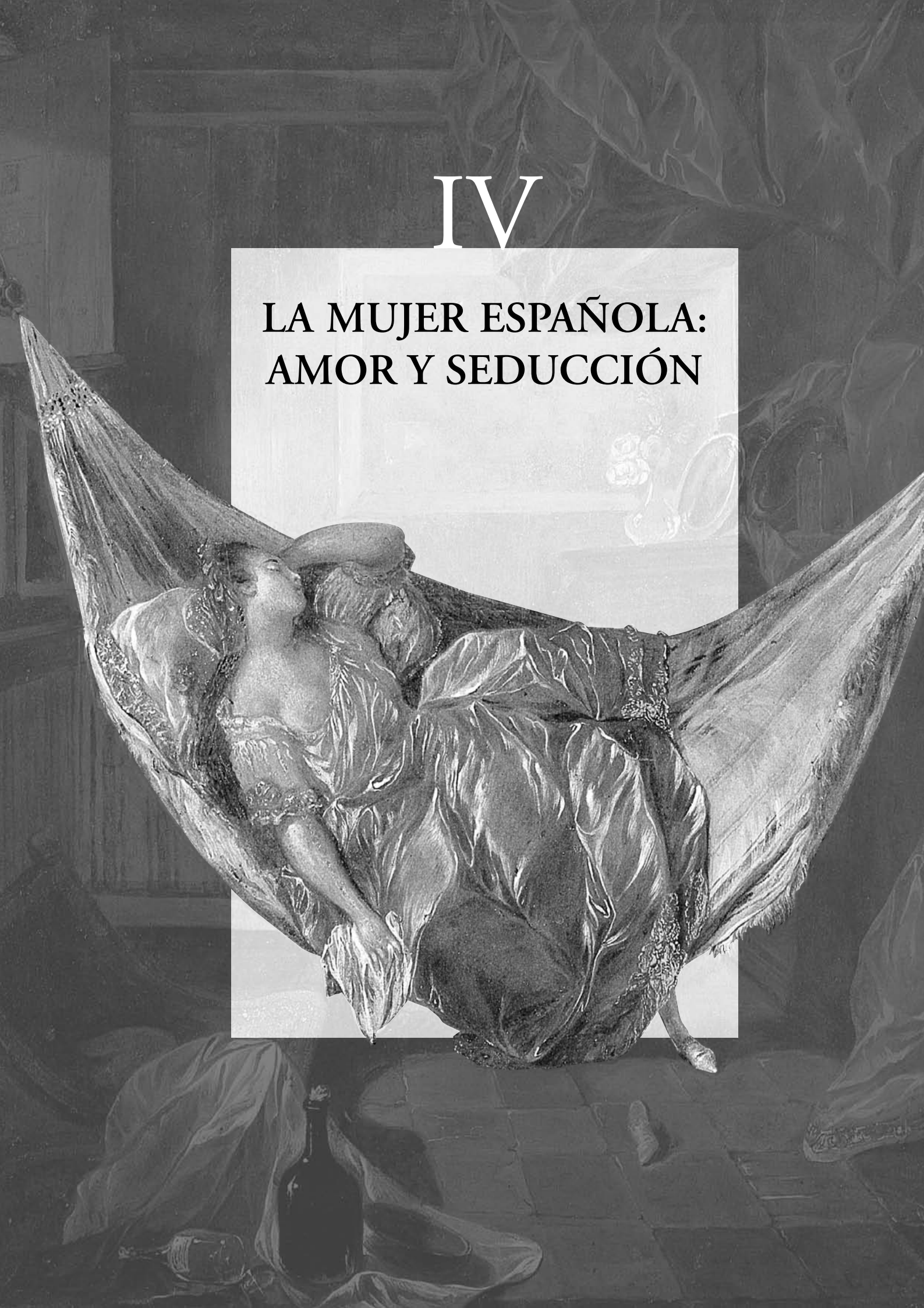
prostitution n'a ni la même publicité ni la même impudence que dans d'autres pays" [II, p. 315], y la discreción caracterizaría a las cortesanas que mantienen relaciones con ricos señores.

Esta situación descrita por Bourgoing se aleja bastante de la que comentaba Madame d'Aulnoy un siglo antes con su punto de vista moralizante, donde la discreción y el pudor no parecían ser constantes en el desarrollo de relaciones de este tipo. Pero con o sin la exhibición pública, la existencia de las relaciones de caballeros y grandes señores de la corte con prostitutas y el mantenimiento de *amancebadas* eran para todos evidentes. Su aceptación general entre los graves españoles es lo que sorprende a los viajeros y les hace dar continuidad al lugar común de la vida disipada y el desenfreno extendido en la sociedad española del XVIII.

Indudablemente hay algo en la española que atrae: su forma de comportarse con el sexo opuesto, sus extraños comportamientos amorosos, sus actitudes devotas, su forma de amar, todos estos aspectos en los que ellas parecen centrar todos sus esfuerzos. Veamos ahora cómo reflejan los viajeros a esta mujer dinámica, cómo se relaciona con los hombres y qué es lo que realmente seduce al viajero.

IV

LA MUJER ESPAÑOLA: AMOR Y SEDUCCIÓN



[1.]
**De los espacios de reclusión a los espacios
de sociabilidad**

Tras haber analizado los rasgos con los que los viajeros caracterizan sus representaciones de las mujeres españolas, nos centramos en este capítulo en la observación de la española en movimiento. La española seduce no sólo por su apariencia externa, sino que los viajeros observan en sus actitudes y comportamientos frente a los hombres unos rasgos característicos, tan diferentes de lo que ellos conocen, que todos ellos coinciden en reflejarlos en sus relatos. De manera que la imagen de la mujer española conecta irremisiblemente con el amor y la seducción, ya que este parece ser el aspecto donde más destaca y que define su esencia.

Pero llegados a este punto, a la constatación evidente de que es la manera de amar y seducir de las españolas lo que llena en gran medida las páginas de los relatos dedicadas a ellas, cabe preguntarse si las españolas se distinguen realmente por encima de todas las demás mujeres en el amor y la seducción, o si lo que ocurre es que su forma de relacionarse con los hombres, sus costumbres y usos amorosos eran tan diferentes del resto de las mujeres de la época, y de las francesas en particular, que consiguieron llamar

poderosamente la atención de los viajeros-escritores, fascinados de nuevo por lo exótico, lo diferente.

En cualquier caso, como lectores asistimos indudablemente a una verdadera relación de seducción entre la española y el viajero, que sensibilizado por sus encantos comienza a descubrir en ella esta nueva faceta. Faceta que se desarrolla ante sus ojos por medio del poder de sus propias armas de seducción y de la puesta en marcha de estrategias que combina magistralmente con la observancia estricta de sus obligaciones religiosas y, en la mayoría de las ocasiones, con la existencia de un marido.

Pero ¿es la española una auténtica seductora? Nos planteamos la cuestión para intentar dilucidar hasta qué punto esta mujer que fascina al viajero es consciente de su propio poder de seducción, es decir, si podemos considerarla una verdadera seductora en el sentido que Baudrillard atribuye a la seducción, al afirmar que “Toda seducción consiste en dejar creer al otro que es y sigue siendo el objeto de deseo, sin caer ella misma en esta trampa”²³⁷.

Ya hemos visto cómo la mujer española en los textos de los viajeros se movía sobre todo en un espacio eminentemente cerrado, como venía ocurriendo durante siglos. No obstante la mujer urbana, recluida en la casa, va buscando el modo de salir, de relacionarse. Al margen del hogar, sólo le queda cumplir con sus obligaciones de católica y asistir a los oficios religiosos. Este deber es la excusa perfecta para encontrar una libertad momentánea, una vía de escape. No olvidemos que a los ojos de los viajeros la española es innatamente fogosa, ardiente y pasional, y necesita dar salida a toda esa fuerza interior que va a proyectar en un enamorado, un amante.

²³⁷ Véase el ensayo de Baudrillard, Jean, *De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1989, en especial el capítulo titulado “La efigie de la seductora”, pp. 83-93. La cita es de la p. 84.

Del mismo modo, la asistencia a espectáculos públicos, como fiestas y corridas de toros, permiten que la mujer española se muestre en el exterior, vea y se deje ver, creando situaciones que proporcionan las ocasiones para entablar relaciones secretas con el sexo opuesto. Los españoles aman las fiestas, y acuden en masa, propiciando situaciones de encuentro.

Los paseos al aire libre en lugares destinados a tal fin, en los que los participantes asumen unos códigos de comportamiento conocidos por todos ellos, representan otro de los espacios de encuentro que los viajeros observan extrañados, muchas veces porque no conocen esos códigos necesarios para entrar en el juego.

1.1. La iglesia como espacio de encuentro: procesiones y ceremonias religiosas

Tout le monde sçait que les femmes Espagnolles de quelque distinction qu'elles soient, ne sortent gueres de chés-elle, que pour aller aux Eglises & à ces pelerinages de dévotion, dont elles ont trouvé le secret d'augmenter le nombre tant qu'elles ont pû ; & qui leur sont d'autant plus agreables, qu'ils sont éloignées de leurs maisons. [pp. 394-395]

Así avanza Labat la afición de las españolas a asistir a los oficios en la iglesia y a las procesiones, que prefieren lo más alejadas de sus casas que sea posible. Protegidas por el aura de la buena cristiana, las ceremonias y fiestas religiosas les sirven de coartada perfecta para relacionarse, para mezclarse con el mundo exterior. A los ojos de los observadores de la época, el resultado suele ser una mezcla asombrosa de lo sobrenatural y lo mundano, de la devoción y lo humano, difícil de entender para alguien no iniciado. También

el Marquis d'Argens subrayaba que “Une mere accompagne sa fille, un mari son épouse, aux spectacles: mais, les femmes vont seules au temple; et, sous ombre de piété, l'amour trouve à se récompenser de sa contrainte”²³⁸.

El carácter festivo y espectacular de las ceremonias religiosas en España llega a su punto culminante en la celebración de la Semana Santa, la conmemoración de la pasión y la muerte de Cristo. Para la Iglesia católica es un tiempo de tristeza, de penitencia, de compunción. El sentimiento que provocan las procesiones de los disciplinantes en la Semana Santa durante la visita de Labat a Cádiz es otro muy diferente:

En effet, quel sentiment de componction peut produire dans un homme un peu sage, une troupe de Pénitens chargés de rubans & de dentelles, qui se foüettent en cadence & par mesure, & qui redoublent les coups sous les fenêtres de leurs maîtresses ; ou qui aspergent de leur sang les belles qu'ils rencontrent dans les Eglises, ou dans les ruës, qui dans ces occasions ont soinde se détaper, c'est-à-dire, de se découvrir le visage. [pp. 282-283]

La puesta en escena de estos penitentes azotándose rítmicamente hasta hacer correr su propia sangre, todo ello bajo la mirada atenta de las mujeres, más bien podría parecer, a los ojos del religioso francés recién llegado de las Antillas, como sacada de un rito pagano, más próximo a los rituales de los nativos de las colonias de las que acababa de llegar. Yendo aún más lejos, se diría que en esta representación las mujeres se muestran como vampiras sedientas de la sangre de sus amantes, a cara descubierta. En

²³⁸ *Lettres juives ou Correspondance philosophique, historique et critique entre un juif voyageur et ses correspondans en divers endroits*, reprod. de la ed. de la Haye, P. Paupie, 1738, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>, p. 185.

cualquier caso, resulta cuanto menos sorprendente esta ceremonia sangrienta que, bajo la coartada de la devoción, excita pasiones mucho más terrenales.

El rito de la flagelación, que forma parte de la historia espiritual del cristianismo a imitación de los suplicios sufridos por Jesucristo en la Pasión, es utilizado en este sentido para redimir los pecados de los penitentes que se dan la disciplina. Sin embargo esta práctica expiatoria se asimila también al placer erótico, como método para excitar la libido²³⁹.

Madame d'Aulnoy coincide en su descripción de la crueldad de las procesiones de Semana Santa en Madrid en un sentimiento de asombro y estupor no exento de fascinación al contemplar las escenas de lo que a sus ojos se convierte en un galanteo sangriento:

C'est une chose bien desagréable, de voir les Disciplinans. Le premier que je rencontray, pensa me faire évanouir : je ne m'attendois point à ce beau spectacle, qui n'est capable que d'effrayer ; car enfin, figurez-vous un homme qui s'approche si près qu'il vous couvre toute de son sang ; c'est là un de leurs tours de galanterie [...] ils se font des écorchures effroyables sur les épaules, d'où coulent deux Ruisseaux de Sang ; ils marchent à pas comptez dans les ruës ; ils vont devant les Fenêtres de leurs Maîtresses, où ils se fustigent avec une merveilleuse patience. La Dame regarde cette jolie Scene au travers des jalousies de sa Chambre, & par quelque signe elle l'encourage à s'écorcher tout vif, & elle luy fait comprendre le gré qu'elle luy sçait de cette sottie galanterie. Quand ils rencontrent une Femme bien faite, ils se frappent d'une certaine maniere qui fait ruisseler le Sang sur elle ; c'est

²³⁹ En cuanto al tema de la flagelación y sus connotaciones eróticas, véase el capítuloVII “La sexualisation de la flagellation” en Dupouy, Alexandre, *Anthologie de la fessée et de la flagellation*, Paris, La Musardine Poche, 2002. Véase asimismo Vandermeersch, Patrick, *La chair de la passion. Une histoire de la foi: la flagellation*, Eds. Du Cerf, 2002.

là une fort grande honnêteté, & la Dame reconnoissante les en remercie. [III, pp. 304-306]

El papel de la mujer en estas procesiones de flagelantes es el de observadora y en cierto modo promotora, puesto que como hemos visto en ocasiones llega a excitar la furia de los penitentes. La española se transforma en estos momentos en una mujer castigadora y perversa. No obstante, no tiene el papel protagonista; la procesión de Semana Santa es para los hombres, y el espacio femenino se traslada a la zona más exterior de la casa, aunque sin salir de ella. La mujer española se exhibe en los balcones: como indica d'Aulnoy, "Toutes les Dames sont aus Fenêtres avec des Tapis sur les Balcons, & des Flambeaux attachez aux côtez, pour mieux voir, & pour être mieux vûes" [III, p. 308]. Ver y dejarse ver, gustar y disfrutar de la representación; las damas también forman parte del espectáculo.

[...] le Vendredy Saint ils se rendent tous à la Procession. Il n'y en a qu'une generale dans la Ville, composée de toutes les Paroisses, & de tous les Religieux. Ce jour là, les Dames sont plus parées qu'à celui de leurs Nôces ; elles se mettent sur leurs balcons, qui sont ornez de riches Tapis, & de beaux Carreaux, elles sont quelquefois cent dans une seule Maison. [III, p. 315]

Esta costumbre de coquetear desde los balcones en la procesión de Semana Santa la encontramos de nuevo reflejada en un relato de finales de siglo, el de Peyron, sorprendido por el contraste entre la seriedad de la procesión y la alegre actitud de las mujeres:

Los ayes de los transeúntes, el incienso que ardía, el ahogo de los portadores, y las figuras trasladadas, daban a la ceremonia mucha menos pompa que horror y tristeza. Sin embargo, las mujeres, coqueteando son sus más ricas galas y una mantilla de blonda que

nada deja perder de la belleza de su talle y de su rostro engalanaban las ventanas y los balcones de sus casas y no parecen tomar parte ninguna en la terrible y sombría ceremonia, tan alegres y gozosas van. [p. 883]

Como si fueran muñecas o meros objetos de lujo, Peyron las describe como si pertenecieran a un mundo aparte, a otra dimensión donde lo único que importa es la exhibición personal con el objetivo de encontrar un posible amante o enamorado; lo que importa es el espectáculo, más que las razones que hay detrás de él.

En 1797 Bourgoing sigue reflejando la sangrienta escena de la procesión de flagelantes, que sin embargo pone en boca de una tercera persona que le habría contado la escena. En ella una hermosa joven se acerca a la ventana enrejada con un vestido blanco. Al paso de la procesión, se deja cubrir por los regueros de sangre de los penitentes: “Elle semblait se délecter en voyant ses vêtements trempés de cette affreuse rosée [...] je supposerai, si l’on veut, que la galanterie jouait un rôle dans cette oeuvre de pénitence” [II, p. 288]. Aunque sospechamos, como Elena Fernández Herr, que en estas muestras de devoción casi sado-masoquistas habría cierta exageración y gusto morboso por parte del viajero francés²⁴⁰. Especialmente debido a que como documenta Patrick Vandermeersch, en 1777 Carlos III había prohibido tales exhibiciones sangrientas invitando a adoptar formas más racionales y discretas de penitencia. Aunque es cierto que tal prohibición debió ser repetida constantemente en el tiempo, conservándose no obstante en los conventos en épocas de represión religiosa, y aun hoy día estas costumbres no han desaparecido completamente en España²⁴¹

²⁴⁰ Fernández Herr, Elena, *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823, op. cit.*, pp. 98-99.

²⁴¹ Véase Vandermeersch, Patrick, *op. cit.*, pp. 218-219.



Figura 20. *Majas en el balcón*. Óleo sobre tela de Francisco de Goya. Hacia 1805. Nueva York, Metropolitan Museum.

En estas escenas el universo sadiano, caracterizado por lo que se ha llamado “sádico” no deja de estar presente, aunque de modo implícito, en las descripciones de las procesiones descritas por los viajeros. La satisfacción que asoma en el rostro de las mujeres, al ver las prácticas de flagelación de sus amantes no puede más que evocar cierta dosis de *sadismo*. Ya sabemos que en las novelas del *divino marqués*, la flagelación ocupa un lugar privilegiado en la escala de suplicios infligidos a las víctimas²⁴².

Del mismo modo que estas mujeres que observan el paso de la procesión se exhiben las dos mujeres con mantilla y amplios escotes del cuadro de Goya titulado *Majas en el balcón* (figura 20), que aparecen sentadas tras la barandilla mirando fijamente hacia un mismo punto, al mismo tiempo que se inclinan una hacia la otra como para poder cuchichear mejor. La maja de la izquierda está indicando algo a su compañera con su mano derecha. Detrás, en segundo plano, dos corpulentos embozados las observan descaradamente, uno de ellos cubierto hasta la nariz.

En verano, la procesión más importante era la del Corpus, en la que tampoco desfilaban mujeres; el calor permitía lucirse de

²⁴² En este sentido, es necesario aludir al personaje de Clairwill en *Histoire de Juliette* (1797), quien teoriza en torno a la flagelación. Dice el citado personaje que “Il n’est point de passion plus délicate, il n’en est point qui enflamme plus certainement tout mon être” (t. III, Pléiade, 1998, p. 430). Claro está que se trata de torturar hasta que la víctima sangre. Michel Delon, en su edición de las Obras de Sade, señala en una nota las fuentes de Sade sobre el tema. Al parecer, el autor copia la introducción de Mercier de Compiègne en su introducción al tratado latino de J. H. Meibomius (*De l’utilité de la flagellation dans la médecine et dans les plaisirs du mariage*; traducción de 1795). También Brantôme, autor francés del siglo XVI, en su tratado *Recueil des dames, poésies et tombeaux*, alude a dichas prácticas, aspecto que recoge Mercier de Compiègne. Véase Michel Delon, édition établie par, avec la collaboration de Jean Deprun, Sade, *Œuvres*, t. III, note 1 et 2, pp. 1442-1444.

otra manera, mostrando sus mejores galas, y el carácter festivo de esta ceremonia la volvía mucho más alegre y luminosa:

Toutes les Dames prennent ce jour-là leurs habits d'Été ; elles sont très-parées sur leurs balcons, elles y tiennent des corbeilles pleines de fleurs, ou des bouteilles remplies d'eau de senteur, et elles en jettent lorsque la Procession passe. [III, p. 423]

Las procesiones eran pues actos públicos que permitían asomarse al exterior, y dejarse ver. Pero es la iglesia el lugar que permite desplazarse para escuchar la misa o confesarse, sin la vigilancia del marido o del padre. Un lugar oscuro, silencioso, en el que la atmósfera de santidad parece alejar los malos pensamientos. La costumbre de ir a la iglesia, que las mujeres devotas debían respetar, aunque algunas damas de alcurnia estaban dispensadas por tener su propia capilla dentro de la casa, convertía este espacio en un lugar femenino, donde poder moverse con la libertad que procuraba una vestimenta que permitía el anonimato casi total.

Labat observaba los movimientos de las españolas una vez dentro de la iglesia. Formando una especie de clan, se colocaban todas juntas, y su forma de cuchichear y de moverse parecía desvelar una complicidad en la consecución de sus objetivos; era difícil, o a él se lo parecía, seguir con la vista a una de ellas sin riesgo de equivocarse:

[...] elles se levent cinq ou six ensemble comme de concert, parlent debout, changent de place, se rassoient, se relevent, de maniere que tous ces mouvemens interrompus, joints à l'uniformité des habits, & l'obscurité des Eglises, font prendre aisément le change, & perdre de vuë la personne qu'on veut observer, & suivre. [p. 397]

Al referirse a este extraño maridaje entre lo irreconciliable, devoción y amor extraconyugal, Carmen Martín Gaité pone el acento en lo que le parece la aplicación por parte de las mujeres de una especie de ley de compensación entre la virtud y los defectos²⁴³. En efecto, por una parte, las mujeres españolas necesitaban sentirse protegidas por alguna ley o costumbre conocida, por alguna formalidad que no las alejara de la norma social de la época y las separase del grupo; por otra, su comportamiento tendía a alejarse de esa norma aceptando cualquier novedad opuesta a la tradición, buscando cubrir el vacío y el aburrimiento de su vida de casadas. La observación escrupulosa de los deberes religiosos no sólo tendría como objetivo facilitar el engaño o evitar el escándalo, sino también, de modo intuitivo o supersticioso, servir de compensación virtuosa frente a un comportamiento claramente marcado por el vicio.

Así, Labat observa que cuando las mujeres gaditanas van a la iglesia, lo que a su entender equivale a ir de paseo, se visten de manera que no se las puede reconocer fácilmente, y este *andar tapada* les permite mostrarse en todo su descaro:

[...] il y a une petite Chapelle de Nôtre-Dame de bon Voyage dans la même Isle de S. Sebastien, en voilà plus qu'il n'en faut pour faire bien promener les femmes de Cadis. Elles ont toutes des prétextes pour y aller, & le plus souvent c'est toujours le meilleur pour elles. Celles qui ont des carosses, n'ont garde de s'en servir. Le pelerinage n'auroit pas tant de merite. Elles y vont à pied, & vêtues toutes d'une maniere si uniforme, qu'il est impossible de les reconnoître [...]

Je ne sçai si c'est la pudeur, qui leur a fait inventer cet habillement. Si cela a été dans le commencement, il s'en faut bien qu'elles s'en servent à present pour le même sujet [...] elles se croyent tout permis sous ce masque. [pp. 395-396]

²⁴³ Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España, op. cit.*, pp. 193-195.

Ir a la iglesia favorece pues el anonimato y también, esto es lo más importante, permite a las mujeres ir solas o en pequeños grupos, pero siempre sin la vigilancia masculina. Un viajero libertino de la época como lo fue Casanova acude a una iglesia para elegir a una mujer que lo acompañe a bailar el fandango; allí la encuentra sola, y puede seguirla hasta su casa²⁴⁴.

El templo es el lugar para poner en juego toda la astucia y complicidad femenina, para calmar su ansia de libertad dominada durante años de encierro. El recinto de la iglesia las ponía al amparo de cualquier sospecha, aunque en el siglo XVIII era patente la vinculación entre la galantería y la ocasión que para ella proporcionaban las ceremonias religiosas; así ocurría, como hemos visto, en las procesiones de Semana Santa. Los templos se habían convertido en teatros para la exhibición y la tertulia, con lo que los ritos y oraciones motivo de la ceremonia se vaciaban de su contenido²⁴⁵. Pero incluso si un marido imaginaba que la iglesia era el pretexto que su mujer tenía para otras ocupaciones menos santas, difícilmente podía impedirle ir a ella, arriesgando la salvación de su alma.

Esta hipocresía que se manifiesta en la observancia de los ritos y ceremonias religiosas como pretexto para acceder a todo lo contrario del propósito inicial de los mismos, la búsqueda de la virtud y la perfección cristiana, demuestra una religiosidad mal

²⁴⁴ Véase el encuentro de Casanova con doña Ignacia en una iglesia de Madrid en el capítulo XII del volumen 10 en Casanova de Seingalt, Jacques, *Histoire de ma vie*, *op. cit.*

²⁴⁵ Muchos comentarios de escritores y moralistas de la época se hacen eco del escándalo que representa esta simultaneidad de los usos galantes, profanos, y de las costumbres religiosas. En este sentido, consultar Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, *op. cit.*, pp. 200-203.

entendida, de meras apariencias virtuosas, un disfraz piadoso para esconder el pecado. Algo sorprendente para los viajeros de la época, que asisten a estos arrebatos de pasión y devoción como espectadores asombrados. La iglesia, como lugar de encuentro, tendrá un papel importante en la novela.

1.2. Espectáculos públicos: fiestas y corridas de toros

Dejando a un lado las ceremonias religiosas y procesiones, otros espectáculos públicos permiten a la mujer española salir de casa, ver y ser vista. Así, Peyron describe una fiesta de reminiscencias medievales, la de la Real Maestranza:

[...] los caballeros hacen, corriendo rápidamente alrededor de la arena, una inclinación a las damas, y después de varias escaramuzas, con la espada o la lanza, a imitación de los antiguos torneos, corren la sortija y la cinta [...] los balcones de la plaza están llenos de mujeres elegantemente ataviadas, el contorno de la arena hormiguea de espectadores; era una imagen interesante e ingenua de aquel tiempo de franqueza y de lealtad, que llamaron el siglo de la caballería. El valor, el amor y el placer estaban en esa fiesta encantadora, que se termina por la comedia y el baile, en la que cada caballero pone la cinta, premio de su destreza, a los pies de su bien amada. [pp. 753-754]

De nuevo la mujer aparece como protagonista indirecta y promotora de la fiesta, a la que acude con sus mejores galas a modo de exhibición. Igualmente sucede en la fiesta española por excelencia, las corridas de toros, en las que no faltan las damas, que de nuevo encontramos mostrándose en todo su esplendor. Madame d'Aulnoy cuenta con detalle una corrida que presencié en la Plaza Mayor:

Il y a seulement trois portes ouvertes, par lesquelles les personnes de qualité viennent dans leurs plus beaux carrosses, particulièrement les Ambassadeurs ; et l'on y fait plusieurs tours quelque tems avant que le Roi arrive. Les Cavaliers saluent les Dames qui sont sur les balcons, sans estre couvertes de leurs mantes. Elles sont parées de toutes leurs pierreries et de ce qu'elles ont de plus beau. On ne voit que des étoffes magnifiques, des tapisseries, des carreaux et des tapis tout relevez d'or. Je n'ai jamais rien vû de plus éblouissant. [III, p. 396]

El motivo de la fiesta no se aleja mucho de lo que los viajeros presenciaron durante las procesiones de Semana Santa: sangre y sufrimiento como ofrenda a una dama por la que los toreros y todos los que participan en la fiesta estarían dispuestos a dar su vida. Por ello, los caballeros exhibían pañuelos de colores, regalo de sus damas, en bandolera o en el brazo. De este modo les confirmaban que si participaban en la corrida era para agradecerles, y para que supieran que eran capaces de exponerse a cualquier peligro aunque sólo fuera para divertirlos.

De nuevo la sangre aparece como protagonista del ritual que no disgusta a la mujer, sino que por el contrario parece disfrutar con ella. Así observa Peyron con sorpresa cómo las jóvenes fijan su mirada en el ruedo, regodeándose en el sangriento espectáculo:

[...] el redondel es vasto y los palcos están llenos de hombres, de mujeres y de muchachas algunas veces interesantes; pero no quisiera que fuesen allí a ejercer su sensibilidad. Mi sorpresa era el ver a esas muchachas seguir con los ojos al *matador* y mirar la ancha herida que hace con su espada, las convulsiones del toro, su rabia expirante, la sangre que se mezcla a la espuma y que sale a torrentes de su boca; y ese espectáculo, debo confesarlo, tiene momentos sugestivos y soberbios. [p. 805]

El mismo estupor muestra también Fleuriot de Langle ante este ritual donde se mezclan las más contrapuestas sensaciones, lo bello y lo bestial, que no sólo no afectan lo más mínimo a unas damas delicadas y frágiles, sino que incluso las excita y les hace desear más, sedientas de sangre.

La fiesta de los toros en el siglo XVIII, tal y como la describen los viajeros de la época, sería un antecedente de la corrida moderna. Se trataba de una fiesta en la que todos podían participar, en la que hombres de cualquier condición estaban invitados a hacer públicos su coraje y su destreza. A finales de siglo, la plaza de Sevilla era considerada la más popular y también el lugar donde la tauromaquia había alcanzado la mayor perfección²⁴⁶. Existían ya, por otra parte, los toreros profesionales, como Romero, Costillares o Pepe Hillo, al que Peyron tuvo ocasión de ver torear durante su estancia en España. En cualquier caso era una fiesta popular, animada por música, a la que la gente acudía en masa, y donde las damas hacían el “paseíllo” en carroza antes de empezar la corrida, como para visitar de cerca el terreno donde los hombres iban a jugarse la vida en su honor y darles así ocasión de elegir a la dama por la que iban a combatir.

La corrida a la que asistió d’Aulnoy era especial, puesto que asistía el Rey. El recorrido inicial tenía pues mayor relevancia, al estar constituido por las damas de la más alta alcurnia. Esta vuelta de paseo era una excusa más para el galanteo, aunque todo se hace del modo más discreto:

Comme les Dames destinées pour estre auprès de la jeune Reine ont déja esté nommées, elles venoient toutes sous la conduite de la

²⁴⁶ Sobre las corridas de toros en Sevilla a finales del siglo XVIII, ver Blanco White, José, *Cartas de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, pp.125-131.

Duchesse de Terranova dans les carrosses du Roi ; et il marchoit à la portiere des hommes de la premiere qualité, les uns à pied pour en estre plus proches, et les autres montez sur les plus beaux chevaux du monde, qui sont dressez exprés, et que l'on appelle chevaux de mouvement [...] Mais bien qu'ils n'ayent rien à cranindre de la part des Dames qu'ils servent, ni de leurs familles , toutes les difficultez ne sont pas levées pour cela ; car les *dueñas de honor*, dont il y a une provision incommode dans chaque carrosse, et les *Guardadamas*, qui vont à cheval, sont de fâcheux surveillans. A peine a-t-on commencé un peu de conversation, que les vieilles tirent le rideau, et les *Guardadamas* vous disent que l'amour le plus respectueux est le plus discret. Ainsi il faut bien souvent se contenter de se parler avec les yeux, et de faire des soupirs si hauts, qu'ils s'entendent de fort loin. [III, pp. 396-397]

A pesar de la precisión y la emoción que la autora deja traslucir al relatar esta corrida de toros a lo largo de varias páginas, en las que hay lugar para las más diversas situaciones y en la que d'Aulnoy se muestra instruida en las artes y el vocabulario taurino, termina su descripción diciendo que “tout cela ne me plaist point” [III, p. 406]. Era preciso volver a la razón, a la lucidez, después de haberse dejado llevar por la pasión de una fiesta magnífica pero que cuesta varias vidas, y generalmente por amor, lo cual no puede traer más que sufrimiento. Para ilustrar esta idea, nos traslada a la ficción de una trágica historia contada por uno de los personajes que le acompañan a la corrida, don Fernando de Toledo, en la que dos amantes jóvenes de diferente condición mueren juntos frente al toro en una demostración excesiva de sus sentimientos.

Las corridas de toros fueron prohibidas por la Pragmática Sanción de 1785, tres años antes de la muerte de Carlos III, pero existen otras disposiciones prohibitivas de 1754, 1757 y 1788, lo que apunta a una permanente polémica a lo largo del siglo. No

obstante, la fiesta siguió floreciendo y prueba de ello es que en aquella época se construyeron plazas tan importantes como las de las maestranzas de Sevilla y Ronda, y la de Madrid²⁴⁷.

Por tanto, la afición de los españoles a asistir a las corridas de toros no decayó sino que siguió aumentando, y como ejemplo Laborde en su Itinerario de principios del XIX cuenta sólo en Madrid 16 corridas de toros al año, que describe como una de las mayores diversiones que pueden ofrecerse a los habitantes de la ciudad, que llenan los palcos y gradas²⁴⁸.

1.3. Los paseos como espectáculo

Además de las fiestas y ceremonias puntuales, en Madrid existía otra situación en la que las mujeres salían y tenían la oportunidad de relacionarse; las más aventureras buscaban la ocasión de galantear, y de encontrar un nuevo cortejo: el paseo en el Prado. El paseo del Prado, lugar de paseo público de los madrileños desde el XVI, adquirió gran esplendor en el XVIII y fue mejorado mediante la instalación de varias fuentes y la renovación del plantío.

Todas las ciudades españolas importantes imitaron esta moda y disponían de un lugar de paseo público donde las clases acomodadas se reunían por la tarde. En estos paseos o alamedas,

²⁴⁷ Sobre la vida en las ciudades españolas del XVIII y más concretamente sobre Madrid, la evolución de la población y sus costumbres y sus repercusiones en el concepto y el desarrollo de la ciudad, véase Chueca Goitia, Fernando, "Corte, ciudad y población como marcos de vida", en J. Ma Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 489-542.

²⁴⁸ Laborde, Alexandre, *Itinerario descriptivo de las provincias de España*, op. cit., p. 187.

puesto que son álamos u olmos los árboles que dan sombra al paseo, existían bancos de piedra donde sentarse a descansar o a entablar conversación con una dama. Vendedores de agua o aguadores recorrían el paseo para proporcionar un refresco a los paseantes en verano. Los paseantes eran una pintoresca multitud de caballeros embozados en sus capas o vestidos con algún uniforme, y de mujeres con largas faldas y mantilla, “un amplio velo que les cubre la cabeza cayendo sobre los hombros y que se cruza delante del pecho, como un chal”²⁴⁹.

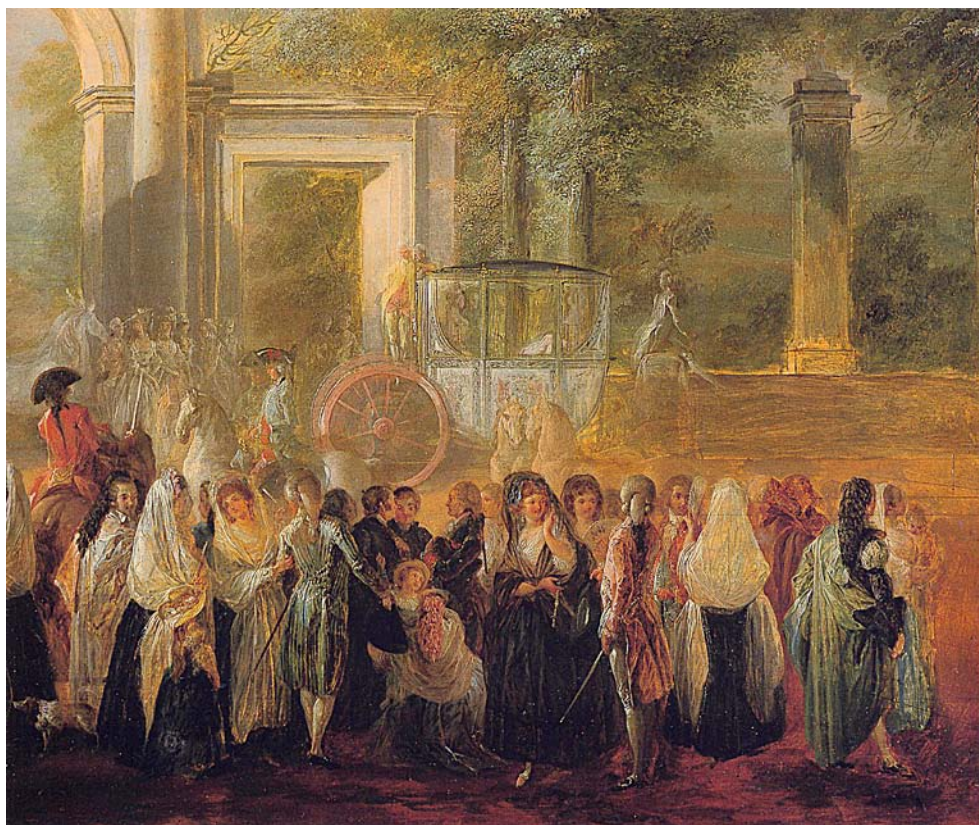


Figura 21. *Paseo frente al Jardín Botánico*, de Luis Paret. Detalle. H. 1790. Colección particular. Bizkaia.

²⁴⁹ Chueca Goitia, Fernando, “Corte, ciudad y población como marcos de vida”, en Jover Zamora, J. M^a (dir.), *Historia de España, op. cit.*, pp. 503-504.

El cuadro de Luis Paret titulado *Paseo frente al jardín Botánico* (figura 21) reproduce una animada escena en la que pueden verse los paseantes en una tarde de concurrido asueto. La mayoría de ellos van a pie, aunque puede observarse algunos que pasean en carroza. Las mujeres van vestidas con mantillas, y conversan animadamente con los caballeros, o saludan con reverencias a algún caballero principal. Algunos caballeros lucen trajes de majo, otros visten a la francesa; otros van ataviados con capa, y parecen mezclarse entre la multitud.

Según los testimonios de los viajeros, no parece que esta multitud de embozados acudieran al paseo de manera espontánea, sino de forma programada y estudiada, y acorde a unas normas estrictas establecidas para la ocasión, como señala Madame d'Aulnoy:

[...] le premier jour de Mai l'on fait le cours hors de la porte de Toledé. Cela se nomme *el sotillo*, et personne ne se dispense d'y aller [...] Les femmes de grande qualité ne se vont promener en toute leur vie que la première année de leur mariage, j'entens aux promenades publiques ; et encore c'est teste à teste avec leur époux, la Dame au fond, le mari au devant, les rideaux tout ouverts, et elle fort parée. Mais c'est une sotté chose à voir que ces deux figures droites comme des cierges, qui se regardent sans se dire en une heure un seul mot. Il y de certains jours destinez à la promenade, tout Madrid y va [...] Il y a beaucoup de Dames qui ne sont pas de celles du premier rang, qui vont à ces promenades leurs rideaux tout fermez. Elles ne voyent que par des petites vîtres qui sont attacheés aux mantelets du carrosse. Et le soir il y vient aussi des grandes Dames incognito. Elles se font même un plaisir d'aller au Prado a pied, quand la nuit est venuë. [III, pp. 380-381]

Así pues, hay dos formas de entender el paseo; la española puede ir acompañada del marido sólo para dejarse ver junto al resto

de la sociedad del momento, o bien puede ir al caer la noche, con unas intenciones bien distintas. De nuevo en la oscuridad la indumentaria procura el anonimato y permite establecer relaciones secretas en la más estricta intimidad:

Pour les hommes, lorsqu'il est nuit ils se promenant à pied dans le Prado. Ils abordent les carrosses où ils voyent des Dames, s'appüiant sur la portier, et jettant des fleurs et des eaux parfumées sur elles. Quand on le leur permet, ils entrent dans les carrosses avec elles. [III, p. 382]

Un poco más adelante Peyron observa estos paseos en el Prado y le parecen carentes de interés, monótonos y calurosos. La visión que el autor tiene de Madrid en general es bastante poco halagadora, por ello no es de extrañar que considere los encuentros amorosos en el Prado más propios de las novelas que de la realidad. Desde su punto de vista las mujeres sólo irían allí a dejarse ver, como seres perezosos e insensibles que son, pero se muestran totalmente pasivas:

Madrid no tiene en su interior más que un solo paseo, que es el *Prado*, tan famoso en casi todas las novelas españolas, por las aventuras de amor. Allí siguen paseando todavía muchos hoy; pero no son tan interesantes como las que nos han sido conservadas [...] Las mujeres van regularmente a hacerse ver en carroza, a pasear su indolencia sobre ese *Prado*; y no concibo tampoco cuál es el placer que pueden encontrar en ese paseo monótono, que se hace a través de una espesa nube de polvo. El *Prado* es, sin embargo, regado todos los días, durante el verano; pero el calor del clima y el número de coches, pronto han disipado esa humedad ficticia. [p. 832]

Quizá Peyron debería haber acudido al paseo durante la noche, para poder tener una visión más completa de lo que suponía para algunos paseantes este en su opinión monótono paseo por el Prado. Fleuriot de Langle ofrecerá la visión más extremista y triste del Prado, convertido en un paseo aburrido, ya que son los madrileños los que no saben divertirse [p. 46].

No encontramos en la descripción de Fleuriot ninguna observación referida a las mujeres, que Bourgoing sí contempla durante el paseo, sorprendido por la uniformidad de sus vestimentas que le parecen tristes disfraces. Junto a las capas oscuras con que se envuelven los hombres, el paseo visto así parecería un desfile de fantasmas o máscaras a los ojos del ingenuo viajero. Pero no hay que olvidar que la máscara o el disfraz procuran el incógnito, facilitando así la diversión y los enredos amorosos.

Bourgoing, por el contrario, está lejos de entender estos códigos que sólo saben interpretar los participantes en este juego de encuentros amorosos. Comparado el Prado con otros lugares públicos de Europa, sólo le parece una representación de la gravedad castellana, ya que allí sólo se ven:

[...] des femmes couvertes de grands voiles noirs ou blancs, qui dérobent une partie de leurs traits, et des hommes enveloppés dans leurs vastes manteaux de couleur sombre pour la plupart ; le Prado [...] semble être par excellence le théâtre de la gravité castillane. [I, pp. 235-236]

En cualquier caso, los paseos seguían estando de moda a principios del siglo XIX, y en Madrid seguía siendo el Prado el más

frecuentado, según afirma Laborde²⁵⁰, y el que todo viajero debía visitar. No hay duda de que el paseo era un espectáculo más, una forma de salir y de divertirse, y para las mujeres más atrevidas una excelente oportunidad de poner en juego sus dotes de seducción. Desde el punto de vista de Peyron, este gusto de los españoles por los espectáculos en general así como por la galantería tiene su origen en la influencia árabe:

Esa afición dominante que tiene a ciertos espectáculos, como los torneos llamados las parejas, las justas de la Maestranza, de que ya he hablado; la afición a los títulos fastuosos; esa lista de nombres que no acaba, la galantería, un gran respeto para las mujeres, el lenguaje de la metáfora y la hipérbole, le vienen de los moros. [p. 876]

En el caso de las mujeres, cuyo deseo de libertad había ido creciendo durante siglos de encierro en casa y horas de ocio y aburrimiento, la asistencia a cualquier tipo de espectáculo era sobre todo la ocasión de salir al exterior, de observar y sentirse observada. Y este asomarse al exterior²⁵¹ era el primer paso para el encuentro amoroso, al estilo de los modelos de amor galante que proponían las comedias españolas de capa y espada, y toda la literatura clásica en general: amores arriesgados y secretos, en los que escapar de la vigilancia impuesta representaba un importante aliciente.

²⁵⁰ Laborde, Alexandre, *Itinerario descriptivo de las provincias de España*, op. cit., pp. 186-187.

²⁵¹ El tiempo muerto del encierro doméstico era peligroso pues hacía nacer deseos de libertad que tenían como objetivo principal el encuentro amoroso. De la relación de la mujer con la ventana como punto de referencia para soñar con el exterior surgió la palabra “ventanera”, todavía utilizada en el siglo XVIII para describir a la mujer con tendencias deshonestas, como apunta Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, op. cit., pp. 177-180.

Es posible también que en el caso de las mujeres de alta alcurnia que leían en francés tuvieran acceso a lecturas más libertinas que llegaban de Francia, ya que poco a poco se iba considerando la importancia educativa de aprender idiomas extranjeros, especialmente el francés por ser una de las lenguas dominantes en Europa en la época²⁵². Por otra parte, existía el gusto por imitar lo extranjero, especialmente las costumbres francesas. La creciente libertad de la mujer española en el s. XVIII, que se refleja en sus cada vez más frecuentes salidas, le permitía encontrar nuevas ocasiones de relacionarse y de buscar el encuentro amoroso que la librara del tedio doméstico, aunque quizá en contrapartida iba desapareciendo paulatinamente el romanticismo de lo prohibido.

Desde el estatismo más rancio del estrado, la mujer española evoluciona hacia el movimiento. Empieza a crearse nuevos espacios propios, a adaptar otros a sus necesidades o a explorar lugares nuevos. Es una pequeña muestra de su tendencia a considerar una nueva concepción de la felicidad, que le había sido negada bajo el peso de la tradición católica y los convencionalismos, que incluía la búsqueda del propio placer.

²⁵² Josefa Amar defiende la importancia de aprender lenguas extranjeras para conseguir una completa instrucción de las mujeres a través de la lectura de la literatura europea del momento, en especial el francés: “Entre las lenguas vivas merecen la principal atención la francesa, la inglesa y la italiana, así por los buenos escritos, que hay en ellas sobre diversos asuntos, como también porque su uso es casi general en la Europa”, *op. cit.*, p. 181.

[2.] **La mujer frente al hombre: estrategias y armas de seducción**

Una vez analizados los espacios en los que la española tiene la oportunidad de relacionarse con el sexo opuesto, que le ofrecen la posibilidad de entablar relación con un hombre, veamos qué armas utiliza para seducir a su posible “presa” de manera más o menos premeditada, desde su propia belleza concentrada en su intensa mirada hasta su comportamiento activo en los primeros momentos de galanteo.

2.1. El “no sé qué”

Ante la belleza arrolladora de la española, ante su mirada penetrante de seductora, el observador queda atónito, fascinado por algo que se escapa a toda lógica. Tanto, que no encuentra las palabras para describirlo, porque es algo prodigioso, casi sobrehumano. Bourgoing dice que “le charme qu’on éprouve à l’approche d’une Espagnole a quelque chose de décevant qui échappe à l’analyse” [II, p. 308].

El concepto estético del *no sé qué* en España, o el *je ne sais quoi* en Francia parte de una tradición que proviene de la Antigüedad y que tuvo su continuación entre los países de lengua románica. Se aplicaba a esta situación en la que ante la vista de un objeto por primera vez el sujeto queda obnubilado, sorprendido positiva o negativamente por algo que no puede explicar, que lo deja sin palabras.

El *no sé qué* es un tópico que se refiere a la imposibilidad de explicar con palabras y lógica un fenómeno dado. El sujeto se sirve del *no sé qué* para expresar un efecto que ha experimentado en sí mismo, partiendo del objeto de sus observaciones y en concreto del instante en que tal objeto le sale al paso y es descubierto por él. Se trata [...] de una expresión de sorpresa por parte del observador ante la repentina y prodigiosa fascinación (o repulsión) que ejerce en él el objeto de su observación. Y se convierte en estupefacción al descubrir el sujeto su incapacidad para explicar de modo racional las causas de este efecto positivo (o negativo) que siente.²⁵³

Es por tanto un tópico de lo indecible, de lo inexplicable, y este carácter le da un halo de misterio, de hechizo. En el contexto de las teorías sobre la esencia de la belleza, el siglo XVIII utilizó el tópico del *no sé qué* para referirse a diferentes representaciones de lo indecible. Entre ellos, en España, Feijoo lo utiliza en sus reflexiones estéticas en las que analiza cómo se refleja el alma en la fisonomía del hombre y cómo influye en el cuerpo. Llega a la conclusión de que el alma se manifiesta en los movimientos del cuerpo, pero sobre todo en el rostro y en concreto en los ojos.

²⁵³ *Belleza y buen gusto. Las teorías de las artes en la literatura española del siglo XVIII*, op. cit. p. 133. En el capítulo III, Jacobs analiza el *no sé qué* y de la *gracia* como concepto estético en la tradición europea y especialmente en la España del siglo XVIII.

Así, el rostro humano posee un *no sé qué* muy especial, ya que en la belleza del rostro, y en particular en la de los ojos, se manifiesta la del alma. Para apreciar ese *no sé qué* tiene que existir una relación equilibrada entre el sujeto receptor (o “el órgano de la potencia”) y el objeto que debe guardar una proporción:

La hermosura de un rostro es cierto que consiste en la proporción de sus partes o en una bien dispuesta combinación del color, magnitud y figura de ellas. Como esto es una cosa en que se interesan tanto los hombres, después de pensar mucho en ello, han llegado a determinar o especificar esta proporción, diciendo que ha de ser de esta manera la frente, de aquélla los ojos, de la otra las mejillas, etc. Pero ¿qué sucede muchas veces? Que ven este o aquel rostro en quien no se observa aquella estudiada proporción y que, con todo, les agrada muchísimo. Entonces dicen que, no obstante esa falta o faltas, tiene aquel rostro un “no sé qué” que hechiza. Y este “no sé qué” digo yo que es una determinada proporción de las partes en que ellos no habían pensado y distinta de aquélla que tienen por única, para el efecto de hacer el rostro grato a los ojos.²⁵⁴

Así se siente Gil Blas en su encuentro con “la belle Antonia”. La impresión que siente al verla por primera vez es la de estar contemplando una belleza perfecta: ella tenía los ojos más hermosos del mundo. A pesar de la simplicidad con que se viste y con la que recoge su cabello con unas flores, es la visión del conjunto la que lo deja estupefacto, le hace permanecer mudo, como embrujado:

²⁵⁴ Feijoo, “El no sé qué”, Tomo VI, Discurso XII, Feijoo, Benito Jerónimo, *Teatro Crítico Universal. Cartas Eruditas y Curiosas (Antología)*, selección, prólogo y notas de Carmen Martín Gaité, Madrid, Alianza Editorial, 1970, pp. 115-116.

Je crois pouvoir donner cet épithète à une fille de seize à dix-huit ans, qui joignait à des traits réguliers le plus beau teint et les plus beaux yeux du monde. Elle n'était vêtue que de serge ; mais une riche taille, un port majestueux et des grâces qui n'accompagnent pas toujours la jeunesse relevaient la simplicité de son habillement. Elle n'avait point de coiffure ; ses cheveux étaient seulement noués par derrière avec un bouquet de fleurs à la façon des Lacédémoniennes.

Lorsque je la vis entrer dans ma chambre, je fus aussi frappé de sa beauté que les paladins de la Cour de Charlemagne le furent des appas d'Angélique [...] au lieu de féliciter son père sur le bonheur d'avoir une si charmante fille, je demeurai étonné, troublé, interdit; je ne pus prononcer un seul mot.²⁵⁵

Lo más sorprendente es que la española no da la impresión de forzar esa situación, de abusar de artificios o artimañas para conseguir seducir a los hombres. En ella la seducción parece algo innato, natural; la mujer española parece estar dotada del poder de hechizar a los hombres sin necesidad de preparar estrategias de seducción; como afirma Coste d'Arnobat, “La nature a donné à ce sexe charmant, bien plus de ressources qu'au nôtre : il plaît sans art” [p. 478]. Pero ¿es eso cierto? En un ser de naturaleza fogosa y pasional, ¿no será que su arte reside precisamente en simular esa naturalidad, esa indolencia serena?

Lydia Vázquez da la clave al identificar el *no sé qué* con un sexto sentido o arma infalible del seductor, un lenguaje que utiliza los recursos de la propia víctima con el objeto de hacerla sucumbir fatalmente: “Quien sabe hablar, quien sabe utilizar el lenguaje,

²⁵⁵ Lesage, *Histoire de Gil Blas de Santillane*, (1715-1735), Paris, Garnier-Flammarion, 1977, p. 492.

todos los lenguajes del Otro contra él, siempre vence todos los obstáculos. Siempre vence.”²⁵⁶

El *no sé qué* habría que proyectarlo desde el punto de vista activo del seductor, no de la pasividad de la víctima que ante tal despliegue de seducción no puede sino dejarse arrastrar y caer rendido, vencido. Así son las españolas: ante el poder de sus encantos, ante el hechizo de su mirada, el hombre más insensible cae irremisiblemente a sus pies. Incluidos los viajeros.

2.2. La coquetería

Si aceptamos que “La inclinación en las mujeres a adornarse y componerse ha sido de todos tiempos, de todos países y de todas clases”²⁵⁷, admitimos que todas las mujeres son coquetas, sin excepción, en el sentido más superficial del término, el que hace referencia a la afición a utilizar todo tipo de artificios para parecer más bella. No sería por tanto la coquetería una característica específica de la española sino de la mujer en general; como afirmaba Labat, “Le sexe est vain en Espagne comme partout ailleurs” [p. 245].

²⁵⁶ Vázquez, Lydia, *Elogio de la seducción y el libertinaje*, Alegia, Ediciones R&B, colección Sexto sentido, 1996, p.163.

²⁵⁷ Con esta simple afirmación asumía una célebre erudita española del XVIII la pasión por las galas y los adornos como la más universal en las mujeres de cualquier condición, fácilmente observable desde la más tierna infancia. No obstante, la autora defendía en la misma obra que no existen pasiones propias de cada sexo. Véase el capítulo IX “De las galas y adorno” en Amar y Borbón, Josefa, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres (1790)*, op. cit., pp. 196-205.

Sin embargo, sí que se observa en los textos de los viajeros una insistencia en mostrar la figura de la española como la de una coqueta, pero con una coquetería que tenía un objetivo muy claro: Por una parte, se trataba de destacar entre las demás, en un ejercicio de rivalidad constante con las otras mujeres que incluso las incapacita para la verdadera amistad con otras mujeres; por otra, y como finalidad última, de gustar a los hombres por medio de la demostración de la belleza, ya que la virtud no parecía ser la cualidad más adecuada para suscitar la atracción erótica.

Acostumbradas como estaban a ser consideradas un objeto de conquista masculina máspreciado cuanto más bello, puesto que la educación que recibían no prometía forjarse una personalidad arrolladora, ni siquiera poder mantener una conversación interesante e ingeniosa, centraban todos sus esfuerzos por hacerse deseables en la consecución de una belleza inigualable, siguiendo los dictados de la moda que en gran parte venía de Francia²⁵⁸.

El término coquetería, o el adjetivo coqueto, coqueta, que proceden del francés, se introducen en el castellano precisamente en el siglo XVIII. Como en el resto de Europa, el aumento del nivel de vida y de la capacidad adquisitiva de los españoles de clase alta se reflejó en el gusto por los adornos, las joyas, las ricas vestimentas, los peinados imposibles. Más que la belleza en sí, se buscaba la ostentación del lujo por medio del adorno externo, con el único objetivo de recibir el halago y el reconocimiento unánime de su belleza. Estas mujeres de clase alta cuyo objetivo prioritario era llegar a tener un caballero que las halagara y las acompañara, un

²⁵⁸ Los hermanos Goncourt insisten en la importancia de la moda francesa del siglo XVIII que dominó el gusto en toda Europa, ya que “*Toute l’Europe est à la française*”. Véase el capítulo VIII “*La beauté et la mode*” en Goncourt, Edmond et Jules, *La femme au XVIII^e siècle*, *op. cit.*

cortejo, mediante el gasto y la exhibición de las mejores galas, fueron llamadas petimetras²⁵⁹.

No parecen sorprendidos los viajeros franceses por esta evolución en el aspecto externo de las mujeres, por esta ostentación de adornos, probablemente viéndolas como un sucedáneo descafeinado de las mujeres francesas del momento. El autor del *État politique...*, que destaca a las andaluzas como “fort coquêtes” [p. 395], considera que el aspecto externo de las mujeres españolas es parecido al de las francesas, pero “maussade, sans goût et sans grâce” [p. 480]. En cambio, tanto él como el resto de los viajeros encuentran en la española rasgos de coquetería mucho más interesantes, puesto que son diferentes, en el uso de las mantillas, ya que como afirma Bourgoing de estas armas de seducción, “Tissus d’abord par la jalousie, ils mentent aujourd’hui à leur vocation. La coquetterie en a fait une de ses parures les plus séduisantes” [p. 292]. Las españolas saben utilizar todos sus recursos, incluso transforman a su antojo una prenda que debía servirles para garantizar el recato y la convierten en un elemento erótico.

Se trata pues de coquetería pero en el sentido que le da Nifo en pleno siglo XVIII, en esta acertada definición del término: “Coquetería significa afectación amatoria, inmoderado deseo y estudio de agradar, halago amoroso, solicitud mal regulada de ser

²⁵⁹ Carmen Martín Gaité encuentra diversos testimonios escritos de la existencia de estas petimetras sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII español, como un tipo de mujer de alcurnia, gastadora, sólo pendiente de destacar en elegancia para conseguir un cortejo a la moda que la exhibiera como objeto de contemplación y halago. Por ejemplo en un sainete de la época de Ramón de la Cruz: “- ¿Y tú eres buena? / - Lo he sido, pero desde hoy / me he de echar a petimetra, / tengo de tener cortejo / y de destruir la hacienda”. Véase *Usos amorosos del dieciocho en España, op. cit.*, pp. 87-88.

querida una mujer”²⁶⁰. La clave de esta definición la da la mala regulación de lo que se solicita: una mujer que coquetea es un reclamo erótico, pero ¿hasta dónde quiere llegar? o mejor ¿hasta dónde quiere que llegue el que la desea?

La coquetería así entendida no se refleja sólo en el deseo de agradar mediante adornos externos o artificios cosméticos, sino que supone además una actitud particular de la mujer, una forma de comportarse que la delata y cumple de este modo su propósito de llamar la atención, de destacar entre las demás mujeres y sobre todo de gustar.

Así observa Madame d’Aulnoy que en la mujer española, a pesar de utilizar toscos recursos de tocador, “leur air & toutes leurs manieres ont une petite affectation de coqueterie, que leur humeur ne démens pas” [II, p. 245]. Este aire de coquetería es el mismo que escandalizaba a Labat al encontrarlo en las mujeres que iban camino de la iglesia con sus mantillas, prenda que las convertía en sus propias palabras en “les plus effrontées qu’on se puisse imaginer” [p. 396]. Sus maneras delataban unas intenciones bien distintas de las de las buenas cristianas, que no pasaban desapercibidas a los ojos del religioso.

También como vimos Peyron entiende el código del coqueteo de las mujeres en los balcones durante las procesiones de Semana Santa, “coqueteando son sus más ricas galas y una mantilla de blonda que nada deja perder de la belleza de su talle y de su rostro” [p. 883], constituyendo un contrapunto alegre y despreocupado para la sombría procesión.

²⁶⁰ Nifo, Mariano Francisco, *El amigo de las mujeres*, de Mirabeau, traducido y adaptado del francés, Madrid, 1764, p. 129, citado por Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, op. cit., p. 230.

A Bourgoing sin embargo le parece que en la coquetería de las españolas no hay tanto fingimiento, tanta premeditación como en la de las otras mujeres. De este modo este viajero parece querer inclinar ligeramente la balanza de las españolas hacia el lado de la virtud. En su opinión la española valora las alabanzas sinceras y rechaza las falsas; su objetivo no es gustar a todos sino a uno en concreto, y una vez que lo consigue no le interesa causar admiración en los demás:

Sa coquetterie est plus franche et moins apprêtée que celle des autres femmes. Elles se soucie moins de plaire à tout le monde. Elle pèse les suffrages beaucoup plus qu'elle ne les compte ; et un seul lui suffit quand elle a fait son choix. Ou si elle ne néglige pas les succès, du moins elle dédaigne les minauderies. [III, p. 309]

Esta capacidad de discernimiento entre lo verdadero y lo falso añade una nota de juicio, de cordura a las españolas, pero ¿con quién las está comparando? Entendemos que especialmente con las mujeres francesas, modelo para los viajeros a la hora de elaborar un tipo de la española.

2.3. La española y la galantería

De este modo describía con su estilo conciso el autor del *État politique, historique et moral...* la situación de la galantería española hacia la mitad del siglo XVIII: “Il n’y a en Espagne ni verroux, ni grilles, et très peu de Jalousie : on ne soupire plus dans les rues, et l’amour se fait commodément” [p. 480]. La escena galante de la española suspirando tras la reja en una noche de luna llena, mientras su enamorado le habla y la piropea desde la calle ha

quedado ya trasnochada. Los suspiros y las miradas lánguidas, con los que debían contentarse los nobles enamorados en la fiesta de la Real Maestranza que presencié Madame d'Aulnoy, son un recuerdo del pasado.

Los españoles parecen haber nacido para la galantería [III, p. 490], comentaba la escritora; sin duda los viajeros observan que las mujeres españolas son galantes, y para el autor del *État politique, historique et moral...* las valencianas, a las que destaca entre todas las españolas, son “les plus belles, les plus aimables et les plus galantes de l'Espagne” [p. 393]. Sin embargo, la falta de libertad propiciaba el nacimiento de estrategias y códigos amorosos con los que comunicarse:

[...] elles ont si peu de liberté, qu'elles profitent avec joye de toutes les occasions de se monstrent. Et comme leurs amans ne leur parlent presque jamais, ils ne manquent pas de se mettre dans leurs carrosses proche du balcon de leurs Maîtresses, où ils les entretiennent des yeux et des doigts. [III, p. 489]

Los caballeros ofrecían a las damas serenatas “pour reveiller la plus belle endormie et pour lui donner un plaisir de Reine” [III, p. 527] y cabalgadas nocturnas en su honor; protegidos por la oscuridad de la noche, les hablaban a través de las celosías, si podían entraban en el jardín y a veces incluso en la habitación de su amada. Como detalle anecdótico, Madame d'Aulnoy comenta que a veces durante estas excursiones nocturnas por las calles, los enamorados españoles sufrían las consecuencias de la falta de alcantarillado en las ciudades, y recibían en sus personas lo que no podía guardarse dentro de las casas [XII, p. 482].

En efecto, antes de la llegada al trono de Carlos III, a quien se debe la resolución de tal problema, Madrid era una ciudad sucia,

lo que además de desagradable para los ciudadanos era un problema para la salud pública. Todas las inmundicias se echaban a la calle, incluso desde las ventanas (al grito de “agua va”) con lo que los viandantes, especialmente los nocturnos, ya que esto sólo estaba permitido a partir de las diez de la noche aunque no siempre se cumplía, estaban expuestos a recibir duchas imprevistas. La porquería se acumulaba en las calles, y se recogía en parte por la noche mediante un sistema rudimentario de cajones provistos de una especie de rodillos que se arrastraban llevándose la suciedad, para llevarla a unos sumideros o alcantarillas grandes que existían en la ciudad. Hasta 1761 no se reguló la situación mediante las normas del ministro Sabatini, cuando fueron aprobadas oficialmente²⁶¹.

Estas demostraciones de amor hacia una dama no sólo las hacían los solteros; Madame d’Aulnoy comenta sorprendida que también hombres casados “qui ne gardent guère de mesures avec leurs femmes” [III, p. 481] se las permitían y las llevaban a cabo públicamente. En especial parece ser la corte el lugar donde más descaradamente se llevaban a cabo estos actos de galantería extraconyugal de manera pública:

Et voici ce qui me paroist assez singulier : c’est qu’il est permis à un homme, quoique marié, de se déclarer Amant d’une Dame du Palais, et de faire pour elle toutes les folies et les dépenses qu’il peut, sans que l’on y trouve à redire. L’on voit ces Galans-là dans la court, et toutes les Dames aux fenestres, qui passent les jours à s’entretenir avec les doigts [...] Ces amours-là sont publiques. Il faut avoir beaucoup de galanterie et d’esprit pour les entreprendre, et pour qu’une Dame vetuille vous accepter ; car elles font fort les délicates. Elles ne parlent point comme les autres. [III, p. 563]

²⁶¹ Véase Chueca Goitia, Fernando, “Corte, ciudad y población como marcos de vida”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España, op. cit.*, pp. 493-494.

En efecto, estos enamorados no hablaban como los demás, como veremos más adelante. Lo mismo ocurría en las iglesias, donde los caballeros se acercaban a las damas para piropearlas mientras les ofrecían el agua bendita. En este tipo de situaciones las españolas sabían cómo manejarse y responder a los caballeros con las palabras justas, de manera ingeniosa:

Les femmes qui vont à la Messe, hors de chez elles, en entendent une douzaine, & manquent tant de distraction, que l'on voit bien qu'elles sont occupées d'autre chose que de leurs Prières [...] Quant aux Cavaliers (je veux parler de ceux qui sont galants de profession, & qui portent un Crespe autour de leur Chapeau) lorsque la Messe est finie, ils alloient se ranger autour du Benitier ; toutes les Dames s'y rendoient, ils leurs presentoient de l'Eau-benite, ils leur disoient en même tems des douceurs : elles y répondoient fort juste en peu de mots : car il faut convenir qu'elles disent précisément ce qu'il faut, & elles n'ont pas la peine de le chercher, leur esprit y fournit sur le champ. [pp. 289-292]

Según Madame d'Aulnoy los maridos celosos habrían forzado una prohibición, so pena de excomuniación, de que los hombres ofrecieran el agua bendita a las mujeres en la iglesia, para evitar estas situaciones de galantería en la misa. Labat tiene una visión muy diferente de los usos galantes en la iglesia. Para él, son las mujeres las que provocan los enredos, se acercan a los hombres que les interesan y les hablan, ocultando su identidad tras sus mantillas. Son ellas las que piropean y las que urden intrigas; de este modo, en la imagen que transmite Labat la mujer no sólo es parte activa de la situación galante, sino que lleva la voz cantante y provoca descaradamente a los hombres.

La visión marcada por la *misoginia* del religioso que se reflejaba en sus descripciones de las gaditanas sigue considerando a

estas mujeres como unas intrigantes de las que hay que protegerse, ya que incluso él mismo ha sido abordado por algunas de ellas; cosa algo difícil de creer, ya que según su relato vestía con sotana:

Elles accostent ceux qui leur plaisent, lient des conversations, & souvent des intrigues les plus plaisantes du monde ; on en feroit des volumes [...] Ceux qui aiment les aventures en trouvent assurément, & en sont ordinairement les dupes. Il est de la politesse de recevoir les compliments qu'elles font, et d'y répondre avec civilité ; mais il faut bien se garder de lier quelque intrigue. Il nous étoit arrivé bien des fois d'être accosté par des femmes [...] nôtre hôtesse ne manquoit pas de nous dire ce qui nous étoit arrivé, cela me faisoit soupçonner que c'étoit elle qui nous parloit, ou qu'elle étoit de concert avec celles qui nous avoient parlés. [p. 396]

En Navarra, también Coste observaba cómo los hombres seguían a las mujeres en la iglesia y les ofrecían el agua bendita con el rostro desfigurado y pálido. Las serenatas que estaban muy de moda allí, hacían pasar la noche a los caballeros rasgando una guitarra bajo la ventana de su dama.

Sin embargo, el objetivo real de estas serenatas según relata el escritor no era una demostración de las cualidades musicales, sino la exhibición de la fuerza bruta; durante estas serenatas, estos machos rivales peleaban por una misma dama ante sus ojos acompañados de sus amigos, armados con corazas y escudos que llevaban puestos para la ocasión. Tras estas escaramuzas de las que salían sólo algo magullados, recibían de sus amantes excitadas por la pelea en la que decían haber sufrido muchísimo (aunque como Coste sospechamos que disfrutaban de la visión de tan “terrible” espectáculo) el trato de guapos y valientes:

Les sérénades sont fort en vogue ici. Un amant qui vouloit donner cette galanterie à sa maîtresse, attroupoit tous ses amis, chacun s'armoit d'un bouclier, d'une cuirasse & d'une calotte de fer ; & dans ce terrible équipage, ils attendoient avec fermeté que quelque rival jaloux vînt troubler la fête, ce qui ne manquoit jamais d'arriver. Le choc étoit des plus rudes; & les deux partis, après avoir courageusement combattu pendant deux heures, se retiroient sans s'être seulement égratignés. Cependant le lendemain, leurs maîtresses leur témoignoit combien elles avoient eu d'alarmes dans le fort du carnage; & des actions si glorieuses faisoient traiter partout nos pacifiques Guerriers de *Guapos*, & de *Valientes*. [pp. 463-464]

En general, la opinión que Coste deja traslucir de la galantería española es la de unas costumbres tipificadas y bastante ridículas, muy lejos del refinamiento francés. En un refresco al que es invitado, decide lanzarse a la conquista de una dama que le parece apetecible, con el objeto de dejar bien alto el pabellón francés, pero se encuentra con las costumbres locales de unos petimetres que sólo se limitan a mostrar adoración hacia las damas, a las que se dirigen de rodillas, como si se tratara de imágenes dignas de su veneración:

Comme je suis François, & que parmi ces Dames il y en avoit de charmantes, je fus bientôt fatigué de jouer un personnage si froid. Déjà je quittois ma place, pour aller, auprès de ces Belles, soutenir l'honneur de ma Nation, lorsqu'un Petit-Maître Espagnol (Automate bien plus ridicule que les nôtres), me tira par la manche, & m'avertit de mettre un genou à terre devant la Dame à laquelle je voudrais parler. Je trouvai cet usage assez bien établi : on s'exprime bien mieux dans cette situation. [p. 470]

Coste comenta que se sintió absolutamente “étranger”. Comparando continuamente de manera burlesca estas situaciones con las escenas de galantería francesa, las diferencias le parecen

abismales, y la galantería española queda en su opinión muy por debajo de la primera. Frente a la elegancia de una reunión similar en Francia, a sus modos de moverse y mirar de manera expresiva, a sus conversaciones inteligentes, todo lo que hacen los españoles es quedarse quietos frente a la afortunada a la que pretenden honrar con su amor, y “rouler sans cesse des yeux”. Pero no se comportan como dulces enamorados sino que su mirada expresa un deseo furioso de poseer a esa mujer. La española queda simplemente como sujeto pasivo en estas situaciones galantes, sin participar en ellas más que como objetivo estático de los avances de los caballeros.

Sin embargo, en la época en que este relato se publicó ya existían otros que propagaban la idea de que las mujeres españolas gozaban de gran libertad, y así el Marquis d'Argens afirmaba que en Cataluña “Les duegnes, les jalousies, ne subsistent plus, ou du moins ce qu'il reste de cet attirail de la jalousie n'est plus qu'un cérémonial assez inutile pour la sureté des maris”²⁶².

También este autor constataba las diferencias entre la galantería francesa y la española, la mayor de las cuales radicaba en el secreto con que se ocultaban los sentimientos de los enamorados en España, y sus actitudes tristes:

Je crois que, d'un espagnol et d'un françois, on pourroit faire un amant raisonnable, encore que l'un et l'autre le soient très rarement lorsqu'ils sont amoureux. Quoi qu'il en soit, j'aime encor mieux voir toujours rire, chanter, danser, et folatrer, que d'entendre sans cesse gémir, soupirer, pleurer, et lamenter.²⁶³

²⁶² *Lettres juives, op. cit.*, lettre 100, p. 184.

²⁶³ *Ibid.*, lettre 116, p. 334.

D'Argens recoge la idea de Madame d'Aulnoy según la cual la galantería debió nacer en España, para negarla categóricamente: como a Coste, le parece que estas costumbres españolas como las serenatas, hablar a la dama desde el balcón, seguirla en la iglesia, tratarla con un respeto mayor que a una santa, son más ridículas para los que no están acostumbrados que “la pétulance et l'étourderie des petits-maitres françois”. Peyron consideraba que los españoles habían heredado estos rasgos de galantería de los árabes [p. 876].

A pesar de estas maneras galantes tan poco comprensibles para un francés de la época, las mujeres estaban cambiando su papel pasivo en estos encuentros. Un viajero ilustre, Beaumarchais, afirmaba en el Madrid de 1764 que las españolas sabían aprovechar al máximo la nueva libertad que habían conseguido:

[...] aucunes femmes au monde ne jouissent d'une aussi grande liberté que celles de cette capitale, et l'on n'entend pas dire qu'elles négligent ordinairement les avantages de cette douce liberté.²⁶⁴

Para Fleuriot, las noches de Madrid poseen un embrujo especial. Todo invita al amor: el clima, la atmósfera llena de aromas de clavel y de azahar, los sonidos de una guitarra al son de la que siempre se baila, despiertan todos los sentidos, hasta el punto de hacerle exclamar que nunca las orillas del Sena o las del Rhin acumularon en un segundo “tant d'idées, d'images, de souvenirs, de jouissances, qu'en ressemblent les nuits de Madrid, depuis onze du soir jusqu'à deux, trois, quatre heures du matin” [p. 25]. Noches largas y llenas de placeres, llenas de recuerdos para él, que parece hablar desde lo profundo de su memoria.

²⁶⁴ *Lettre au duc de la Vallière, op. cit.*, pp. 48-49.

Sin embargo, el español le parece triste y grave. Observando a los paseantes que van al Prado, dice no haber escuchado una sola risa durante dos horas. No es esa la opinión que otros viajeros reflejan del momento dedicado al paseo; ya vimos cómo Madame d'Aulnoy reflejaba la imagen de las españolas yendo al paseo con su mantilla en busca de aventuras, cómo incluso los hombres se metían en sus carrozas al paso. El paseo era también un momento propicio para encontrarse y entablar conversación en un lugar público, o acordar una cita secreta.

En el detalle del cuadro de José del Castillo *El jardín del Retiro hacia las tapias del caballo de Bronce* (figura 22) podemos observar una escena de paseo madrileño. En primer plano, una dama con un alto tocado y su joven sirvienta han recogido gran cantidad de flores en sus delantales; un majo elegante cuyo rostro oculta en parte con un sombrero se inclina hacia la dama para ayudarle a recoger las flores que se le están cayendo, y parece haber un momento de complicidad entre ambos, como si se hablaran. Detrás del majo un caballero ataviado con traje a la francesa y peluca parece estar distraído con otra cosa. Detrás del grupo una estatua clásica que representa a una mujer cubierta con un manto mira hacia otro lado.

Más lejos, otra pareja elegante se aleja, ambos van cogidos del brazo mientras conversan animadamente, el caballero con el sombrero en la mano, y se dirigen hacia una zona de árboles al fondo. Bajo la sombra de estos árboles puede verse un vendedor de frutas y otros paseantes que se han sentado a descansar.

Bourgoing afirma también la entera libertad de la que gozan las españolas a finales de siglo. Se muestran más receptivas a los requiebros de sus pretendientes, y no hay que temer tanto de los



Figura 22. *El jardín del Retiro hacia las tapias del Caballo de Bronce* (detalle), de José del Castillo, 1779, Museo Nacional del Prado (depositado en el Museo Municipal de Madrid).

celos de sus maridos, ya que para asegurar la impunidad de sus amoríos se esconden bajo sus mantillas o velos:

[...] en favorisant le mystère, ils assurent l'impunité aux larcins de l'amour. Ces amans qui, sous le balcon de leur maîtresse invisible, soupiroient sans espoir leur douloureux martyre, et n'avoient que leur guitare pour témoin et pour interprète, ont été relégués dans les comédies et les romans. [II, p. 292]

Aquella galantería de balcón y serenata nocturna parece haber ya desaparecido, aquel dirigirse a una especie de mujer invisible tras la reja. Ahora la española, aunque recibe con frialdad a sus pretendientes, escucha lo que estos le proponen y “elle est aussi décidée, aussi mortifiante dans son dédain qu'elle est séduisante en vous permettant d'espérer” [II, p. 309].

Bourgoing se pregunta si puede compararse la galantería española a la francesa. Para los franceses la galantería se compone de expresiones elegantes, de cumplidos que los hombres pueden dirigir a las mujeres, que no exigen nada. Los españoles emplean expresiones más exageradas y ampulosas, y una hermosa mujer que se hace respetar es como dice el viajero “une divinité qu'on ne peut pour ainsi dire aborder qu'un genou en terre” [II, p. 327].

En su opinión, las españolas quieren tener la exclusividad en recibir piropos y requiebros de su enamorado; les gusta sentirse adoradas, admiradas, únicas. Por ello no ocurre como en Francia, donde por simple galantería se trata amablemente a todas las mujeres que se encuentran en una reunión. Esto crea grandes diferencias; la galantería española tiene que ser necesariamente más austera, más limitada. En España hay que decidirse por una sola relación, es la única manera de conseguir el amor de una mujer. Y

una vez logrado, no hay que creer que la española se entrega sin reparos:

Dans ce dernier cas elle ne vous laisse pas pressentir de longues rigueurs ; mais auprès d'elle la persévérance doit survivre au bonheur, et l'on ne peut appliquer à l'amour espagnol ce vers d'une idylle connue : *Nourri par l'esperance, il meust par les plaisirs*. [II, p. 309]

2.4. El lenguaje amoroso

Una vez que la mujer ha decidido conceder su atención a un pretendiente, es necesario buscar una forma de comunicarse, sobre todo porque es difícil para ella quedarse a solas. La utilización de lenguajes secretos entre enamorados es algo que llama la atención de los viajeros. Estos códigos se habían ido desarrollando como respuesta a la falta de libertad de las españolas, que las hacía casi inabordables a no ser desde lejos, sorteando la vigilancia de alguna acompañante o *dueña* o a través de una reja, en la oscuridad de la noche.

Madame d'Aulnoy queda fascinada por estos lenguajes que le parecen encantadores: hablarse con la mirada, suspirar, como observa durante el desarrollo de algún espectáculo. Más curioso encuentra la escritora un lenguaje de signos, que se habla con los dedos, y que observa en más de una ocasión durante su estancia en España. De este modo las españolas siguen mostrándose como seres mudos y en parte estáticos, pero consiguen comunicarse. Hasta los niños pequeños aprenden este lenguaje de manera precoz, como ella puede observar en una pareja de niños de tan sólo seis años que ya sabían comunicarse de esta manera [III, p. 490].

¿Qué tipo de signos utilizaban? Según Madame d'Aulnoy, había algunos signos convenidos y otros secretos que sólo conocían los enamorados. De este modo, podían utilizarlos en público, como la escritora presenció entre hombres casados que iban a hablar de este modo a las damas de palacio, lo que a sus ojos era bastante escandaloso:

Car vous sçavez que leurs mains parlent un langage tout à fait intelligible ; et comme on le porroit deviner s'il estoit pareil, et que les mêmes signes voulussent toûjours dire les mêmes choses, ils conviennent avec leurs Maîtresses de certains signes particuliers que les autres n'entendent point. [III, p. 563]

Lo que parece evidente a través de los testimonios de los viajeros es que si dos enamorados quieren comunicarse, lo consiguen siempre, a pesar de las dificultades con las que las españolas tropezaban para poder relacionarse con el sexo opuesto. Si la situación de las mujeres españolas, tan diferente a la de las francesas, llama la atención de todos los viajeros, todavía despierta más su curiosidad el descubrimiento de las estrategias que emplea para poder comunicarse con su amante sin despertar las sospechas de la dueña o del marido.

Estas actitudes, que tanto se alejaban de los propósitos de decencia que correspondían a toda mujer según el discurso tradicional de origen católico, eran criticadas duramente por autores como Nifo, que deploraba en sus escritos la decadencia de la educación y las costumbres de los jóvenes españoles:

[...] he visto (con bastante dolor mío) que en ninguna parte se hablan con más libertad disfrazando su lenguaje dos enamorados, que donde son muchos los circunstantes, y todos están divertidos; pues el mismo

desorden, y ninguna cortesía de las Conversaciones, y Tertulias, donde todos hablan en patrulla, como los Lacayos en la Taberna, les dexa a dos amantes libre campo, para desocupar las indecencias amatorias, que tienen acinadas en el pecho.²⁶⁵

Otra forma de comunicarse era la utilización de cartas o pequeñas misivas, que podían enviarse con la complicidad de alguna criada o dueña. Ese era para el marquis d'Argens el primer paso para probar si la dama estaba dispuesta a seguir el juego una vez que creía haber causado alguna impresión en ella mediante su insistencia galante: enviarle una carta para ver si le contestaba. Si era así, empezaba a hablarle por signos en la iglesia, en el paseo: “il tient la même conduite, jusqu'à ce qu'il l'ait épousée. Alors, il l'enferme”²⁶⁶. La galantería española parece terminar con el matrimonio, no está en la personalidad de los españoles sino que sólo la utilizan para poseer el objeto de su deseo.

¿Cómo utiliza estos lenguajes la española? Sabemos por los viajeros que el intercambio de signos era mutuo; ninguno de ellos refleja el lenguaje del abanico, que se popularizará en gran medida en el siglo XIX y que sin duda ya existía en el XVIII. Las cartas eran otra posibilidad, un recurso que tiene mucho de novelesco. En su quinta carta Madame d'Aulnoy reproduce la misiva de una española enamorada que refleja su desesperación y su dolor por la partida de su amado. Sin embargo, cartas como ésta, con un estilo ampuloso y dramático, parece poco probable que las escribieran mujeres que, como ya hemos visto y salvo excepciones, tenían muy poca instrucción, y no solían leer y escribir con frecuencia.

²⁶⁵ Nifo y Cagigal, Francisco Mariano, *Representación (de burlas hecha de veras) al nobilissimo gremio de los hombres de juicio...*, *op. cit.*, p. 10.

²⁶⁶ *Lettres juives, op.cit.*, lettre 116, p. 333.

El cuadro de Luis Paret *La carta* (figura 23) representa una escena en un rincón de un hermoso jardín lleno de flores. Una joven elegantemente vestida y con un tocado floral se ha puesto de pie para leer con interés una carta. Junto a la silla que ha dejado vacía, una criada con cofia y chal, bastante poco agraciada, está sentada en otra silla y tiene en su regazo unas monedas que podrían ser el pago a su comisión.

La criada mira a la muchacha como a la espera de recibir noticias o una respuesta que trasladar al emisario de la misiva. En primer plano, en el ángulo izquierdo, puede verse una guitarra, una máscara de baile y unas partituras por el suelo, recuerdo quizá de un baile o mascarada que sería el motivo del encuentro.

Ahora bien, una vez que empieza a tener más libertad, la española habla; y ya vimos que su conversación era agradable e ingeniosa, a pesar de sus limitados conocimientos. Durante el paseo, las mujeres que observaba Madame d'Aulnoy sabían bien cómo responder a los piropos de los caballeros: “Les Cavaliers de leur côté mettent pied à terre, et leur disent mots nouveaux ; mais à bien attaqué, bien défendu” [III, p. 381]. Para ella, el español es una lengua “expressive, noble et grave. L’amour ne laisse pas d’y trouver son langage et d’y badiner agréablement” [III, pp. 408-409]. Claro que la lengua francesa es en su opinión la única que la supera en belleza.

No es la única en alabar la musicalidad y la dulzura de nuestra lengua; según las propias palabras de Fleuriot, la lengua española adquiere en los labios de una mujer española connotaciones dulces de amor, se convierte en un sonido hermoso que hechiza y que confunde:



Figura 23. *La Carta*. CA. 1772. Óleo sobre tabla de Luis Paret. 37 x 29 cm. Madrid. Colección Varez Fisa.

Rien n'égale l'Italien, dit-on, dans la bouche d'une Toscane, d'une Bolognaise, d'une Romaine ; il faut entendre parler une Espagnole ; pour peu qu'on l'aime, qu'on en soit aimé, qu'elle soit jolie, tous les mots qu'elle prononce, laissent dans l'oreille un son si doux, si nouveau, qu'on croit qu'elle parle quand elle ne parle plus, et l'on regrette qu'un son si beau se perde dans l'air. [p. 51]

Por el contrario, la seducción de la española por medio del lenguaje pierde para Bourgoing todo su poder debido al uso de palabras indecentes; las españolas, incluso las de buena familia, cuentan sin pestañear historias obscenas, cantan canciones indecentes y relatan detalles voluptuosos que según él harían sonrojarse a muchos hombres; del mismo modo, no tienen reparos en escuchar hablar a otras personas de manera poco casta.

Para este viajero, el motivo de tales indiscreciones es seguramente su falta de educación, que les hace lanzar ingenuamente palabras cuyos efectos no conocen; cabría tal vez preguntarse en este punto quién es el ingenuo.

Équivoques, tableaux d'un pinceau peu délicat, obscénités même, elles pardonnent facilement tous les jeux de l'esprit, toutes les indiscretions de la langue. J'en ai vu accueillir, se permettre même des propos que des hommes peu scrupuleux auraient réservés pour leurs orgies, chanter des couplets d'une indécence révoltante. J'ai été plus d'une fois étonné des récits plus que graveleux de certaines femmes de *bonne compagnie*. J'en ai entendu quelques-unes raconter avec complaisance les particularités les plus dégoûtantes de leurs sales voluptés, et paraître surprises de l'embarras de leurs auditeurs [...] Les femmes qui permettent ou se permettent les propos libres n'en sont pas plus séduisantes assurément, mais aussi n'en sont pas plus faciles à séduire. [II, p. 318]

Al margen de estos intentos de justificación, lo que está claro es que las mujeres españolas no son las que se escandalizan ante un lenguaje indecente, sino que “elles provoquent quelquefois ces agaceries dont ailleurs la décence s’effarouche” [III, p. 317]. De pronto la vemos reflejada en relación con la *voluptuosidad*, lo *obsceno*, lo *inconveniente*; se está alejando cada vez más de la primera imagen de mujer cautiva, bella y callada para entrar en terrenos más en contacto con lo humano y lo puramente erótico.

Pero ¿hasta dónde pueden llegar en su demostración del deseo? Una vez más es el mismo Bourgoing quien sale en defensa de la mujer como para atemperar tal imagen de seducción indecente y anuncia el conocido refrán que ha llegado hasta nuestros días como estribillo de un conocido pasodoble: *la española cuando besa es que besa de verdad*:

Je dois encore ajouter à l’honneur du beau sexe espagnol que les femmes bannissent de leur société ces familiarités qui sont regardées comme indifférentes chez les nations où les sens moins prompts à s’enflammer trahissent moins subitement leur désordre ; et que cette méfiance d’elles-mêmes est au moins un hommage que leur faiblesse rend à la pudeur ; que par exemple, elles ne laisseraient pas prendre en public le baiser le plus chaste ; et que ceux que plusieurs de nos comédies offrent sans conséquence aux yeux des spectateurs sont sévèrement bannis du théâtre espagnol. [II, pp. 315-316]

No hay que creer que todo en ella es indecencia y depravación; sorprendentemente para el viajero francés, la española puede ser obscena con su lenguaje, pero nunca dará un beso en público. Pero la justificación de Bourgoing tiene doble cara: si no besa, es porque desconfía de sí misma, se sabe débil y sus sentidos se desbocan con facilidad. Así pues, la voluptuosidad a la que puede

abocarse la española podría ser algo incontrolable ¿o no? Veamos cómo se comporta cuando baila.

2.5. La erótica del baile: fandangos y seguidillas

La contemplación de la española bailando supone para los viajeros el descubrimiento del cuerpo femenino de la española en movimiento. En el baile expresa libremente sus sentimientos, sus inquietudes, y en este “dejarse llevar” hace resurgir su verdadero yo. No es una casualidad que la palabra “fandango” se asocie en el discurso de los viajeros de manera recurrente tanto a la “voluptuosidad” como a la “lascividad”; al menos, a una de estas palabras, si no a ambas.

El baile se convierte en una representación teatral, y la bailarina se vuelve personaje; de este modo, convertida en “otra”, la mujer española podía dar rienda suelta a sus emociones a través de la danza y jugar con el público, inmersa en el terreno de la ficción. Actitudes y movimientos impensables en otras situaciones, eran posibles mientras interpretaba su papel en el baile.

Entre los bailes que los viajeros describen, son el fandango y la seguidilla los que llaman poderosamente su atención. Otros bailes populares que tuvieron ocasión de contemplar, como los de Vitoria a los que asiste Madame d’Aulnoy y más tarde Peyron, no tienen otras connotaciones añadidas más que la visión de una danza folclórica bailada con más o menos gracia por los vitorianos.

Fandangos, seguidillas y otras danzas populares como el zorongo o el bolero se popularizaron por medio del teatro, ya que se bailaban en los intermedios de las comedias, en el interior de pequeñas piezas satíricas llamadas sainetes o tonadillas. Estas pequeñas obras en las que se cantaba y se bailaba versaban sobre

temas de actualidad, como el antagonismo entre la vida en la corte y en la provincia, los usos amorosos y la conveniencia de los cortejos, los matrimonios por interés, las modas y sus exigencias, la liberación de las mujeres, y otros muchos que constituían una especie de noticiero y que el público reconocía inmediatamente.

De tanta aceptación gozaron estos sainetes y tonadillas que un testimonio de la época afirmaba que: “Se puede considerar la representación de nuestras comedias como mero pretexto para los mismos saynetes y tonadillas”²⁶⁷. Bourgoing coincide en afirmar cuando asiste a la comedia que los sainetes y la tonadilla eran a menudo lo que más atraía a los aficionados, por su pintura realista de las costumbres contemporáneas. Según Fleuriot las tonadillas eran “assez plaisantes et fort lubriques” [p. 40].

Los bailarines representaban papeles concretos, como la maja, el indiano, el petimetre, el marido o el francés, y desarrollaban un guión que representaba las relaciones entre ellos mediante las canciones y la danza, como ocurría en una tonadilla llamada *La Maja Bailarina*, donde una maja bailaba voluptuosamente el fandango para excitar a un francés:

El fandango fue uno de los bailes españoles más conocidos en Europa, siendo especialmente considerado como un baile erótico, y en este sentido es utilizado para satirizar las ansias amorosas del personaje “francés” de esta tonadilla”.²⁶⁸

²⁶⁷ Escrito enviado en 1767 por Bernardo de Iriarte al corregidor José Antonio Armona y Murga, Biblioteca Nacional de Madrid Mss. 9327, recogido en VV.AA., *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII. La Tonadilla Escénica*, Madrid, ed. Museo de San Isidro y Ayuntamiento de Madrid, 2003, p. 16.

²⁶⁸ Ruiz Mayordomo, María José, “El papel de la danza en la tonadilla escénica”, en *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII, op. cit.*, pp. 60-71.

El fandango, ligado así a la representación erótica, se bailaba también en bailes particulares, y parece que era un baile muy a la moda, a pesar de su indecencia, durante la estancia de Casanova en Madrid en 1768, siempre que lo permitiera el conde de Aranda. Según le informa su compañera de baile, nadie sabe bailarlo como las gitanas, aunque al ver bailar a una pareja de bailarines “cette danse qui enflammait l’âme”, el viajero no puede reprimir sus gritos de placer. Casanova encuentra difícil describirlo; se trata de un baile de parejas que acompañadas de castañuelas muestran unas actitudes lascivas:

Celles de l’homme indiquaient visiblement l’action de l’amour heureux, celles de la femme le consentement, le ravissement, l’extase du plaisir. Il me paraissait qu’une femme quelconque ne pouvait plus rien refuser à un homme avec lequel elle aurait dansé le *fandango*.²⁶⁹

Nacido entre las clases populares, el éxito de este baile lo había trasladado a los altos estratos, y caballeros y damas de alcurnia rivalizaban en el dominio del fandango; Casanova, fascinado por esta danza desde el momento en que la ve bailar, aprenderá inmediatamente a bailarlo, y le servirá de excusa para cortejar a la bella Ignacia. Ya Coste había advertido esta afición entre las damas de alcurnia a bailar el fandango, baile cuya mayor belleza residía en su lascividad, y que describe así:

[...] (Les Espagnols) ils n’aiment que les danses angloises, ou leur *Fandango*, espece de rigaudon, dont les mouvemens les plus lascifs, & les postures les plus impudentes déterminent la beauté. Je vous dirai bien plus, les femmes de qualité dansent ce *Fandango* d’une maniere qui feroit rougir à Paris les chastes Nymphes de la Déesse du Roule. [p. 490]

²⁶⁹ Casanova, Jacques de Seingalt, *op. cit.*, p. 582.

En su opinión, una mujer que baila el fandango, aunque sea de alta alcurnia, se convierte en una mujer impúdica que avergonzaría a las mujeres decentes. De esta indecencia evidente del fandango, que hacía preguntarse a Casanova cómo la Inquisición permitía tales movimientos lascivos, se hicieron eco críticos ilustres del panorama español. De este modo, a finales de siglo Gaspar Jovellanos deploraba que los bailes nacionales en el teatro tomaran como modelo al pueblo más bajo, poniendo a la escena española al nivel de *manolos* y *verduleras*:

¿Qué otra cosa (son) nuestros bailes que una miserable imitación de las libres e indecentes danzas de la ínfima plebe? Otras naciones traen a danzar sobre las tablas los dioses y las ninfas; nosotros, los *manolos* y *verduleras*. Sin embargo, la música y la danza no sólo pueden formar el mejor ornamento de la escena, sino que son también su principal objeto, al fin, entre los concurrentes al teatro siempre habrá muchos de aquéllos que sólo tienen sentidos.²⁷⁰

Pero tal vez sea Beaumarchais, otro viajero fascinado por este baile, quien ofrece una de las mejores descripciones de la coreografía del fandango tal y como debía bailarse hacia mediados del siglo XVIII:

La danse [...] la plus estimée ici est celle qu'on appelle *fandango*, dont la musique est d'une vivacité extrême, et dont tout l'agrément consiste en quelques pas ou figures lascivesces gestes représentant assez bienl'acte d'amour pour que moi, qui ne suis pas le plus

²⁷⁰ Jovellanos, Gaspar Melchor, "Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España" (1790), en *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la ley agraria*, edición de José Lage, Madrid, Cátedra, 1977, p. 140.

puisque des hommes, j'en aie rougi jusqu'aux yeux. Une jeune Espagnole, sans lever les yeux et avec la physionomie la plus modeste, se lève pour aller figurer devant un hardi sauteur ; elle débute par étendre ses bras, faire claquer ses doigts, ce qu'elle continue pendant tout le fandango pour en marquer la mesure ; l'homme le tourne, il va, revient avec des mouvements violents auxquels elle répond par des gestes pareils, mais un peu plus doux, et toujours ce claquement de doigts qui semble dire : je m'en moque, va tant que tu pourras, je ne serai pas lasse la première... Il y a en a aussi des duchesses et autres danseuses très distinguées, dont la réputation est sans borne sur le fandango.²⁷¹

Los brazos de la bailarina extendidos hacia su pareja, el chasquido rítmico de los dedos marcando el compás, los movimientos más violentos de él, más suaves pero firmes de ella, y un continuo vaivén que con gestos y figuras lascivas representa el acto amoroso, hacen enrojecer al escritor, y le hace pensar en las exóticas y primitivas danzas de los negros americanos. Según él, “Le goût de cette danse obscène, qu'on peut comparer au *calenda* de nos nègres en Amérique, est si bien enraciné chez ce peuple”, que incluso circulaba una historia en la que se mezclaban fandango y clero, que se representaba en el teatro.

El argumento era el siguiente: unos religiosos extranjeros consideraron indecente este baile, y fueron a pedir al Papa que lo prohibiera. Reunido con todos los prelados en cónclave, el Papa recibe a los enviados españoles que quieren quejarse de tal prohibición. Para demostrar la falsedad de las acusaciones, solicitan

²⁷¹ *Lettre au duc de la Vallière, op. cit.*, p. 51. Según Bennassar, en el original en el lugar de las palabras en cursiva acompañadas de puntos suspensivos, Beaumarchais habría escrito sólo los puntos suspensivos por miedo a la censura; las palabras son posibles equivalentes de las que el autor evitó escribir.

al pontífice permiso para que una pareja baile un fandango delante de él. Empieza el fandango, los bailarines comienzan la danza; pronto el Papa y los cardenales no pueden evitar seguir el compás, y poseídos por el furor del fandango, todos acaban bailando con desenfreno. En el teatro, esta escenita que se representaba en los intermedios era vitoreada por el público; años más tarde, Bourgoing retomará esta misma historia en su relato.

El autor del *État politique, historique y moral...* describía el fandango como “une Danse grave, galante et fort expressive, mêlée de mouvements très lascifs et peu décens” [p. 480]. Sin duda era un baile que permitía una gran expresividad de los bailarines, y que se caracterizaba por ello en gran medida. Peyron destaca que nadie transmite los sentimientos por medio de esta danza con tanta fuerza y elegancia como las mujeres gaditanas, que demuestran flexibilidad y ligereza en sus movimientos:

[...] saben variar con tanta delicadeza como lascividad las actitudes voluptuosas, y algunas veces cínicas, de los bailes del país; las hay hasta que no pueden ser ejecutadas en las reuniones celosas de unir la decencia al placer. Pero no se puede concebir su ligereza y, sobre todo, la agilidad y flexibilidad de sus movimientos. [p. 800]

Para explicar cómo se baila un fandango, recurre a la reproducción de un texto en latín escrito por el deán Marti en 1712²⁷², y remite a los textos de otros viajeros anteriores que ya lo describieron en sus relatos, como Giuseppe Baretti.

²⁷² El autor parece querer evitar cualquier referencia propia a tan indecente danza. Citamos parte de la descripción del erudito deán Marti que Peyron adjunta en una nota en p. 800: “Saltant vir et femina, vel bini, vel plures. Corpora ad musicos modos per omnia libidinum irritamenta versantur, membrorum in ea mollissimi flexus, clunium motationes, micationes femorum falacium, insultuum imagines, omnia

Hay algo de hechizo en este baile rebosante de expresión, que excita las pasiones y atrae incluso a los más reticentes, que no pueden evitar seguir su compás, como mostraba la historia del Papa; en palabras de Bourgoing “La sévérité des juges ne tient pas à cette épreuve, peu à peu leurs faces austeres s’épanouissent” [III, p. 305].

A finales de siglo, el fandango seguía siendo el baile más demandado por el público del teatro y los asistentes a los bailes. Bourgoing destaca la provocación y la seducción que se transmite sólo con la expresión de los cuerpos de los bailarines, sin que lleguen a tocarse ni una sola vez, especialmente cuando ante un pequeño número de espectadores la “intención” se hace más marcada:

[...] dans d’autres circonstances où un petit nombre de spectateurs en gaîté semble dispenser des scrupules cette intention est si prononcée, que la volupté assiège l’âme par tous les organes ; son aiguillon fait alors palpiter le coeur du modeste jouvenceau, et ranime les sens émoussés du vieillard. Le Fandango ne se danse qu’entre deux personnes, qui jamais ne se touchent même de la main ; mais en le voyant s’agacer, s’éloigner tour-à-tour et se rapprocher ; en voyant comment la danseuse, au moment où la langueur annonce une prochaine défaite, se ranime tout d’un coup pour échapper à son vainqueur, comment celui-ci la poursuit, est poursuivi à son tour ; comment les émotions qu’ils éprouvent sont exprimées par leurs regards, leurs gestes et leurs attitudes, on ne peut s’empêcher d’observer en rougissant que ces scenes sont aux véritables combats de Cythère, ce que sont nos évolutions militaires en tems de paix au véritable déployement de l’art de la guerre. [II, pp. 306-307]

denique turgentis lascivae solertissimo studio expressa simulacra”. Probablemente al excesivamente prudente Peyron le parece más decente reproducir esta descripción en latín.



Figura 24. Mariana Márquez bailando el zorongo 1795. Cobre talla dulce, iluminada de L. Barrutia. Biblioteca Nacional. Madrid.

Curiosa descripción de Bourgoing de esta danza en sus propias palabras “voluptueuse et impudique”, que parece representar una batalla en la que hombre y mujer se enfrentan como dos rivales en tiempo de guerra, o más bien en unas maniobras en época de paz.

Nos quedamos, sin embargo, con este auténtico elogio de Fleuriot al fandango, que bailado por una auténtica bailarina haría cambiar de vida a un anacoreta que, del mismo modo que los jueces del Vaticano en la anécdota del Papa, no podría sustraerse al hechizo de este baile excitante que provoca la admiración y la voluptuosidad:

Jamais, ni ces pyrriques voluptueuses, tant courues des Romains, ni ces pantomimes dont parle Homère, ni ces danses des Saliens, tant célébrées par Denis d’Halicarnasse, n’approchèrent sûrement du *fandango*. Je parie que l’anachorète qui mange le plus de laitues, qui prie le plus, qui jeûne le plus, qui se fouette le plus, ne voit pas danser le *fandango* sans soupirer, sans désirer, sans être ému, sans maudire son cilice, sa discipline, son bréviaire et son régime. Mais il faut que le fandango soit bien dansé ; il faut que *Julie Formalaguez* le danse. Alors la tête, les bras, les pieds, tout le corps semble se mouvoir seulement pour exciter l’étonnement, l’admiration, la volupté ; alors mon anachorète n’y tiendra plus, n’y sera plus, perdra la tête ; il palpitera, désirera, regrettera le monde, donnera au diable ses laitues, son habit de bure et ses sandales. [p. 51]

El grabado titulado *Mariana Máiquez bailando el zorongo* (figura 24) representa a una conocida tonadillera en posición de iniciar este baile popular andaluz, con los brazos extendidos hacia adelante, a punto de tocar las castañuelas que lleva en las manos. Su pelo negro está adornado con un complicado tocado, adorna su corpiño con lazos y diversas joyas. La bailarina inclina levemente el



Figura 25. *Un pasar de las seguidillas boleras*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada, de Marcos Téllez Villar. Colección *Seguidillas boleras*. Museo Municipal de Madrid.

cuerpo hacia atrás mirando al espectador de manera seductora, sonriendo con la cabeza ladeada.

Otro baile de gran aceptación entre el público y los viajeros era la llamada seguidilla. Se trataba de una danza popular que reproducía algunos pasos del fandango y que se bailaba en cuatro parejas, a modo de contradanza. Para el autor del *État politique, historique et moral...* “est une danse moins serieuse accompagnée de chansons... les pas ne sont ni vifs, ni sautés : ils consistent en des balancés et des mouvements du Corps” [p. 480]. Recordemos que el fandango le había parecido una danza grave; del mismo modo no parece que las seguidillas causara gran impacto en él.

Por el contrario, al recorrer la Mancha Peyron se muestra fascinado por sus mujeres y por las seguidillas, cuyo canto es para él inimitable en la voz de los españoles; difícil saber si le fascinan más unas u otras:

[...] las mujeres tienen un *meneo*, como dicen en el país, un cierto movimiento tan rápido, una flexibilidad, una actitud tan muelle, vueltas de los brazos tan voluptuosas, pasos tan lánguidos, tan graciosos, tan variados, tan justos, que viendo bailar a una mujer bonita uno no sabe qué hacer de su filosofía. [p. 823]

Los temas sobre los que versaban estas seguidillas eran en su mayor parte según sus propias palabras “la voluptuosidad, el amor o la ausencia”. La contemplación por parte de los viajeros de una española bailando seguidillas, mientras toca las castañuelas y sigue el compás con precisión poco habitual, es una imagen que consigue aunar, al igual que ocurría con el fandango, la mujer, el baile, el amor y la seducción, que se convierten en una imagen única; así lo afirma Bourgoing:

C'est là qu'une Espagnole, habillée suivant son costume, accompagnant les instrumens avec des castagnettes, et marquant la mesure avec une rare précision, devient un des objets les plus séduisants dont l'amour puisse se servir pour étendre son empire. [II, p. 308]

El grabado titulado *Un pasar de las seguidillas boleras* (figura 25) muestra una escena campestre en la que una pareja de bailarines vestidos de majos reproducen a modo de exhibición un paso de las seguidillas, acompañados por un guitarrista que está sentado al fondo.

Es curioso comprobar que se encuentran gran cantidad de reproducciones gráficas del siglo XVIII que representan bailes como seguidillas o boleros, pero no hemos encontrado ninguna que represente el baile del fandango, seguramente porque este baile tenía más connotaciones de lo erótico y por tanto de lo prohibido.

[3.] **Estrategias para el encuentro amoroso**

Pasemos ahora a otra fase: la española ya ha elegido, y el seducido ha caído a sus pies. ¿Cómo conseguir burlar la vigilancia marital o paterna para poder verse a solas con él? Ya hemos visto en qué espacios la española va adquiriendo mayor libertad para llevar a cabo sus encuentros amorosos: la iglesia, el paseo, los espectáculos públicos. Pero ¿de qué manera consigue sus propósitos? Haremos un breve repaso de las posibilidades que se le ofrecen y cómo las aprovecha.

El ingenio natural de las españolas les proporciona el medio para lograr sus objetivos, su falta de libertad el deseo de conseguirla: “La grande contrainte où elles vivent leur inspire le desir de s’en affranchir ; & leur esprit soûtenu de beaucoup de tendresse, leur donne le moyen de l’executer” [III, p. 302]. Así, Madame d’Aulnoy relata diversas formas de burlar la vigilancia de dueñas y maridos, incluso en la iglesia, a la que acuden con algún pretexto devoto. El procedimiento es, en primer lugar, escapar de la vista de sus acompañantes; después, tener preparada una casa alquilada para la ocasión. A su regreso a la iglesia riñen a sus criadas por no haber sabido seguirlas:

Il se passe ces trois jours là des choses bien différentes entre les veritables Penitens, les Amants, & les Hypocrites. Il y a des Dames, qui ne manquent point d'aller sous le pretexte de devotion, en de certaines Eglises où elles sçavent depuis un an entier, que celuy qu'elles aiment se trouvera ; & bien qu'elles soient accompagnées d'un grand nombre de Dueñas, comme la presse est toujours grande, l'Amour leur donne tant d'adresse, qu'elles se dérobent en dépit des Argus, & vont dans une Maison prochaine, qu'elles connoissent à quelque enseigne, & qui est louée exprés sans servir à personne, que dans ce seul moment. Elles retournent ensuite à la même Eglise, où elles trouvent leurs Femmes occupées à les chercher ; elles les querellent de leur peu de soin pour les suivre ; & le Mary qui a gardé pendant toute l'année sa chere Epouse, la perd dans le tems où elle luy devoit être le plus fidelle. [III, pp. 302-303]

Más tarde, también Labat se percataría de las argucias femeninas en las iglesias para despistar a sus acompañantes, que consistían en confundirse con sus compañeras, todas tapadas, haciendo imposible seguirlas.

Ya comentamos este uso de la mantilla también durante el paseo, extendido a las mujeres de todas las clases sociales cuando la ocasión lo requería:

Il n'y a que les femmes du commun et celles qui cherchent des aventures qui en portent ; mais quelquefois, comme je vous le dis, il y a des Dames de la Cour qui vont en cet équipage [...] Ces petits déguisemens ne se pasent pas toujours avec tant d'innocence. [III, p. 381]

Observando el paseo del Prado, Bourgoing comentaba que “Là, sans doute, on se concertoit pour tromper la vigilance d'une mère ou la jalousie d'un mari” [I, p. 233]. Aunque se apresuraba después a alabar las mejoras de este paseo bajo la jurisdicción del

conde de Aranda, que lo había convertido en un lugar mucho menos sombrío y peligroso.

En el grabado titulado *La Petimetra en el Prado de Madrid* (figura 26), puede verse a una pareja durante el paseo, acompañados de un niño. Ella lleva una larga mantilla cruzada a la altura del pecho, y va cogida del brazo de su acompañante, seguramente su marido, que se inclina hacia ella como para decirle algo al oído. Sin embargo, ella parece más interesada en un caballero vestido de majo con capa que está de pie junto a un árbol, fumando y mirándola. La petimetra levanta su mano izquierda que tiene libre hasta la altura de su hombro, como haciéndole una seña.

Otra estrategia era huir de la casa a la que se había ido de visita por la puerta de atrás, protegidas por una capa y por el silencio de las amigas que las habían invitado, regresando antes de que vinieran a buscarlas. Para ello era imprescindible la discreción de la amiga, que guardara el secreto: “toutes les femmes se gardent un secret inviolable, quelques querelles qui puissent arriver entr’elles” [III, p. 483].

El papel de los maridos en todas estas intrigas es el de pobres engañados que además, no tienen derecho a mostrarse celosos, pues serían motivo de burla. Esto ocurría ya en la época de Madame d’Aulnoy:

[...] un mari jaloux auroit beau venir chercher sa femme, l’on se moqueroit et l’on ne se donneroit pas même la peine de lui répondre : elle y est, ou elle n’y est pas. Elles sont fines, les bonnes Dames, et cette liberté ne les sert pas mal ; car vous observerez qu’il n’y a pas une maison qui n’ait sa porte de derriere par où elles peuvent sortir sans estre vûes [...] L’amour est ingenieux en ce país-ci. [III, pp. 484-485]



Figura 26. *La petimetra en el Prado de Madrid*. Cobre, talla dulce, buril. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

Comenta también la escritora que en ocasiones, mientras la dama se dirigía a pie, tapada, al lugar de la cita, un paseante la importunaba; la forma de deshacerse de este inoportuno era implicar a otro viandante rogándole que le librara de él. Este último, por galantería, llegaba hasta a sacar su espada si era necesario, y en medio de estos lances la dama podía salir huyendo y acudir a la cita con su amante [III, p. 487]. Con esta treta conseguía la dama astutamente su objetivo, sin preocuparle lo que pudiera ocurrirle al pobre caballero galante.

Otras veces se utilizaba cualquier casa ajena que venía de camino para verse a solas, rogando cortésmente al propietario que saliera, explicándole que si no se perdería la ocasión de hablar a la dama. Según Madame d'Aulnoy, esto era suficiente para que los dejen a solas: “Enfin l'on est d'une témérité surprenante, pour avoir le moyen de se voir seulement un quart-d'heure” [III, p. 488].

No sabemos hasta qué punto estas astutas artimañas eran realmente usadas por las españolas, y muchas de ellas tienen mucho de novelesco. “L'amour est ingénieux en ce país-ci” [III, p. 485], concluye la escritora, sorprendida y un tanto fascinada ante la astucia de estos amantes que consiguen burlar descaradamente todos los obstáculos para satisfacer su pasión.

Lo que sí es cierto es que al relatar el uso de estas estrategias por parte de las mujeres los viajeros ofrecen una imagen de la española que la representa como una mujer ingeniosa, temeraria, a la que sólo le interesa lograr sus objetivos amorosos por encima de todo y utilizando cualquier medio: engaño, disfraz, implicar a una tercera persona, que podía hacer el papel de celestina. El amor parece ser la prioridad absoluta de las españolas, por encima de cualquier tipo de escrúpulo, como una obsesión.



Figura 27. *La Celestina y los enamorados*. Acuarela sobre cartulina de Luis Paret. 410 x 300 mm. Firmado “L. Paret inv. & fech. a. 1784”. Colección particular, Barcelona. Anteriormente en la Col. Arenaza, Madrid.

El tipo celestinesco es típicamente español. Este tipo literario, inmortalizado por Fernando de Rojas, sería de influencia capital en la literatura europea.

En este sentido la acuarela de Luis Paret titulada *La Celestina y los enamorados* (figura 27) representa el interior de una casa vieja y destartada en la que destaca la figura de una anciana sentada junto a una mesa, rezando un largo rosario que sujeta en la mano. Es una mujer muy mayor, con aspecto desaliñado, que mira al frente. A su alrededor se ven animales muertos o disecados, ristas de ajos; sobre la mesa, cubierta con un mantel que contrasta con el resto de la casa, hay unas vasijas, una copa grande y una jarra. Todo ello apunta a que la anciana pueda ser una mezcla entre santurrona y hechicera.

Detrás de ella se abre una puerta que da a otra estancia; en el umbral se ve a una joven con el pelo suelto cerrando la puerta; tras ella se adivina la figura de un hombre que parece abrazarla. Contrastando con la figura de la vieja, la pareja está como desdibujada, casi sin color. En primer término, un gato de espaldas al espectador contempla la escena.

[4.] Las pasiones: amor y celos

Cuando al fin decide entregarse a un amante ¿cómo ama una española? De todas las pasiones que caracterizan a la española enamorada, dos son las que los viajeros destacan por encima de las demás: la fidelidad y los celos. Esta combinación explosiva, llevada hasta la exageración, hace exclamar a Coste de manera irónica: “l’amour est ici un travail bien pénible”. Razón por la cual opta, a pesar de que algunas mujeres le parecen apetecibles, por olvidar sus intenciones galantes, asustado por tan grandes exigencias: “Je me gardai bien d’offrir mon bras à aucune des Dames. J’avois trop peur d’être pris par un amant ; & cette petite faveur ne valoit pas le péril auquel je me serois exposé” [p. 472]. Temor que, como ya vimos, aumentaba en los viajeros por la extensión de la plaga de sífilis que existía en España²⁷³

²⁷³ Para ampliar información sobre este tema véase el artículo de Vázquez, Lydia, “E.S.T. y xenofobia: testimonios literarios en la Francia del siglo XVIII”, en *Sida y cultura*, Haderbache, Ahmed y Monleón, Ana (eds.), Valencia, Universitat de València, 1997.

¿Qué ha sido de toda esa seducción que llevaba implícita una promesa de amor? La seducción existe y la promesa puede cumplirse. El problema es que la visión que las españolas tienen del amor no tiene nada que ver con las relaciones amorosas que los viajeros conocían.

Para empezar, parecía fuera de lugar o al menos complicada de conseguir establecer una relación amorosa entre personas libres de un cierto nivel social. Una española soltera que se considerara decente debía cuidarse de mantener relaciones amorosas conocidas que afectarían a su buena fama, poniendo en peligro realizar un buen matrimonio. Así que las mujeres más disponibles solían ser las casadas, por lo que un enamorado sólo podía aspirar a ser su amante.

Pero no era ese el mayor obstáculo. La española puede coquetear, mostrarse seductoramente ingeniosa, arriesgarse para ver a su amante a solas mostrando gran temeridad; pero una vez que consigue tenerlo rendido a sus pies, se vuelve posesiva, celosa, exclusivista. Ya no tiene ojos para nadie más, y por supuesto su amante debe obrar del mismo modo: debe serle absolutamente fiel, aunque su relación permanezca en secreto durante toda la vida.

[...] l'on n'épargne rien pour satisfaire sa passion, et l'on est fidelle à sa maistresse. Il y a des intrigues qui durent aussi long-tems que la vie, bien que l'on n'ait pas perdu une heure pour les conclure. L'on met tous les momens à profit, et dés qu'on se voit et qu'on se plaist, il n'en faut pas davantage. [III, p. 485].

Asimismo véase Pujante González, Domingo, "Vénus et Thanatos : une vision masculine de l'amour au XVIII^e siècle", en *Estudios de lengua y literatura francesas*, nº 13: El discurso epistolar, 2000-2001, pp. 151-180.

Porque una de las características más recurrentes en la descripción del tipo nacional español es su exceso desmedido en las pasiones. Así explica Madame d'Aulnoy su temeridad para llevar adelante los amores prohibidos: es la fuerza de su pasión la que los empuja: “Leur passion est si forte qu’il n’y a point de perils qu’ils n’affrontent” [III, p. 482].

Al hablar de las pasiones humanas, conviene recordar que según la tradición cristiana el hombre que se dejaba arrastrar por ellas caía en el pecado. Sólo mediante la constancia en el desarrollo de las virtudes cristianas y en la fe podía luchar contra tales vicios, que de otro modo le llevarían a la condenación eterna. Con la llegada del espíritu ilustrado se produciría una evolución en el concepto de la pasión, hasta llegar a una especie de rehabilitación en la que la pasión ya no es un rasgo negativo en el hombre, sino que controladas por él deberían ayudarle a conseguir la armonía consigo mismo y con la sociedad²⁷⁴.

De ahí la repetida metáfora que convierte a las pasiones humanas en los vientos necesarios para que avancen las naves en el mar, equiparando la vida a una travesía marítima. No obstante, su exceso lleva en ocasiones a producir tormentas. De la inmovilidad con que puede observarse la tormenta desde el puerto al naufragio provocado por ella, toda una serie de posturas apoyaron en la época de las Luces desde la inmovilidad pasiva hasta el movimiento positivo. El debate se desarrolla desde el final del siglo XVIII y continuará en el siglo siguiente, buscando el consenso mediante un elogio moderado de las pasiones y la propuesta de un control razonable de esta indudable fuente de energía. En cualquier caso

²⁷⁴ Sobre este proceso de “rehabilitación” de las pasiones en el pensamiento ilustrado, véase el artículo de Michel Delon “Passions” en su *Dictionnaire européen des Lumières*, *op. cit.*, pp. 825-826.

como afirma Michel Delon “La passion est compagne des lumières”²⁷⁵, pero en general se considera que su exceso no puede conllevar consecuencias positivas.

Desde el discurso médico sobre las pasiones del amor que provenía del siglo XVII francés, se propagaba el concepto de la pasión como un estado de conflicto en el que el alma humana se dividía entre dos posturas opuestas: dejarse llevar por el deseo o crearse una serie de obstáculos para vencerlo²⁷⁶. En los límites del discurso animista, el mismo amor era una pasión; el placer representaba el exceso, algo patológico. La apología del uso moderado de la sexualidad, además de conllevar la devaluación implícita del placer, se adecuaba perfectamente a los fines de la vida conyugal, en el marco de la vida familiar y de la sociedad en general²⁷⁷.

No es precisamente la moderación de las pasiones lo que caracteriza a los españoles; ya vimos que en la imagen tradicional de los españoles, y con el apoyo lógico que ofrecía la teoría de los climas, las pasiones son llevadas al exceso. Si a finales del siglo XVII Madame d’Aulnoy hablaba de fuertes pasiones, Coste se refiere a las

²⁷⁵ Véase su interesante estudio sobre este aspecto en el capítulo IV titulado “Passions et paroxysmes”, en la segunda parte de *L’idée d’énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, *op. cit.*, pp.349-400. La cita es de la p. 354.

²⁷⁶ Véase Beuvriot, Evelyne, *La peinture des passions de la Renaissance à l’Age classique*, Actes du Colloque international Saint-Etienne 10-12 avril 1991, textes réunis par Bernard Yon, Publications de l’Université de Saint-Etienne, 1995.

²⁷⁷ Para obtener una visión más completa sobre el concepto de las pasiones como patología y como oposición a la razón, existente en los tratados médicos en la Francia del siglo XVIII, véase el artículo de Paul Hoffmann “Le discours médical sur les passions de l’amour, de Boissier de Sauvages à Pinel”, en *Corps et coeur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000, pp. 15-29.

grandes pasiones: sobre todo los celos, pasión desenfrenada que puede llevar a la locura a un amante celoso.

Los celos provocan venganzas crueles y terribles por una mera sospecha de un amante; pero además, de manera fría y calculadora, los españoles son capaces de esperar el momento de vengarse durante años, demostrando así su constancia y su sangre fría:

[...] les excès que les autres peuples leur reprochent, & dans lesquels ils donnent réellement, paroissent dans les actions de leur vie les plus indifférentes ; mais ils se montrent bien plus dans les grandes passions. La jalousie, par exemple, est une de celles qu'ils poussent jusqu'à la démence. Rien ne peut les retenir, dès qu'ils ont soupçonné. Si quelque obstacle imprévu s'oppose à leur vengeance, ils la méditent plusieurs années avec tant de sens froid, que la moindre occasion de la faire éclater ne leur échappe pas : ils se norrissent du poison de la haine, en affectant aisément les dehors de l'amitié la plus sincère. Une dissimulation soutenue avec tant de fermeté, suppose un coeur d'une trempe bien différente de ceux des autres Peuples. [III, p. 301]

En opinión de los viajeros, las mujeres no están exentas de esta enfermedad furiosa. Por el contrario, la venganza de una española enamorada que se cree burlada puede ser terrible. Tanto, que los viajeros se complacen en contar historias que giran en torno a los celos y a la venganza por amor, para ilustrar con más detalle este rasgo de la pasión de las españolas tan característico y que las convierte en auténticas brujas:

Leur amour est toujours un amour furieux, et cependant les femmes y trouvent des agremens [...] elles ne sont pas plus modérées qu'eux quand elles aiment. Elles mettent tout en usage pour se venger de leurs amans, s'ils les quittent sans sujet, de sorte que les grands

attachemens finissent d'ordinaire par quelque catastrophe funeste.
[XII, p. 469]

Madame d'Aulnoy, como sabemos escritora de ficción, ilustra esta afirmación con la historia de una española de condición que, sabiéndose engañada por su amante, esperó en silencio hasta el momento en que pudo verse a solas con él. Entonces, tras reprocharle su infidelidad que el amante no pudo excusar, la dama le ofreció a elegir lo que sería su manera de morir: una taza de chocolate o un puñal. El amante eligió el chocolate y, tras beberlo de un trago, recomendó a la dama que la próxima vez añadiera azúcar, pues el veneno lo volvía muy amargo. Murió en menos de una hora, y la dama, “qui l'aimoit encore passionément, eut la barbarie de ne pas le quitter qu'il ne fut mort” [III, p. 470]. Ya sabemos, por otra parte, que la venganza femenina tiene una presencia notable en toda la narrativa francesa del XVIII²⁷⁸..

Historias como ésta en las que españolas despechadas atacaban furiosamente a amantes infieles se combinaban en los relatos de los viajeros con otras en las que la virtud y la abnegación femenina creaban personajes de auténticas santas. Así, en la otra cara de la moneda la misma escritora relata el caso de la marquesa de los Ríos, que tras sufrir la traición infame de su amante que la abandona como esclava en Argel para casarse en Sevilla con su mejor amiga, termina sus días retirándose a un convento para huir de él, porque en el fondo todavía lo ama.

²⁷⁸ Especialmente destacamos “Histoire de Mme de la Pommeraye et du marquis des Arcis” en Diderot, Denis, *Jacques le Fataliste et son maître*, y la célebre novela libertina de Choderlos de Laclos, *Les liaisons dangereuses*, véase la edición de Delon, Michel, París, PUF, 1986.

En estas historias con personajes femeninos de españolas enamoradas, amor y violencia van siempre unidos; cuanto más intensa es la pasión, más trágicos son los desenlaces. Esta imagen ambivalente de la española que es víctima y a la vez verdugo, no hace sino desconcertar al viajero que no comprende cómo estas mujeres soportan estos sentimientos tan intensos.

Tomando como referencia el desarrollo de las relaciones amorosas en su país, Coste considera que sería impensable encontrar estos mismos sentimientos en una mujer francesa enamorada, o que esta aceptara sufrir la furia de un amante que se moviera según tan intensas pasiones:

Une Françoise ne s'accomoderoit pas de ce sentiment : une Espagnole n'est pas si délicate. Quand elle aime une fois, elle se livre sans examiner, & ne connoît de l'amour que les transports ; si elle se trouve en compagnie, vous lisez dans les yeux de son amant, la rage de voir sa maîtresse dans un lieu où tout le monde peut la regarder. Il lui fait un crime de tout ce qu'elle dit, lorsque ses discours ne se rapportent pas allégoriquement à lui. [p. 472]

Como indica el autor, la española no conoce otra cosa del amor más que la furia que desata en los enamorados. Seguramente por ello las españolas exigían en sus relaciones amorosas lo que creían que debían exigir, lo mismo que sus amantes les exigían a ellas, lo que les habían enseñado que era el amor. Por ello son tan celosas como los hombres, y por ello también son capaces de llegar a cometer los mismos crímenes por amor. Y por ello según Madame d'Aulnoy consideran que un amante que no sea celoso no las ama de verdad: "Elles disent [...] que leur desespoir est une preuve certaine de leur passion" [III, p. 469].

Si en la mentalidad de los viajeros el amor debería ser fuente de felicidad, su visión del amor español es la de una relación marcada por la desgracia, por la tristeza, algo que espanta, como afirmaba el marqués d'Argens:

Les femmes, elles-mêmes, sont atteintes de ce défaut; et leur passion les rend capables d'entreprendre les plus grands crimes. Elles sont aussi jalouses que les hommes: et l'amour, en Espagne, est plutôt une fureur affreuse, qu'une agréable passion accordée aux humains pour les rendre heureux²⁷⁹.

Este autor llega a afirmar que “les femmes vont souvent bien plus loin que les hommes dans les excès où les porte une passion si dangereuse”²⁸⁰. Los asesinatos cometidos con veneno para deshacerse de una rival, serían en su opinión la demostración de que las españolas no sólo son celosas por temperamento, sino también “par un sentiment de vanité et d'amour-propre”. Porque el uso del veneno para la venganza exige premeditación y frialdad, más que el crimen furioso cometido en una situación desesperada; el uso del puñal parece ser el más recurrente en las historias de españolas celosas.

Así, Madame d'Aulnoy cuenta en su décima carta la historia de una cortesana madrileña que se disfrazó de hombre para poder llegar hasta su amante, al que apuñaló porque creyó que le había sido infiel. Pero después, al verlo en el suelo ensangrentado, lloraba amargamente y se arrancaba los cabellos de dolor. En estas historias, la mujer que se venga de su amante por una infidelidad nunca puede ser feliz, porque en el fondo sigue amando al que la traicionó.

²⁷⁹ *Lettres juives, op. cit.*, lettre 116, p. 334.

²⁸⁰ *Ibid.*, p. 336.

El amor en España en la visión de los viajeros, además de ser violento suele ser desgraciado.

Y sin embargo, el amor parece ocupar todo el tiempo de las mujeres españolas. Un tiempo de ocio y aburrimiento que tenían que rellenar, y que ocupaban con lo que mejor sabían hacer: prepararse para gustar a sus amantes y pensar en ellos, como indica Madame d'Aulnoy:

[...] ces Dames n'ont point envie de vouloir plaire à d'autres qu'à leurs amans ; elles en sont toutes occupées, et bien qu'elles ne le voyent pas le jour, elles trouvent le moïen d'employer plusieurs heures à son intention, soit en lui écrivant ou en parlant de lui avec une amie qui est du secret, ou demeurant une journée entiere à regarder au travers d'une jalousie pour le voir passer. [III, p. 472]

No obstante, se aprecia en la segunda mitad del siglo XVIII una voluntad de los viajeros por atenuar esa imagen de violencia y celos que se atribuía al amor español. Beaumarchais afirmaba que: “on a chez nous une très fausse opinion des Espagnols quand on les croit jaloux : cette frénésie est peut-être réléguée dans quelque ville de province”²⁸¹, e insistía en la libertad de la que gozaban las españolas para sus devaneos amorosos, incluso las casadas.

También Peyron hablará de un cambio en las costumbres españolas, que se refleja en una mayor capacidad de reflexión, en una idea más justa del honor, en una moderación de la violencia de su carácter, que sólo se podía ya encontrar en las clases populares [p. 877]. El retrato del carácter español que hizo Peyron pretendía equilibrar defectos y virtudes, también al hablar de las pasiones, dentro de su voluntad de rehabilitar la imagen de España con las

²⁸¹ *Op. cit.*, p. 48.

transformaciones que se estaban produciendo bajo el reinado de Carlos III.

Al menos en apariencia, los maridos se mostraban menos celosos y probablemente influía en los maridos que pertenecían a las clases altas la voluntad de adaptar sus costumbres a las que venían del extranjero, sobre todo a la influencia cada vez más marcada de Francia.

Bourgoing llegará a afirmar hablando de los españoles en general que “La jalousie est fort rare parmi eux” [II, pp. 291-292]. En su opinión los celos, consecuencia del clima, son una pasión muy atenuada en los que él llama “espagnols modernes”. A pesar de que todavía es la influencia del clima la que “commande [...] trop impérieusement certaines faiblesses” [III, p. 311].

Lo que sí que no ha cambiado según este mismo viajero es la exigencia de las españolas de fidelidad y constancia a sus amantes, tan marcada que a sus ojos el amor se convierte en un deber esclavizante, en una prueba de sacrificio continuo y de absoluta sumisión a su dama. La perseverancia se convierte más que en un placer en una imposición:

La perseverance en est un (plaisir) sans doute auprès d'une Espagnole, mais elle est aussi un devoir rigoureux et très assujettissant. L'amour, lors même qu'il est heureux, veut qu'on lui appartienne exclusivement. L'homme enrôlé sous ses drapeaux lui doit le sacrifice de toutes ses affections, de tous ses goûts, de tous ses moments. Il est condamné non pas à la langueur, mais à l'oisiveté. [II, pp. 309-310]

Bourgoing parece darle la vuelta a su apreciación del amor de la española, ya que se convierte en una especie de tortura. Y no por el principal problema que marcaba tradicionalmente el amor español, los celos, sino debido a esta perseverancia en las relaciones

amorosas que no se entendía desde el punto de vista de los viajeros. Relaciones de amantes llenas de obstáculos no eran nunca triviales o pasajeras, sino que cualquier unión de este tipo debía revestirse necesariamente de un halo de durabilidad, como si fuera para siempre. De manera que una relación extramatrimonial iba adquiriendo las mismas características del amor conyugal, y podía durar toda la vida. Esto parece asustar al viajero, no tanto por tener que soportar los caprichos de una enamorada española, sino por esta perseverancia, esta constancia de las españolas en la conservación de sus amantes:

Tranchons le mot. Les chaînes d'une belle Espagnole sont moins douces à supporter que difficiles à éviter. Ses caprices, dignes enfans d'une imagination vive, sont quelquefois étourdis et brusques. Mais ce qu'il n'est pas facile de concilier avec ces fantaies fugitives, c'est la constance de la plupart des femmes espagnoles dans leurs attachemens. L'enivrement qu'elles causent et qu'elles éprouvent, bien différent de toutes les situations extrêmes qui durent peu, se prolonge souvent fort au-delà du terme ordinaire ; et j'ai vu, dans ce pays des passions ardentes, plus d'un amour mourir de vieillesse. [II, pp. 310-311]

Como afirma este viajero España sigue siendo un país de pasiones ardientes. Pero parece interesado por alejar de la mente de los lectores la idea de que las españolas se entregan al amor con facilidad. A pesar de que él mismo habla de disolución en las costumbres, llegando a afirmar que “la dépravation dans ce genre est poussée en Espagne jusqu'au scandale” y que a menudo son las mujeres las que provocan descaradamente, enviando notas a los hombres en las que expresan libremente los deseos que éstos han provocado en ellas.

Sin embargo, inmediatamente distingue entre las mujeres de mala vida, que se encuentran fácilmente en España, y las españolas “decentes”, que reservan sus encantos para el matrimonio:

Les filles, quoique en général peu réservées dans leur maintien, accordent beaucoup moins que leur extérieur ne promet, et il est fort rare qu'elles anticipent sur les droits du mariage. [II, pp. 315]

Para los viajeros, las relaciones amorosas de las españolas parecen ser complicadas y exigentes. Ellas saben cómo atraer a los hombres, pero da la impresión de que cuando se conoce bien su forma de amar surge una contradicción entre, por un lado, la facilidad con la que entablan contacto con el sexo opuesto, los recursos que poseen y que saben utilizar para la seducción, su interés en gustar, su manera de aplicarse a la consecución de lo que parece ser su único objetivo, sus actitudes coquetas y provocadoras; y por otro, su comportamiento exigente con sus amantes, su excesiva perseverancia casi obsesiva que convierte al amante casi en un esclavo.

Veamos a continuación cómo las españolas aplicaban los mismos patrones del amor conyugal, los que ellas conocían bien, a sus relaciones extramatrimoniales. De este modo aunque el amor institucionalizado empezaba a estar en crisis, no parece que la opción que para las mujeres representaba la galantería en el XVIII las liberara de los mismos esquemas rutinarios y agobiantes que caracterizaban el amor dentro del matrimonio.

[5.] El “cortejo” y la crisis del matrimonio

Si en la *Relation* de Madame d’Aulnoy las mujeres desarrollaban todo tipo de estrategias para verse en secreto con sus amantes, y las mujeres gaditanas del relato de Labat buscaban a sus amantes escondidas tras sus mantillas, los viajeros posteriores comienzan a aludir a una figura que parecía ya muy asentada en la España de 1750. Coste d’Arnobat destaca la presencia de un paje o “estudiante” que acompañaba a las mujeres a la iglesia y al que el autor atribuía otras funciones menos relacionadas con la devoción:

On ébauche ici presque toutes les connoissances à l’Église ; les Dames y vont régulièrement tous les jours, précédées d’un page qui les accompagne par tout. Ce Page est un Ecclésiastique qui n’a point encore les Ordres sacrés [...] il est de bon ton d’en avoir un, & une femme comme il faut, n’oseroit se montrer sans son *estudiante* ; c’est ainsi qu’on nomme cette espece de valets, que leurs maîtresses occupent souvent à des emplois dont un galant-homme se chargerait avec plaisir.

Les amans se sont quelquefois avisés de jouer le rôle d’un de ces *estudiantes*, pour s’introduire auprès de leurs belles, & ces déguisemens n’ont pas manqué de produire un grand nombre de catastrophes funestes. [p. 478]

Según el autor, este “estudiante” sería en principio un joven destinado al sacerdocio pero que aún no había tomado los hábitos. La costumbre de ir acompañada por uno de ellos sería “de bon ton” y una marca de la pertenencia a la clase alta. De nuevo bajo el velo de la devoción, estos acompañantes tenían obligaciones hacia la dama más propios de un amante. O incluso, como indica el autor, los amantes habrían encontrado en la figura de estos acompañantes el lugar ideal para hacerse pasar por ellos y permanecer cerca de su amada, incluso públicamente, sin despertar sospechas.

Un poco más adelante, el autor del *Etat politique, historique et moral...* utilizará otro nombre para designar a estos acompañantes fijos de las damas de la corte:

Quant aux dames de la Cour, elle sont toutes devotes ou indécentes, il n’y a pas de milieu. Celles qui sont affichées sont continuellement obsédées, chacune par un petit Exempt ou Sous Lieutenant aux Gardes, qu’elles entretiennent assez publiquement. Elles se réunissent dans de petites assemblées tristes et ceremonieuses nommées *Tertulias*, dans des apartemens mal éclairés et mal meublés, où elles jouënt avec leurs *Cortejos*, ce sont ces Messieurs avec qui elles vivent. [p. 419]

¿Quiénes son estos “cortejos” con los que “juegan” las damas? ¿Viven con ellos, como afirma el autor? Según esta descripción, ya no se trataría de jóvenes relacionados con el clero o a punto de convertirse en clérigos, sino que el autor habla de jóvenes de una extracción social relacionada con los oficiales de bajo rango. Y al parecer estas relaciones eran exhibidas en público, en las tertulias.

En cuanto a las mujeres que se muestran acompañadas por sus cortejos, la visión del autor las convierte en indecentes, absolutamente obsesionadas por ellos. Con su punto de vista

simplista, en el polo opuesto estarían las mujeres devotas, y no existiría ninguna posibilidad intermedia. Resulta evidente que a los ojos de este viajero la situación era escandalosa.

En efecto, la palabra “cortejo” deriva de expresiones como cortejar o hacer la corte, utilizadas desde mucho antes para referirse a situaciones caracterizadas por el culto a la mujer. Pero la palabra “cortejo” aparece con frecuencia en los escritos de la España del XVIII, sobre todo a partir de 1750, para designar a un caballero que, con el consentimiento más o menos tácito del marido y el visto bueno de la familia y amigos, mantenía una estrecha relación de amistad con una dama de la clase alta. El cortejo entraba libremente en la casa y su función era la de ofrecer a la dama en cuestión todo tipo de galaterías y atenciones, sin rebasar en principio los límites de la amistad o el amor platónico. Claro que en realidad, en palabras de Carmen Martín Gaité, “la ambigüedad era una de las reglas de este juego”²⁸².

En el dibujo titulado *Escena de tocador* (figura 28), puede verse en una lujosa estancia a una dama que, ataviada para salir, al ponerse el guante echa una última mirada al espejo. Delante, un joven petimetre, probablemente su cortejo, le levanta un poco el vestido, como para verle el pie. A su derecha hay una mujer sentada con un niño pequeño en la falda y otro al lado; a su izquierda, la compañera de paseo hace aspavientos del atrevimiento del petimetre.

²⁸² A lo largo de su ya citada obra *Usos amorosos del dieciocho en España*, la autora hace un profundo e interesante estudio del fenómeno del “cortejo” y sus consecuencias e implicaciones en la sociedad española del momento. La cita es de la introducción (p. 1).



Figura 28. *Escena de tocador*. Dibujo a la pluma y tinta china sobre papel agarbanzado. 476 x 395 mm. Firmado "Original de Luis Paret". Madrid. Biblioteca Nacional.

La composición es de tipo francés, pero los personajes son netamente españoles. La anécdota de carácter humorístico crea una escena festiva y simpática, de tema entre costumbrista y teatral.

El origen de tal costumbre podría estar en el *cicisbeo* italiano, moda anterior a la del cortejo en España, puesto que estaba ya arraigada en los primeros años del XVIII, especialmente en Génova y Venecia. Era también el *cicisbeo* un acompañante asiduo de damas casadas o viudas, a las que asistían desde el momento en que se levantaban y las acompañaban en sus salidas a la iglesia o a espectáculos. El marido y la familia toleraban a este personaje, y los maridos celosos eran considerados ridículos.

En España el cortejo seguiría las mismas pautas que estos *cicisbei*, aunque Bourgoing, que conocía ambas costumbres, encuentra alguna pequeña diferencia: “Ces mortels fortunés que les femmes espagnoles daignent subjuguier, et qu’on nomme *Cortejos*, sont moins désintéressés, mais ne sont pas moins assidus que les *Sigisbés* d’Italie” [II, p. 310]. Así, le parecen más interesados que los italianos, pero no tiene ninguna duda de que se trata del mismo tipo de relación.

Fuera o no esta costumbre italiana la causante directa de la aparición de la moda del cortejo en España, el caso es que tradicionalmente las nuevas costumbres del país, y sobre todo las malas, eran consideradas el fruto de la influencia extranjera, especialmente de Francia, de donde como vimos en el capítulo anterior venían la mayoría de modas femeninas en el vestido y el peinado.

Por ello no es de extrañar que los críticos más tradicionalistas adjudicaran el origen de la corrupción de las costumbres y de los desastres de la España del momento a las

influencias extranjeras. De este modo personificaba Nifo a la *España moderna* en 1755:

Esta dama, Francesa en lo incostante, Italiana en el engaño, e Inglesa en lo lascivo, corren voces que está mal entretenida (por no decir amancebada) con dos sugetos que son la causa positiva de todos estos estragos [...] el uno se llama el *Cortejo*, y el otro el *Fausto*, o *Luxo*.²⁸³

Del extranjero venían pues según el escritor dos nuevas costumbres de consecuencias funestas: la afición de las españolas al lujo excesivo, y la moda del cortejo. Sin embargo y a pesar de las críticas, esta moda galante del cortejo se impuso entre ciertas capas de la sociedad que seguían a pie juntillas todas las modas importadas del exterior en un intento de destacarse como élite “moderna”, que deseaba ponerse al día y equipararse al menos en lo externo a países como Francia o Italia.

En realidad, los viajeros ya se habían percatado con anterioridad de que en la España de antes del cortejo, la de Madame d’Aulnoy, Labat o Coste d’Arnobat, ni las damas eran tan virtuosas como se pretendía desde las instituciones ni los enamorados se limitaban a suspirar tras las celosías, y por ello dejaron debida cuenta de las estrategias que las españolas utilizaban para conseguir sus propósitos amorosos. Nunca en sus relatos la española fue un modelo de virtud; más bien una mujer ingeniosa cuyos deseos se acrecentaban por la falta de libertad.

Al extenderse la costumbre del cortejo y admitirla los maridos con pretensiones de modernidad, diríamos que lo que de verdad se consiguió fue hacer públicos estos amoríos y facilitar los

²⁸³ Nifo y Cagigal, Francisco Mariano, *Representación (de burlas hecha de veras) al nobilissimo gremio de los hombres de juicio...*, op. cit., p. 7.

encuentros entre los amantes, respaldados ahora por su aceptación en otros países más adelantados. Si antes las damas necesitaban disfrazar a sus amantes de *estudiantes*, o idear artimañas para encontrarse con ellos saliendo por la puerta de atrás durante una visita, ahora podían acompañarlas públicamente convirtiéndose en sus cortejos oficiales.

Tal vez por ello la costumbre fue adoptada rápida y abiertamente, lo que a los ojos de la crítica tradicionalista era un signo de descaro e indecencia, siendo el cortejo personificado de nuevo por la pluma de Nifo con estos buenos ascendentes:

El *Cortejo*, hijo natural del *Fingimiento* (porque en toda su ascendencia, ni descendencia nada hay que se pueda llamar legítimo) fue habido por trato ilícito, (alias amancebamiento) en *Doña Disolución*, hija del *Descaro*, y Dama cortesana, o Ramera pública, que vive en la calle del *Desuello* en unas Casas fabricadas a la *Malicia*, esquina de la calle de la *Ignorancia*, y frente por frente (sin afrentarse) del Almacén de la *Polvora*, con que se hacen salvas al amor profano, cuyos fabricantes son la *Luxuria*, y el *Apetito desordenado*.²⁸⁴

A pesar de las críticas, la nueva costumbre progresó, y los cortejos rellenaron las funciones que los maridos españoles nunca habían desempeñado: acompañar a la dama desde el momento de levantarse, tomar con ella el chocolate, ayudarla a vestirse y a elegir ropa y peinados a la moda, puesto que el cortejo debía estar a la última para poder aconsejar a la dama, acompañarla a la iglesia, a tertulias y espectáculos, incluso asistirle cuando estuviera enferma²⁸⁵.

En palabras de Bourgoing, los cortejos españoles debían dedicarse casi exclusivamente a sus damas, las veinticuatro horas del

²⁸⁴ *Ibid.*, pp. 12-13.

²⁸⁵ Véase a este respecto Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, p. 2.

día: “On exige d’eux un dévouement total. Il faut qu’ils en fassent preuve à toutes les heures du jour, accompagner la bien aimée à la promenade, aux spectacles et jusques au confessional” [III, p. 310].

En *La tienda del anticuario* o *La tienda de sedas*, óleo de Luis Paret (figura 29), puede verse una escena en el interior de una tienda, lujosamente decorada y muy colorida. En el centro y delante del mostrador una dama elegante ataviada con una mantilla blanca observa un objeto que lleva en la mano. A su derecha un caballero que podría ser su cortejo está sentado en una silla y conversa con el tendero, que está detrás del mostrador y le muestra unos artículos.



Figura 29. *La tienda del anticuario* de Luis Paret. Óleo sobre tabla. 1772. Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

Parece ser el caballero el que decide la compra. Una señora junto al mostrador y una dependienta miran descaradamente a la dama, mientras que un anciano detrás del caballero contempla interesado la escena, apoyado en el mostrador.

De este modo el cortejo ayudaba a rellenar el ocio de estas damas que se aburrían, casadas desde adolescentes por conveniencia con unos maridos con los que probablemente no tenían nada en común, y que las dejaban solas en casa para ocuparse de sus asuntos, fueran del tipo que fueran. A pesar de su ignorancia, las mujeres parecen darse cuenta de que necesitan algo que llene sus vidas; educadas para no tener otro objetivo en la vida más que gustar a los hombres, centran en ello toda su atención.

Y lo que ocurre es que su idea del amor, su pasión desmedida, la trasladan a su relación con los cortejos. Así lo observa Bourgoing: esta relación pasa a convertirse en una unión que exige fidelidad absoluta, y las mujeres son auténticas tiranas llenas de celos:

Plus d'un orage trouble cependant la sérénité de cette union. Le plus léger incident y porte les alarmes. Une distraction passagère y est punie comme une infidélité. On dirait qu'en Espagne la jalousie a déserté l'hymen pour se réfugier dans le sein de l'amour et qu'elle appartient plus particulièrement à celui des deux sexes qui sembleroit plus fait pour l'inspirer que pour l'éprouver. [II, pp. 310-311]

De este modo parece que más que conseguir la libertad que ansía, la española recrea en su relación con el cortejo las mismas pautas que corresponden al matrimonio; claro que los matrimonios, con estas nuevas costumbres unidas a la ya tradicional de que los señores tuvieran una amante o amancebada, se deshacían casi por completo, limitados poco más que a una mera relación contractual.

Los maridos españoles habían pasado de ser los más celosos y vengativos a llevar su nuevo papel sin escrúpulo alguno; si ya el marqués d'Argens mostraba su sorpresa ante la resignación con que algunos llevaban a cuentas “le cocuage procuré par le canal de la religion”²⁸⁶, en la España que describe Bourgoing los celos son patrimonio de los amantes, y los maridos destacan por su tolerancia frente a los de otros países europeos: “il n'est pas de peuple en Europe qui compte moins de maris jaloux” [I, p. 291].

En efecto, además de pasar por ridículo y antiguo, un marido que se sintiera engañado ya no tenía el respaldo de las leyes, como deplora un crítico del momento:

Por las antiguas Leyes de España podía el marido tomarse satisfacción por sí mismo de la infidelidad, y agravios de su muger; y quando él no lo hiciera, sus parientes. La mas leve ofensa en la delicada materia del honor se lavaba con la sangre, o con la privacion absoluta de la libertad. Refrenada con esta severidad la licencia mugeril, estaban los matrimonios mas unidos; y la menor libertad de las mugeres, se compensaba con el mayor aprecio, que se hacia de ellas. Ahora, si un marido quiere hacer respetar su autoridad, poner orden en su casa, y contener los excesos de su consorte, pasa comunmente por ridículo: y si, a pesar de la opinion, solicita su desagravio en los tribunales, encuentra mil tropiezos, que al fin lo precisan a desistir, y mostrarse indiferente, a vista de los desórdenes mas fatales, y dignos de remediarse²⁸⁷.

La verdad es que en España, como comentaba este mismo autor en 1788, el número de matrimonios disminuía, y con ello el número de nacimientos. Además de que los maridos no podían

²⁸⁶ *Lettres juives, op. cit.*, lettre 111, p. 278.

²⁸⁷ Sempere y Guariños, *op. cit.*, pp. 183-184.

controlar a sus mujeres como antes, mantener a una esposa era caro, por su nuevo afán desmedido de lujo, que llevó a elaborar, como vimos en el capítulo anterior, un traje nacional uniforme para todas las mujeres con el objetivo de disminuir los gastos.

De esta situación de los matrimonios españoles y de los hombres que se dejaban dominar por sus mujeres, se hacían coplas y grabados satíricos en los que se hacía burla de los maridos que no sabían controlar a sus esposas, por lo que éstas se dedicaban a perder el tiempo en galanteos, descuidando su casa y su familia.

El grabado titulado *La dueña de los calzones* (figura 30) representa una escena doméstica en la que una pareja lucha por llevar los pantalones, de los que tiran ambos. El marido en clara desventaja aparece a medio vestir e intentando defenderse con el

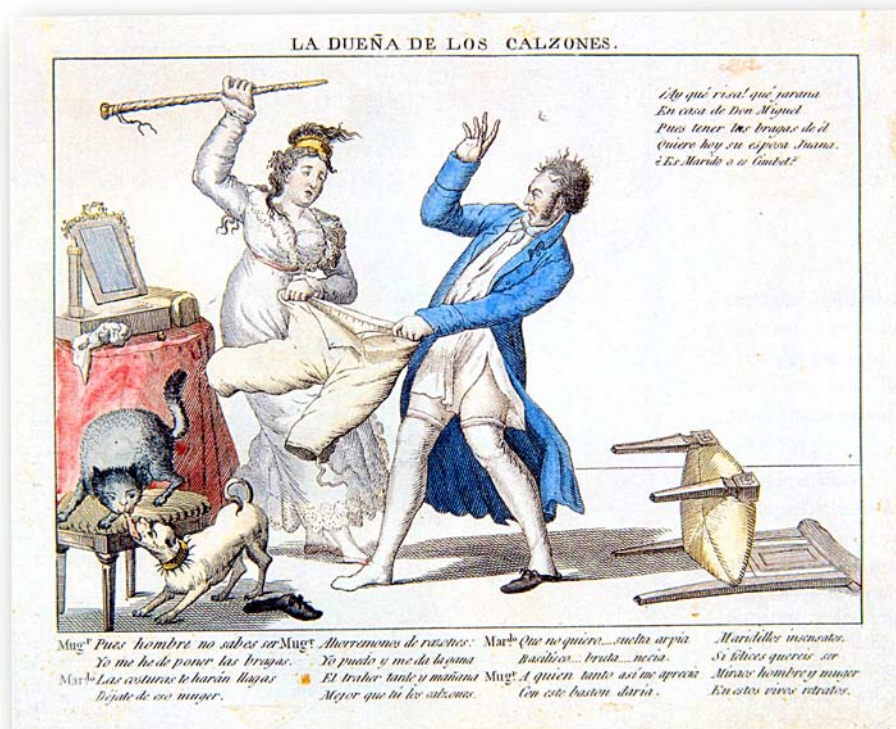


Figura 30. *La dueña de los calzones*. Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Anónimo. Museo Municipal de Madrid.

brazo alzado de su mujer que, desgredada y más corpulenta que él, enarbola un bastón con el que pretende darle en la cabeza. La escena tiene lugar junto al tocador, y hay una silla volcada en el suelo, testimoniando la violencia de la pelea. En el ángulo inferior izquierdo un perro y un gato también pelean por comerse el mismo filete.

Los versos que pueden leerse al pie reflejan la discusión entre la pareja, y terminan con una moraleja que es una advertencia para los maridos españoles: Maridillos insensatos / Si felices queréis ser / Miraos hombre y muger / En estos vivos retratos.

El caso es que el matrimonio estaba bastante desprestigiado, y todo parecían desventajas. La llamada depravación de las costumbres estaba en boca de muchos, aunque Bourgoing con su discurso en defensa de España se apresuraba en desmentir la crisis del matrimonio español: “il y a à Madrid même, des ménages exemplaires, des époux fideles, des femmes qui seroient citées partout comme des modèles de retenue et de décence” [II, p. 315].

Además, el descenso del número de matrimonios hacía surgir el fantasma de la despoblación, y viajeros como Peyron ofrecerán cifras de la preocupante situación a su paso por las diferentes ciudades españolas, constatando en casi todas ellas la disminución de habitantes. También Fleuriot dedica un apartado titulado *Mariages* a la situación de los matrimonios en España, llevada al extremo por su imaginación en un hipotético futuro, en el que los hombres tendrían una sucesión de amantes, y en el que ya no existirían padres, madres, ni hijos:

À Sparte, les femmes chaque année fouettaient les célibataires dans le temple de Vénus. Si cette loi de Licurgue renaissait en Espagne, Madrid ne pourrait fournir ni assez de bras, ni assez de verges pour fouetter tous les hommes qui ne se marient pas. Un noeud que la

mort seule peut détacher, effraie les Espagnols. À Madrid on se marie rarement : dans dix ans on se mariera moins encore ; on prendra successivement une, deux, trois maîtresses, on les gardera aussi longtemps qu'elles sauront plaire, on les quittera quand elles ne plairont plus. Les noms si doux de pères, de mères, d'enfants seront rayés de la langue, et le gouvernement sera le père commun. [p. 60]

Y eso que existía una costumbre muy sorprendente para los viajeros, de la que hablan desde Madame d'Aulnoy hasta Bourgoing, llamada *sacar por el vicario*, en virtud de la cual una pareja podía casarse, como explicaba Coste d'Arnobat “sans le consentement des peres & meres” [p. 496]. Según cuenta Bourgoing, cualquier muchacha que tuviera por lo menos doce años sólo tenía que demostrar que el muchacho había usado por anticipado de los derechos matrimoniales, o que le había prometido su mano; una vez demostrado, el vicario debía casarlos, y ello con o sin el consentimiento paterno.

Estas estratagemas para casarse sin el consentimiento de los progenitores resultaban escandalosas a ojos de los viajeros, sobre todo porque con ellas se forzaban matrimonios entre jóvenes de distinta condición social. Aunque el marqués d'Argens afirma que puesto que los españoles son vanidosos, “il faut qu'ils soient extrêmement amoureux, pour en venir à cette extrémité. Les femmes sont moins scrupuleuses”²⁸⁸.

De otro tipo de escrúpulos, los religiosos, hablaremos a continuación.

²⁸⁸ *Op. cit.*, lettre 116, p. 340.

[6.] Devoción y seducción

Resulta muy sorprendente para los viajeros la mezcla constante en las costumbres españolas de lo sagrado y lo profano. Diferentes casos que demuestran la exigencia excesiva de la religión en España son recogidos por prácticamente todos los viajeros en sus relatos.

El respeto exagerado de los españoles hacia los clérigos obligaba a cederles siempre el paso, besarles la mano o la manga de la sotana en señal de sumisión, prestarles el carruaje para ir a llevar el viático por encima de cualquier otra circunstancia y fuera cual fuera la condición social, como contaba Labat [p. 273]. El paso del viático creaba situaciones cómicas, ya que todo el mundo debía abandonar sus ocupaciones fueran cuales fueran y arrodillarse en silencio durante unos instantes. Incluso durante las representaciones en el teatro se cumplía con esta obligación, como Bourgoing pudo comprobar mientras asistía a una comedia; al escuchar el sonido de la campanilla que anuncia su paso:

[...] on voit des Maures, des Juifs, des anges, des diables même, tous sans exception se tourner vers la porte de la rue, et rester un genoux à terre tant que le son se peut entendre. [p. 291]

También el marqués d'Argens observa algo similar al coincidir el momento en que suena la campana que anuncia el *angelus* con la representación de la comedia; todos los presentes, incluidos los actores “s'interompirent, remuérent les levres, ou parlérent tout bas comme les autres spectateurs. Cette cérémonie faite, chacun se releve, et l'on continua la piéce”²⁸⁹. Curiosa costumbre de rezar en medio de una comedia, aliando obligación y diversión, creando de este modo una situación ridícula que para el autor tiene su origen más que en la devoción en la superstición y el prejuicio que caracteriza las costumbres del pueblo español.

No menos sorprendente era el espectáculo que procuraban las procesiones de flagelantes, como ya vimos, o la costumbre de comerciar con los billetes de comunión o de confesión que se revendían después a los que no habían cumplido convenientemente con sus obligaciones religiosas a cambio de dinero, como ya observó Madame d'Aulnoy y años más tarde Peyron.

Esta devoción que es en realidad superstición o mera ostentación externa de una falsa religiosidad, también se combina con las relaciones amorosas extraconyugales, en lo que para los viajeros es una auténtica burla, una muestra de cínica hipocresía. Lo que no deja de representar un fuerte contraste con la gravedad y la sobriedad características de los españoles, como indica Beaumarchais: “Ce peuple allie une dévotion superstitieuse à une assez grande conception des moeurs”²⁹⁰.

En efecto, la mayoría de los viajeros expresaron su extrañeza ante esta manera tan particular con que las mujeres españolas interpretaban la religión, que les permitía seguir mostrando una

²⁸⁹ *Op. cit.*, lettre 101, p. 190.

²⁹⁰ *Op. cit.*, p. 48.

apariencia virtuosa al mismo tiempo que les allanaba el terreno para sus devaneos amorosos. Madame d'Aulnoy, Labat o Coste d'Arnobat comentaron un tanto escandalizados la facilidad con que estas mujeres conseguían burlar la vigilancia marital o paterna durante las ceremonias o procesiones religiosas, protegidas por sus mantillas y por sus aires devotos.

No olvidemos que el lugar donde tradicionalmente tenían lugar los encuentros amorosos, donde se iniciaban las relaciones secretas que después se podían consumir en casas ajenas, era la iglesia: “C'est-là où l'on conclut les derniers marchés. On les exécute chés des femmes qui passent pour des saintes”, afirma el marqués d'Argens, que insiste en la burla a la religión que suponía el hecho de confiar en las personas de beatas o santurronas cubiertas de escapularios, contra las que un marido celoso nada podía hacer:

Il est peu de dames espagnoles, qui n'aïent quelque vénérable amie couverte de scapulaires et *d'agnus dei*. Un mari seroit regardé comme un fou, qui pis est, comme un hérétique, s'il alloit se figurer, que Donna Mendoza, ou Donna Valcabro, toutes les deux respectables par leur âge et par le rang qu'elles tiennent dans la très sainte confrérie de st François depuis plus de vint ans, fussent capables de prêter leur ministre à un rendez-vous amoureux. Ces dames de la ste confrérie sont ici regardées comme des personnes déjà béatifiées²⁹¹.

Y el marido burlado callaba no sólo por miedo al ridículo, sino como el autor perspicazmente apunta por miedo a las posibles consecuencias que podría conllevar el ser considerado un hereje en un país marcado por la Inquisición. Todo en la apariencia externa de las mujeres hacía suponer en ellas una gran devoción; por

²⁹¹ *Op. cit.*, lettre 100, p. 185.

ejemplo el uso continuo del rosario, que rezaban en todas las ocasiones, “*même en faisant l’Amour*”, como afirmaba Madame d’Aulnoy.

Muchos viajeros coinciden en afirmar la importancia de la influencia árabe en estas costumbres que mezclan lo sagrado y lo profano, sin mostrar ningún escrúpulo en hacer coincidir el erotismo o el puro sexo con las obligaciones religiosas, incluso el realizarlo en la puerta de una iglesia²⁹². Es Beaumarchais quien observa asombrado lo que para él es una fiesta “*bacchanale*” en las iglesias de Madrid:

En général ici, toutes les coutumes populaires dérivant en droite ligne des usages maures, ont une saillie de déraison et de cynisme qu’on ne rencontre point ailleurs ; il n’est pas rare de rencontrer tous les soirs des hommes et des femmes qui, plus occupés de leurs affaires que des regards des passants,*forniquent* sur les escaliers des églises et sur ceux de l’intérieur des maisons, avec une sécurité digne du philosophe grec²⁹³.

Esta observación parece un poco exagerada, tal vez causada por la sorpresa que experimenta el autor ante la realización de tales exhibiciones públicas en el marco de un lugar sagrado. Probable exageración que aprovecha Fleuriot para hacer una pintura exaltada del amor español que se hace en escaleras, confesionarios, al pie mismo de los sagrados altares, en los mismos lugares en los que un momento antes se ha nombrado a la divinidad y a los santos:

²⁹² El marquis de Sade cataloga a los españoles como “*peuple dissolu*” junto con los portugueses e italianos. Véase *Histoire de Juliette*, en *Œuvres*, t.III, *éditio de Michel Delon*, Paris, Gallimard, la Pléiade, p. 520.

²⁹³ *Op. cit.*, p. 50.

Rendez-vous

C'est sur les bords du Manzanarès, au Prado, à la porte d'Atocha, c'est ailleurs, que les habitants de Madrid vont, pendant la nuit, attendre au chercher leurs maîtresses : pendant le jour, c'est dans les temples. Souvent c'est dans les confessionnaux, dans les chaires, c'est sur des marches qu'on vient de baiser, où l'empreinte des lèvres paraît encore, que bientôt oubliant Dieu, la Vierge, les saints, les anges et l'univers entier, vingt à trente couples d'amants s'embrassent, se pressent, se complimentent au pied du maître-autel. [p. 38]

Esta imagen sacrílega del amor español llevada al extremo por los escritores y viajeros franceses debía sorprender mucho a los lectores para los que España seguía siendo de este modo un país de pasiones desatadas, de excesos y depravación. Pero lo más extraño era esa conjunción de erotismo y devoción, de amor y religión difícil de entender por mentalidades mucho menos marcadas por el peso de la tradición católica y que aceptaban la existencia de relaciones amorosas más o menos secretas sin grandes escándalos.

En la obra de José Camarón Boronat titulada *Una romería* (figura 31) puede verse una escena festiva campestre, dominada por una fuente en el centro de la representación, en la que una estatua clásica de mujer semidesnuda, como una Venus, sujeta a un pequeño ángel o amorcillo. Dos mujeres elegantes parecen estar cuchicheando junto a la fuente, y a la derecha otra dama conversa con un caballero con capa y sombrero. Otras mujeres ataviadas con mantillas completan la escena, algunas parecen estar lavando en la fuente, otras parecen estar descansando.

En realidad una romería es una peregrinación a un lugar santo, o bien una fiesta popular campestre que se celebra en las inmediaciones de una ermita o santuario con motivo de la festividad religiosa del lugar. La imagen de esta "romería" poco tiene que ver

con la religión; la estatua que preside la escena es profana, aunque se trate de una mujer con un niño. Las actitudes de los participantes en esta fiesta parecen galantes; aunque no creemos que la elección del título del cuadro sea casual.

En el caso de las españolas, mucho más en contacto con los usos religiosos que como vimos les permitían acceder a otras facetas de la vida fuera de sus hogares, la exhibición de la devoción pretendía ser una muestra de su buena conducta. No obstante, como apunta de nuevo Fleuriot, tras esta apariencia de virtud no hay más que superstición y costumbres adquiridas vacías de contenido. Por ello la iniciativa femenina en las propuestas lujuriosas, que la coloca del lado del mal, se escuda en la divinidad representada por el nombre de la Virgen, pronunciado hasta en los más íntimos momentos:



Figura 31. *Una romería*. José Camarón Boronat. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado. Madrid.

C'est au nom de la Vierge, qu'une femme, qu'une fille trompe son mari, aime son amant, reçoit une lettre, fait la réponse, donne de ses cheveux, envoie son portrait, accorde un rendez-vous ; et c'est vers la Vierge enfin que s'échappe toujours le premier soupir et le premier cri. [p. 49]

¿Por qué esta insistencia en seguir pareciendo virtuosas, cuando era evidente que en su interior algo estaba cambiando? Las mujeres seguían asistiendo a la misa y a las novenas, arrodillándose al paso del viático, llevando rosarios y escapularios; incluso seguían confesándose, quizá precisamente para liberar sus conciencias del pecado que suponía entregarse a los usos galantes. Moralistas y predicadores españoles de la época reprobaban esta simultaneidad de los usos galantes y religiosos, esta capacidad de las mujeres para “encender una vela a Dios y otra al diablo”²⁹⁴ que ya no pasaba desapercibida para nadie, y que además colocaba a directores espirituales y confesores en una situación delicada criticada también por estas mismas voces.

Existe en esta conciliación femenina de lo sagrado y lo profano lo que para Bourgoing representa un “énigme” más de las mujeres españolas: “Elles concilient le dérèglement des mœurs avec l'observation minutieuse des devoirs religieux” [II, p. 313]. Para este viajero, el misterio o lo más particular de esta constatación no estribaba tanto en el hecho de cumplir con ambas obligaciones, galante y religiosa, como en el de llevarlas a cabo de manera simultánea:

Dans bien des pays ces excès se succèdent alternativement. En Espagne ils sont simultanés ; et même chez les hommes aussi bien que

²⁹⁴ Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, p. 201.

chez les femmes. Dans cet accouplement de choses si incohérentes ils semblent avoir pour but, moins de prévenir le scandale ou de faire prendre le change sur leur conduite, que d'établir une sorte de compensation entre les fautes et les mérites. [II, pp. 313-314]

Era como si en la mente de las españolas, educadas para convertirse en la imagen perfecta de la buena madre devota, se produjera una especie de alivio al compensar sus pecados de lujuria, que las alejaba irremediamente de esa imagen, mediante una observación estricta de los deberes religiosos. La apariencia virtuosa seguía prevaleciendo sobre los usos modernos, e incluso cuando las funciones reales que cumplían los cortejos no pasaban desapercibidas para ninguno de los pertenecientes a esa élite que se reunía en las tertulias, ni siquiera para los maridos, se imponía la costumbre de guardar las formas.

En este sentido, como señala Carmen Martín Gaité, existían códigos verbales que encubrían a los españoles ajenos a la moda del cortejo las costumbres y situaciones típicas del cortejo, mediante unas convenciones lingüísticas reflejadas en expresiones y palabras propias. Se toleraba la poligamia mientras no se hablara de ella, e incluso los pocos escritos de la época referidos al cortejo desaparecían rápidamente. La Inquisición no intervenía en estas situaciones a no ser que fueran públicamente expuestas²⁹⁵.

Por otra parte, no debemos olvidar que en la tradición católica el placer y el deseo son considerados como pecado; y quizá radique aquí en gran parte la resolución de ese enigma que se planteaba Bourgoing. Educadas en la cultura del sacrificio y la resignación cristianos, había que encubrir ese pecado y disimularlo con la ayuda de la exhibición de los méritos. La observancia estricta

²⁹⁵ Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, pp.213-222.

de las obligaciones devotas, la recepción continuada de los sacramentos como la comunión y la confesión debían transmitirles cierta sensación de purificación, de compensación divina de su lado diabólico, además de restablecer su imagen de manera que fuera la adecuada para la sociedad.

Sin embargo, difícilmente las españolas podían entregarse al placer sin sentir remordimientos, y por ello las relaciones amorosas extraconyugales no podían ser frívolas, sino que estaban disfrazadas con los atributos del verdadero amor: constancia, abnegación y fidelidad:

Ne pourroit-on pas expliquer cette apparente inconséquence par un scrupule religieux, assurément très mal entendu, comme ils le sont presque tous ? La conscience d'une femme espagnole, assez complaisante pour lui permettre un seul choix dont son devoir murmure, seroit-elle cependant effrayée d'une succession d'infidélités ? [II, p. 312]

De nuevo Bourgoing apuntaba con su discurso al escrúpulo religioso, a la conciencia de las españolas que les permitía una sola infidelidad, pero no varias. Por así decirlo, sería como si esa primera infidelidad fuera irremediable puesto que la debilidad de las mujeres las empujaba hacia un verdadero y único objeto de deseo, pero las siguientes ya no podían justificarse más que como feos pecados. Esta constancia que daba lugar a relaciones secretas que podían llegar a durar casi toda una vida, hace que sus devaneos amorosos se recubran de un halo de decencia y de reserva que una viajera ilustre

de principios del XIX llamaría “voluptuosidad decente” de las españolas de buen gusto, algo realmente único e inimitable²⁹⁶.

Así, la nueva búsqueda del placer femenino se supeditaba a la apariencia de la virtud, porque la mujer española estaba acostumbrada a la complacencia con que la sociedad del momento miraba más que al disfrute de los placeres, que se les empezaba a permitir pero todavía de manera velada, a la exhibición de virtudes tradicionales como la fidelidad, aunque fuera al cortejo. Existía aún mucha represión y ocultamiento, resultado del miedo a exhibir el propio placer que debía persistir con mucha fuerza en las conciencias femeninas.

De este modo, aunque se toleraban situaciones de amor extraconyugal representadas por la figura del cortejo, existía esa hipocresía que a los ojos de los viajeros envolvía estas relaciones de cierto misterio, de una ambivalencia extraña que no acababan de comprender, y que explicaba esa “association bizarre” de las prácticas religiosas y las galantes de la que hablaba Bourgoing.

La voluntad de la española de seguir aparentando pese a todo el mérito y la virtud debía reflejarse también en el aspecto externo, por lo que era frecuente verlas cubiertas de escapularios y reliquias, como si se refugiaran tras un escudo formal a tono con las normas más tradicionales, dentro de las cuales debían sentirse más seguras, en terreno conocido. Esta dualidad sorprende a Bourgoing:

Combien de femmes, livrées à un attachement reprouvé par leur devoir, s’entourent de reliques et de scapulaires, se lient par des voeux

²⁹⁶ Abrantes, Duchesse d’, *Souvenirs d’une ambassade et d’un séjour en Espagne et en Portugal de 1801 à 1811*, t. II, pp. 4-5, citado por Martín Gaité, Carmen, *op. cit.*, p. 196.

fort indifférents en eux-mêmes, et les remplissent avec scrupule ! [II, p. 313]

Conscientes de que todavía tenía mucho peso en la mentalidad española la exaltación de la virtud femenina junto con la de la belleza, como cualidades imprescindibles ambas para gustar a los hombres, las mujeres españolas no querían renunciar a ninguna de las dos. Educadas como objetos sexuales cuya mayor aspiración era la de atraer a un hombre que les resolviera la existencia, se aplicaban de manera hipócrita a parecer buenas y virtuosas, como un atributo imprescindible que les ayudaría a conseguir a un amante con la aprobación de su entorno.

V. CONCLUSIONES

El viaje a España supone observar las costumbres del otro, en tanto que viajero extranjero, y más concretamente observar a la mujer ajena, la española.

Si el viaje francés en el siglo XVIII no implica necesariamente la conquista geográfica, por el contrario conlleva la conquista intelectual en este siglo optimista. En el sentido utilitario que Diderot atribuía al viaje, viajar significa descubrir, aprender y transmitir por medio de la escritura. Pero la literatura de viajes, que tiene su origen en la curiosidad de los franceses por otras culturas, en ocasiones traiciona la *étrangeté* de estas culturas lejanas, ya sea poniéndola en duda, constatando así la afinidad a pesar de las apariencias, ya exagerando las diferencias hasta el punto de negar de manera rotunda la existencia de puntos coincidentes entre ambas culturas²⁹⁷.

²⁹⁷ Véase Creech, James, "1721 - Altérités", en Hollier, Denis (dir.), *De la littérature française*, éd. française, Paris, Bordas, 1993, pp. 394-399.

Por otra parte, el siglo XVIII hace un uso filosófico de la diferencia desarrollando por medio de la escritura de la alteridad un proceso crítico de la propia identidad. El universo del “salvaje” tiene un poder desestabilizante: el contacto con otros modos de pensar y de comportarse impone la revisión de los juicios y creencias, en textos que tienen en el viaje a una cultura lejana un marco de libertad para la crítica propia.

En un siglo “où les Français sont partout chez eux, où Paris est la seconde patrie de tous les étrangers, et où la France est l’objet de la curiosité générale des Européens”²⁹⁸, necesariamente el viaje francés a España, país vecino hacia el que la mirada francesa se vuelve con especial interés, está marcado no sólo por el descubrimiento y la atracción hacia lo diferente, sino también por el lastre de un punto de vista que sitúa al propio país en lo más alto de Europa.

En cuanto a los prejuicios sobre el país, las ideas preestablecidas, el viajero francés bien podría ilustrar un “exotismo cultural” según palabras de Daniel-Henri Pageaux²⁹⁹. Con actitud crítica y a veces paternalista el viajero compara desde la perspectiva de la superioridad aplastante. El discurso de estos escritores de relatos de viaje a España se articula desde la convicción de las propias ideas y de la exaltación de la propia cultura. Si Madame d’Aulnoy escudriña hasta lo más íntimo del tocador de las damas, es para constatar con cierto aire de desencanto su falta de sofisticación, lo poco que las españolas aprovechan esa belleza natural incluso

²⁹⁸ Fumaroli, Marc, *Quand l’Europe parlait français*, Paris, Éd. de Fallois, 2001, p. 9.

²⁹⁹ Pageaux, Daniel-Henri, “Une constante culturelle : l’exotisme hispanique en France”, en *Exotisme et création. Actes du Colloque international (Lyon 1983)*, L’Hermès, Publications de l’Université de Jean Moulin, 1985.

superior a la de las francesas que, como ella no duda en admitir, poseen sin embargo.

El padre Labat adopta el perfil del auténtico viajero, pero no se aventura hasta el punto de explorar la realidad de ese sexo opuesto tan osado en su búsqueda de un placer que le asusta. La sotana que oculta sus pies tan púdicamente como lo hace la falda de las españolas parece ser el símbolo de una barrera que marca distancias no sólo físicas con ellas, pero tras los duros epítetos que les dedica parece esconderse precisamente cierta atracción exasperante.

La crítica feroz de Coste d'Arnobat a la superstición española no deja margen a la disculpa para las mujeres sumidas en la ignorancia, y convierte a las españolas en marionetas carentes de voluntad. No obstante, el autor confiesa tener en las españolas su más claro motivo para permanecer en el país, y su observación le proporciona un material de primera para sus incursiones en la ficción.

No menos despiadado se muestra el autor del *Etat politique...* en su apreciación de las mujeres españolas; parece hablar desde la observación lejana cuando asegura que son todas o devotas o indecentes. Su testimonio se hace así poco verosímil a los ojos del lector, aunque la sesgada observación de las costumbres por parte del escritor deja traslucir, aunque sea de modo velado, un interés un tanto reprimido por el desprecio hacia estas primitivas imágenes de la mujer.

Con Peyron el viaje a España abre su faceta más acorde con el pensamiento ilustrado, y la española ahora contemplada también en los campos y en los caminos se convierte en una mujer de perfecta belleza, no corrompida por la civilización. Esta representación parece no obstante quedarse sólo en la superficie; nos

cuestionamos si en realidad el viajero no teme encontrar en lo profundo de la personalidad de las españolas una atracción de origen menos angelical. Sin embargo su mirada es la de un viajero interesado en regenerar la imagen de un pueblo cambiante, como lo es también la de Bourgoing, fascinado por el movimiento voluptuoso de las bailarinas de fandango pero desengañado por la ignorancia de las mujeres en las tertulias.

El placer de la lectura del texto de Fleuriot reside quizá en su movimiento continuo, en la vorágine de la seducción por medio de los sentidos que él mismo experimenta y en la que arrastra al lector. En su representación de las españolas parece que la imaginación anticipa lo real, y sus recuerdos llenos de sensualidad se pueblan de religiosas lacrimógenas y fieras prostitutas.

De este modo, el punto de vista individual de cada viajero construye sus imágenes de la mujer, que se adaptan no sólo a su modo personal de percibir la realidad sino también a sus motivos de escritura. Las diferentes formas que adoptan los relatos, desde la descripción organizada del *Etat politique...* hasta la ausencia de linealidad en el viaje de Fleuriot, responden asimismo a una voluntad de llegar a un público diversificado.

Se trata de un público lector que espera encontrar en el relato de viajes algo más que una simple relación objetiva, en una época en la que los géneros que se convertirán en los más demandados, las memorias y la narración epistolar, están marcados por la relatividad y la temporalidad. Y es que el lector, por encima del relato de un narrador omnisciente, se adhiere en palabras de Michel Delon al “point de vue limité de celui qui a vécu un événement et le rapporte sur le coup dans une des lettres d’un

recueil ou s'en ressouvient dans un roman-mémoires"³⁰⁰, tal como se aprecia en la literatura del momento.

Como señala Nicole Hafid-Martin, lo esencial para el lector de literatura de viajes es apropiarse de un acto y de un espacio que le son inaccesibles al margen del texto. Ya sea actor o simple testigo, el viajero ha visto lo que nosotros nunca veremos, se ha apropiado de una experiencia que es única e irrepetible. Por medio de la escritura el escritor se convierte en cómplice de nuestra curiosidad, y nosotros lo somos de sus emociones: "C'est notre propre attente qui se dérobe sous la poussée du récit pour laisser au voyageur-écrivain une chance de la combler"³⁰¹.

De manera paralela al itinerario físico, el viajero-escritor recorre un camino interior que va de la percepción a la creación. Del mismo modo que cada viaje es único, cada viajero aborda un nuevo espacio de manera diferente, porque lleva consigo todas sus imágenes previas, sus recuerdos y sus expectativas personales. Basculando entre la fascinación y la desconfianza, el descubrimiento de lo exótico en el sentido original del término (*exoticus*, "étranger") revela al mismo tiempo la propia identidad del viajero, en un proceso global de re-presentación del mundo. Mediante el relato escrito de sus vivencias el viajero se implica en una nueva conquista estética, en la que el lector representa el último eslabón de la cadena. O el primero.

No obstante, más allá de la voluntad de colmar las expectativas del lector, la mirada del viajero francés a España en el

³⁰⁰ Véase el capítulo dedicado a "Réalité et fiction" en Delon, Michel et Malandain, Pierre, *Littérature française du XVIII^e siècle*, Paris, PUF, 1996, pp. 363-370. La cita es de la p. 363.

³⁰¹ Hafid-Martin, Nicole, *Voyage et connaissance au tournant des Lumières (1780-1820)*, *op. cit.*, p. 202.

XVIII determina la construcción de una imagen de la española en la que convergen pasado y presente, resultado de los prejuicios ya heredados en el aspecto cultural, a los que se suma la observación por medio de la experiencia, esto último característico de la *démarche* filosófica de las Luces.

Por otra parte, en esta observación de la española la reflexión sobre la alteridad se inserta en una perspectiva histórica en la que, como apunta Roger Chartier, no debemos perder la vista “la importancia del concepto y los dispositivos de la dominación simbólica para entender la relación que existe entre los discursos y conductas masculinos y las representaciones internalizadas por las mujeres mismas”³⁰². De este modo las representaciones dominantes de la diferencia entre los sexos, aceptadas por las mujeres, no sólo son figuras del imaginario masculino, sino que se inscriben asimismo en los pensamientos de las mujeres.

A partir de la influencia francesa en España desde los borbones algo parece cambiar en la mirada de los viajeros. Parece ser un periodo de transición entre los tópicos heredados de las épocas anteriores y el romanticismo, en el que vuelve con fuerza una mirada “exótica” repleta de rasgos ya presentes.

Si bien la mujer supone un enigma para el hombre, como lo ha demostrado la historia, la mujer extranjera constituye un misterio mayor. Por ello su presencia en los relatos de los viajeros está garantizada, como elemento que atrae la curiosidad y la atención de manera especial. No obstante la descripción de la mujer española se integra en el tópico del español como fruto de la influencia del clima al que está sometido por su geografía

³⁰² Chartier, Roger, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, cap. XI, “Sociabilidad femenina y espacio público”, p. 200.

meridional. La española adquiere también estas características que la convierten en una mujer de pasiones exaltadas, que se ponen de manifiesto de manera evidente en sus relaciones con el sexo opuesto.

Al estudiar las representaciones que los viajeros nos ofrecen de las mujeres españolas en sus relatos, constatamos en un primer momento la descompensación evidente entre su apreciación de lo externo y lo interno. En la imagen estática de las españolas la belleza externa, el poder de su mirada, su forma de vestir, son los aspectos que más se tratan en los relatos como rasgos distintivos de la española. Está siempre presente la constante alusión a Francia y a las francesas como punto de referencia, con esa costumbre del francés, viajero o no, de “ramener tout à soi”. Por ello los rasgos más diferentes son los que se repiten de unos relatos a otros: el color moreno de su piel, su pelo negro, la pequeñez de sus pies, son los rasgos físicos más reflejados en los relatos. En cuanto a la indumentaria, sin duda es la mantilla el elemento que caracteriza su imagen de española y la identifica como tal.

La fascinación que los viajeros sienten por las españolas comienza por el embrujo de sus ojos, de su belleza focalizada en la mirada. Momento sublime de seducción: el viajero queda obnubilado. La figura de la española, disfrazada bajo su mantilla y su vestimenta sombría, no parece atraer la atención del escritor más que cuando se deja llevar por la pasión de la danza. Del mismo modo que las sirenas encantaban con su voz melodiosa a los marineros, el sonido de un fandango despierta el auténtico ser de estas mujeres que *andan tapadas*, pero que llevan en su interior una fuerza que las desborda. Una pasión inaudita que al emerger al exterior hechiza a los viajeros por medio de sus movimientos voluptuosos, provocando en ellos sensaciones nuevas.

Cuando la reflexión sobre la alteridad encuentra su terreno de elección en el campo de las relaciones entre hombres y mujeres, la imagen de la española se revela con un fuerte poder de seducción en el sentido más cercano a su origen: encantamiento, embrujamiento, fascinación. Sin llegar al concepto de seducción que forma parte del universo libertino del XVIII, con “ses égarements, ses volutes compliquées, ce bal de la galanterie”³⁰³, la española despliega a los ojos de los viajeros su poder de atracción y de encanto desde el primer encuentro. La española fulmina con su mirada, en la que puede esconderse una intención diabólica.

Aunque la galantería española dista mucho, a ojos de los viajeros, de la francesa, la española sabe mostrarse con toda su coquetería, entendida en el sentido que apunta Diderot como “un mensonge qui consiste à simuler une passion qu’on ne sent pas, et à promettre une préférence qu’on n’accordera point [...] la femelle coquette se joue du mâle”³⁰⁴. Esta voluntad de seducir la convierte en “une des figures modernes de la sorcière”³⁰⁵.

Ante todo su manera de vivir el amor revela a los ojos de los viajeros su verdadera esencia meridional, y por ello la describen como una mujer posesiva y celosa hasta la obsesión, que exige fidelidad y exclusividad de su amante, apasionada en sus relaciones amorosas en torno a las que concentra toda su energía. La manera drástica y a veces cruel con la que llevan a cabo la venganza para

³⁰³ Saint-Amand, Pierre, *Séduire ou la passion des Lumières*, Paris, Méridiens Klincksieck, 1987, p. 11.

³⁰⁴ Diderot, Denis, “Supplément au Voyage de Bougainville”, en *Pensées philosophiques. Lettre sur les aveugles. Supplément au Voyage de Bougainville*, Adam, A. (ed.), Paris, Garnier Flammarion, 1972, p. 179.

³⁰⁵ Saint-Amand, Pierre, *op. cit.*, p. 12.

castigar a un amante infiel las convierte en la imagen de una mujer castigadora, fría e implacable.

Sin embargo la mujer española es devota por encima de todo, y su imagen de beata cubierta de escapularios, como una exhibición de virtud, demuestra una hipocresía difícilmente comprensible para los extranjeros. La fascinación por esta conjunción de lo religioso y lo profano se refleja de manera expresiva en los relatos de los viajeros. Uno de los puntos culminantes de la fascinación que provoca esta extraña conciliación de devoción y seducción está representado por la visión de Casanova de una imagen de la Virgen amamantando al Niño:

J'ai vu à Madrid, avant que d'aller à Aranjuez, l'image d'une Sainte Vierge qui avait l'Enfant Jésus à la mamelle. Son sein découvert, supérieurement peint, brûlait l'imagination... La chapelle était toute la journée remplie d'hommes dévots qui allaient adorer la mère de Dieu, dont la figure n'était peut-être intéressante qu'à cause de sa belle gorge³⁰⁶.

Sospechamos que la fantasía del escritor se desborda ante esta imagen, que despierta en él la atracción morbosa que surge del erotismo de la representación puramente religiosa. Del mismo modo, las mujeres españolas con un aire devoto que oculta su ardiente deseo de amar excitan la libido de los viajeros. La española se convierte en peligrosa desde que la “enfermedad” se ha convertido en una plaga en el país; pero nada en su aspecto angelical lo haría sospechar.

Mujeres de clase alta ociosas, ignorantes y sin otro objetivo en la vida que el de gustar a los hombres, las españolas se aburren.

³⁰⁶ Casanova, Jacques de Seingalt, *Histoire de ma vie, op. cit.*, p. 634.

Si, como reflejan los relatos de los viajeros de la segunda mitad del siglo, algunas consiguieron adaptarse a la moda del cortejo a pesar de sus maridos y al menos estar acompañadas de un hombre que se ocupaba de ellas y les daba un motivo para ocupar el tiempo, la exigencia de virtud impuesta por la tradición católica les hizo desplazar su forma de entender el amor, fiel y obsesivo, a sus relaciones con este acompañante llamado cortejo.

Como resultado, los viajeros observan a estas agradables mujeres convertidas en fieras, en terribles tiranas que viven el amor de manera atormentada, como si amor y sufrimiento debieran necesariamente coexistir. Sus relaciones con estos amantes, en lugar de significar para ellas una libertad nueva, se convierten en una repetición de los mismos clichés del amor español que se aplicaban al amor conyugal. De este modo, los celos obsesivos y la exigencia de una fidelidad que dura hasta la muerte siguen caracterizando el amor de las mujeres españolas, por lo que los viajeros lo siguen viendo como algo grave e incluso triste. Los amores tienen el carácter de exclusividad, y la española que presentan los viajeros es una mujer posesiva, celosa y tiránica, pero a la vez fiel y atractiva.

La libertad, la búsqueda de la felicidad y el disfrute de los placeres, que forman parte de la visión ilustrada de los usos amorosos en Francia, parecen ausentes de este panorama amoroso que viven las españolas. Los viajeros coinciden en señalar la falta de educación de las mujeres como origen de la situación en la que se encuentran. Esta ignorancia les hace más vulnerables a la superstición y al mismo tiempo las convierte en descaradas, puesto que carecen de las mínimas normas del *savoir faire*. Su conversación puede ser grosera hasta llegar a la obscenidad y así la española tras su imagen devota habla sin tapujos de los temas más íntimos mientras sujeta un rosario en la mano.

La imagen de la española que transmiten los viajeros adquiere de este modo un carácter de duplicidad, de ambigüedad, entre la mujer que sufre y la que hace sufrir, imagen representada, en sus aspectos más extremos, por la mujer víctima de un amor desgraciado que termina sus días encerrada en un convento y por la descarada bailarina de fandango. Esta doble figura recorrerá la literatura del siglo siguiente hasta alcanzar su máxima expresión ya casi en el siglo XX en el personaje de *La femme et le pantin* de Pierre Louÿs. Cara y cruz de la misma moneda, estas dos imágenes que llenan las páginas de las novelas, como señala Jean Mainil, no son contrarias sino complementarias:

Ces deux images [...], la femme effondrée et la tortionnaire des coeurs, sont, d'autres l'ont déjà montrée, les deux côtés d'un même rôle, d'une même médaille: la femme vit de "sentiments". Si elle souffre ou elle fait souffrir, c'est toujours la même souffrance, celle du coeur, de "l'âme".³⁰⁷

Si los viajeros del XVIII relacionan a menudo la española con la seducción, creemos necesario matizar esta imagen de la española seductora. Tomando el ejemplo de la célebre novela de Choderlos de Laclos³⁰⁸, nos parece que la imagen de la española está más cerca de la présidente Tourvel que de Madame de Merteuil, de la "femme effondrée" que de la "femme effrontée". En su papel de víctimas de la sociedad, son ellas y no los hombres las que seducen, las que llevan la iniciativa desplegando todos sus recursos eficaces

³⁰⁷ Mainil, Jean, "Comment peut-on être persane?", en *Dans les règles du plaisir... Théorie de la différence dans le discours obscène, romanesque et médical de l'Ancien Régime*, Paris, éd. Kimé, 1996, p. 143.

³⁰⁸ Laclos, Pierre-Ambroise-François Choderlos de, *Les liaisons dangereuses* (1782), Delon, Michel, (ed.), Paris, PUF, 1986.

para la fascinación, pero manteniendo al mismo tiempo su imagen de damas virtuosas. El papel del hombre, desvirtuado en la figura del cortejo, llega a convertirse en grotesco, en tanto que se aproxima a esta imagen femenina de la víctima.

Algunos viajeros, como Bourgoing, llegan más allá de la mera observación de su imagen y sus costumbres atrasadas que tiene como objeto poner de relieve la reafirmación de lo propio, y participan en un intento de comprensión de lo otro al margen de las estructuras propias. Pero la perspectiva sigue siendo la de la superioridad, incontestable en muchos aspectos, de la cultura francesa sobre la española. La constatación de la realidad de las españolas propicia la construcción del discurso de los viajeros en torno a la reflexión sobre temas tan candentes como la superstición y el fanatismo, la libertad, la educación y las pasiones.

Por ello llegamos a observaciones casi caricaturescas, como en el caso de Fleuriot, de los rasgos “típicos” y típicos de lo español en la mujer y de todo lo que atañe su mundo, siempre limitándose en sus relatos al mundo representado por ciertas clases sociales.

En cuanto a la construcción de una imagen de la española según su origen regional, a pesar de algunas excepciones que señalan los viajeros como el tópico de las valencianas galantes, o el de las voluptuosas y alegres gaditanas, no existe una prioridad regional que caracterice la imagen de la española por encima de las demás, mientras que en el XIX con el Romanticismo la española será *la andaluza* hasta nuestros días.

De este modo constatamos que lo que caracteriza “lo español” de la mujer, los rasgos exóticos que observaron los viajeros del XVIII en la española, son detalles fragmentarios principalmente externos: sus mirada, su cabello, su mantilla. Unos rasgos que pueden llegar a alcanzar la caricatura, pero en el siglo XIX, con el

Romanticismo, estos rasgos hipertrofiados adquieren connotaciones positivas.

Si a finales de siglo Bourgoing habla de un “pays de passions ardentes” es quizá porque en ese momento ya se ha instalado en el imaginario francés una manera de concebir lo español que no lo abandonará, sino que seguirá superponiendo a esta imagen otras imágenes complementarias y aumentadas que conformarán un tipo nacional que perdura hasta nuestros días.

Al finalizar nuestro trabajo, consideramos la posibilidad de ampliar nuestro campo de estudio a la literatura francesa de la época de las Luces, y seguir la evolución de esta imagen de la española con las diferentes transformaciones que sufrirá a lo largo del siglo siguiente. Quizás la verdadera dimensión exótica de *la española* se pueda medir con más precisión contrastando los relatos de los viajeros, marcados por una supuesta voluntad de “veracidad”, con los textos literarios donde lo imaginario se pone en escena con más fuerza. Pero esto ya sería otro trabajo.

VI. BIBLIOGRAFÍA

1. Bibliografía fundamental

1.1. Corpus por orden cronológico de ediciones consultadas

Aulnoy, Marie Catherine le Jumel madame d', *Relation du voyage d'Espagne*, 1ª edición, Paris, ed. Claude Barbin, 1691, 3 vol., disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

Labat, Jean-Baptiste, *Voyages du P. Labat de l'ordre des FF. Precheurs en Espagne et en Italie*, 1ª edición, Paris, ed. Jean-Baptiste et Charles J.-B. Delespine, 1730, 8 vol., disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>

Coste d'Arnobat, Charles Pierre, *Lettres sur le voyage d'Espagne par M. *****, Pampelune, MDCCLVI ; ed. de Charles Verdier, *Revue Hispanique* tome LVI, 1922, pp. 458-507.

État politique, historique et moral du royaume d'Espagne l'an MDCCLXV, (manuscrito inédito de la Biblioteca Mazarino,

autor francés desconocido); éd. de J. Thénard, *Revue Hispanique*, XXX, 1914, pp. 376-514.

Peyron, Jean-François, *Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778 ; dans lequel on traite des Mœurs, du Caractere, des Monumens anciens et modernes, du Commerce, du Théâtre, de la Législation des Tribunaux particuliers à ce Royaume, et de l'Inquisition ; avec de nouveaux détails sur son état actuel, et sur une Procédure récente et fameuse*, Londres, P. Elmsly; Paris, P. Théophile Barrois, 1782, 2 vol.; en García Mercadal, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 719-932.

Fleuriot de Langle, *Voyage de Figaro en Espagne*, Saint-Malo, 1784; éd. présenté et annoté par Robert Favre, Société Française d'Études du XVIII^e siècle, coll. Lire le Dix-Huitième siècle n^o 4, Publications de l'Université de Saint-Etienne, 1991.

Bourgoing, Jean-François, *Tableau de l'Espagne moderne, par J. Fr. Bourgoing, ci-devant Ministre plénipotentiaire de la République française, à la cour de Madrid, Correspondant associé de l'Institut national. Seconde édition, Corrigée et considérablement augmentée, à la suite de deux voyages faits récemment par l'Auteur en Espagne*, Paris, chez l'Auteur, Du Pont, Devaux, Regnault, An V^e-1797, 3 vol.

1.2. Otras ediciones y traducciones consultadas de los textos del corpus

Aulnoy, Marie Catherine le Jumel madame d', *Relation du voyage d'Espagne*, ed. de Foulché-Delbosc, Raymond, *Revue Hispanique*, tome LXVII, 1926, pp. 1-570.

- Aulnoy, Marie Catherine le Jumel madame d', *Relación del viaje de España* (1691), ed. y traducción de Pilar Blanco y Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra, col. "Cómo nos vieron", 2000.
- Labat, Jean-Baptiste, *Viajes del Padre Labat en España* (1705-1706), en García Mercadal, José (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 105-184.
- Bourgoing, Jean-François, *Un paseo por España*, (1788), en García Mercadal, José, (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 933-1076.

1.3. Otros viajes a España

- Baretti, Giuseppe, *Lettere familiari di Giuseppe Baretti ai suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amadeo*, Milano, 1761, 2 vol.
- Baretti, Giuseppe, *Viaggio da Londra a Genova, passando per l'Inghilterra occidentale, il Portogallo, la Spagna e la Francia*, Milano, 1830-1831.
- Blanco White, José, *Letters from Spain*, London, Henry Colburn and Co, 1822; trad. *Cartas de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.
- Bonnecaze, Jean, Caumont, Nompard de y Manier, Guillaume, *Sur le chemin de Compostelle. Trois récits de pèlerins partis vers Saint-Jacques. 1417-1726-1748*, Paris, Cosmopole, 2002.
- Delaporte, Joseph, *Le voyageur françois, ou La connoissance de l'ancien et du nouveau monde, Mis au jour par l'abbé Delaporte*,

- Paris, 1765-1795, 42 vol. Traducción española: *El viajero universal*, Madrid, 1796-1801.
- Laborde, Alexandre, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, Paris, 1809, 6 vol.; trad. *Itinerario descriptivo de las provincias de España, y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo (1809)*, traducción libre al castellano, Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompié, 1816; ed. facsímil en Valencia, Librerías Paris-Valencia, 1998.
- Manier, Guillaume, *Pèlerinage d'un paysan picard à Saint-Jacques de Compostelle au commencement du XVIII^e siècle*, Montdidier, Imprimerie Abel Radenez, 1890; reed. *Un paysan picard à Saint-Jacques de Compostelle (1726-1727)*, Paris, éditions Payot & Rivages, 2002.
- Silhouette, Étienne, *Voyage de France, d'Espagne, de Portugal, et d'Italie. Par M. S***. Du 22 Avril 1729, au 6 Février 1730*, Paris, Merlin, 1770, 4 vol.; trad. *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia*, en García Mercadal, José (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 183-271.
- Swinburne, Henry, *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*, London, P. Elmsly, 1776; trad. *Voyage de Henri Swinburne en Espagne, en 1775 et 1776*, trad, J.-B. de La Borde, Paris, Didot l'aîné, 1787.
- Vayrac, abbé Jean de, *État présent de l'Espagne*, Paris, Antonin Deshayes, 1718, 4 vol.

1.4. Bibliografías y antologías del viaje a España

Bennassar, Bartolomé et Lucile, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*, Paris, ed. Robert Laffont, col. Bouquins, 1998.

Farinelli, Arturo, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, tomo II, Roma, Reale Accademia d'Italia, 1942.

Foulché-Delbosc, Raymond, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, (1896), Madrid, Julio Ollero editor, 1991.

García Mercadal, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, 4 vol.; reed. Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999, 6 vol.

García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2000.

1.5. Estudios críticos

1.5.1. Literatura del siglo XVIII

Barguillet, François, *Le roman au XVIII^e siècle*, Paris, PUF, 1981.

Bourguet, Marie-Noëlle, “Voyages et voyageurs”, en Delon, Michel, *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, pp. 1092-1095.

Coulet, Henri, *Le roman jusqu'à la révolution*, Armand Colin, coll. U, 1967.

- Creech, James, “1721 - Altérités”, en Hollier, Denis (dir.), *De la littérature française*, éd. française, Paris, Bordas, 1993, pp. 394-399.
- Delon, Michel, (dir.), *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997.
- Delon, Michel, “Passions”, en *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, pp. 825-826.
- Delon, Michel, *L'idée d'énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, Paris, PUF, 1988.
- Delon, Michel et Malandain, Pierre, *Littérature française du XVIII^e siècle*, Paris, PUF, 1996.
- Delon, Michel et autres, *Histoire de la littérature française. De l'Encyclopédie aux Méditations*, Paris, Flammarion, 1998.
- Fumaroli, Marc, *Quand l'Europe parlait français*, Paris, Éd. de Fallois, 2001.
- Goldzink, J., *Histoire de la littérature française. Le XVIII^e siècle*, Paris, Bordas, 1988.
- Goulemot, Jean-Marie, *La littérature des Lumières*, Paris, Bordas, 1989.
- Hoffmann, Paul, *Corps et cœur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000.
- Karautet, Michel, *La littérature française du XVIII^e siècle*, Paris, PUF, Col. Que-sais-je ?, 2002. [Réed. 1^{ere} éd. 1983].
- Prado, Javier del (coord.), *Historia de la literatura francesa*, Madrid, Cátedra, 1994.

Prado, Javier del, “La narración. Panorama general”, en *Historia de la literatura francesa*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 565-584.

Pomeau, René et Ehrard, Jean, *Histoire de la littérature française. De Fénelon à Voltaire*, Paris, Flammarion, 1998.

Tatin-Gourier, Jean-Jacques, *Lire les Lumières*, Paris, Dunod, 1996.

Versini, L., *Laclos et la tradition*, Paris, Klincksieck, 1968.

Roman et Lumières au XVIIIe siècle, Editions sociales, 1970.

1.5.2. Literatura de viajes

Antoine, Philippe et Gomez-Géraud, Marie-Christine (dir.), *Roman et récit de voyage*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001.

Borer, Alain y otros, *Pour une littérature voyageuse*, ed. Complexe, 1992

Brunel, Pierre, “Préface” en Moureau, François (dir.), *Métamorphoses du récit de voyage. Actes du Colloque de la Sorbonne et du Sénat (2 mars 1985)*, Genève, Slatkine, 1986, pp. 7-13.

D'Agostini, Maria Enrica (dir.), *La letteratura di viaggio. Storia e prospettive di un genere letterario*, Milano, ed. Guerini e associati, 1987.

Gannier, Odile, *La littérature de voyage*, Paris, Ellipses, 2001.

Gifford, Paul, “Getting there or not - The fortunes of the initiatic journey and the crisis of culture”, en *Literature and quest*, ed. Christine Arkininstall, Amsterdam, Rodopi, 1993.

Guyot, Alain, “Du Voyage à ses récits : mettre le monde en intrigue”, en Antoine, Philippe et Gomez-Géraud, Marie-

- Christine (dir.), *Roman et récit de voyage*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001.
- Linon-Chipon, Sophie, "Certificata loquor. Le rôle de l'anecdote dans les récits de voyage (1658-1722)", en Antoine, Philippe et Gomez-Géraud, Marie-Christine (dir.), *Roman et récit de voyage*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001, pp. 193-203.
- López Alonso, Covadonga, "Viaje y representación espacial", en *Compás de Letras* n° 7, 1995, pp. 33-45.
- Maggetti, Daniel, "Voyage", en Aron, Paul y otros (dir.), *Le dictionnaire du littéraire*, Paris, PUF, 2002, pp. 625-626.
- Medam, Alain, *L'esprit au long cours. Pour une sociologie du voyage*, Paris, Méridiens/Anthropos, 1982.
- Mesnard, Jean, *Les récits de voyage*, Paris, Nizet, 1986.
- Montalbetti, Christine, *Le voyage, le monde et la bibliothèque*, Paris, PUF, 1997.
- Montalbetti, Christine, "Les séductions de la fiction : enjeux épistémologiques", en Antoine, Philippe et Gomez-Géraud, Marie-Christine (dir.), *Roman et récit de voyage*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001.
- Moura, Jean-Marc, *L'Europe littéraire et l'ailleurs*, Paris, PUF, 1998.
- Moureau, François (dir.), *Métamorphoses du récit de voyage. Actes du Colloque de la Sorbonne et du Sénat (2 mars 1985)*, Genève, ed. Slatkine, 1986.
- Pageaux, Daniel-Henri, "Une constante culturelle : l'exotisme hispanique en France" en *Exotisme et création. Actes du colloque*

internationale (Lyon 1983). L'Hermès, Publications de l'Université de Jean Moulin, 1985.

Pasquali, Adrien, *Le tour des horizons. Critique et récits de voyage*, Paris, Klincksieck, 1994.

Pérez Gallego, Cándido, “Diálogo en las novelas de viajes”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 47-61.

Picó, Berta y Corbella, Dolores (dir.), *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2000.

Rajotte, P. (dir.), *Le récit de voyage. Aux frontières du littéraire*, Montréal, Triptyque, 1997.

Villar Dégano, Juan F., “Paraliteratura y libros de viajes”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 15-32.

Wolfzettel, Friedrich, *Le discours du voyageur. Le récit de voyage en France, du Moyen Âge au XVIII^e*, Paris, PUF, 1996.

1.5.3. Literatura de viajes alrededor del siglo XVIII

Álvarez de Miranda, Pedro, “Sobre viajes y relatos de viajes en el siglo XVIII español”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 97-122.

Bourguet, Marie-Noëlle, “Voyages et voyageurs”, en *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, pp. 1092-1095.

Díez Borque, José María, “Viajeros extranjeros por la España del siglo XVII”, en *Compás de Letras* nº 7, 1995, pp. 79-95.

Duchet, M., *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, Maspéro, 1973. Rééd. Paris, Flammarion, 1978.

- Fernández Herr, Elena, *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823*, Paris, Didier, 1973.
- Gómez de la Serna, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- Hafid-Martin, Nicole, *Voyage et connaissance au tournant des Lumières (1780-1820)*, Oxford, Voltaire Foundation, 1995.
- Herrero, Isabel, y Goulemot, Jean Marie, “Relatos de viajes e imágenes francesas de España”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, pp. 309-326.
- Jiménez, Dolores, “Viajes a España a la francesa”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, pp. 203-214.
- Jiménez, Dolores, “La visión de los memorialistas: Saint-Simon, Beaumarchais, Casanova”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, pp. 341-352.
- Racault, Jean-Michel, “Les jeux de la vérité et du mensonge dans les préfaces des récits de voyages imaginaires à la fin de l'Age classique (1676-1726)”, en Moureau, François (dir.), *Métamorphoses du récit de voyage*, Genève, éd. Slatkine, 1986, pp. 82-109.
- Roche, Daniel, « Viajes », en *Diccionario histórico de la Ilustración*, Vincenzo Ferrone, Daniel Roche (eds), Madrid, Alianza Editorial, 1998, III parte, « Prácticas », pp. 287-294.
- Sala Giner, Daniel, *Viajeros franceses por la Valencia del siglo XVIII*, Valencia, Ajuntament de València, 1999.

Sarrailh, Jean, “Voyageurs français au XVIII^e siècle”, *Bulletin Hispanique*, XXXVI, 1934, pp. 29-70.

Souiller, Didier, “Lesage y la imagen de la Historia de España”, en *La Historia de España en la Literatura Francesa*, Boixareu, Mercè y Lefere, Robin (coord.), Madrid, ed. Castalia, 2002, pp. 377-392.

Vázquez, Lydia, “Robert-Martin Lesuire: la moda del retrato literario nacional y su instrumentalización ideológica en la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XVIII”, en Homenaje a Josefa María Castellví, Anejo n^o XLIX de *Cuadernos de Filología*, ed. Dolores Jiménez y Evelio Miñano, pp. 391-398.

Voyager, explorer, n^o spécial de la revue *Dix-Huitième siècle*, n^o 22, 1990.

Wolfzettel, Friedrich, “Entre deux paradigmes : le discours contradictoire des Lumières”, en *Le discours du voyageur. Le récit de voyage en France, du Moyen Âge au XVIII^e*, Paris, PUF, 1996, pp. 231-312.

1.5.4. Estudios sobre los autores del corpus

Biondi, Carminella, “Dal Nuovo al Vecchio Mondo con Jean-Baptiste Labat”, en D’Agostini, Maria Enrica (dir.), *La letteratura di viaggio. Storia e prospettive di un genere letterario*, Milano, ed. Guerini e associati, 1987.

Dezon-Jones, Elyane, “Madame d’Aulnoy” en *Les écritures féminines*, pp. 80-89, Paris, éd. Magnard, 1983.

Foulché-Delbosc, Raymond, “Madame d’Aulnoy et l’Espagne”, en Madame d’Aulnoy, *Relation du voyage d’Espagne, Revue Hispanique, tome LXVII*, 1926, pp. 1-570.

Fernández Herr, Elena, “Jean-François Bourgoing : le Tableau de l’Espagne moderne”, en *Les origines de l’Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823*, Paris, Didier, 1973, pp. 69-133.

Jyl, Laurence, *Mme. d’Aulnoy ou la fée des contes*, Paris, Éd. Robert Laffont, 1989.

Mainil, Jean, *Madame d’Aulnoy et le rire des fées*, Paris, Kimé, 2001.

Mérimée, Henri, “Le vrai et le faux Figaro”, en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, vol. II, pp. 285-298.

Sarrailh, Jean, “Le voyage du père Labat en Andalousie”, en *Annales de l’Université de Paris*, XXXIII, 1963, pp. 169-189.

Vega, Miguel Ángel, “Una francesa en la corte del rey pasmado”, introd. en Madame d’Aulnoy, *Relación del viaje de España* (1691), ed. y traducción de Pilar Blanco y Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra, col. “Cómo nos vieron”, 2000.

1.6. Obras literarias y filosóficas alrededor de la temática abordada

1.6.1. Francia

Beaumarchais, Pierre-Augustin Caron, “Lettre au duc de la Valière” (1764) en Bennassar, Bartolomé et Lucile, *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*, Laffont, Bouquins, 1998, pp. 47-52.; trad. en García

- Mercadal, José (recopilación, traducción, prólogo y notas), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 513-516.
- Boyer d'Argens, J.-B., *Lettres juives ou Correspondance philosophique, historique et critique entre un juif voyageur et ses correspondans en divers endroits*, reprod. de la ed. de la Haye, P. Paupie, 1738, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>
- Boyer d'Argens, J.-B., *Mémoires de Monsieur le Marquis d'Argens* (1735), Paris, Éd. Desjonquères, 1993.
- Casanova de Seingalt, Jacques, *Histoire de ma vie*, texte intégral du manuscrit original suivi de textes inédits, Paris, éd. Robert Laffont, coll. Bouquins, 2002.
- Diderot, Denis, *Œuvres esthétiques*, ed. de Paul Vernière, Paris, Garnier, 1968.
- Diderot, Denis, *Essais sur la peinture. Salons de 1759, 1761, 1763* (1795), Chouillet, J. et May, G. (ed.), Paris, Hermann, 1984.
- Diderot, Denis, *Pensées philosophiques. Lettre sur les aveugles. Supplément au Voyage de Bougainville*, Adam, A. (ed.), Paris, Garnier Flammarion, 1972.
- Diderot, Denis, *Voyage de Hollande* (1819) en *Œuvres complètes de Diderot*, Paris, Garnier frères, 1876, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>
- Gudannes, marquise de, *Lettres de la marquise de Gudannes, 1693-1695*, ed. de A. Martin, *Revue Hispanique*, XLVII, 1919, pp. 383-541.

- Graffigny, Madame de, *Lettres d'une péruvienne* (1747), en: *Romans de femmes du XVIIIème siècle*, ed. de R. Trousson, Paris, Laffont, col. Bouquins, 1996.
- Jaucourt, chevalier de, "Espagne" en *Encyclopédie*, tomo V, p. 953, disponible en <<http://gallica.bnf.fr>>
- Laclos, Pierre-Ambroise-François Choderlos de, (1782), *Les liaisons dangereuses*, Delon, Michel (ed.), Paris, PUF, 1986.
- Lesage, Alain René, *Histoire de Gil Blas de Santillane* (1714-1735), Paris, Garnier-Flammarion, 1977
- Mérimée, Prosper, *Théâtre de Clara Gazul*, Paris, Gallimard, 1985.
- Mérimée, Prosper, *Carmen et autres nouvelles*, Paris, Livre de Poche, 1983.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, *Lettres persanes* (1721), ed. de Paul Vernière, Paris, ed. Garnier Frères, 1960.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, *De l'Esprit des Loix*, 2 vol., ed. de Robert Derathé, Paris, Garnier frères, 1973; ed. introduction, chronologie et bibliographie par Victor Goldschmidt, Paris, Garnier-Flammarion, 1979.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Émile ou de l'éducation*, (1762), ed. presentada por Pierre Burgelin, Paris, Gallimard, 1969
- Rouvray, Louis de, duc de Saint-Simon, *Mémoires du duc de Saint-Simon sur le règne de Louis XIV, et sur les premières époques des regnes suivants*, Marseille, Jean Mossy, 1788, 3 vol.
- Rubens, Pierre-Paul, *Théorie de la figure humaine* (1773), Paris, ed. Aux Amateurs de Livres, col. "Les recueils d'emblèmes et les

traités de physiognomie de la Bibliothèque Interuniversitaire de Lille”, n° 11, 1990.

Sade, Donatien Alphonse François de, *Œuvres*, édition établie par Michel Delon, avec la collaboration de Jean Deprun, Paris, Gallimard, coll. La pléiade, t. III, 1998.

Thomas, Antoine Léonard, *Essai sur le caractère, les mœurs et l'esprit des femmes dans les différents siècles*, Paris, 1772; trad. *Historia, o pintura del carácter, costumbres, y talento de las mugeres en los diferentes siglos*, traducida al castellano por don Alonso Ruiz de Piña, Madrid, Miguel Escrivano, 1773; ed. facsímil en Valencia, Librerías Paris-Valencia, 1998.

Voltaire, François-Marie Arouet, “Inquisition”, section II, en *Dictionnaire philosophique*, Œuvres complètes de Voltaire, disponible en <<http://www.voltaire-integral.com>>

Voltaire, François-Marie Arouet, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1756), disponible en la web <<http://www.voltaire-integral.com>>

Voltaire, François-Marie Arouet, *Le siècle de Louis XIV* (1751), disponible en <<http://www.voltaire-integral.com>>

1.6.2. España

Amar y Borbón, Josefa, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790), edición de María Victoria López-Cordón, Madrid, Cátedra e Instituto de la Mujer, 1994.

Cadalso, José de, *Los eruditos a la violeta*, Madrid, Aguilar, 1967.

Cubé, Juan Bautista, *Las mugeres vindicadas de las calumnias de los hombres*. Con un catálogo de las Españolas que más se han

distinguido en Letras y Armas, Madrid, Imp. Antonio Pérez de Soto, 1768; ed. facsímil en Valencia, Librería Paris-Valencia, 1997.

El Censor, Madrid, 1781-1787; ed. facsímil, Universidad de Oviedo, 1989.

Feijoo, Benito Jerónimo, *Defensa de la mujer. Discurso XVI del Teatro Crítico (1726)*, ed. a cargo de Victoria Sau, Barcelona, Icaria, 1997.

Feijoo, Benito Jerónimo, *Teatro Crítico Universal. Cartas Eruditas y Curiosas (Antología)*, selección, prólogo y notas de Carmen Martín Gaité, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

Jovellanos, Gaspar Melchor, “Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España” (1790), en *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la ley agraria*, edición de José Lage, Madrid, Cátedra, 1977.

Lavedán, Antonio, *Tratado de los usos, abusos, propiedades y virtudes del tabaco, café, té y chocolate*, Madrid, Imprenta Real, 1796; reed. Almarabú, 1991.

Nifo y Cagigal, Francisco Mariano, *Representación (de burlas hecha de veras) al nobilísimo gremio de los hombres de juicio de esta gloriosa monarquía, en la que manifiesta la España antigua sus honrados sentimientos contra los perniciosos abusos de la España moderna*, Madrid, José de Orga, 1755.

Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, tomo II, Madrid, Imprenta Real, 1788; ed. facsímil en Madrid, Ediciones Atlas, 1973.

2. Estudios sobre la mujer, el amor y la seducción

2.1. Estudios generales

Anderson, Bonnie S., y Zinsser, Judith P., *Historia de las mujeres: una historia propia*, volumen 2, Barcelona, Crítica, 1992. (1ª ed.: A History of their own, Harper and Row, Nueva York, 1991)

Baudrillard, Jean, *De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1989.

Bel, María Antonia, *La historia de las mujeres desde los textos*, Barcelona, Ariel, 2000.

Bochetti, Alessandra, *Lo que quiere una mujer*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1996.

Bornay, Erika, *La cabellera femenina*, Madrid, Cátedra, 1994.

Bravo, Ángela, *Femenino singular. La belleza a través de la historia*, Madrid, Alianza editorial, 1996.

Chadwick, Whitney, *Mujer, arte y sociedad*, Barcelona, Ediciones Destino, 1992.

Darmon, Pierre, *Mythologie de la femme dans l'Ancienne France*, Paris, Seuil, 1983.

Darmon, Pierre, *La variole des nobles et des princes. La petite vérole mortelle sous Louis XV*, Bruxelles, ed. Complexe, 1989.

Diego, Rosa de, y Vázquez, Lydia (eds.), *Humores negros. Del tedio, la melancolía, el esplín y otros aburrimientos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

- Dijkstra, Bram, *Ídolos de perversidad*, Madrid, Editorial Debate, 1994.
- Dulay, Georges y Perrot, Michelle (dir.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, 2000.
- Dupouy, Alexandre, *Anthologie de la fessée et de la flagellation*, Paris, La Musardine Poche, 2002.
- Gontier, Fernande, *La femme et le couple dans le roman de l'entre-deux guerres*, Paris, Klincksieck, 1976.
- Laqueur, Thomas, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, (1991), Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1994.
- Larrauti, Maite, “La diferencia como estilo”, en Bochetti, Alessandra, *Lo que quiere una mujer*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1996.
- Mainil, Jean, “Comment peut-on être persane?”, en *Dans les règles du plaisir... Théorie de la différence dans le discours obscène, romanesque et médical de l'Ancien Régime*, Paris, éd. Kimé, 1996.
- Mc. Dowell, Linda, *Género, identidad y lugar*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1999
- Marchal, Roger y Moureau, François (ed.), *Littérature et séduction*, Paris, Klincksieck, 1997.
- Nielfa Cristóbal, Gloria (coord.), “Historia de las mujeres en España”, apéndice en Anderson, Bonnie S., y Zinsser, Judith P., *Historia de las mujeres: una historia propia*, volumen 2, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 580-651.
- Perrot, Philippe, *Le travail des apparences. Le corps féminin, XVIII^e-XIX^e siècle*, Paris, Éditions du Seuil, 1984.

- Real, Elena, “L’Espagnole”, en Brunel, Pierre (dir.), *Dictionnaire des mythes féminins*, Paris, Éditions du Rocher, 2002, pp. 666-673.
- Rousset, Jean, *Leurs yeux se rencontrèrent. La scène de la première vue dans le roman*, Paris, J. Corti, 1981.
- Saint-Amand, Pierre, *Séduire ou la passion des Lumières*, Paris, Méridiens Klincksieck, 1987.
- Vandermeersch, Patrick, *La chair de la passion. Une histoire de la foi : flagellation*, Paris, Eds. Du Cerf, 2002.
- Vázquez, Lydia, *Elogio de la seducción y el libertinaje*, Alegia, Ediciones R&B, colección Sexto sentido, 1996.

2.2. Estudios sobre la mujer en el siglo XVIII

- Bolufer Peruga, Mónica, *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia, ed. Institució Alfons el Magnànim, 1998.
- Canterla, Cintia (ed.), *La mujer en los siglos XVIII y XIX. VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad, 1994.
- Fernández Quintanilla, Paloma, *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981.
- Goncourt, Edmond et Jules, *La femme au XVIII^e siècle*, (1862), Paris, Flammarion, 1982.
- Jaton, Anne Marie, “La femme des lumières, la nature et la différence”, in Bessière, Jean (dir.), *Figures féminines et roman*, Paris, PUF, 1982.

Hoffmann, Paul, *La femme dans la pensée des Lumières*, Genève, Slatkine Reprints, 1995.

Hoffmann, Paul, “L’héritage des Lumières : mythes et modèles de la féminité au XVIII^e siècle”, en *Corps et cœur dans la pensée des Lumières*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000, pp. 107-125.

Martínez Medina, Africa, *Espacios privados de la mujer en el siglo XVIII*, Madrid, ed. Horas y horas y Dirección General de la mujer, col. “Mujeres en Madrid”, 1995.

Palacios Fernández, Emilio, *La mujer y las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2002.

Pujante González, Domingo, “Vénus et Thanatos : une vision masculine de l’amour au XVIII^e siècle”, en *Estudios de lengua y literatura francesas*, nº 13: El discurso epistolar, 2000-2001, pp. 151-180.

Rial, Serrana Mercedes, “El control de la prostitución en el siglo XVIII compostelano: la fundación de la Casa de la Galera”, en Canterla, Cintia (ed.), *La mujer en los siglos XVIII y XIX. VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad, 1994, pp. 331-338.

Vázquez, Lydia, “El poder de la mujer en el siglo XVIII o la pasión de la palabra: Mme. Riccoboni”, en Canterla, Cintia (ed.), *La mujer en los siglos XVIII y XIX. VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad, 1994, pp. 647-657.

Vázquez, Lydia, “E.S.T. y xenofobia: testimonios literarios en la Francia del siglo XVIII”, en *Sida y cultura*, Haderbache, Ahmed y Monleón, Ana (eds.), Valencia, Universitat de València, 1997.

3. Otros estudios consultados sobre la temática abordada

3.1. Estudios históricos, filosóficos, sociales o culturales sobre España y los españoles del siglo XVIII

Aguilar Piñal, Francisco, “Política docente”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 439-484.

Arteaga, Esteban de (1789), *La belleza ideal*, Miguel Batllori (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1943.

Artola, Miguel, *Los afrancesados*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

Aymes, Jean-René (éd.), *L'image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Presses de la Sorbonne Nouvelle e Instituto de Cultura “Juan Gil Albert”, 1996.

Batllori Munné, Miguel, “Prólogo: Presencia de España en la España del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.

Bennassar, Bartolomé, *L'Homme espagnol. Attitudes et mentalités du XVI^e au XIX^e siècle*, Bruxelles, Complexe, 1992.

Chueca Goitia, Fernando, “Corte, ciudad y población como marcos de vida”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 489-542.

Diccionario histórico de la Ilustración, Vincenzo Ferrone, Daniel Roche (eds), Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Díez Borque, Jose M^a, *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1990.

Enciso Recio, Luis Miguel, “Los cauces de penetración y difusión en la península: los viajeros y las sociedades económicas de Amigos del país”, en J. M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España*, fundada por Menéndez Pidal, Ramón, tomo XXXI: *La época de la Ilustración*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 5-56.

Enciso Recio, Luis Miguel, *La Europa del siglo XVIII*, Barcelona, ed. Península, 2001.

Fernández Sebastián, Javier, « Península ibérica», en *Diccionario histórico de la Ilustración*, Vincenzo Ferrone, Daniel Roche (eds), Madrid, Alianza Editorial, 1998, IV parte “Los espacios”, pp. 340-351.

Ferrer Benimeli, Jose A., *El conde de Aranda y su defensa de España: refutación del “Viaje de Figaro a España”*, ed. Universidad de Zaragoza, 1972.

Fuentes, Juan Francisco, “Moda y lenguaje en la crisis social del Antiguo Régimen”, en Aymes, Jean-René (éd.), *L’image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Presses de la Sorbonne Nouvelle e Instituto de Cultura “Juan Gil Albert”, 1996, pp. 85-95.

Herr, Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1979.

Martín Gaite, Carmen, *El proceso de Macanaz: historia de un “empapelamiento”*, Barcelona, Anagrama, 1970.

- Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid, ed. Lumen, 1981.
- Mengs, Antonio Rafael, “Lecciones prácticas de pintura” (1780), en *Obras*, Madrid, Imprenta Real, 1797.
- Morel Fatio, Alfred, *Études sur l’Espagne*, Paris, 1904.
- Sarrailh, Jean, *L’Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Paris, Librairie Klincksieck, 1954.
- Sarrailh, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Vázquez, Lydia, “Espagne et Portugal”, en Delon, Michel (dir.), *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997.
- Von Boehn, Max, *La moda: siglo XVIII*, Barcelona, ed. Salvat, 1928.
- VV.AA., *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII. La Tonadilla Escénica*, Madrid, ed. Museo de San Isidro y Ayuntamiento de Madrid, 2003.

3.2. Ensayos de literatura y arte

- Azara, Pedro, *El ojo y la sombra. Una mirada al retrato en Occidente*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2002.
- Chartier, Roger, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000.
- Courtine, Jean-Jacques, y Haroche, Claudine, *Histoire du visage*, Paris, éd. Payot et Rivages, 1994.
- García Berrio, Antonio y Huerta Calvo, Javier, *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1999.
- Genette, Gérard, *Figures III*, Paris, Seuil, 1972.

Genette, Gérard, *Fiction et diction*, Paris, Seuil, coll. "Poétique", 1991.

Hamon, Philippe, *Le personnel du roman*, Genève, Droz, 1983.

Hollier, Denis (dir.), *De la littérature française*, éd. française, Paris, Bordas, 1993.

Jacobs, Helmut C., *Belleza y buen gusto. Las teorías de las artes en la literatura española del siglo XVIII* (1996), ed. traducida al castellano, Madrid, Iberoamericana, 2001.

Jouve, Vincent, *L'effet-personnage dans le roman*, Paris, PUF, 1992.

Kohan, Silvia Adela, *De la autobiografía a la ficción*, Barcelona, Grafein, 2000.

Mauriac, François, *Le romancier et ses personnages*, Paris, Presses Pocket, 1990.

Ormesson, Jean d', *Une autre histoire de la littérature française*, tome 1, Paris, NiL éd., 1997.

Pommier, Édouard, *Théories du portrait. De la Renaissance aux Lumières*, Gallimard, 1998.

Raimond, Michel, *Le roman*, Paris, Armand Colin, 1989.

Todorov, Tzvetan, *Les morales de l'histoire*, Paris, éd. Grasset et Fasquelle, coll. Pluriel, 1991.

Todorov, Tzvetan, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Seuil, 1989.

3.3. Diccionarios y obras generales de consulta

Aron, Paul y otros (dir.), *Le dictionnaire du littéraire*, Paris, PUF, 2002.

- Beaumarchais, Jean-Pierre de, Couty, Daniel et Rey, Alain (dir.), *Dictionnaire des littératures de langue française*, Paris, Bordas, 1984, 3. vol.
- Beaumarchais, Jean-Pierre de, et Couty, Daniel (dir.), *Dictionnaire des œuvres littéraires de langue française*, Paris, Bordas, 1996.
- Brunel, Pierre (dir.), *Dictionnaire des mythes féminins*, Paris, Éditions du Rocher, 2002, pp. 666-673.
- Chevalier, Jean et Gheerbrant, Alain (dir.), *Dictionnaire des symboles*, Paris, Éd. Robert Laffont, 1969; édition revue et corrigée, 1982.
- Didier, Béatrice (dir.), *Dictionnaire universel des littératures*, Paris, PUF, 1994, 3 vol.
- Laffont, Robert, et Bompiani, Valentino (dir.), *Dictionnaire biographique des auteurs de tous les temps et tous les pays*, Paris, SEDE, 1956, 2 vol. (reed.: *Nouveau dictionnaire des auteurs de tous les temps et de tous les pays*, Paris, Laffont, coll. Bouquins, 1994, 3 vol.)
- Rey, Alain (dir.), *Le Robert, Dictionnaire historique de la langue française*, Paris, Dictionnaires Le Robert, 1998.

Páginas web de consulta:

Textos reproducidos en formato electrónico de la BNF:

<<http://gallica.bnf.fr>>

Centre de recherche sur la littérature des voyages [C. R. L. V.] :

<<http://www.crlv.org>>

ANEXO:

Resúmenes de los relatos

[1.]

Relation du voyage d'Espagne de Madame d'Aulnoy

Carta I

Esta primera carta está escrita en San Sebastián. Tras referirse a una hipotética carta anterior dirigida a su prima, en la que le contaba su recorrido hasta llegar a Bayona, la autora cuenta su estancia en la ciudad mientras espera las literas que tienen que llegar de San Sebastián para emprender el camino hacia España. Este medio de transporte le parece caro, ya que ella viaja acompañada de su hija, su cocinero y varios criados, por lo que necesita varias literas y mulas. La comitiva se pone en marcha y tras sufrir la avaricia de los aduaneros llegan a Saint-Jean de Luz. Allí pasan la noche, y al día siguiente cruzan el Bidasoa; a partir de allí, ya sólo se habla español. La autora explica por medio de las diferentes lenguas el paso por tres países. La lengua vasca le parece incomprensible:

Il n'y a que les Naturels du Païs qui la puissent entendre. [...] Il est vray qu'aussitôt que j'ûs passé la petite Riviere de Bidassoa, on ne m'entendoit plus à moins que je ne parlasse Castillan ; & ce qui est de singulier, c'est qu'un demy quart d'heure auparavant, on ne m'auroit pas entenduë si je n'avois parlé François. [I, pp. 21-22]

En poco tiempo, nada más llegar a España ya sufre una mala comida, y un engaño mediante el que le roban el reloj. Atraviesan los Pirineos y descienden el río Hendaya en unas barcas llevadas por jóvenes vizcaínas. La escritora admira la belleza y la gracia de estas barqueras, que son como “belles pyrates”.

Ya en San Sebastián, ciudad hermosa y acogedora, recibe la visita de don Fernando de Toledo, emparentado con la casa de Alba, que viene de Bruselas y se ofrece a viajar junto a ella hasta Madrid. En la hospedería en la que se aloja conoce a dos jóvenes hermanas francesas que tienen dos enamorados españoles, con los que quieren casarse, a pesar de la oposición del tío y tutor de los jóvenes. Tras una pequeña trifulca provocada por este tutor, todo acaba bien. Madame d'Aulnoy decide emprender el camino hacia Madrid, cargada de buenas provisiones.

Carta II

La envía desde Vitoria. Por caminos escarpados la numerosa comitiva sale de Vizcaya. Además de don Fernando de Toledo y su séquito, tres caballeros más que regresan de Santiago se unen a ellos con sus gentes. Son caballeros muy instruidos, ya que han viajado por toda Europa. Visitan el castillo de Guevara, y en Álava asisten a la representación de una comedia. En los intermedios aparecen personajes graciosos, y bailan danzas como la zarabanda.

En esta carta se inserta la primera novela corta: es la historia del Marqués de Barbarán y don Luis, su primo, que un

gentilhombre cuenta a Madame d'Aulnoy, picada por la curiosidad al ver en la iglesia a un hombre de alcurnia convertido en ermitaño pidiendo limosna. Se trata de una historia de amores desgraciados y celos:

El Marqués y don Luis eran grandes amigos. Durante una ausencia del primero, don Luis se enamora de su esposa, y para evitar males mayores decide partir a Nápoles sin revelar su secreto. Pero la Marquesa se da cuenta de que lo ama después de su partida, y languidece pensando en él junto a su esposo. Como mujer virtuosa, decide olvidarlo, pero el marqués, que no sospecha nada, la obliga a escribirle una carta pidiéndole que regrese. Esperanzado, don Luis regresa y un día que la encuentra sola y medio desnuda en su habitación, como si se tratara de una visión celestial, se le declara. Pero la marquesa tenía “un principio moral que se oponía siempre con éxito a los deseos de su amante”.

Don Luis intenta sorprenderla de nuevo otro día, esta vez durante la siesta. Confundida por la oscuridad del cuarto, cae en los brazos de don Luis, creyendo que era su marido. El marqués los sorprende, don Luis escapa y en su huida deja caer un retrato de la marquesa que él le había robado. A la vista de tales pruebas el marqués, loco de celos, apuñala a su mujer y huye. Don Luis regresa por la noche y encuentra a su amada muerta; pasa tres años buscando al marqués por toda Europa, sin lograr encontrarlo, y por fin decide desprenderse de todos sus bienes y retirarse como ermitaño en una ermita en las afueras de Madrid, adonde va en ocasiones a pedir limosna. En cuanto al marqués, volvió a casarse en Amberes, donde le sigue atormentando el fantasma de su esposa muerta.

La comitiva se detiene en Vitoria, donde quedan retenidos por el mal tiempo.

Carta III

Enviada desde Burgos. Los viajeros salen de Vitoria y llegan a dormir a Miranda de Ebro, donde don Federico de Cardona conversa plácidamente con la autora mientras sus compañeros juegan a las cartas con gran seriedad. Le explica, puesto que no van a pasar por allí, las maravillas que pueden verse en Cataluña: una montaña de sal, fuentes con aguas de diferentes propiedades, y la iglesia de Montserrat. Describe también Zaragoza y la capilla de la Virgen del Pilar. A continuación relata la historia de don Juan José de Austria, hermanastro de Carlos II, del que fue válido por algún tiempo. Existe una leyenda según la cual el rey, enamorado de una comediente llamada María Calderona, tuvo un hijo con ella, que nació al mismo tiempo que su hijo legítimo. La artista habría convencido al rey para intercambiar los bebés, y así don Juan de Austria sería el hijo legítimo del rey desprovisto de su herencia por un bastardo; el que ocupó su lugar murió a los catorce años.

También es don Federico el encargado de describir el carácter de los españoles. Siendo él mismo español, su descripción recoge no obstante todos los tópicos del retrato tradicional en los relatos anteriores:

Ils sont coleres, vindicatifs sans faire paroître d'emportement, liberaux sans ostentation, sobres pour le manger, trop presomptueux dans la prospérité, trop rampans dans la mauvaise fortune. Ils adorent les femmes, & ils sont prévenus en leur faveur, que l'esprit n'a point assez de part au choix de leurs Maîtresses. Ils sont patiens avec excez, opiniâtres, paresseux, particuliers, Philosophes ; du reste gens d'honneur & tenant parole au peril de leur vie. [III, p. 183-184]

Al día siguiente, siguen su camino hacia Pancorbo, Briviesca, y allí descansan. Madame d'Aulnoy aprovecha para

describir las posadas españolas: feas, sucias e incómodas. Don Fernando de Toledo es el encargado de hacer una somera descripción de Castilla: Valladolid, Medina del Campo, Ávila. Al día siguiente, siguen su camino hasta llegar a Burgos.

Carta IV

Burgos es una ciudad muy fría, pero su arquitectura es bella. La escritora va a visitar el santo Crucifijo del convento de los Agustinos, una reliquia que atrae una gran devoción en España. Tras cenar en la hospedería donde se alojan, es el turno de don Sancho Sarmiento de entretener a la dama mientras los demás caballeros juegan. Este caballero se ocupa de la descripción de Galicia. Al ir a acostarse, Madame d'Aulnoy es engañada por la posadera, que le hace pagar el precio de todas las camas que había en una habitación amenazando con que otros huéspedes se acuesten en la misma habitación que ella.

Al día siguiente salen de Burgos y se detienen en Madrigalesco, donde comparte alojamiento con la marquesa de los Ríos, que viene de Madrid y se dirige a un convento donde quiere retirarse. Esta mujer viuda impresiona a la escritora: su vestimenta le horroriza, en cambio es de una rara belleza y de gran amabilidad. La dama cuenta a Madame d'Aulnoy las últimas noticias de la corte. Le explica también los privilegios que tienen los aragoneses, los fueros.

A petición de la escritora, como siempre mostrando su gran curiosidad, la marquesa relata la historia de su vida. Esta es una de las historias largas incluidas en el relato. Se trata de una historia de traición, en la que la joven futura marquesa, de Sevilla, tenía dos enamorados: el marqués de los Ríos, rico y de alcurnia, bastante mayor que ella, y Méndez, hijo de un comerciante que traficaba con las Indias, joven y de buen aspecto. Méndez es el prototipo del

enamorado español: la corteja, pasa la noche bajo su balcón, la sigue a todas partes. La joven se enamora de Méndez y rechaza al marqués, de buenos sentimientos. Pero Méndez es atrapado por unos piratas y enviado como esclavo a Argel. Cuando los padres de la joven pretenden obligarla a casarse con el marqués, ella huye con su amiga Enriqueta a Argel, para buscar a Méndez. Allí consigue liberarlo pero al haber perdido casi todo su dinero, se ofrece al moro Meluza a cambio de Méndez; Méndez se marcha con Enriqueta, prometiendo regresar a liberarla. El dueño del harén más bien tiene modales de caballero:

Le Barbare fut surpris de me trouver capable d'une resolution si genereuse & si tendre. Tu es digne, me dit-il, d'une meilleure fortune : Va, j'accepte le party que tu m'offre, j'auray soin de toy & je seray bon Patron. Il faut que tu quitte l'Habit que tu porte, pour en prendre un convenable à ton Sexe ; tu garderas même tes Pierreries si tu veux ; j'attendray aussi bien pour le tout que pour une partie. [IV, pp. 315-316]

Pero Méndez no regresará jamás; por mediación de una joven sevillana también tomada como esclava se entera de que Méndez se ha casado con Enriqueta; su dolor es inmenso, tanto que conmueve a Meluza. Por fin es liberada y regresa a Sevilla. Allí se casa con el marqués de los Ríos, que muere a los dos años, convirtiéndole en una mujer rica.

Pero Méndez, que ha quedado viudo, reaparece en su vida; ella lo desprecia, pero en el fondo aún siente algo por él. Por eso la marquesa ha tomado la decisión de retirarse a un convento.

Tras tres días de mal tiempo, se despide de la marquesa. Por fin pueden continuar su camino hacia Lerma.

Carta V

En Lerma, visita el castillo, donde conoce a la condesa de Lemos. Es una mujer mayor, de alta alcurnia, cuya vestimenta describe con precisión; es un traje de española a la antigua, que a la escritora le parece horrible e incómodo. Esta mujer pide a Madame d'Aulnoy que la ponga al corriente de las noticias de los reyes de Francia y de la princesa de Orleans, que pronto será reina de España, con lo que la anciana dama se muestra muy contenta, ya que no le gustan algunas cosas de la corte española. Aquí se inicia una conversación que parece un “cotilleo” de la corte y la realeza: comentan diferentes anécdotas sobre la reina de Suecia, Felipe III, el conde de Olivares.

A su regreso a la posada, encuentra allí alojada a doña Leonor de Toledo, señora de alta alcurnia que recibe cordialmente a la escritora, sin arreglar. Es una mujer muy bella y amable que la escritora describe con detalle. Explica a Madame d'Aulnoy el sistema de títulos nobiliarios en España y los privilegios de los grandes de España.

Al día siguiente la comitiva viaja hasta Aranda de Duero. En la posada, la escritora tiene ocasión de leer la carta de una española enamorada que sufre por la ausencia de su amado; esta carta es transcrita por ella. Recibe la visita del hijo del alcalde, elegantemente vestido con capa y golilla y que según ella va vestido como un *guap*. En realidad le parece ridículo, tan perfumado y con maneras tan ampulosas. Le comenta que siempre que puede expone su vida en los toros.

La noche siguiente, el deshielo está a punto de inundar la casa en la que se aloja, pero todo queda en un susto.

Carta VI

Tras atravesar Somosierra, llegan a Buitrago. Allí admira un cuadro que representa a la princesa de Eboli. En la posada, don Esteve de Carvajal explica a la escritora la importancia de las órdenes de Calatrava, Alcántara y Santiago. El Arzobispo de Burgos, pariente de don Fernando de Cardona, pasa a visitarlos. La impresión que produce en la escritora este clérigo es bastante indiferente; también él desea el matrimonio del rey con la princesa de Orleans y hace una exaltación de la generosidad del rey. En este punto introduce un listado exhaustivo de los cargos honoríficos de gobierno y religiosos que el rey ha concedido, en España y en sus dominios.

Esa noche no pueden cenar debido a una riña con el cocinero, que se defiende con una frase que la escritora se aventura a escribir en español: “*No puedo padecer la rina, siendo Christiano viejo, hidalgo come el Rey y poco más*” [p. 118]

Carta VII

Se acercan a Madrid, y a la escritora le parece que debe estar en medio del desierto. Las posadas son peores que nunca. La gente del pueblo va casi descalza. En una posada una joven “*une maniere de Bourgeoise*” que le comenta algunas cosas sobre las supersticiones, y cómo son castigadas por la Inquisición las mujeres acusadas de brujas, que salen a la calle con el látigo:

Qu'on attache ces Sorcieres à la queue d'un Asne, ou qu'on les monte dessus coëffées d'une Mitre de papier peinte de toutes couleurs, avec des écriteaux qui apprennent les crimes qu'elles ont commis. Qu'en belle équipage on les promenant par la Ville, où chacun a la liberté de les frapper, ou de leur jeter de la boüe. 128

Un caballero francés llamado Daucourt pasa a visitarla por la posada, le cuenta un desagradable incidente que le ha ocurrido en Madrid. En el paseo del Prado, conoció a una misteriosa mujer con mantilla llamada Inés. Tiempo después, volvió a verla, y ella le propuso entrar en su carroza con los ojos vendados. Así lo hizo, pero durante el trayecto la carroza volcó y cayeron al lodo de las sucias calles madrileñas. Inés huye y él debe pagar al cochero, que le dice que la ha recogido en la puerta de las Descalzas Reales.

Poco después vuelve a verla de nuevo en el Prado; Inés le da explicaciones sobre el incidente del día anterior, y ambos inician una relación. Se ven a menudo en el Prado o en casas ajenas, siempre en penumbra. Una noche, huyendo de un malentendido en el que es tomado por asesino, Daucourt entra en una casa para esconderse. La casualidad hace que sea la casa de Inés, donde escucha tras una cortina una conversación entre su amada y su amiga. Atónito, descubre que Inés tiene 60 años, y lo está engañando para conseguir que se case con ella. Asiste después a una pelea entre las dos mujeres, en la que se descubren en toda su cruda realidad de manera grotesca:

Isabelle qui sçavoit les endroits foibles de son ennemie, s'en prevalut si à propos, qu'étant plus jeune & plus forte, elle luy arracha la coëffure, & la laissa toute pelée. Je n'ay de ma vie été plus surpris, que de voir tomber ainsi des cheveux qui m'avoient parû si beaux, & que je croyois à elle. Mais ce ne fût qu'un prelude, car d'un coup de poing elle luy fit sauter quelques dents de la bouche, & deux petites boules de liege, qui aidoient à soûtenir ses joües creuses. [p. 169]

Inés descubre a Daucourt tras la cortina, y para librarse de él lo denuncia por el asesinato que no había cometido. Daucourt pasó

varios días en prisión, hasta que se demostró su inocencia. Asustado tras la experiencia, ha decidido volver a Francia.

Carta VIII

Es la primera carta que Madame d'Aulnoy envía desde Madrid. Cuenta a su prima que antes de llegar a la capital visitó la casa de Agustín Pacheco y Teresa de Figueroa. Esta joven dama la recibió en sus aposentos recién levantada, aunque ya eran las diez. Destaca la familiaridad con que la recibió, y describe minuciosamente su vestimenta y sus comportamientos. Doña Teresa habla a la escritora de Portugal y de sus maravillas. En su casa, es invitada a comer y observa la curiosa costumbre de las mujeres de sentarse en el suelo; doña Teresa asegura que nunca se había sentado en una silla.

La pariente de Madame d'Aulnoy (tal vez se refiera a su madre) llega a su encuentro. La describe como una dama muy bella, vestida medio a la francesa medio a la española, y que confunde todos los idiomas que sabe hablar: español, francés, inglés e italiano. La comitiva regresa a Madrid.

La impresión que la capital produce en la escritora es la de una ciudad sin defensas, sucia y llena de barro. Los españoles tienen muchos criados y les pagan poco, por lo que éstos les roban todo lo que pueden. Se fija también en las carrozas y cómo son un signo de la nobleza y la dignidad del que las lleva, que según estos factores tiene derecho a llevar un número determinado de caballos. Como rasgo de galantería, cuenta cómo alabó los caballos de un caballero, y éste se los regaló esa misma noche.

En esta carta Madame d'Aulnoy hace una detallada descripción del atuendo de las mujeres de Madrid: su falda con un gran pliegue a la altura de la rodilla, sus pequeños zapatos. Son

menudas y muy morenas, les gustan mucho las joyas y se peinan con gracia.

Visita a la princesa de Monteleón, recién casada con sólo trece años, que le regala un rosario. En esta casa observa cómo las mujeres se reúnen en un lugar cubierto de alfombras y cojines, donde se reciben unas a otras y pasan el tiempo contando chismes y noticias de la corte. Observa también curiosas costumbres de cosmética femenina y la costumbre de las mujeres de usar gafas para mostrar un aspecto más grave, aunque sean muy jóvenes.

En esta casa es invitada a tomar chocolate con panecillos y galletas, y cantidad de frutas secas que algunas mujeres guardan para llevárselas a casa. Para terminar la velada, la princesa enseña su dote de novia.

Carta IX

Comienza hablando de las iglesias madrileñas. Observa diversas imágenes religiosas, y cómo las mujeres están sentadas en el suelo con su abanico, mascando tabaco y como distraídas. De vez en cuando se dan golpes en el pecho con tal estruendo que asusta. En cuanto a los caballeros, aprovechan el momento de ofrecerles el agua bendita para decirles piropos.

Una costumbre que molesta a la escritora es la de que las mujeres embarazadas tengan derecho a decir y hacer lo que les venga en gana, por lo que la importunan continuamente con su curiosidad. Se queja también de la dificultad de encontrar buena comida y en buenas condiciones: mantequilla, pescado, carne. El vino madrileño es demasiado fuerte y de mal sabor.

Durante su estancia tiene la ocasión de ver las procesiones de Semana Santa. Se asombra al ver a los flagelantes por las calles y cómo se dan la disciplina de manera especialmente fuerte ante una

dama que les gusta. Pero también hay auténticos penitentes que cargan con cruces o espadas y van descalzos por las sucias calles.

Asiste también a un entierro, y contempla la costumbre de enterrar a los muertos con hábitos de religioso. En cuanto a los conventos, aporta cierta información sobre el de las Descalzas Reales, en el que están las antiguas amantes del Rey y también las viudas reales.

Hace un repaso por los malos hábitos de los grandes señores. Según ella, en Madrid casi todas las personas que se ven son de alcurnia, casi no hay gente humilde: “Il y a peu de menu Peuple dans Madrid, & l'on n'y voit guere que des Personnes de qualité, si l'on en excepte sept ou huit Ruës pelines de Marchands” [p. 330]. En las casas hay muebles exquisitos, y en general los españoles son pocos dados al ahorro.

Carta X

Hace una descripción de los sitios reales: Palacio Real, Buen Retiro, Casa de Campo, Zarzuela. Pero le interesa más el paseo del *sotillo*, que se hace el primero de mayo. Las mujeres van con mantilla, en carrozas o a veces a pie, sobre todo al caer la noche. Los hombres también van a pie, y a veces consiguen entrar en las carrozas de las mujeres. Grandes damas como la duquesa de Osuna han sido reconocidas llevando este atuendo con el que se atreven a hablar a los hombres sin descubrirse el rostro.

La escritora tiene la oportunidad de ver al rey durante la representación de una comedia, y aprovecha para dar algunos detalles sobre él. En cuanto al teatro, no le gusta el modo de representar las comedias en España y encuentra que entre el público hay gentes de costumbres inapropiadas, sobre todo las comediantes, de dudosa virtud.

A continuación explica con detalle el desarrollo de la fiesta taurina. Comienza como un gran espectáculo en el que todos van a dejarse ver y hacen el paseíllo sobre la arena en sus carrozas. Pero también es un momento de galantería. Los toreros brindan la faena a sus damas, y todos se lanzan al toro con las armas que tienen, o sólo se acercan a él para mostrar su valentía. La escritora parece disfrutar contando el espectáculo pero concluye diciendo que en realidad no le gusta nada.

Con ocasión de esta corrida cuenta la historia de una joven que disfrazada de hombre se lanzó al toro para demostrar su amor a su enamorado, que era torero. Paralizada por el miedo, fue cogida por el toro y al caer su sombrero el torero reconoció a su amada:

O Dieu ! quelle douleur fut la sienne lorsqu'il vit sa chere Maîtreesse dans ce funeste estat ! Il devint transporté, il ne ménagea plus sa vie, et plus furieux que le taureau, il fit des choses presque incroyables. Il fut mortellement blessé en plusieurs endroits. Ce fut bien ce jour-là que l'on trouva la feste belle. [p. 408]

Ambos murieron por las heridas sufridas en la plaza, y pidieron que los casaran antes de morir.

Madame d'Aulnoy acompaña a un amigo a un convento para visitar a una religiosa, y allí se da cuenta de que hay rejas y medidas de seguridad que convierten el convento en una prisión. Pero su amigo le asegura que las religiosas son muy galantes.

Carta XI

El calor en Madrid es sofocante, y la ciudad está llena de polvo que entra incluso en las casas. Madame d'Aulnoy asiste a la fiesta del Corpus, y contempla la procesión y a las damas engalanadas en los balcones. También asiste a los autos

sacramentales, que se representan durante un mes, y donde se sirve agua y confituras para los asistentes.

En uno de ellos encuentra a don Agustín Pacheco y su mujer. Van al Prado en carroza, hombres y mujeres juntos, y desde la carroza ven una mascarada anticlerical representada por los panaderos. Invitados en casa de su pariente, donde la escritora se aloja, don Agustín explica a petición suya lo que sabe sobre las Indias occidentales: el Consejo de Indias, las islas Filipinas, la flota española, Perú y México.

A continuación comenta la escritora la costumbre de ir de paseo por el lecho del Manzanares donde los paseantes se bañan y permanecen hasta altas horas de la madrugada. En este punto introduce una historia sobre los celos. Una joven llamada Clara tenía amores con el conde de Castrillo. Su hermano Henríquez, creyendo que su hermana era deshonesto, la estranguló. Disfrazado de aguador, el conde de Castrillo consiguió acercarse a Henríquez y se vengó matándole.

En España se asesina por un simple desafío como insultar a la mujer de alguien. Los valencianos suelen ser los más buscados para llevar a cabo este tipo de fechorías, son despiadados y van armados con una especie de estiletes finos con los que matan por encargo. Son como una mafia que se defiende entre sí. Los celos son el principal causante de estos asesinatos, menos por amor que por resentimiento y vanidad. Las mujeres consiguen hacer llegar notas a sus amantes para citarse con ellos, y a pesar del peligro son capaces de burlar a sus maridos.

Para compensar la mala imagen que acaba de ofrecer de los españoles, la escritora decide hablar de varias personas españolas de buena fama. Sin embargo concluye que los franceses son superiores

a los españoles, y cualquier persona razonable estaría de acuerdo con ella.

Un problema del país, la sífilis, le sorprende puesto que está muy extendida y afecta a familias enteras. Las malas costumbres pasan de padres a hijos, porque la educación está totalmente descuidada. Los españoles se casan siendo adolescentes, y cometen los mismos errores que transmitirán a sus hijos. No obstante concluye su carta con la afirmación de que los españoles son inteligentes, tienen memoria e ingenio, pero no aprovechan estas cualidades naturales. Son generosos y saben ser buenos amigos. Piensa que en España, como en todas partes, hay cosas buenas y malas.

Carta XII

Madame d'Aulnoy contempla la llegada del Rey que se pasea por las calles en carroza, el pueblo lo recibe con júbilo. Por la noche asiste a una mascarada en palacio, aunque comenta que allí no había ninguna máscara. Hace un breve recorrido por las costumbres del Rey y su séquito, y describe la composición del Consejo de Estado. Deja entrever que el poder del rey es quizá excesivo, y que los españoles conservan las mismas costumbres desde tiempos ancestrales, sin aceptar que los tiempos cambian.

Describe el carácter de los españoles como orgullosos, sobrios y celosos. Del mismo modo las españolas cuando aman son implacables y no perdonan la infidelidad, utilizando con crueldad la venganza. Introduce aquí la historia del envenenamiento con chocolate de un amante infiel a manos de su enamorada.

La escritora se sorprende de que hasta en las clases más populares sean igual de vanidosos; también los retrata como perezosos, sólo trabajan cuando es absolutamente necesario.

Comenta la escritora los regalos que recibió de otras damas, pues es costumbre ir a visitar a una dama extranjera que llega a la ciudad: le regalaron medias, ligas y guantes. Observa también el gusto desmedido de las españolas por las joyas, incluso por las piedras falsas con tal de que sean grandes.

Su discurso trata a continuación de la situación de los esclavos en España, sobre todo turcos y moros:

À l'égard des autres domestiques, il seroit dangereux de les maltraiter ; ils pretendent la plûpart estre d'aussi bonne maison que le Maître qu'ils servent, et s'ils en estoient outragez, ils seroient capables, pour se venger, de le tuer en trahison ou de l'empoisonner. L'on a vû plusieurs exemples. [p. 477]

Ella misma tiene una pequeña esclava negra llamada Zaida, un niña de nueve años a la que dice haber azotado por presentarse ante su presencia desnuda. Curiosamente comenta que con quien mejor se entiende esta niña es con un pequeño mono que le ha regalado su hija.

Comenta la jornada diaria de las personas de condición, que le parece muy aburrida y sobria. Los hombres a veces van al anochecer al Prado, donde cortejan a las damas, incluso los hombres casados. Muchos de ellos tienen *amancebadas* a las que entretienen de manera pública, y que les suponen un enorme gasto; pero las esposas las aceptan como una especie de segunda mujer, lo que extraña a Madame d'Aulnoy.

En cuanto a las mujeres, en esta carta la escritora hace un recorrido por las diferentes estrategias que emplean para conseguir ver a sus amantes a solas: citarse en casas ajenas, fingir ir a visitar a una amiga y después salir por la puerta de atrás, salir a pie ocultas bajo su mantilla para no ser reconocidas. Tienen gran ingenio y

saben cómo engañar a sus maridos. Además son coquetas y tienen un especial sentido de la galantería. En el amor son fieles y discretas.

Al despedirse al final de la carta comenta que si las españolas se aburren, sobre todo las que deben guardar en casa la ausencia del marido, las francesas también lo pasan muy mal.

Carta XIII

La escritora ha contemplado la entrada a caballo del marqués de Villars. Las damas aprovechan cualquier ocasión para dejarse ver engalanadas en los balcones, y comunicarse con sus amantes mediante un lenguaje de signos que realizan con las manos.

Madame d'Aulnoy hace una excursión a Aranjuez, y contempla la belleza del campo y de los jardines del palacio. Durante el viaje de regreso don Fernando de Cardona, que les acompaña, instruye a la escritora sobre la Inquisición, como funciona su tribunal, y relata con detalle la ejecución de un auto de fe. Siguen camino hasta Toledo, donde contempla la hermosa ciudad y su catedral, que le parece muy rica. El arzobispo les recibe en el palacio arzobispal. Para ir a visitar al Cardenal, Madame d'Aulnoy se viste a la española, atuendo que encuentra incómodo y muy molesto. Van a visitar después a la Reina madre, que se presenta vestida de viuda, es decir como una monja. La Reina les invita a acompañarla en la cena, es decir, ella cena y ellos están alrededor observando. Antes de partir, tiene ocasión de visitar más tiempo la ciudad.

Tras esta agradable excursión, la escritora concluye que los españoles, cuando abandonan su pose grave, pueden ser amables y divertidos y convertirse en la mejor compañía del mundo.

Carta XIV

Cuenta las bondades del cielo y el clima de Madrid. A continuación relata las costumbres de los españoles cuando quieren expresar un gran dolor, rasgándose sus vestiduras y dejando así entrever una oscura piel, quemada por el sol. Comenta la existencia de casas que recogen a las prostitutas para intentar rehabilitarlas, lo que normalmente no consiguen.

Relata después la muerte del príncipe don Juan, al que describe como un caballero lleno de virtudes, y la posterior reconciliación del Rey y la Reina madre. El rey está a punto de casarse, y sale de Madrid para ir al encuentro de su esposa.

Sus disquisiciones la llevan después a hablar del campo castellano, y del poco trigo que produce. Ello es debido a la pereza de los campesinos, que no sacan partido de los terrenos.

Para finalizar, relata su viaje para visitar El Escorial y la Zarzuela. Hacen una comida campestre. La escritora comenta que los españoles no tienen costumbre de mantener casas en el campo, y si las tienen a menudo las echan a perder, porque nunca van. Los madrileños prefieren vivir siempre en Madrid, de donde muchos no salen en toda su vida. Ella comenta que deberían viajar para poder afirmar con la seguridad con que lo hacen que Madrid es la mejor ciudad del mundo, un paraíso terrenal.

Carta XV

Esta carta está dedicada casi exclusivamente a la corte. Comenta la llegada del rey con su esposa a la corte, recibidos con todo el lujo y la magnificencia necesaria, y cuáles son las costumbres dentro del palacio, a las que la reina francesa le cuesta acostumbrarse. Pero los reyes están muy enamorados y se

comportan de manera menos rígida en sus costumbres que otros reyes anteriores.

Las fiestas no abundan en esta corte, y a la escritora le parece todo muy aburrido. Para terminar su relato, promete a su prima ponerse a escribir unas Memorias de la corte de España que espera que sean de su agrado.

Je vais à présent achever d'écrire mes Memoires de la Cour d'Espagne, puisque les premiers que je vous ai envoyé vous ont plû. Je vous les enverrai à mesure qu'il se presentera des évenemens dignes de vostre curiosité. Je vous promets aussi la relation que vous me demandez ; mais pour tant de petites choses, accordez m'en une bien considerable, ma chere Cousine, c'est la continuation de vostre amitié, dont je fais tout le cas que je dois. [p. 569]

[2.]

Voyages du père Labat en Espagne et en Italie
de Jean-Baptiste Labat

Capítulo I

El autor retoma sus memorias de viaje en el momento exacto en que terminó su obra anterior, el viaje a América, es decir a su llegada al puerto de Cádiz. Se dirige directamente al convento de su Orden en la ciudad, donde el prior le niega la entrada por no llevar la capa negra distintiva de los Hermanos Predicadores. Escandalizado por esta actitud, se ve obligado a pasar sus primeras noches en España en el barco en el que llegó a Cádiz. Introducido en la sociedad gaditana por un comerciante marsellés al que conoció durante su viaje, visita la casa del marqués de la Rosa, casado con

una mujer criolla de la Martinica, los cuales lo reciben con mucho agrado y amabilidad a la manera de Cádiz, ofreciéndole el chocolate.

Unos días más tarde, y provisto de una capa nueva que había encargado a un sastre, el autor se presenta de nuevo ante el prior del convento de su orden. Esta vez y tras examinar su patente, el prior le ofrece una habitación en el convento hasta que esté dispuesta su marcha de Cádiz. En este convento encuentra al padre Manuel de Santa María, al que había conocido en la Martinica, que también aguarda allí hasta poder regresar a su país.

Sin embargo, y a pesar de la compañía que le brinda este religioso, la habitación en la que debe alojarse le parece pequeña e incómoda, y las comidas del convento no son de su agrado. En realidad parece más ofendido por no ser tratado como merece por su rango. En general, según se puede observar a lo largo de todo el relato, podemos decir que no es la humildad la que caracteriza al autor:

L'heure du dîner étant venu, j'allai au Refectoire avec le Pere Emmanuel, & j'y eus encore un autre sujet de chagrin, on ne nous y fit pas la moindre civilité, & quoique la coûtumedans tout nôtre Ordre, soit que les Religieux qui sont revêtus de quelques Charges, ayent des places distinguées dans tous les lieux où ils se trouvent assemblés, je vis que le Pere Emmanuel qui étoit Prieur de son Couvent, & Définiteur de sa Province, fut obligé de se mettre à la derniere table. Je m'assis auprès de lui. [p. 16]

Transcurrido el tiempo necesario para observar las costumbres del convento hace una minuciosa descripción del mismo, y asiste a algunas lecciones de teología para jóvenes

religiosos. Comprueba allí la expresividad de la lengua española, y seguramente se basa en sus observaciones posteriores para afirmar:

Ils aiment leur Langue, & ils ont raison, elle est grave, majestueuse, riche & expressive, elle est plus belle dans la bouche des femmes que dans celle des hommes, parce que les hommes parlent trop du gozier & avec des certains mouvemens de la bouche, qui ne sont pas agreables. [p. 23]

Finalmente decide abandonar su mísera habitación para buscar un alojamiento más confortable en la ciudad, no sin antes despedirse del prior, al que obliga a aceptar un luis de oro como pago de su breve estancia.

Capítulo II

Alojado convenientemente en una habitación de una hospedería francesa, conoce al padre dominico Busnot, que había regresado de Marruecos, con quien entabla amistad. Sin embargo sigue yendo al convento todos los días a decir misa, y allí conoce al padre Jaime Mimbuela, comisario de las misiones en Filipinas y en China, que pasó muchos años en Manila. Las conversaciones con este religioso, hombre muy honrado, sabio y amable, en palabras de Labat, hacen nacer en este último el deseo de partir de nuevo a países lejanos, despertando en él su espíritu de aventura y de curiosidad que más adelante se arrepentiría de no haber satisfecho:

Nos conversations nous firent lier una amitié très-étroite, & si je n'avois point été chargé des affaires de nos Missions, j'aurois assurément pris le parti d'aller faire un tour au Mexique, au Perou, & aux Philippines. Je me suis repenti depuis plus d'une fois d'avoir manqué cette occasion. [p. 39]

Capítulo III

En este capítulo Labat nos hace una descripción del estado de las misiones religiosas en las islas Filipinas, a partir de las informaciones obtenidas durante sus conversaciones con el padre Mimbiela, que reproduce durante todo este capítulo de modo directo o indirecto.

El punto en el que se centra con más detenimiento es la cuestión de si los criollos (nacidos de europeos en los países de las misiones) son o no aptos para el sacerdocio. Ambos coinciden en que no lo son, ya que su carácter es diferente debido al clima y a su relación con los nativos:

[...] je fus obligé d'avouer que nos Creolles n'ayant communément pour Nourices que des Negresses, ils suçoient avec le lait les vices presque inséparables du temperament des Negresses, ce qui les éloignoit extrêmement de la continence que les Prêtres et les Religieux sont obligés de garder. [p. 48]

Gracias a estas conversaciones con el padre Mimbiela el padre Labat comprende por qué fue tan mal recibido a su llegada a Cádiz: al principio todos pensaron que era criollo, y sólo al asegurarse de que era un verdadero francés le ofrecieron el trato que merecía.

Capítulo IV

La estancia de Labat en Cádiz se prolonga; el bloqueo del estrecho de Gibraltar impuesto por los barcos holandeses e ingleses que las tropas españolas de Felipe V, más preocupadas por la conquista de Cataluña, no se apresuraban en levantar, impedían la salida por mar. Por otra parte, las intensas lluvias habían dejado los caminos impracticables, y además la poca seguridad de los caminos

desaconsejaban la ruta por tierra. Así que el padre Labat decide aprovechar su tiempo en Cádiz aprendiendo la lengua española e instruyéndose mediante la lectura de libros sobre el origen de la ciudad.

Le parece interesante reproducir una de sus lecturas. Se trata de una descripción de Cádiz escrita por don Juan Bautista Suárez de Salazar, capellán de la catedral de Cádiz, en 1610. Labat hace un resumen de esta obra, comentando los aspectos más interesantes de la misma.

Capítulo V

Se trata de otro comentario de una obra que describe la ciudad de Cádiz en 1690, escrita por el padre Jerónimo de la Concepción, religioso carmelita gaditano. El objetivo de Labat en estos comentarios de otras obras sobre Cádiz es, como él mismo indica, hacer un resumen sin omitir ni cambiar lo esencial, haciendo algunos comentarios personales y anotando al margen las páginas del libro original para facilitar la búsqueda al lector interesado en la lectura del libro.

Capítulo VI

Este capítulo es una detallada descripción de Cádiz en el año 1706. El padre Labat hace un cuidadoso recorrido por la ciudad, describiéndola desde el punto de vista geográfico y arquitectónico, pero al mismo tiempo introduce anécdotas que le ocurrieron durante su estancia a la ciudad, mediante las cuales quiere hacer también una pintura del carácter español y más concretamente de los gaditanos. En general los considera vagos e ignorantes, aunque según se desprende de la lectura de estas memorias en la época los franceses tampoco eran muy bien

recibidos por los gaditanos. Encontramos el término *gabacho* en varias ocasiones, utilizado siempre de manera despectiva. Por ejemplo, en este pasaje el padre Labat advierte con disgusto que las armas de Francia representadas en un escudo tallado en unas obras que están finalizando en el puerto de Cádiz están invertidas, por lo que inmediatamente y para sostener el honor de la nación interviene:

Je crûs faire plaisir à cet ouvrier de l'en avertir, afin qu'il cherchât à y remédier ; & je le fis avec autant de précaution que j'en avois apporté à donner un avis à une personne du premier rang. Mais je fus très-mal récompensé de mon avertissement. Il me regarda comme s'il avoit voulu me dévorer, & prit la liberté de me dire, que j'étois *un Gavache*, & un ignorant. [p. 232]

No parece que los ánimos por ambas partes fueran muy propicios al entendimiento. Labat describe las calles y las casas de la ciudad, en concreto la casa del marqués de la Rosa, y le llaman la atención algunos detalles de los españoles como el escrúpulo que muestran las mujeres de no enseñar nunca los pies, que se extiende a los religiosos, o el hecho de que los españoles llevan siempre la cabeza descubierta pero jamás salen de casa sin su capa. Observa que incluso los más pobres, que van descalzos, siempre llevan capa, por lo que deduce que se trata de una pieza esencial para los españoles.

Hace un amplio recorrido por varios aspectos de la vida cotidiana, de la ciudad y sus habitantes: las tropas españolas, soldados y oficiales; el obispo y el palacio episcopal; un entierro y la escolta del Santo Sacramento para llevarlo a los enfermos; las diversas órdenes religiosas; los conventos de religiosas; la celebración de la Semana Santa; la falta de agua potable en la ciudad; la buena calidad de su vino; el comercio, y en este punto Labat llega a la

conclusión de que si Cádiz no ha sido atacada y si no se ha intentado destruir el comercio es porque los mayores intereses comerciales de la ciudad son franceses:

Ce seroit donc détruire un commerce avantageux à la France, & empêcher le débouchement de ses denrées & de ses Manufactures, que de s'emparer de Cadis. C'est donc par consequent à l'interêt des François qu'elle doit sa conservation. [p. 294]

Esto es lo que se proponía Labat en su prólogo: que todas sus conclusiones estuvieran basadas en sus propias experiencias y observaciones, y con ello pintar la realidad de España de la manera más exacta posible. No obstante, encontramos en toda su obra cierta arrogancia o más bien una intención constante de demostrar la superioridad de los franceses frente a los españoles en muchos aspectos, como pueblo más avanzado, trabajador y culto. Los españoles son perezosos, y por ello los extranjeros trabajan y comercian en el país, llevándose la mayoría de los beneficios:

Aussi l'Espagne est remplie de toutes sortes d'étrangers qui travaillent pour les Espagnols, & qui emportent en même tems le plus clair de leurs revenus. Sans parler des Artisans qui ont une boutique ouverte, & des Marchands dont il y a toûjours au moins vingt étrangers contre un Espagnol. [p. 286]

En cuanto a la opinión que Labat deja traslucir de las mujeres en general, encontramos en cada referencia a ellas una clara reprobación o condena moral, de manera que suele presentarlas como un clan, un grupo de perezosas, que no hacen nada en todo el día y que si salen a la calle es para provocar a los hombres y crear

situaciones de enredo. La imagen que transmite es de una banda de enredadoras o chismosas, con muy poco sentido común.

Capítulo VII

Labat emprende rumbo a Tarifa acompañando a un oficial de uno de los barcos que esperan salir del puerto de Cádiz, con el objetivo de informarse sobre el estado del bloqueo del estrecho. No se trata de un viaje de dos; cada uno de ellos lleva un criado y dos mulas, además de un mozo que les sirve de guía y porteador del centeno para los animales.

Salen un domingo por la mañana con la intención de llegar a dormir a Conil o a Veger; pero los caminos son muy rudos (según Labat, “*quatre lieuës d’Espagne [...] en valent bien huit de France*” [p. 302]). Pasan por Suaco, rebasando la isla de San Pedro, y pronto llegan a Conil, pero el mal aspecto de la hospedería les hace decidir seguir hasta Veger. Aunque sólo dista dos leguas, el guía que les acompaña se equivoca y se ven obligados a dormir al raso. Durante la noche son atacados por un jabalí, aunque sin otras consecuencias para el animal que servir de desayuno a los viajeros.

A la mañana siguiente alcanzan la Venta del Marqués, una posada que a él le parece miserable, y desde allí llegan a Tarifa, atravesando unos bosques de encinas y alcornos donde además cazan varias liebres y perdices. La ciudad le parece a Labat pobre y sucia, y bastante desierta. Acompañados del señor de la Gourgeodièrre durante ocho días recorren la vega, sembrada de cortijos y a pesar de su fecundidad, ahora casi despoblada. Provisto de unas alpargatas, Labat decide ir a pie a Algeciras para ver el bloqueo de Gibraltar.

Algeciras le parece “*un très-mauvais village très-pauvre, & très-ruiné, tout environné de ruines qui font peur*” [p. 320]. Le

llama la atención sobre todo el castillo que dicen era del conde don Julián, y en cuyas bodegas se piensa que hay escondido un tesoro. Picado por la curiosidad, y haciendo gala de su espíritu aventurero, Labat decide averiguar si tal tesoro existe, y esa misma noche organiza una expedición a los subterráneos del castillo. Allí descubren una caverna con bellas cristalizaciones de roca, pero ningún tesoro escondido. Como buen bebedor, aprovecha la ocasión para llevar consigo una botella de aguardiente, ya que siempre hay motivo para tomar un trago:

C'est là le lieu où on suppose que le Comte Julien a caché ses trésors. je dis qu'il falloit boire à sa santé, & que cette honnêteté le mettroit de bonne humeur, & sur cela je demadai un verre d'eau de vie, qui me sembla d'autant plus nécessaire que le froid de ce lieu commençoit à m'incommoder. [p. 325]

Al día siguiente emprenden viaje a Gibraltar. Labat aprovecha para dar una completa descripción histórica de los motivos que produjeron la situación de bloqueo marítimo en el estrecho. Visitan la ciudad, que a Labat no le parece de interés más que por su situación estratégica, y acompañados por un coronel visitan los puestos de la línea de defensa. Observa que ambos bandos conviven casi en armonía, y que incluso trafican por la noche sin ningún problema.

Cumplido su objetivo, vuelven a Algeciras, y desde allí a Tarifa. Labat pasa todavía algunos días más en Tarifa y después emprende el retorno a Cádiz con su criado y un mozo. Se ve obligado a dormir en la oficina de la Aduana, pero Labat sabe cómo sacar partido de cualquier situación; allí encuentra un empleado que habla francés y que le explica cómo hacen el vino en la región, y bebiendo un vino de la isla de Cádiz, que le parece excelente,

aprende el sistema de fabricación que transmite al lector con gran precisión.

Capítulo VIII

Se acerca la Navidad y Labat continúa en Cádiz; despide con tristeza al padre Mimbiela que se marcha a Perú. Labat debe adaptarse a las costumbres españolas de hacer y recibir regalos en Navidad, aunque lo hace a regañadientes:

Il n'y eût pas jusqu'au Gazetier qui m'envoya ce jour-là la Gazette chés-moi, quoique j'eusse accoûtumé de l'aller lire chés-lui. On ne donne ordinairement que demie reale par semaine... Mais comme on suppose que ceux qui viennent de l'Amerique sont chargés d'argent, il fallut vaincre en cette occasion mon naturel œconome, & paroître plus libéral que je n'avois envie. [p. 344]

El 1 de enero de 1706 una gran tempestad azota la bahía de Cádiz, que tendrá consecuencias sobre la flota del estrecho.

Capítulo IX

Tras la tempestad es aún más difícil que los barcos puedan salir de Cádiz, y puesto que siempre está dispuesto a conocer nuevos lugares, “gasto por gasto”, en sus propias palabras, Labat decide visitar el Puerto de Santa María y Sevilla. Con un nuevo compañero de viaje, un capellán de un barco, en una barca llega a Santa María, ciudad que le parece más grande y más hermosa que Cádiz, y donde visita varios conventos. Al día siguiente van a Jerez de la Frontera para visitar la Cartuja, que Labat describe con bastante admiración; allí el prior del convento de su orden los recibe “a maravilla”, les insiste para que pasen allí la noche, les da de comer abundantemente.

Observamos que en general durante todo el relato hay una correspondencia entre la amabilidad con que Labat se siente tratado y los elogios que dedica a las ciudades o los diferentes lugares por los que pasa. Buen comedor y buen bebedor, se diría que a pesar de su propósito inicial de rigor y exactitud, que es su mayor objetivo al escribir este relato según indicaba en su prólogo, a Labat en ocasiones se le gana por el estómago.

De Jerez vuelven a Santa María y de allí toman una calesa hasta Sanlúcar de Barrameda, desde donde se embarcan en una nave de marineros provenzales, de Martigues, para remontar el Guadalquivir hasta Sevilla, pasando junto a pueblos como Hércules, La Puebla, Corvea y Alfarache.

Alojados en una hospedería de Sevilla, toman una carroza para ir a la Cartuja, en Triana. Recibidos muy amablemente por el prior, les obliga a quedarse allí, desde donde visitarán la ciudad, la Alameda, el Alcázar, el edificio de la Lonja. Labat encuentra la ciudad de Sevilla en proceso de empobrecimiento y de despoblación, aunque le parece una ciudad que fue rica, por la gran cantidad de conventos e iglesias que encuentra.

A los cinco días de su estancia en Sevilla, recibe una carta de Cádiz advirtiéndole de salir rápidamente hacia allí, puesto que un barco va a zarpar de la bahía y puede embarcarse en él. Con cierto disgusto se despide del prior, que le ofrece la posibilidad de hacer el camino por tierra visitando España; pero Labat decide volver rápidamente a Cádiz, donde le informan que los ingleses han vuelto a tomar el estrecho y el barco ha retrasado su salida.

Pacientemente Labat se queda en Cádiz con la idea de esperar hasta el 15 de febrero, después volver a Sevilla y hacer el camino por tierra visitando Madrid y otras ciudades de España. Así, tiene tiempo de visitar los alrededores y el puerto, el Puntal, los

fuertes, Puerto Real y las columnas de Hércules. No tiene ocasión de ver ninguna corrida de toros, pero sí observa con aprensión la manera de matar toros para la carnicería, a los que primero sueltan en una plaza y atacan con perros, para después rematarlos; costumbre bárbara que Labat compara con las carnicerías francesas para, cómo no, quedarse con estas últimas.

Le parece que el no comer animales jóvenes en España es una reminiscencia de judaísmo, y he aquí su único comentario respecto a la Inquisición, donde prudentemente no va más allá de una constatación:

Quoique cela sente le Judaïsme de cent lieux, ce ne sont pourtant pas des cas d'Inquisition, autrement il faudroit mettre toute l'Espagne au S. Office. Mais malheur à celui qui a balayé sa maison à rebours, qui a pris sa chemise blanche le Samedi, qui a de la repugnance à manger de l'anguille, du lièvre, du lapin, du cochon. Il est Juif, il n'en faut pas davantage, vite, qu'on allume le feu. [p. 388]

Capítulo X

Como cada año, los galeones salen del Puntal y se colocan delante de la ciudad; todo el mundo va a visitarlos. Delante de los españoles, Labat finge una admiración exagerada hacia las naves, con el objeto de comprobar cómo se hincha la vanidad de los españoles y cómo éstos le prodigan elogios y atenciones a causa de sus palabras de alabanza.

Uno de estos galeones tenía el privilegio de llevar a bordo una imagen de Nuestra Señora del Rosario; Labat se interesa por conocer el ritual del transporte de la imagen desde el convento de los padres predicadores hasta el barco. Esta vez, puesto que no tiene ocasión de asistir a la ceremonia, reconstruye la situación a partir de lo que le han contado.

Sí que asiste por el contrario a la fiesta de San Sebastián, donde comprueba escandalizado el descaro de las mujeres gaditanas que aprovechan estas peregrinaciones de devoción o cualquier visita a una iglesia para dar rienda suelta a sus instintos, asediar a los hombres que encuentran a su paso y urdir las intrigas más prodigiosas, bajo la incógnita que les permite lo que se llama *andar tapada*.

En otro acto público, la exhibición por toda de la ciudad de la Bula de la Cruzada a modo de procesión, Labat se fija en la gravedad que los españoles se esfuerzan por mostrar en estos actos, vestidos a la española, con golilla e incluso gafas:

Intenta después hacer un resumen de las rentas ordinarias de España: bulas, derechos reales o de alcábala, ingresos procedentes de las Indias occidentales, rentas de las tierras, permisos para abrir tiendas o vender vino, papel timbrado. Llega a la conclusión, de que, si bien su información al respecto no es tan exacta como le gustaría, por falta de tiempo, los ingresos del rey en España son tan considerables como los del rey de Francia.

Por fin, el 30 de enero de 1706, el barco que debe llevar a Labat a su destino sale del puerto de Cádiz. Aunque parece estar disfrutando finalmente de su estancia, no tiene dudas en que debe marcharse, tanto por su propia economía como por la importancia de la misión que le trajo a Europa:

Quelque plaisir que j'eusse eu du moins depuis un mois dans ce Païs, je le quittai sans regret, parce qu'outre la dépense que j'étois obligé de faire, mon retardement nuisoit infiniment aux affaires pour lesquelles j'étois envoyé, en ce qu'il donnoit aux ennemis de nôtre Mission tout le tems de prévenir les esprits en leur faveur. [p. 414]

Pero un fuerte viento les obliga a dar media vuelta y volver a puerto, gracias a lo cual se libran del posible ataque de unos barcos ingleses que esperaban fuera de la bahía.

Capítulo XI

Unos días más tarde Labat vuelve a embarcar, esta vez con fortuna. Los dos capítulos finales son el relato de su viaje desde Cádiz hasta Marsella. Su ansia por reproducir todo lo que le ocurre le lleva a dar incluso los datos exactos de los gastos del barco para un mes, expresado en libras. A pesar de algunas dificultades técnicas durante la navegación, el barco llega a La Rochelle. Desde allí Labat atraviesa Francia hasta llegar a Marsella.

Para terminar, Labat adjunta dos documentos a modo de anexos. En primer lugar una relación exhaustiva de los gastos de un barco de guerra, el Constant, para un mes. A continuación reproduce el texto en castellano de la bula de la Cruzada concedida por el Papa Urbano VIII, donde concede grandes indulgencias a los participantes en la lucha contra los herejes, acompañado de su traducción al francés.

[3.]

Lettres sur le voyage d'Espagne de Coste d'Arnobat

Carta I

La llegada del autor y sus compañeros de viaje a España atravesando los Pirineos desde Bayonne no puede ser más nefasta; bajo una fuerte nevada, con frío y precipicios peligrosos, un guía español que les abandona, aunque luego regresa, el narrador y sus

“camaradas” se pierden en el camino y casi mueren de frío, si no es por la ayuda de unos hombres de las montañas. Al llegar a Pamplona, donde se propone visitar en primer lugar a Monsieur de Gages, Viceroi de la Navarre, escribe su primera carta, con síntomas de enfermedad, lo que considera un pésimo augurio. Y termina con esta sombría despedida: “Si jamais votre étoile vous conduit ici, gardez-vous des neiges des Pyrénées” [p. 463].

Carta II

La estancia en Pamplona se está revelando “execrable”; los franceses no son bien recibidos por los navarros, y sólo la protección de M. de Gages mantiene al grupo sin riesgo de perder la vida allí. Todo lo malo que el narrador había escuchado contar de los navarros le parece poco; nada parece agradarle: las serenatas, las ansias de independencia de esta región, la desastrosa policía, y sobre todo, los insultos que reciben (*gavacho*) en cuanto los identifican como franceses.

Llevando siempre las cosas hasta la exageración, el autor afirma que en realidad lo que les gustaría a los españoles es matar a los franceses, pero puesto que no pueden, ya que existe una estricta vigilancia nocturna establecida por M. de Gages para evitar este tipo de altercados, se desahogan mediante insultos e injurias que gritan a los franceses. Una multa económica es lo único que puede frenar estos agravios, ya que tanto los calumniadores como la policía encargada de cobrar la multa se mueven por el dinero:

Les Espagnols, outrés de ce qu'ils ne pouvoient plus nous assassiner, se dédommageoient par des injures, de la contrainte dans laquelle ils étoient obligés de vivre; dès qu'ils appercevoient un François (car il est aisé de les reconnoitre parmi des Navarrois), ils l'appelloient *Gavacho*, & ils pousoient de grands cris, jusqu'à ce qu'ils l'eussent perdu de

vue. Mais on vient de publier une ordonnance, qui condamne ceux qui les insultent à deux piastres d'amende : cette punition fait plus d'effet que six mois de cachot ; & les Gardes de la Police ont grand soin d'y veiller, parce qu'on leur donne la moitié de la somme. [p. 464]

El texto refleja un ambiente de enorme crispación y odio furibundo por parte de los españoles hacia los franceses; no sería de extrañar que en un contexto semejante cualquier francés que se encontrara allí desarrollara también por su parte un fuerte anti-españolismo, similar al que Coste muestra a lo largo de toda la obra.

Carta III

Explica cómo llegó M. de Gages a ser vicerrey de Navarra, desde Madrid, y cómo consiguió ser aceptado por el pueblo navarro, que se encuentra en una situación especial dentro de España. Sus palabras hacia él son de admiración. Por otra parte, relata cómo gracias a él se están reparando los caminos que unen la provincia con Madrid, de manera que próximamente serán parecidos a los de Francia.

Carta IV

La razón principal por la que los españoles detestan a los franceses es el hecho de que estos últimos no estén dispuestos a aceptar ciegamente la pretendida religiosidad de los clérigos, por lo que los españoles los ven como personas que no tienen ninguna religión, y por ese motivo se sienten superiores a cualquier francés.

Da algunas anécdotas como ejemplos de hasta dónde puede llegar el orgullo español, como la que protagonizó un navarro que afirmó ser más noble que el rey, puesto que él era español y el rey

francés, y sólo por ese motivo él era mucho más noble. A pesar de ir a parar a prisión, sus compatriotas le consideran un héroe.

Carta V

Las costumbres de los navarros le parecen burdas, los españoles no saben disfrutar del dinero que ganan, ya que, aunque hay comerciantes ricos, sus casas son pobres, no saben divertirse ni apreciar los placeres de la mesa. Además no son capaces de cumplir las normas mínimas de educación; comen como lobos hambrientos, con los dedos.

Y sin embargo están tan cerca de Francia, modelo de educación y refinamiento, que a primera vista puede resultar incomprensible que este modelo no les haya influido lo más mínimo. La razón para el autor está clara: rechazan cualquier costumbre aunque sea mejor que lo que tienen, por el simple hecho de no ser española:

Je crois que leur ignorance durera long-tems. Ils craindroient de corrompre la pureté de leurs mœurs, s'ils y mêloient quelque chose de nos pernicieuses coutumes. Nous mangeons proprement ; nous nous amusons avec décence, nous ne connoissons qu'une politesse dégagée de ce qui la rendroit gênante & insupportable. Tout cela n'est pas Espagnol : tout cela est affreux. [p. 470]

Se diría que a lo largo de todo el texto hay un continuo combate entre *eux* et *nous*, dos pueblos marcados por enormes y claras diferencias, y que parecen condenados a no entenderse nunca.

Carta VI

El autor comenta sus impresiones después de asistir a una reunión con mujeres. Se trata de un refresco en el que las

costumbres para galantear con las damas le parecen ridículas, ya que se conforman con mirarse y poco más. Sin embargo, le consta que los españoles son celosos y apasionados hasta la exageración. El amor en España le parece “un travail bien pénible” [p. 472]; tanto, que decide evitar cualquier relación con una dama española.

Carta VII

En esta carta el autor reproduce un sermón que acaba de escuchar. En él un predicador alababa la santidad de un obispo que hizo un milagro ridículo devolviendo las cabezas cortadas a tres asnos, pero intercambiadas entre sí, para que todo el mundo lo supiera. Coste deplora la inútil religiosidad del pueblo español, totalmente irreflexivo.

Carta VIII

Reproduce una conversación con un religioso, pretencioso e inculto, que pretende disuadir al autor de pasar tanto tiempo leyendo y escribiendo. La conversación se desvía hacia la importancia de los escritores españoles, entre los que Coste sólo reconoce como dignos de mención a Calderón, “Vega de Lopez” y Cervantes.

En cuanto al religioso, intenta convencer al autor de la superioridad del padre Feijoo, que coloca muy por encima de los escritores franceses. Coste aprovecha de nuevo para dar su opinión, declarando que para él el padre Feijoo es sólo un compilador, y que en efecto merece todos los elogios de los españoles por el mero hecho de basarse en otros autores extranjeros, y entender la lengua francesa.

Carta IX

En esta ocasión cuenta la anécdota de un enfermo que vivía en la misma casa que él, acosado por los monjes que allí vivían, y que finalmente muere. Coste teme que ahora la tomen con él, puesto que defendió al enfermo en vida; pero se queda para comprobar cómo los religiosos aprovechan la hospitalidad de su huésped para hacer grandes banquetes en los que una pequeña discusión teológica hace que surja toda su brutalidad. Se ven obligados a darles dinero para conseguir que se marchen. Coste aprovecha la historia para hacer una reflexión sobre la ceguera de los españoles ante un hábito de religioso, que él atribuye a la influencia de los años de Inquisición y sobre todo a la falta de educación, que hace que no sepan razonar.

L'habit religieux a ici un charme, qui met celui qui le porte à couvert de tout blâme. J'attribue cet aveuglement au peu de connoissances des Espagnols; dans les premiers tems de l'Inquisition, je suis persuadé que la crainte leur a fermé les yeux sur la conduite des Moines, plutôt que la conviction de leur sainteté. Elevés dans cet esclavage, ils se sont accoutumés peu à peu, non-seulement à n'oser dire du mal d'eux, mais même à n'en point penser. [p. 478]

Cartas X - XI

Estas dos cartas están dedicadas a las mujeres españolas, cuyo único defecto es la credulidad y la falta de instrucción, ya que considera que son con mucho superiores a los hombres en muchos aspectos, y además adoran a los franceses. Coste ha observado cómo van a la iglesia acompañadas de un paje o *estudiante*, lugar que sin duda a veces ocupa un amante disfrazado. Para ilustrarlo, reproduce la historia de don Juan y doña Elvira.

Carta XII

Coste relata con horror cómo fue testigo de la ejecución de un soldado por haber robado dos monedas en una iglesia. Para ilustrar el peligro que se corre en España por la más mínima diferencia de opinión en cualquier tema religioso, cuenta la anécdota de la Virgen del Pilar, que los pamploneses robaron y ella sola volvió a Zaragoza. Un inglés que mostró su incredulidad fue inmediatamente llevado a los calabozos. Coste comenta irónicamente que desde entonces, él siente una gran devoción por esta virgen:

Je n'imité assurément pas la conduite de cet incrédule ; j'ai, pour la petite statue, une vénération singulière. C'est ici un point essentiel de la foi, d'être persuadé que toutes les connoissances humaines ne peuvent aller jusqu'à sçavoir de quelle matiere est cette Vierge ; & quoiqu'on voye clairement qu'elle est d'une très-vilaine pierre, j'aime mieux croire, comme les Espagnols, que de risquer mon salut pour une bagatelle. [p. 486]

Carta XIII

De nuevo para ilustrar la credulidad de la gente cuenta una historia ocurrida hace algunos años, sobre la explosión de un molino de pólvora a raíz de la cual los monjes hicieron creer a todos que aquello era el Juicio Final: refugiados todos en las iglesias, cundió el pánico. Un tumulto similar es el que provoca Coste por llevar un traje forrado de pelo.

Comenta también la costumbre de indultar a presos el día de Navidad, costumbre muy celebrada por los españoles, sólo en el caso de que se trate de cristianos viejos. De nuevo finaliza con unas reflexiones que le llevan a la conclusión de que todos los males de España vienen de los religiosos, que han conseguido que la moral

esté por los suelos, de manera que ellos viven en los mayores excesos. La gente, ignorante, odia a los franceses porque piensan de manera diferente, y son los clérigos los que los instan a hacerlo, porque tienen miedo de que los franceses logren abrir los ojos a la verdad a algún español.

Carta XIV

Los franceses son tan odiados por su nacionalidad que incluso algunos buenos negociantes franceses deben adoptar maneras españolas para poder trabajar en España. Siguiendo con el tema de los clérigos, cuenta la historia de un profesor de baile francés que, por culpa del sermón de un dominico que pretendía los favores de la dama a la que enseñaba, terminó lapidado y tuvo que huir a Francia. En aquel sermón el dominico puso a la gente en contra del baile, ejercicio lascivo y contrario a la virtud. Esto le parece curioso, puesto que la auténtica danza lasciva es la española, sobre todo el fandango. Para terminar, señala que los jesuitas representan la auténtica religiosidad, y de ellos deberían aprender los demás curas.

Carta XV

El autor describe la Feria de Tafalla, y cómo está llena de timadores y ladrones. Pamplona le parece sucia y triste; hace un rápido recorrido por las diferentes guerras acaecidas desde el reinado de Felipe V, y comenta la dureza con que estas guerras se vivieron en Lérida.

Carta XVI

Sigue ilustrando el poder de los religiosos sobre el crédulo pueblo español mediante diferentes ejemplos de costumbres que él

mismo ha podido observar. Los clérigos se entrometen en todo y de todo sacan partido: utilizan las carrozas de otros con la excusa de ir a dar el Viático, participan en los partos llevando una imagen de un santo para luego ser invitados a comer y beber, casan a jóvenes sin el consentimiento de los padres, etc.

En cuanto a los sermones que dan en las iglesias, son para el autor todo un espectáculo, con algunas puestas en escena magistrales para sorprender y engañar a los ignorantes feligreses, que lo libra de vez en cuando del tedio de la ciudad.

Carta XVII - XVIII

El autor cuenta una historia que tuvo lugar algunos años atrás. La trama es la siguiente: una dama va a confesar a un padre franciscano que tiene un cura de su parroquia como amante. El franciscano va a ver a su esposo, y consigue convencerle con amenazas de Inquisición para que eche al cura de su casa, porque es un hereje. El marido se va de viaje, y el franciscano y la dama inician una relación, hasta que ella queda embarazada. Con el marido a punto de regresar, pide consejo al fraile, que le dice que la solución para no tener ese hijo es frotarse con la sangre de dos chicas recién desvirgadas. Para conseguirlo, se ofrece a ayudarlo a hacerlo con sus dos hijas.

La dama, desesperada, accede, y aunque intenta evitarlo en el último momento, una criada ayuda al fraile para que consume la tragedia. Al llegar el marido y encontrar este panorama, mata a la mujer y a las hijas; el fraile manda llamar a la Inquisición que encierra al marido asesino, mientras que el franciscano sólo se verá obligado a cambiar de provincia. La moraleja es que la Inquisición sólo sirve para este tipo de cosas.

Carta XIX

Las pasiones en España son más fuertes que en Francia, debido sin duda al clima; entre todas ellas, destacan claramente los celos. Como ejemplo cuenta la historia de don Pedro y doña Serafina, que asegura es cierta.

Este matrimonio tenía la costumbre de recibir amigos en casa; un día, don Pedro ve a Serafina hablando a solas con un caballero y siente unos celos violentos. Asustada por el cambio de carácter de su marido y presintiendo consecuencias funestas, Serafina huye a un convento, donde rechaza hablar de los motivos de su reclusión voluntaria. Don Pedro, que finge no conocerlos tampoco, le escribe una carta de amor (que Coste reproduce) instándola a regresar con él. Serafina le responde con otra carta en la que explica que ha sentido cómo sospechaba de ella, cosa que ella no hubiera hecho nunca, y que por eso no quiere volver con él.

Esto sólo hace aumentar las sospechas y los violentos celos de don Pedro, que va a visitarla, dejándola en un estado de nervios que la mantiene enferma durante mucho tiempo. Dos años después, durante los cuales don Pedro ha hecho el papel de marido desesperado, doña Serafina se decide a volver con su marido. Don Pedro prepara un gran banquete para recibirla, con la presencia de toda la familia y el Arzobispo. En medio de la comida, don Pedro saca un puñal y mata a Serafina, llevado por la misma furia del primer día en que sintió celos, ya que siempre la creyó infiel. Refugiado en una iglesia, salió inocente.

Carta XX

Para disipar el horror que debe haber causado a su destinatario con la historia de su última carta, decide contarle un

suceso glorioso para las mujeres, a las que alaba por su generosidad y su bondad.

La historia se desarrolla en la corte. Un marqués tiene un gran amigo francés, que entra continuamente en su casa. La marquesa le ruega que le impida la entrada, ya que puede ser causa de murmuraciones; el marqués, unido a su amigo por una íntima amistad, no le hace caso. Poco a poco la marquesa y el francés se enamoran, aunque nunca se confiesan su pasión. Ella intenta evitarlo, sin embargo él hace todo lo posible por verla.

Un día, mientras el marqués está ausente, el francés corre a declararse a su amada que duerme en un sofá; antes de que ella reaccione, entra el marqués que a partir de entonces se vuelve celoso y violento. A pesar de su vigilancia, de nuevo el francés consigue quedarse a solas con ella, y apenas consigue acercarse a ella cuando vuelve a aparecer el marqués; enfurecido, apuñala a su mujer y va a pedir clemencia al rey, que lo perdona. Pero la marquesa no muere, y en cuanto consigue restablecerse, ingresa en un convento, donde logra recobrar la tranquilidad.

Meses después, la marquesa se entera de que su marido ha caído gravemente enfermo y ella va a cuidarlo; pero una vez el marqués restablecido, y aunque él se da cuenta de su error y quiere pedirle que vuelva a su lado, la marquesa regresa al convento, donde pasará el resto de sus días llevando una vida ejemplar.

[4.]

*État politique, historique et moral du royaume
d'Espagne l'an MDCCLXV*

Capítulo I - Géographie : division de l'Espagne

El capítulo I está dedicado a la Geografía, y en él encontramos un recorrido por las diferentes provincias o reinos empezando por el norte y de manera circular, en el sentido de las agujas del reloj, dejando en último lugar a las Islas Baleares

En la división por provincias (trece) va describiendo el físico y el carácter de los habitantes de cada una de ellas, y sólo se refiere específicamente a las mujeres en dos casos: las valencianas (“Les femmes sont les plus belles, les plus aimables et les plus galantes de l’Espagne” [p. 393]), y las andaluzas (“Les Femmes sont piquantes sans être jolies, et fort coquêtes” [p. 395]).

Se observa en esta descripción un especial interés en los temas tácticos y de defensa de varias ciudades españolas, lo que nos llevaría a pensar que el autor estuvo en España como militar. Así, al término de este capítulo justifica el interés prestado a este aspecto:

La Description vraye telle que je la donne du Royaume d’Espagne a l’air de particularité et d’acharnement, surtout si l’on considere que j’ay cherché tous les moyens d’ataquer ce Pays, et que je me suis jetté à cet effet dans des détails Militaires. Mais le lecteur impartial doit considerer que c’est l’Etat vrai de l’Espagne que j’ay voulu lui présenter, et que tous ces Plans d’ataque, et tout autre même plus fort, plieroient et s’annuleroient vis à vis d’un bon Gouvernement. [p. 411]

Capítulo II : La cour d'Espagne

En consecuencia con su conclusión del capítulo anterior, el autor considera necesario comenzar por lo más alto del gobierno, las

personas que componen la corte, que destacan sobre todo por su honradez y su ignorancia: el rey, la reina madre, el príncipe Luis, el príncipe de Asturias, los duques de Béjar y Losada, el marqués de la Ensenada, antiguo ministro, los grandes de España... y las damas de la corte. Al menos aparentemente, el autor se muestra aquí como un buen conocedor de la corte y las altas esferas del gobierno español.

En su opinión, la corte española es el ejemplo del país en el que se encuentra: hipocresía, ignorancia y falta de cultura hacen que no pueda hablarse en ella de diversión ni de genio.

Los capítulos III-VII están dedicados a la descripción exhaustiva de diferentes aspectos institucionales de la España del momento. Indicaremos únicamente el tema central de cada uno de ellos:

Capítulo III : Ministère de la guerre

Capítulo IV : Finances

Capítulo V : Colonies

Capítulo VI : La Marine

Capítulo VII : Commerce

Capítulo VIII : La religion

Abusiva, España está plagada de monjes y curas que tienen derecho a ser los más indecentes del mundo. El autor se escandaliza de la extrema ignorancia y credulidad del pueblo, que confía ciegamente en supersticiones y falsas creencias. Lo que importa es el culto y las prácticas piadosas, eso es todo lo que el español considera religión. Las ceremonias de la Iglesia son siempre magníficas y exageradas, las procesiones extravagantes, sobre todo las de penitentes. Hay una gran cantidad de rutas de peregrinación. Los religiosos se caracterizan por su libertinaje, y es fácil encontrarlos en cabarets y lugares similares; no tienen que rendir cuentas más que a

sus superiores, que los defienden siempre para no perder sus derechos. En resumen, “Ce sont plus de quatre cent mille combattants armés de foudres contre une Nation qui n’ose se défendre, parce qu’elle croit voir en eux l’empreinte de la Divinité” [p. 470].

Dedica después sus palabras a la Inquisición, injusta e ignorante, pero de gran poder en España. En su opinión, la única manera de hacer desaparecer esta organización sería por la fuerza. Es otra muestra de cómo el ingenio y la vivacidad, que los españoles sin duda poseen, no puede desarrollarse bajo el peso de la ignorancia y la imposición.

Capítulo IX : Les mœurs

Este capítulo es una descripción de los españoles y sus costumbres, en los que encuentra tantas virtudes como vicios. Alejados del resto de Europa por la barrera de los Pirineos, conservan una serie de particularidades que los hace diferentes a cualquier otro pueblo. Paciencia, fidelidad, constancia, hospitalidad, ingenio, generosidad, gravedad y sobriedad, pero también orgullo, ignorancia, suciedad, pereza, fanfarronería, crueldad, avaricia e hipocresía, forman una mezcla que podría dar como resultado hombres válidos para todo, si se les gobernara bien, pero simples, si se les deja abandonados.

En cuanto a las mujeres españolas son bellas y bien formadas, tienen bastante libertad, son de agradable conversación pero no tienen ninguna instrucción. Hay pocos artistas y los espectáculos son poco recomendables: habla del teatro y los toros.

La justicia española le parece perfectamente descrita en Gil Blas de Santillane. Sobre todo, le parece un país muy despoblado y donde sobre todo falta libertad.

Capítulo X : Littérature

Se trata de un rápido recorrido por la literatura en general, bastante selectivo, en el que sólo se salva Cervantes, el teatro de Calderón y Lope de Vega, y la crítica del padre Feijoo. El autor atribuye la falta de profundidad y de razón en la literatura española a la carencia de libertad, pero está convencido de que la buena literatura volverá con ella.

Capítulo XI : Tableau historique

Es un resumen de la historia de España directamente tomado, como su autor advierte, de la Historia de Desormeaux. Por ello, y por considerarlo falto de interés, este capítulo no aparece completo, el texto sólo reproduce las conclusiones que el autor extrae de este recorrido histórico.

En resumen, el principal defecto de la España actual, que es un defecto político, es el odio mutuo que se tienen franceses y españoles, vicio que ha propiciado el auge de los ingleses en el comercio y su preponderancia creciente en Europa, rompiendo el equilibrio hacia el que hay que intentar volver: “C’est la paresse Espagnole et la legereté Françoise qui ont fait les Anglois ce qu’ils sont” [p. 504].

Capítulo XII : État politique. Conclusion.

La situación en la que se encuentra España es delicada, llevando a cabo una política forzosa, en la que sus intereses le obligan a mantener a Francia como aliada, a Inglaterra y Portugal como enemigas. La diplomacia europea no sabe actuar como lo hizo en el pasado; de ahí vienen gran parte de sus males. Y sobre todo, de la existencia de un gobierno débil, que no sabe aprovechar las

grandes cualidades de los españoles: fidelidad, paciencia e ingenio, este último oprimido por el peso de los celos y la sospecha.

Desde el punto de vista del autor, España merece mejor suerte que la que tiene en ese momento. Todas las verdades que el autor dice haber expresado en su obra, reflexiones y hechos, las ha tomado en parte de personas que tienen una posición considerable en España. Termina expresando sus deseos de que por fin España recobre el puesto que le corresponde, gracias a un gobierno “solide, sage et éclairé” [p. 513].

[5.]

Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778
de Jean-François Peyron

Comienza con una *Idea general de España antigua y moderna*. En este apartado hace un resumen de la historia de España, desde su nacimiento y la época clásica. El punto de partida para esta disertación es la idea de la España como paraíso que goza de una situación privilegiada: por su situación, su clima, sus riquezas naturales, la fertilidad de sus tierras, sus habitantes fuertes y belicosos. Sin embargo, se pregunta el motivo de su continua invasión por otras naciones, siempre disputada y envidiada por diferentes pueblos que la invadieron. Así, hace un repaso desde la época fenicia hasta la expulsión de los árabes, para afirmar finalmente que España parece haber perdido su vigor, sus habitantes se han fatigado, la tierra se ha agotado. La conquista del Nuevo Mundo ha contribuido a su debilidad.

Comienza después su descripción de las catorce provincias españolas empezando por *La entrada de España por Cataluña*.

De Cataluña le gusta la fertilidad de sus campos y el movimiento de sus gentes; le parece una región dinámica y se admira del desarrollo de una industria tan floreciente como la de fundición de cañones, gracias a la aplicación de un nuevo método que detalla para conocimiento de sus lectores. Constata sin embargo el poder que el clero sigue ejerciendo sobre la población de manera despótica.

Tras dedicar una completísima descripción al teatro de Sagunto, describe la región valenciana y deplora el mal estado de las calles de la ciudad de Valencia, en la que visita la tumba de la famosa comedianta Francisca Ladvenant y admira la biblioteca de don Gregorio Mayans. Se interesa por el desarrollo de las manufacturas de la seda, cuyo estado dista mucho de las manufacturas francesas, y ello debido al carácter de los españoles. Peyron reproduce aquí el manido discurso que recoge el tópico de la pereza y la sobriedad españolas, y la absoluta prioridad que se le da a los ritos religiosos, responsables de la inferioridad del país frente a Francia:

Sin hacer valer aquí la belleza y la duración de nuestras telas, que, a pesar de esos derechos, les hacen dar aún la preferencia, los obreros son demasiado lentos, demasiado perezosos; hay allí tantas fiestas al año, tienen que cantar rosarios todas las noches, y el hombre es aquí, en general, tan sobrio, tiene tan poco lujo, sus diversiones y sus deseos son tan limitados, que durante largo tiempo las manufacturas carecerán en España de emulación; es ella, sin embargo, la que imagina, inventa y perfecciona. [p. 752]

A su entender es bueno que los trabajadores tengan dónde gastar su dinero, ya que esto les libera de la apatía y los vuelve más activos en el trabajo. Le fascina sin embargo la fiesta de la Real

Maestranza, en honor de Carlos III, con la que se despide de Valencia para ir hacia Granada, pasando por Alicante y Murcia.

Peyron queda fascinado por Granada y sobre todo por la Alhambra, de la que hace una descripción minuciosa; deplora que mucha arquitectura árabe se haya perdido por culpa de la superstición y la religiosidad mal entendida. Emprende después camino hacia Cádiz pasando por Antequera y Málaga.

En Cádiz, para cuya descripción se remite a la de Labat, el autor admira sobre todo a las mujeres, el fandango y el canto inimitable de las seguidillas. Critica el nuevo Reglamento para el comercio con las Indias y en general la política comercial española con el exterior. Sin embargo se confiesa seducido por la fiesta de los toros:

He nacido con una singular antipatía por todo lo que lleva la idea de la pena, de la sangre y del dolor; mi corazón desfallece ante la sola idea de ello y mi imaginación me ha hecho sufrir los golpes que oía contar; durante la segunda corrida, mis ojos veíanse retenidos por ese espectáculo, mi antipatía perdía su fuerza y me costaba trabajo volverla a encontrar después del último toro. [p. 805]

En Sevilla visita la fábrica del tabaco, y se dirige después a las colonias de Sierra Morena, donde alaba la belleza y la pulcritud de las colonias de La Carolina formadas por Olavide. Su interés por este proyecto de un ministro cercano a la Ilustración le lleva a enumerar incluso algunos artículos del código de Sierra Morena.

Dejando Andalucía se dirige a la Mancha, donde destaca la alegría de sus habitantes, y sus seguidillas. Toledo le parece una ciudad con mucha historia, pero deplora que esté despoblada, y desde allí emprende viaje a Madrid, cuya descripción inicia el Libro segundo.

La capital de España no le parece estar a la altura de París, en cuanto a arquitectura. Describe el Palacio Real, el Buen Retiro, las principales iglesias y algunos edificios y casas particulares que le parecen relevantes. Se detiene en las Academias, de las que da incluso el reglamento, e informa sobre las Sociedades de Amigos del País. Visita la Casa de Campo, el Pardo, El Escorial y la Granja, y en Segovia se detiene en las manufacturas reales de lana, donde de nuevo es la indolencia de los españoles la causante de su poco aprovechamiento; los españoles trabajan mal y la producción no es suficiente. A continuación, pasando por Aranjuez se dirige a Cuenca.

Introduce en ese momento Peyron un apartado dedicado a “Costumbres, usos, vestidos, errores populares, maneras y carácter de la nación española”. En la descripción del carácter general de los españoles Peyron recopila muchos de los tópicos de sus predecesores, pero la novedad de su discurso reside en la voluntad del autor de encontrar una explicación a todos esos defectos y virtudes. Por una parte, tiene en cuenta la herencia de los pueblos que la dominaron: así, de los árabes les viene la afición a las fiestas y los títulos fastuosos, la galantería, la gravedad y los celos. De los godos la franqueza, la probidad y el valor; de los romanos, el fanatismo de la patria y la superstición.

Por otra parte, hace una pintura del carácter del español según provincias, al considerar que cada una de ellas ofrece diferencias muy marcadas, tanto en lo físico como en lo moral. El resultado es la creación de nuevos tópicos distribuidos por regiones, creando así los tipos del catalán, el valenciano, el andaluz, el castellano, etc.

No obstante, lo más destacable de este análisis del carácter español, y lo que lo diferencia de otros relatos anteriores, es la

constatación por parte del autor de que si bien existen defectos marcados en su carácter (lo cual, por otra parte, ocurre en todas las naciones, ya que toda nación es un conjunto de hombres y todo hombre posee vicios y virtudes), la mayoría se deben a factores externos como el clima y sobre todo a las circunstancias especiales vividas en el país que ya están desapareciendo. Por tanto, y puesto que indudablemente el español posee buen número de virtudes, que Peyron enumera, la balanza en la que se colocarían virtudes y vicios va inclinándose hacia el lado de las primeras; el carácter español está mejorando.

Si los vicios son compensados por las virtudes, estima al pueblo que posea esa feliz balanza. No temo decir que fuera de una galbana que ha dependido hasta el presente mucho menos del clima que de las causas que están quizá a punto de desaparecer; fuera de un espíritu de venganza, cuyos efectos ya apenas se ven; salvo un orgullo nacional, que bien dirigido puede producir tan grandes cosas; fuera de una ignorancia crasa que depende de la educación, y cuya fuente fluye aún de ese tribunal alzado para vergüenza de la filosofía y de la inteligencia humana, no he visto en los españoles sino virtudes. [p. 877]

Por medio de este discurso razonado, próximo a un espíritu ilustrado, que detesta el poder de la Inquisición aún existente pero que confía en el progreso y en los cambios que se están produciendo en España desde el gobierno de Carlos III, Peyron comienza a dar un giro a los manidos prejuicios que propagaron los relatos de viajes anteriores, y la imagen de España y de los españoles empieza a transformarse a ojos del lector francés.

Tras dedicar una descripción detallada, por momentos marcada por la admiración, a las mujeres españolas y analizar la gran influencia de la religión y el clero en los españoles, cuyo origen es

godo, dedica un apartado a la Inquisición, reproduciendo un auto de fe celebrado en 1680, a partir de la relación de un familiar del Santo Oficio. Explica después dos casos famosos de Inquisición cuyas víctimas fueron dos ministros: Melchor de Macanaz y Pablo de Olavide, como ejemplo de la actualidad del despotismo representado por la Inquisición española a finales de siglo. En su opinión el caso de acusación más reciente, el de Olavide, ha sido motivado por la voluntad de demostrar por parte de la Inquisición que no se está debilitando, como se afirma desde fuera del país.

Una de las pocas anécdotas que encontramos en el relato ilustran lo que para Peyron es el despotismo inquisitorial y el terror que inspira entre los españoles. Partiendo de la descripción del despotismo de Montesquieu, que dice que “cuando los salvajes de la Luisiana quieren tener fruto cortan el árbol al pie y cogen el fruto”, hace un símil con la historia de un campesino de Valencia.

La historia es la siguiente: un inquisidor que se paseaba por la huerta prueba un higo que le parece muy sabroso y se informa del nombre del dueño de la higuera. Cuando lo manda llamar, el dueño, un pobre campesino, piensa que lo van a ajusticiar y se despide llorando de su familia. Presentado ante el inquisidor, sólo le requiere una cesta de higos. Transportado por la alegría, el campesino le llena una cesta grande y a continuación arranca la higuera, para que nunca vuelva a producirle un terror tan grande.

El campesino se transforma así en el “salvaje” español: ignorante, supersticioso y carente de razón, no ve más allá de sus miedos. Se mueve como por impulsos, y por ello es fácilmente manejable por quienes detentan el poder. Con este ejemplo Peyron pretende mover al lector a la reflexión y cerrar el capítulo dedicado a la Inquisición.

A continuación el autor repasa rápidamente la literatura española, destacando en especial algunos historiadores, autores místicos como fray Luis de Granada, Cervantes y algunos poetas como Garcilaso y Quevedo. Considera que aunque la literatura española se caracteriza por una gran imaginación, falta razonamiento, gusto y profundidad, cualidades que dependen de la existencia de libertad. Por tanto, concluye que cuando esta vuelva al país su literatura mejorará. Anuncia que tratará este tema con más detenimiento en sus próximos Ensayos sobre España.

En cuanto al teatro español, en el que Calderón le parece superior a Lope de Vega, refleja la existencia de géneros teatrales típicamente españoles como los autos sacramentales, los sainetes, la zarzuela y la tonadilla, y le parece que los actores españoles son sólo soportables en géneros cómicos y breves como los sainetes.

Completa este capítulo comentando las órdenes militares y religiosas y la justicia española, caracterizada por los abusos y la falta de ejecución de las sentencias, así como la miseria de sus cárceles. En cuanto a la agricultura, tradicionalmente pobre en un país despoblado, observa cierto progreso, aunque muy lento, que proviene del interés del gobierno en todo lo que concierne a la economía política. Las sociedades de Amigos del País han sido creadas para fomentar la industria y sobre todo perfeccionar la agricultura, pero encuentran serias dificultades para vencer la inercia de varios siglos y ciertos obstáculos como la despoblación y los malos hábitos en las formas de cultivar que producen un rendimiento insuficiente de los terrenos.

Peyron ofrece varias ideas que harían mejorar esta esterilidad del campo, demostrando así su conocimiento de las variadas especies vegetales que se cultivan en las diferentes regiones de España. La riqueza natural de España y la bondad de su clima son

factores suficientes para garantizar en el futuro una importante mejora de la agricultura, siempre que se superen todos los obstáculos, y Peyron está convencido de que se superarán:

Resulta de todo lo que precede que España ha recibido de la naturaleza el clima más favorable a todos los géneros de cultivo y que será uno de los países más florecientes de Europa en cuanto haya destruido ciertos gusanos roedores de su población y de su industria.
[p. 921]

Describe a continuación la situación de la ganadería, las finanzas del país, el ejército empobrecido y desprestigiado entre la población, y la marina, que lleva camino de recuperarse con la construcción de nuevos barcos bajo la supervisión de un constructor francés. Con esto termina sin más sus observaciones sobre el pueblo español, y reconduce al lector al camino de vuelta, desde Madrid hacia Bayona.

Tras atravesar el puerto de Guadarrama pasa por Valladolid, que le parece haber perdido parte de su antigua belleza, y atravesando diferentes poblaciones llega a Burgos, describiendo su catedral, que considera su mejor tesoro. Sigue su camino hacia el norte, en dirección a Vitoria, donde disfruta viendo los bailes típicos de la ciudad. Durante todo su recorrido Peyron se preocupa por describir el camino, las vistas que el viajero puede observar, las transformaciones de la naturaleza que descubre a medida que avanza.

Esta observación de la naturaleza nos revela el lado más poético e individualista del autor, muy en el gusto de las Luces, donde la comunicación del hombre con la naturaleza, la vista de un hermoso paisaje, los verdes campos o un arroyo tranquilo provocan momentos de reflexión y propician la aparición de ideas. Así por

ejemplo, al acercarse a los Pirineos el paisaje cambia y el viajero disfruta de un momento de contemplación que quiere compartir con el lector:

Cuanto más se avanza en los Pirineos, los sitios se hacen más pintorescos; aunque se encuentre de tiempo en tiempo encerrado como en un abismo y la vista no tenga a menudo la libertad de extenderse a más de cien toesas, la escena es tan variada que las ideas que inspira son algunas veces sublimes y siempre interesantes. Tan pronto es un bosque sombrío que alza su cabeza hasta las nubes; mil pies de robles vigorosos extienden, entrelazan sus ramas para formar un retiro al transeúnte y robarle el cielo; tan pronto una estrecha pradera le ofrece el cabritillo saltarín; más lejos es una cascada que se precipita y que turba el silencio de las montañas. [p. 931]

Estos momentos de inspiración y de observación de la naturaleza se encuentran a menudo durante el recorrido del viajero, completando las informaciones prácticas sobre el estado de los caminos, las posadas y las ventas que Peyron ofrece durante todo el relato de su viaje a los hipotéticos viajeros futuros.

Llega por fin a la frontera por San Sebastián e Irún, y termina su recorrido atravesando el río Bidasoa, que separa a España de Francia. Promete a sus lectores viajar en el futuro a León, Aragón y Galicia, para poder entonces ofrecerles sus impresiones basadas en la realidad y no en otros autores.

[6.]

Voyage de Figaro en Espagne
de Fleuriot de Langle

El texto de Fleuriot, por sus propias características, resulta difícil de resumir. Parece que el autor ha huido precisamente de toda estructura, por lo que, como comentamos en nuestra presentación del relato, encadena una serie de “artículos” o pequeños textos introducidos por un título, de manera yuxtapuesta. Como puede leerse en *Avis de l'éditeur*:

Ici, le désordre, l'abandon, les idées incohérentes, singulières, sont sagesse ; là, l'incorrection est mérite [...]

A son style rapide et chaud, à ses tableaux, tantôt plaisants, tantôt touchants, tantôt sublimes, on reconnaît sans peine que l'auteur n'a rien cherché, rien attendu, rien retenu, et que tout ce qu'il dit, il le sent, il le pense, et lui échappe comme un soupir. [p. 13]

El autor pretende ser moderno y original, en consonancia con su joven edad, según él mismo afirma. Por ello no duda en arrastrar al lector en un vaivén que lo lleva de *Des petits-mâtres a Vin*, de *Le comte d'Aranda* a *Barbiers espagnols*. Cada uno de estos pequeños textos, de diferente longitud, parece una pequeña obra en sí misma.

Consideramos que la lectura de nuestra presentación de este relato ofrece una idea resumida del texto. Hemos decidido no abordar por tanto una tarea de síntesis del contenido que nos parece que está lejos de reflejar la intención declarada del autor y la esencia misma del texto.

[7.]

Tableau de l'Espagne moderne
de Jean-François Bourgoing

Capítulo I

El viajero recuerda su primera estancia en España en 1777, como secretario de la Embajada francesa. En aquella ocasión utilizó el paso de Saint-Jean de Luz, cambiando su coche en la frontera por un carruaje tirado por seis mulas. Hace un recorrido por los diferentes cambios y mejoras que ha habido en las carreteras y la forma de viajar por España desde aquel primer viaje hasta la fecha en que escribe:

En 1777 il n'y avait de belles routes entre Bayonne et Cadix que celles de la Biscaye, celles de Navarre et celles qui de l'Escurial et d'Arnajuez conduisent à la capitale. En 1792 j'en trouvai une superbe qui, à commencer d'Irun, ne me quitta qu'à quatre lieues au delà de Burgos, et qui n'avoit que de courtes lacunes depuis cet endroit jusqu'à Madrid. [I, p. 7]

Comenta la forma más rápida aunque cara de viajar por España, correr la posta mediante relevos de carruajes. Las posadas siguen siendo a su entender, salvo excepciones, poco cómodas y algunas inaceptables para el viajero.

A continuación describe el País Vasco, donde las carreteras son mucho mejores. Se trata de una región llena de bellezas naturales. Tienen un sistema particular de gobierno y sus habitantes se caracterizan por su orgullo y su libertad, aunque recelosa y suspicaz. Bilbao es una ciudad de gran importancia para los negocios; en general la región se caracteriza por su prosperidad.

Los vascos le parecen muy distintos de los castellanos, tienen un lenguaje propio ininteligible. En relación con el gobierno española mantienen una serie de privilegios que lo hacen parecer en ciertos aspectos exterior a las fronteras españolas.

Capítulo II

Comienza describiendo las ciudades que ha visitado durante sus diferentes viajes a España. Tiene buenos recuerdos de Vitoria y de los amables vitorianos, que ayudaron en una ocasión a su esposa que viajaba para reunirse con él. Su hijo pequeño cayó enfermo y allí se ocuparon de ellos. Los vitorianos son un pueblo sencillo y poseen abundantes recursos naturales.

Su siguiente parada es Burgos, ciudad opulenta en otro tiempo y hoy despoblada y empobrecida. La magnificencia de su catedral contrasta con el resto de edificios que la rodean. Sin embargo los alrededores de Burgos son hermosos, con verdes prados regados por el río y dos bellos edificios: el monasterio de las Huelgas y el Hospital del Rey.

Siguiendo el Pisuerga y atravesando diversas localidades llega a Palencia, que también ha perdido su esplendor, después a Valladolid, ciudad en la que aprecia una favorable evolución desde su primera estancia en España. La ciudad se ha embellecido, es más limpia, y cada tres años se celebran corridas de toros. Allí tuvo la ocasión de ver torear al famoso Pepe Hillo. Detalla a continuación las diferentes mejoras que desde el gobierno han convertido a esta ciudad en próspera y activa.

Camino de Segovia encuentra otras localidades empobrecidas, como Medina del Campo y León. Se muestra entristecido al contemplar el árido paisaje castellano desde Santa María de Nieva:

De dessus de l'éminence où il est placé, on découvre un assez beau pays, si l'on peut appeler ainsi un pays vaste, qui n'a ni eaux courantes, ni arbres, ni verdure, ni maisons de campagne, et qui n'offrent que l'aspect tristement uniforme d'immenses champs de froment. [I, p. 56]

Destaca la posada de Peñaranda como la más cómoda y limpia que ha visto en España, y con amables posaderos. De Salamanca destaca su emplazamiento que le recuerda a Tours, pero está en una tierra árida. La ciudad es triste y sucia, bastante despoblada, pero tiene su catedral, su plaza mayor, la Universidad y muchos edificios religiosos. En general el antiguo reino de León no le parece un lugar adecuado para divertirse.

Retoma el camino de Burgos a Segovia, ciudad donde destaca sobre todo lo demás su acueducto, que describe con detalle.

Capítulo III

Con ocasión de su visita al castillo de San Ildefonso, donde se llevan a cabo las cacerías reales, hace una descripción del lugar y sus hermosos jardines. A continuación hace una descripción de la corte española y sus costumbres. No se caracteriza por el lujo y las grandes fiestas. Comenta las leyes de la etiqueta que hay que observar con los reyes y los grandes de España. De estos últimos le llama la atención, además de las prerrogativas de las que gozan, la costumbre de tutearse entre ellos sea cual sea su edad.

Hace un recorrido por los diferentes títulos nobiliarios en España y su actuación durante el reinado de Carlos III. Asimismo comenta las Órdenes militares cuyo origen se remonta a la época de las Cruzadas.

Aunque las diferencias entre la plebe y los nobles son en España mínimas, sí se exigen pruebas de nobleza si es necesario.

Comenta que puesto que el poder del monarca es absoluto las distinciones y títulos son más arbitrarias que en otros países.

Capítulo IV

Hace un repaso de la actuación de las Cortes en España desde 1789, última vez que se las convocó con ocasión de la coronación de Carlos IV. En general le parece que sólo tiene poder consultivo, pero siempre bajo la autoridad del monarca. Existe un Consejo formado por los Diputados de los Reinos. En su opinión, los Consejos son órganos que dependen de la voluntad del rey, cuya autoridad apenas tiene cortapisas. Existen seis ministros, que si con Carlos III tenían un cargo casi vitalicio, con Carlos IV se ha pasado al extremo opuesto, y son sustituidos con facilidad. El viajero deplora la lentitud de la burocracia española.

Capítulo V

Las distracciones de la corte son escasas. Sólo hay espectáculos públicos y grandes reuniones los días de gala. Los reyes casi nunca asisten a fiestas, ni a corridas de toros.

Cerca de San Ildefonso hay una fábrica de lunas de espejo, la única de España. Describe con detalle el proceso de fabricación de las lunas. Pero en realidad la fábrica tiene pérdidas; es un capricho del rey que sólo sirve para aumentar su esplendor pero empobrecer a los súbditos.

Cerca del río Eresma, donde Carlos III se dedicaba a la pesca, se llevan a cabo las cacerías reales. El lugar está lleno de gamos y ciervos, que han llegado a ser excesivos en número, por lo que los cazaban en masa. Otro lugar dedicado a la caza cerca de San Ildefonso es el Paular, donde hay un convento de cartujos.

Capítulo VI

Describe el monasterio de El Escorial. Remite a los textos de Colmenar y l'abbé de Vayrac para su descripción exhaustiva del edificio. Cuando la corte no está allí, El Escorial es un enorme convento habitado por unos doscientos Jerónimos. Describe con detalle la iglesia, los cuadros que se pueden observar, el panteón donde están los restos mortales de los reyes y las reinas que no tuvieron hijos, separados del resto. Asimismo describe el coro, los claustros y la biblioteca, en la que le sorprende que los libros no estén colocados con el lomo hacia adentro y el título escrito en el canto delantero.

Capítulo VII

Describe la entrada a Madrid viniendo del Escorial, pasando el Manzanares y recorriendo el camino arbolado que conduce al sitio real de El Pardo. Describe las diferentes estancias del Palacio Real y enumera las obras pictóricas que pueden encontrarse allí. Se detiene a elogiar la pintura española, poco conocida en el extranjero donde se prefiere la italiana y la flamenca, mientras que en su opinión la escuela española merece ser más conocida y estimada:

À peine hors de l'Espagne, a-t-on entendu nommer *Navarrete*, *Alonzo*, *Cano*, *Zurbaran*, *Zerezo*, *Cabezalero*, *Blas de Prado*, *Joanes*, etc. qui, parmi leurs compatriotes, jouissent d'une réputation méritée à plusieurs égards. Ce n'est même que sur parole, qu'en France, du moins, on fait quelque cas de maîtres beaucoup plus connus, de *Rivera*, dit l'Espagnolet, qui quoique né espagnol appartient encore plus à l'Italie, qu'à son pays natal ; de *Velasquez*, remarquable pour la correction du dessin et l'entente de la perspective ; de *Murillo*, un des premiers peintres du monde, pour la fraîcheur, la vérité des chairs, et pour la douceur de l'expression ; de ce *Murillo*, dont les productions,

long-tems désirées en France occupent enfin une place dans le Muséum de Paris. [I, p. 245]

Sigue describiendo el Buen Retiro y sus jardines, el paseo del Prado mejorado desde Carlos III y donde se sigue haciendo el paseo aunque los paseantes le parecen sombríos; y el jardín Botánico, donde se cultivan plantas exóticas de las Indias. Llaman su atención el Museo de Historia Natural y la Academia de Bellas Artes, pero en general concluye que en Madrid hay pocos edificios interesantes, las calles son anchas y limpias pero no hay barrios hermosos. En la Plaza Mayor se celebraban los autos de fe y ahora se celebran corridas de toros. La plaza cuadrangular está desfigurada parcialmente a causa de un incendio que destruyó uno de sus lados, pero es un punto muy animado donde se reúnen los ciudadanos con frecuencia.

Capítulo VIII

Resume el resultado de un censo de población que se realizó en 1787. A continuación se ocupa de las iglesias más importantes de Madrid, referenciando de paso la obra pictórica que allí se encuentra y los nombres de algunos arquitectos célebres como Ventura Rodríguez y Villanueva. Elogia el trabajo de los grabadores y comenta una edición de El Quijote acompañada de grabados aparecida en 1780. Comenta brevemente los establecimientos benéficos que existen en Madrid.

Capítulo IX

Comenta brevemente la importancia de las diferentes Academias españolas además de la de Bellas Artes: la de la Lengua y la de la Historia. Hace un recorrido por los escritores más célebres

de los últimos años, destacando al padre Feijoo, el padre Isla, Cadalso, Tomás Iriarte. Asimismo nombra a los hombres de ciencias ilustres, como Cavanilles. Nombra las publicaciones periódicas más importantes y la elaboración de Diccionarios y estudios sobre el país. En general elogia la reciente actividad artística y científica que ha aumentado entre los españoles en los últimos tiempos, con el apoyo de las Sociedades patrióticas.

Capítulo X

A pesar de lo anteriormente dicho, muchos obstáculos se oponen en España al progreso del arte y la ciencia. La educación oficial está desatendida e impone prejuicios, y la expulsión de los jesuitas ha empeorado la situación. La educación de los jóvenes es deficiente, sólo se ha reformado la educación militar.

En cuanto a la industria, han ido prosperando y el gobierno se ha preocupado especialmente de las fábricas de sedas, cuya producción se ha perfeccionado mucho y ya casi no hay diferencia con las sedas francesas. Se han realizado obras importantes como carreteras y canales, pero lo que sin duda más contribuye a la prosperidad española son las sociedades patrióticas o de Amigos del País, de origen vasco. Estas instituciones promueven el progreso y el trabajo, luchando contra la pereza, y tienen el apoyo económico del gobierno. Lo que le parece más interesante es la igualdad que reina en estas sociedades, que no reconocen categorías.

Capítulo XI

Bourgoing acomete la difícil tarea de describir el carácter español, intenta comentar tanto las virtudes como los defectos y trata de explicar las posibles contradicciones que podrían encontrarse en esta descripción del carácter. Es consciente de que no

se puede hacer un retrato fiel que sea válido para todos los habitantes de un país. En especial en España la dificultad es mayor, ya que en el mismo país coexisten habitantes que viven bajo climas muy diferentes, y la diversidad regional es importante en cuanto a costumbres, lenguaje e incluso rasgos físicos.

No obstante un factor unificador del carácter español le parece ser sin ninguna duda la influencia árabe, que lo impregna de un carácter oriental que marca su forma de ser. Los árabes transmitieron a los españoles sus costumbres, sus ideales nobles y exagerados, su gusto por las artes y las ciencias. En su opinión pueden encontrarse restos de esta influencia árabe en el imaginario español, lo que se traduce en el carácter oriental de sus comedias y sus novelas y en la lentitud con que progresa la filosofía:

Il est peut-être une des principales causes de la lenteur des progrès de la saine philosophie, parce que portant au delà du vrai, accumulant les images autour des idées les plus simples, caressant tout ce qui tient au merveilleux, il entoure de prestiges le sanctuaire de la vérité, et le rend pour ainsi dire inaccessible. [II, pp. 268-269]

Hace a continuación un recorrido por los rasgos que caracterizan al español moderno. Entre ellos destaca su forma exagerada de hablar que raya en la fanfarronería, su orgullo, su gravedad, su laconismo. Estos rasgos están atenuados y en realidad el español es ante todo franco. En las reuniones particulares se muestran mucho menos graves, demuestran ingenio y alegría a veces estruendosa desde el punto de vista de un francés.

La pereza, otro rasgo tradicionalmente adjudicado a los españoles, no se puede aplicar a todos ellos, y son los pueblos que están alejados del mar los que más la manifiestan. Son lentos,

recelosos y excesivamente cautos, por lo que las luces penetran muy lentamente en ellos.

Frío y reflexivo, el español sólo se exalta cuando atacan su orgullo; entonces se vuelve violento. Los asesinatos son ahora menos frecuentes que en el pasado, gracias a las leyes, aunque el pueblo sigue utilizando el puñal. El Reino de Valencia es el lugar donde se producen más asesinatos crueles y premeditados; también en este aspecto destaca Andalucía, donde la influencia del clima se hace sentir sobre todo cuando sopla viento del Este.

No obstante, le parece que la influencia del clima podría atenuarse con unas buenas comunicaciones entre las ciudades, el progreso económico que evitaría la ociosidad y un plan del gobierno adecuado, que ya se está empezando a notar. Costumbres agresivas como la rondalla, las pedreas y los duelos van desapareciendo.

En el aspecto físico son robustos y resistentes al sufrimiento físico. Son sobrios y pueden beber alcohol sin que les afecte demasiado, nunca se les ve borrachos. Los celos están muy atenuados, y las mujeres gozan de libertad bajo sus mantillas. El galanteo de reja ha pasado de moda.

Hace a continuación una descripción de las mujeres y de los usos amorosos. La moda del cortejo se ha introducido entre los españoles, los maridos son menos celosos pero las mujeres han trasladado sus pasiones amorosas a la relación con sus cortejos, y se vuelven posesivas y celosas.

Existen prostitutas pero están bastante controladas, aunque la sífilis hace estragos entre toda la población. No obstante se apresura en afirmar que la depravación de las costumbres no es tan grande. Las españolas no se dejan besar en público, pero en la conversación pueden llegar a ser obscenas e indecentes en sus palabras. El motivo es la falta de educación de las mujeres a las que

se deja entregadas desde niñas a sí mismas y al ambiente corruptor que las rodea.

Capítulo XII

Para conocer mejor al pueblo español, se ocupa de describir sus usos y costumbres. Habla de las danzas, fandango y seguidillas, donde puede observarse el carácter erótico de las bailarinas. Se acostumbra a dar bailes particulares, las mascaradas están prohibidas. Hay juegos populares muy simples como el lanzamiento de barra, y juegos de cartas.

Los españoles no acostumbran a ir al campo aunque tengan casas allí, les gusta mucho la música y se reúnen en tertulias y refrescos. La galantería española dista mucho de la francesa, se habla a las mujeres con respeto y devoción. Aún subsiste la costumbre del estrado.

La comida española se caracteriza por los condimentos fuertes, sólo destaca la “olla podrida”, y la influencia francesa se hace sentir en la gastronomía, así como en la moda femenina. La mantilla ya sólo la llevan las mujeres del pueblo a todas horas, y las demás cuando van a pie. Los españoles de alcurnia se jactan de tener sirvientes y cocineros franceses.

Los españoles traducen los libros franceses e ingleses, novelas sobre todo, ya que no aprecian la poesía francesa, demasiado sutil. Le parece que la literatura española se ha estancado en las producciones del pasado, y a pesar de que poseen una gran imaginación no saben emplearla y caen en una falsa elocuencia.

Capítulo XIII

Hace una crítica del teatro español, que sigue conservando los rasgos de las antiguas comedias de capa y espada, aunque

reconoce que ha sufrido algunas modificaciones importantes y afortunadas en los últimos tiempos. Hace un recorrido por las últimas producciones y autores españoles y reproduce las opiniones de algunos críticos españoles sobre el teatro francés, mostrando su ignorancia. Bourgoing reconoce sin embargo que los españoles tienen excelentes aptitudes para la poesía.

Explica la distribución de los espectadores en las salas de teatro, y en Madrid destaca los dos teatros: el de la Cruz y el del Príncipe. Los actores le parecen exagerados en la declamación y en los gestos, y los personajes resultan excesivos. La decadencia del teatro española la atribuye sobre todo a la falta de protección de los monarcas hasta el momento, aunque comenta que Carlos IV aún no ha tenido tiempo de regenerarlo.

En su opinión, las representaciones están llenas de extravagancias, como la introducción de los sainetes y tonadillas en medio de las obras más graves. Afirma que muchos espectadores se interesan más por estas obritas en un acto que por la comedia, y abandonan la sala al terminar la tonadilla o el sainete. Destaca dos clases de personajes genuinamente nacionales que aparecen en estas obras: majos y gitanos. Los espectáculos franceses están proscritos en España.

Capítulo XIV

Hace una larga descripción de las corridas de toros, espectáculo que ocupa el primer lugar entre los españoles y que conlleva grandes gastos. Paso a paso detalla la puesta en escena de una corrida:

Le Matador s'avance, et règne seul sur l'arène ; d'une main il tient un long couteau, de l'autre une espèce de drapeau qu'il fait flotter devant

son adversaire. Les voilà tous deux en présence, ils s'arrêtent, ils s'observent. A plusieurs reprises l'agilité du Matador trompe l'impétuosité du taureau, et le plaisir suspendu des spectateurs n'en devient que plus vif. Quelquefois le taureau reste immobile ; il gratte la terre de son pied, et semble méditer sa vengeance. Le taureau dans cette position, le Matador qui calcule ses mouvemens, qui devine ses projets forment un tableau qu'un pinceau habile pourroit ne pas dédaigner de saisir. [II, pp. 278]

Bourgoing no se considera un amante de la fiesta, aunque demuestra conocerla bien y no la recrimina con dureza. Destaca también las novilladas y las fiestas reales, que son corridas de toros que se hacen en la Plaza Mayor y que han vuelto a ponerse de moda entre los madrileños. Concluye animando a los viajeros a visitar Madrid, recomendando conocer la lengua española y familiarizarse con las costumbres del país.

Capítulo XV

El viajero continúa su recorrido por España deteniéndose en Toledo, ciudad llamada imperial pero ahora despoblada. La poca actividad de sus habitantes parece empezar a despertar gracias al actual cardenal Lorenzana, que quiere desterrar la pereza y la indigencia. Describe con detalle la catedral de Toledo, su claustro y otros edificios públicos. En los alrededores de la ciudad, destaca algunas pequeñas localidades y los “toros de Guisando”, como curiosidad arqueológica.

Tras detenerse en las Batuecas, comarca casi inaccesible, continúa describiendo Ávila y sus murallas, donde dos ingleses han introducido la industria de fabricación de tejidos de algodón, gracias a la cual la ciudad ha prosperado mucho. Alcalá es una ciudad bien

construida y limpia, menos descuidada que las demás ciudades castellanas.

Capítulo XVI

Describe la ruta de Madrid a Zaragoza, ciudad que visitó en 1792 para ver el canal de Aragón. Pasando por Guadalajara atraviesa diversas localidades hasta llegar a Zaragoza, donde hay numerosos edificios religiosos. Describe la iglesia del Pilar. Gracias a la Academia de Bellas Artes, la Universidad y una activa Sociedad Patriótica la ciudad está despertando de su letargo.

Además de Zaragoza, describe brevemente Huesca, Tarazona, Teruel y Daroca. A continuación ofrece detalles sobre la construcción del canal de Aragón y sus excelentes resultados. Es un ejemplo de que los españoles son capaces de llevar a cabo empresas con inteligencia y solidez, aunque de manera lenta.

Sigue el camino por el hermoso paisaje navarro hasta llegar a Pamplona y Tudela. Volviendo a Aragón, comenta que el camino de Zaragoza a Barcelona es de los más áridos y desagradables de España.

Capítulo XVII

Es una detallada descripción de Aranjuez, convertida bajo la dinastía borbónica en una de las más agradables residencias reales de Europa. Destaca la belleza de sus jardines y paseos. En la llamada “Huerta de Valencia” se hacen ensayos de cultivos a imagen de los de Valencia. Lo más notable es la llamada “calle de la Reina”, gran avenida de frondosa vegetación, y el “jardín de la Primavera”, ampliado por Carlos IV.

En Aranjuez se pueden desarrollar todos los placeres campestres: la pesca, la caza, el paseo. Hay hermosos caballos que en

el pasado hacían carreras de velocidad en el paseo. El monarca actual prefiere ocuparse del cuidado del jardín. En cuanto al palacio y los demás edificios, son hermosos pero carecen de magnificencia.

Capítulo XVIII

Sigue el camino hacia Cádiz, recorriendo la llana y monótona región llena de campos de pobre cultivo y algunos olivares. Atravesando la Mancha se aproxima a Sierra Morena. Pasa el puerto de Despeñaperros, desde allí sube a La Carolina, donde tras caer en desgracia Pablo Olavide, fundador de las colonias de Sierra Morena, la situación ha empeorado mucho.

Pasa por Jaén y Andújar y llega a Córdoba, donde admira la mezquita, convertida en catedral, y sus caballos. Atraviesa la región hacia Granada y admira sus pintorescos paisajes, pero remite a la descripción de Granada que hizo Peyron en sus *Essais sur l'Espagne* como la parte más interesante de su obra.

Visita la nueva colonia de La Luisiana cerca de Écija cuyas viviendas comienzan a desmoronarse. Recorriendo viñedos, olivares y eucaliptos se dirige a Sevilla.

Capítulo XIX

Sevilla ha perdido mucho de su antiguo esplendor. Visita su catedral, donde está el sepulcro de Cristóbal Colón. Destaca la Giralda, la Lonja, el Alcázar, la fábrica de Tabaco y la Torre del Oro. De allí va a Jerez, ciudad que le parece especialmente bella y agradable, y rodeada de una de las más fértiles tierras de España, que si se cultivara convenientemente sería de lo mejor de Europa. De la Cartuja de Jerez se dirige a Cádiz, y describe su especial emplazamiento. Comenta las diferentes posibilidades que los caminos ofrecen para visitar esta ciudad.

Capítulos XX – XXI - XXII

Hace una descripción de Cádiz en la que tiene en cuenta su primera estancia en la ciudad, en 1785, cuando gobernaba O'Reilly, y las transformaciones que ha sufrido desde entonces gracias a las iniciativas de este gobernante. Destaca la prosperidad de su puerto y la importancia de su comercio, ofreciendo cifras concretas de la actividad marítima de Cádiz.

Sin embargo el contrabando está muy extendido y los agentes de Aduanas se prestan en ocasiones al fraude. Existen además telares, industria de blanqueo de cera y explotación de sal, y Bourgoing augura a esta ciudad una larga prosperidad mercantil. No existen en Cádiz monumentos destacables, lo que sí llama su atención es la alegría de los gaditanos que tienen sus fincas de recreo en Chiclana, donde las gaditanas animan la estancia con banquetes, bailes y conciertos. Emprende el camino hacia Algeciras.

Algeciras es una ciudad pequeña pero agradable, con un pequeño puerto. Visita el Peñón de Gibraltar y hace un breve relato que resume el episodio histórico que dio origen a su toma por los ingleses.

Capítulo XXIII

Llega a Málaga, ciudad de clima benigno que destaca por su producción de uva que produce un vino excelente, y de aceituna. Sus montañas están llenas de minerales. Está bastante despoblada, y ha sufrido en el pasado algunos terremotos y varias epidemias. Desarrolla un comercio activo, pero el contrabando se ha incrementado desde hace algunos años en toda la costa.

Abandona Andalucía, y comenta el camino que habría que tomar para ir a Madrid. En ese momento recuerda el camino que

recorrió en 1793 de Madrid a la frontera cuando debió abandonar el país tras la muerte de Luis XVI.

A continuación analiza los tres caminos posibles para ir de Aranjuez a Valencia, que él conoce bien: por Tarancón y Requena; por Almansa y Albacete; o tomando una hermosa carretera nueva que va de Madrid a Valencia. Al mismo tiempo comenta brevemente lo más interesante de ciudades como Contreras, Chiva, Xátiva, Almansa, Albacete.

Capítulos XXIV - XXV

Bourgoing recuerda su estancia en Valencia en 1793:

Valence était alors le théâtre d'une des plus violentes insurrections du fanatisme royal et religieux contre la nation française [...] Silencieux et clos dans nôtre hôtellerie, nous faisons taire ceux de nos gens qui pouvoient nous trahir par leur langage, nos enfants sur-tout qui par leurs cris pouvoient indiquer aux passants en fureur le gîte d'une petite colonie française. Elle garda heureusement l'incognito ; et son départ de cette ville dangereuse précéda d'une heure le lever de l'aurore [III, p. 265]

Comenta que afortunadamente Valencia es ahora una ciudad próspera, donde hay telares, se trabaja el cáñamo, se produce vino y aguardientes, arroz, aceite y *barrilla*, para la fabricación de espejos. Los valencianos son laboriosos y cultivan naranjas, limones, uvas e higos.

En la ciudad destaca la Lonja y el Tribunal de las Aguas. Existen bellos paseos y un puerto que se está renovando. En la Albufera se pueden cazar aves acuáticas. Su catedral es elegante y hay otras bellas iglesias que contienen buenas pinturas. Pero destaca

sobre todo sus fábricas de paño y sedas. La sociedad patriótica de Valencia contribuye mucho al progreso industrial.

Capítulo XXVI

En los alrededores de Valencia destaca Burjasot, en cuya iglesia contempla el sepulcro de la célebre tonadillera Ladvenant. En Murviedro (Sagunto) admira el teatro romano y la fertilidad de sus campos hasta llegar a Castellón de la Plana. Siguiendo la costa mediterránea llegan a Benicarló, donde empieza a escuchar la lengua catalana, que le parece similar al *patois* del sur de Francia. Pasando por Vinaroz y San Carlos llega al Ebro.

Capítulo XXVII

El viajero recuerda su penoso viaje hacia el norte del Ebro a pie, con su esposa montada en un borrico, y sus dos hijos en las alforzas de otro. El camino hacia Cambrils es muy duro, pasando por Tortosa y cerca de Tarragona y Reus. Esta ciudad le merece una atención especial por su prosperidad, rivalizando con la más antigua Tarragona, donde existen restos antiguos. Camino de Barcelona, los paisajes son bellos, el clima benigno y sus cultivos fértiles; pero los caminos son muy abruptos.

Capítulo XXVIII

Describe la ciudad de Barcelona, digna de ser visitada. Recuerda que durante su estancia en esta ciudad también había gran efervescencia antifrancesa. La describe como la más activa de España, y donde hay más industria, sobre todo fábricas de tejidos, encaje, de blonda, cinta y telas de hilo. La población ha aumentado mucho y se han construido numerosos edificios.

En la ciudad hay algunas bibliotecas públicas, un museo de Historia natural, hermosos paseos, y posibilidad de admirar bellas pinturas. En los alrededores hay muchos alcornoques, por lo que se exporta corcho, también se cultivan árboles frutales para su exportación. No obstante le parece que aún podría sacarse más provecho de esta región, por ejemplo en cuanto a la minería. Camino de Lérida hay muchas fábricas de papel. El viajero comenta la rivalidad existente entre catalanes y castellanos, según él por envidia de los castellanos.

Capítulo XXIX

Retoma el camino de Barcelona a los Pirineos. Destaca Mataró por su limpieza y sus fábricas de algodones, sedas y encajes, pero sobre todo queda fascinado por el camino de Barcelona a Malgrat, a orillas del mar y atravesando pequeñas y laboriosas poblaciones. Antes de llegar a Gerona debe atravesar una comarca montañosa y boscosa, pero se llega a la comarca más florecientes y mejor cultivadas de España: viñas, trigales, olivares, alcornoques, frutos. En Olot hay telares y fábricas de jabón y papel.

Al llegar a Figueras y Rosas comenta brevemente algunos episodios bélicos del pasado entre catalanes y franceses. Deplora que en la bella comarca del Ampurdán se hayan dado tantas batallas. Desde Figueras hay un hermoso camino hasta los Pirineos.

Concluye con un resumen en el que expresa su admiración por el pueblo español y su dolor por considerar que la historia no le ha hecho justicia, especialmente por causa de sus malos gobernantes, principal motivo de la lentitud del progreso en el país. Está convencido de que los españoles tienen cualidades suficientes para progresar en el futuro.

Índice de ilustraciones

Figura 1. *La Acerolera*, Lorenzo Tiépolo, Patrimonio Nacional, Madrid. Página 187.

Figura 2. *María del Pilar Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo*, decimotercera duquesa de Alba. Óleo sobre tela de Francisco de Goya (1795). Casa de Alba. Página 192.

Figura 3. *Isabel de Porcel*. Óleo sobre tela de Francisco de Goya (1805). Londres, National Gallery. Página 204.

Figura 4. *María de las Nieves Michaela Fourdinier*. Óleo sobre cobre. 37 x 28 cm. Fdo.: (en griego): “Luis Paret a su esposa queridísima queriendo pintar en color lo hizo en el año 1.78...”. Hacia 1782-1785. Madrid. Museo del Prado. Página 208.

Figura 5. *La feria de Madrid en la plaza de la Cebada*. Óleo sobre lienzo de Manuel de la Cruz Cano Olmedilla. Museo Nacional del Prado. Madrid. Página 212.

Figura 6. *Traje de teatro a la antigua española (Retrato de María Ladvenant)*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprenden todos los de sus Dominios... Dispuesta y Gravada por D. Juan de la Cruz Cano y Holmedilla*. 1777. Museo Municipal de Madrid. Página 216.

Figura 7. *Petimetra con manto en la Semana Santa*. Cobre, talla dulce, buril, de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. *Colección de*

trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprehenden todos los de sus Dominios. 1777. Museo Municipal de Madrid. Página 218.

Figura 8. *Maria Antonia Vallejo y Fernández “La Caramba”.* Madera, entalladura. Anónimo. Biblioteca Nacional. Madrid. Página 220.

Figura 9. *Dama de nuevo cuño.* Cobre, talla dulce, buril. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 226.

Figura 10. *Máquina corsaria o modo de ajustarse el corsé.* Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 229.

Figura 11. *El quitasol,* de Francisco de Goya, 1777, Museo Nacional del Prado. Madrid. Página 231.

Figura 12. *Traje de Madrid.* Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Georges-Jacques Gatine. Colección *Costumes de divers pays.* Museo Municipal de Madrid. Página 232.

Figura 13. *Retrato por José Campeche.* Colección particular. Página 236.

Figura 14. *Retrato de la actriz María Antonia Fernández, “La Caramba”.* Cobre, talla dulce, buril, iluminada. *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprehenden todos los de sus Dominios... Dispuesta y Gravada por D. Juan de la Cruz Cano y Holmedilla.* 1777. Museo Municipal de Madrid. Página 240.

Figura 15. *Princesa Maria Luisa de Parma.* Óleo sobre lienzo de Luis Paret. Hacia 1780. Museo de Bellas Artes. Bilbao. Página 242.

Figura 16. *Castañera madrileña.* Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 262.

Figura 17. *Traje de Castilla o Ropa tendida.* Óleo sobre tabla de Luis Paret. H. 1784. Palacio Real, Patrimonio Nacional, Madrid. Página 266.

Figura 18. *Vista de Fuenterrabia*. Ca. 1784/1789. Óleo sobre lienzo de Luis Paret. 44 x 56 cm. H. 1785-1788. Bilbao. Museo de Bellas Artes. Página 269.

Figura 19. *La gallina ciega*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada. Colección *Escenas de majos*. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 274.

Figura 20. *Majas en el balcón*. Óleo sobre tela de Francisco de Goya. Hacia 1805. Nueva York, Metropolitan Museum. Página 290.

Figura 21. Paseo frente al Jardín Botánico, de Luis Paret. Detalle. H. 1790. Colección particular. Bizkaia. Página 300.

Figura 22. *El jardín del Retiro hacia las tapias del Caballo de Bronce* (detalle), de José del Castillo, 1779, Museo Nacional del Prado (depositado en el Museo Municipal de Madrid). Página 324.

Figura 23. *La Carta*. CA. 1772. Óleo sobre tabla de Luis Paret. 37 x 29 cm. Madrid. Colección Varez Fisa. Página 330.

Figura 24. *Mariana Máiquez bailando el zorongo*, 1795. Cobre talla dulce, iluminada de L. Barrutia. Biblioteca Nacional. Madrid. Páginas 12, 340.

Figura 25. *Un pasar de las seguidillas boleras*. Cobre, talla dulce, buril, iluminada, de Marcos Téllez Villar. Colección *Seguidillas boleras*. Museo Municipal de Madrid. Página 342.

Figura 26. *La petimetra en el Prado de Madrid*. Cobre, talla dulce, buril. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 348.

Figura 27. *La Celestina y los enamorados*. Acuarela sobre cartulina de Luis Paret. 410 x 300 mm. Firmado "L. Paret inv. & fech. a. 1784". Colección particular, Barcelona. Anteriormente en la Col. Arenaza, Madrid. Página 350.

Figura 28. *Escena de tocador*. Dibujo a la pluma y tinta china sobre papel agarbanzado. 476 x 395 mm. Firmado "Original de Luis Paret". Madrid. Biblioteca Nacional. Página 368.

Figura 29. *La tienda del anticuario de Luis Paret*. Óleo sobre tabla. 1772. Fundación Lázaro Galdiano, Madrid. Página 372.

Figura 30. *La dueña de los calzones*. Cobre, talla dulce, buril, iluminado. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Página 375.

Figura 31. *Una romería*. José Camarón Boronat. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado. Madrid. Página 384.

Figura 32. *Muchacha durmiendo*. Óleo sobre cobre de Luis Paret, Ca 1782/1786. Colección privada. Página 509.

Fuentes bibliográficas y catálogos consultados:

Luis Paret y Alcázar, 1746-1799, Departamento de Cultura del Gobierno vasco, ed. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno vasco, Vitoria, 1991.

La obra pictórica completa de Goya, Barcelona, ed. Noguer, col. Clásicos del arte nº 47, 1976.

Laborde, Alexandre, *Itinerario descriptivo de las provincias de España, y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo (1809)*, traducción libre al castellano, Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompié, 1816; ed. facsímil en Valencia, Librerías París-Valencia, 1998.

Morales y Martín, Jose Luis, *Luis Paret, vida y obra*, Zaragoza, Aneto Publicaciones, 1997.

VV.AA., *Paisajes sonoros en el Madrid del s. XVIII. La Tonadilla Escénica*, Madrid, ed. Museo de San Isidro y Ayuntamiento de Madrid, 2003.

Webs consultadas:

<pintura.aut.org>



